

CARTAS

DE

D. DE MONTIER

BV4552
M6

003121

1080015330



ALERE FLAMMAM VERITATIS
EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Madama de Montier.

CARTAS

DE

MADAMA DE MONTIER,

RECOGIDAS

POR MADAMA LE PRINCE DE BEAUMONT,

traducidas del francés

POR Dª. MARIA ANTONIA DEL RIO Y ARNEDO.

EDICION MEGICANA CON ALGUNAS CORRECCIONES, Y ADORNADA CON LAMINAS FINAS, QUE PUBLICA MARIANO GALVAN RIVERA.

TOMO I.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Universitaria Alfonsina
Fondo Antiguo

MEXICO: 1853.

****

Se halla de venta en la librería núm. 7 del portal de Mercaderes.

40433

BV4552
M6



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Impreso por Santiago Perez y C.ª, calle del Angel núm. 2.

10139

MOTIVOS DE LA REIMPRESION DE ESTA OBRA.

La reimpresion de esta obra de Madama de Beaumont, autora del almacen de los niños y de otras varias publicaciones, la juzgamos de grande utilidad y provecho á los habitantes de nuestra sociedad religiosa; porque hoy que algunos escritores se proponen corromperla introduciendo en ella pensamientos anárquicos é impíos, se hace necesario que los amantes de su bienestar y conservacion de sus principios, emprendan con verdadero celo la obra de contener este torrente que todo lo invade y destruye, ofreciendo á la juventud incauta é inesperta la provechosa lectura de libros basados sobre la moral y cristianismo. Harto descuidada en el dia la educacion moral del bello sexo, de esa preciosa mitad del género humano, es la ocasion mas oportuna de recordarle sus grandes y sublimes deberes en sociedad, los que tiene que ejercer como madre, esposa y verdadera cristiana. Este objeto lo llena de una manera admirable la obra que tenemos el honor de ofrecer á su curiosidad é instruccion.

063121

Deslumbrada la juventud con las galas y atractivos del gran mundo, olvida por un momento que mas allá de los santos y eternos principios que hacen y se alimentan en la conciencia, no hay otra cosa que un falso brillo que mas tarde ó temprano acaba por dejarnos en una completa oscuridad, y las consecuencias de este olvido pueden ser muy funestas y de dificil reparacion. No así cuando en medio del estrepitoso ruido de los placeres, camina la juventud bajo el dulce dominio de las ideas del bien y designios virtuosos, como orgullosa de haber triunfado de las pasiones en multiplicados y reñidos combates; porque entónces es el alma la que se cubre con los laureles de esta victoria, y como en ella resplandece por medio de la inteligencia la mirada de la Omnipotencia Divina; de ese modo nos aproximamos á la adquisicion de las glorias del otro mundo con hechos meritorios para la sociedad en que vivimos.

La obra de Madama de Beaumont es muy á propósito para corregir algunos vicios de la sociedad moderna; porque valiéndose de la ficcion de una interesante correspondencia de los miembros de una virtuosa familia, nos presenta saludables doctrinas y excelentes máximas para las jóvenes casadas, y aun para las de otros estados, encaminándolas á que sean buenas esposas, virtuosas madres y mugeres del gran mundo, sin que por eso dejen de practicar los edificantes preceptos del cristianismo. Nosotros creemos que con esta publicacion hacemos un verdadero servicio al público, y por lo mismo esperamos que ella sea bien recibida por los amantes de la moralidad é ilustracion de nuestro pais.

ADVERTENCIA.

La Señorita de Montier, de una familia muy ilustre, pero que tenia pocos bienes de fortuna, era la mayor de doce hermanos. Educada á la vista de una madre ilustrada y virtuosa, comprendió por sus cuidados, que una Señorita de su clase, sin rentas, no tenia otro partido que tomar que el retiro, y se destinaba á él igualmente por gusto que por necesidad. Previendo su madre que no podia dejar á su hija otra herencia que la virtud, nada perdonó para inspirarla una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que fuese sólida, y bien pudo lisonjearse de sus cuidados. A los diez y ocho años poseía la Señorita de Montier una sabiduría y prudencia, que apénas se adquieren por la experiencia, que dan el comercio del mundo y los años. Ignorada de todos, parecian las virtudes de esta amable niña destinadas á ser solamente la admiracion de su familia; pero la Providencia habia dispuesto de ella otra cosa. Residia el Sr. de Montier en una pequeña casa de campo, cuyas cercanías hacia cultivar á su vista; estaba situada á tres leguas de Sens, y cerca de una pequeña aldea, donde no habia mas que una mala taberna. Un dia en que tomaba el fresco bajo de algunos árboles, fué testigo del accidente que sucedió al Marqués D.*** con quien habia militado cuando jóven. Habiéndose volcado la silla del Marqués, al querer saltar en tierra, se dislocó un pié; y habiendo reconocido á su antiguo camarada, aceptó con gusto una ca-

ma, que le fué ofrecida con muy buena voluntad por el Sr. de Montier, y se vió obligado á permanecer quince dias en casa de este amigo. Durante este tiempo, las virtudes de la Señorita de Montier le encantaron de tal modo, que se resolvió á reparar en ella la injusticia de la fortuna, dándola su mano. Como poseía grandes rentas, y era dueño de sus acciones, no faltaba mas que obtener el consentimiento del padre de la Señorita, porque la madre estaba en Ruan en seguimiento de un pleito. El Sr. de Montier consintió gustoso en un matrimonio tan superior á sus esperanzas; y como el Marqués tenia en Saboya negocios que pedian su presencia, apresuró su union y su partida. Privada la jóven Marquesa del consuelo de abrazar á su madre, y trasplantada, por decirlo así, á un mundo que le era absolutamente desconocido, experimentó los mas vivos temores. Ella juzgó que no podria hallar socorro en los pe-

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ligros de que se creía cercada, sino en los consejos de su madre; y ésta se hizo un placer y una obligacion de guiar sus pasos. Por su docilidad en seguir los consejos de tan digna maestra, llegó esta Señorita á hacer las delicias de su esposo, y de todos aquellos que la conocieron.

CARTA PRIMERA.

DE LA MARQUESA D.*** A SU MADRE.

QUERIDA MADRE MIA: ¡Qué no pueda yo descubriros mis sobresaltos y mis temores! Os estremeceríais sin duda, si pudiéseis conocer la terrible situacion en que me hallo. Educada á vuestros ojos en las dulzuras de una vida apacible é inocente, apénas conocia de nombre al mundo, en medio del cual acaban de trasportarme de repente las órdenes de mi padre. Obligada á llenar á un mismo tiempo las obligaciones de cristiana, de esposa, y de muger del mundo, todo me asusta, me detiene, y me deja en una irresolucion tanto mas cruel, cuanto no me atrevo á conceder nada á uno de estos deberes, sin temer faltar á lo que debo á los otros. Me habia lisonjeado de adquirir á vuestra vista esta cien-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ligros de que se creía cercada, sino en los consejos de su madre; y ésta se hizo un placer y una obligacion de guiar sus pasos. Por su docilidad en seguir los consejos de tan digna maestra, llegó esta Señorita á hacer las delicias de su esposo, y de todos aquellos que la conocieron.

CARTA PRIMERA.

DE LA MARQUESA D.*** A SU MADRE.

QUERIDA MADRE MIA: ¡Qué no pueda yo descubriros mis sobresaltos y mis temores! Os estremeceríais sin duda, si pudiéseis conocer la terrible situacion en que me hallo. Educada á vuestros ojos en las dulzuras de una vida apacible é inocente, apénas conocia de nombre al mundo, en medio del cual acaban de trasportarme de repente las órdenes de mi padre. Obligada á llenar á un mismo tiempo las obligaciones de cristiana, de esposa, y de muger del mundo, todo me asusta, me detiene, y me deja en una irresolucion tanto mas cruel, cuanto no me atrevo á conceder nada á uno de estos deberes, sin temer faltar á lo que debo á los otros. Me habia lisonjeado de adquirir á vuestra vista esta cien-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia rara que nos pone en estado de conciliar deberes tan opuestos. La situacion de nuestra fortuna y mi juventud, me hacian mirar como muy incierto el momento de mi establecimiento, ó á lo menos como muy distante. Esperaba que mi padre para este establecimiento miraria mas á mi gusto, que al natural deseo que tienen todos los hombres de engrandecerse: ¡vana esperanza! Una fortuna que yo no podia prometerme, le ha determinado, y ha sido preciso disponer de mi corazon y de mi mano en favor de un hombre á quien apénas habia visto, y de quien no conocia ni el carácter, ni los vicios, ni las virtudes: de un hombre, en fin, cuya alta clase me pone en medio de un mundo que detesto, y cuyo corazon no puedo conservar sino prestándome al gusto que le sujeta á él. ¿Debo acaso entregarme á este mundo que Jesucristo me declara ser su enemigo? ¿debo mientras viva estar siempre en contradiccion con él? ¿debo, separándome de él absolutamente, enagenar de mí el corazon de un esposo que me adora? Peligros, riesgo, sujecion, todo me rodea. Estaria segura si pudiera lisonjearme de teneros por piloto en un mar tan agitado; pero sé demasiado que no puedo esperarlo. Vuestras enfermedades, lo que debeis á mi padre y á vuestra familia, todo me anuncia que no po-

deis darme consejos sino demasiado cortos á mis muchas necesidades. No me los rehuseis, querida madre mia, demostradme el camino que debo seguir. Si creo las apariencias, mi esposo, sin estar exento de muchos defectos, tiene un fondo excelente: el orgullo propio de su clase, el brillo de sus riquezas y la seduccion de las compañías, oscurecen en él mil buenas cualidades, sin haber tenido la fuerza de destruirlas. Enseñadme la conducta que debo observar para despertar estas bellas disposiciones, que están solamente adormecidas. Espero vuestra respuesta con una impaciencia igual á mis necesidades, os conjuro no la dilateis. La religion y vuestra ternura, por mí, os lo piden tanto como mi confianza en la mejor de todas las madres. Quedo &c.

CARTA II.

RESPUESTA A LA PRECEDENTE.

QUERIDA HIJA MIA: Tus inquietudes calman mis temores, y ellas me aseguran contra los efectivos peligros de tu nueva situacion. ¿Qué seria de mí si mi amada hija, deslumbrada por una fortuna brillante, no hubiese mirado otra cosa que las exterioridades de su estado? ¡Estado seducti-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vo para una persona de su edad! Hubiera llorado su pérdida, pero hoy no tengo motivo mas que para dar gracias al Señor. Este es el que quitándote la venda fatal que cubre los ojos de los hijos del siglo, te muestra el peligro, el vacío de esos honores pasageros, de esos placeres frívolos, y de esas engañadoras riquezas. Pero, querida hija mia, es menester no escuchar tus temores hasta perder el ánimo: la mano Omnipotente que te ha sacado de un estado de medianía para hacerte el espectáculo de los hombres, sabrá librarte de los escollos que cercan el mar en que principias á vogar. Estás en el órden de la Providencia, ¿qué mayor consuelo para tí? Acuérdate de aquella gran reina, cuya historia leías con admiracion, la incomparable Esther. Como á ella te destina Dios para hacer conocer su nombre, y para hacerle respetar en el mundo, que es su mas cruel enemigo: ojalá puedas tú como ella decir al Señor: *Vos sabeis que he mirado con horror la pompa que me rodea.* Lo espero así, querida hija mia, y pues te parecen necesarios mis consejos, tendré siempre un placer en dártelos, y suplicaré al Todopoderoso que te hable por mi boca.

No pretendo disimularte que es mas dificil obrar su salvacion en medio del mundo, que en el retiro, para el cual parecias destinada; pero

guárdate bien de creer que sea imposible. Los Enriques, Luises y Eduardos nos enseñan que no hay estado ni condicion en que no se pueda amar, temer y servir al Señor. Para esto es necesario llenar las obligaciones de su estado, y hay gracias proporcionadas á la extension de estas obligaciones, que jamás niega Dios á los que le invocan con humildad y confianza. Tu primer cuidado debe ser el de ganar el corazon de tu esposo, ó si quieres, el de conservarle. Deslumbrado este esposo por algunos frívolos atractivos, dices que te adora: si no tiene su ternura mas que este fundamento, bien pronto podrá debilitarla, y aun destruirla el hábito de verte. Pero hay otros encantos, sobre los cuales no tiene ningun poder el tiempo; estos son los del alma, que siempre posee ella cuando es virtuosa. Estudia el carácter, los gustos y los defectos de tu esposo, para conformarte con su voluntad en todo lo que sea compatible con la obediencia que debes al Señor: no tendrás trabajo en seguir este consejo si amas al Marqués, y espero que bien pronto tu inclinacion sobre este artículo estará de acuerdo con tu obligacion: has nacido agradecida: tu esposo ha hecho mucho por tí: te ha sacrificado las grandes rentas y demas ventajas que podia esperar de un matrimonio correspondiente por lo que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

toca á las riquezas: ¿qué cosa mas propia para hacer nacer en tí sentimientos de una sólida ternura? Te he dicho ya que tu obediencia á él no debe ser limitada mas que por la que debes al Señor: espero que habrá pocas ocasiones en que tengas necesidad de acordarte de estos límites; pero el modo de mantenerte en ellos sin perder su afecto, es el mostrarle diariamente, y en las cosas mas pequeñas, que no tienes mayor satisfaccion que obedecerle. A cada paso tendrás ocasiones de sacrificar tus gustos á los de tu esposo en las cosas indiferentes: esta complacencia adquiere sin sentir á una esposa el derecho de ser escuchada en las cosas esenciales, porque acostumbrado el marido á su docilidad, supone que ella debe tener entónces grandes razones para apartarse del camino ordinario: examina estas razones, y aun cuando no le parezcan convincentes, si no es el mas falto de conocimiento de todos los hombres, abraza con gusto esta ocasion que se le ofrece de volver complacencia por complacencia. Cuando te veas en la precision de hablar ó pensar de otro modo que tu esposo, jamás te opongas directamente á su gusto: cede por el pronto á lo que él desea: demuéstrale despues con dulzura que este partido, aunque bueno, parece que tiene algunos inconvenientes; sugiérele algun

otro medio de satisfacerse; has, si es posible, de modo que nazcan de él estos expedientes, de suerte que crea siempre hacer su voluntad y no la tuya. Si fueren inútiles estos medios, emplea las súplicas, las lágrimas y las caricias; y me atrevo á prometerte, querida hija mia, que de esta conducta sacarás siempre fruto. Este es el punto mas esencial, y el mas despreciado por la mayor parte de las mugeres, que acostumbradas á las condescendencias, á los cuidados y obsequios del hombre mientras que no es mas que amante, se persuaden que la calidad de esposo nada disminuirá de estas atenciones tan lisonjeras para el amor propio, ignorando que es en el momento del matrimonio en el que principia el reinado de los hombres, y el nuestro acaba. Para conservar ellas una soberanía, que han llevado muchas veces hasta el despotismo, afectan al principio de su union no tener por regla de sus acciones mas que sus fantasías y caprichos, de los cuales quieren que sean esclavos sus esposos. Sostiene muchas veces un resto de amor á un pobre marido; pero imperceptiblemente su corazon se cansa, cede algun tiempo en bagatelas por costumbre, por el bien parecer, y por amor de la paz; pero disgustado muy pronto de un comercio del que hace él todos los gastos, aprovecha

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la primera ocasion de alguna importancia para hacer ver que es él el amo, y que quiere disfrutar de sus prerogativas. Jamás mi querida hija reducirá al Marqués á estos extremos; y satisfecha su ambicion con el título de compañera, nunca la llevará á querer usurpar el de ama contra el órden de la Providencia, que nos ha destinado á obedecer. Pero yo no echo de ver que esta carta pasa ya los límites ordinarios: creo estar hablando con mi amada hija, y este dulce consuelo no me deja la libertad de ser tan concisa como tal vez lo pedirán sus ocupaciones. Cuando éstas te dejen algunos momentos, empléalos en escribirme, y cuenta siempre con el corazon de la mas tierna de todas las madres.

CARTA III.

DE LA MARQUESA D.*** A SU MADRE.

QUERIDA MADRE MIA: Vuestra carta me ha vuelto toda mi tranquilidad. Al leerla me parecia que Dios me aseguraba por vuestra boca, que no permitirá que yo sea tentada mas allá de mis fuerzas. Multiplicadme, mi buena madre, semejantes socorros, y no temais hacer demasiado largas vuestras cartas; pues mi ocupacion favorita

será el leerlas y mi mayor cuidado el aprovecharme de ellas. Estamos actualmente en una de las casas de campo del Marqués, pues no habiendo querido me presentase en Chambery en un estado poco lucido, se trabaja en todas partes para hacerme un equipage digno de él. Me aprovecho de esta soledad para estudiar su carácter, y cada vez me confirmo mas en lo que ya os he dicho. Está el Marqués absolutamente libre de defectos por lo que hace al corazon: compasivo y tierno, ningun indigente se le acerca sin experimentar los efectos de su liberalidad: recto y sincero, aborrece hasta la apariencia de mentira, y he conocido por sus discursos que sin ser pródigo sabe gastar lo que tiene, y que su casa y mesa están siempre francas á las personas de mérito. A pesar de todas estas buenas cualidades, confiesa él mismo que no es amado, y que la sola decencia obliga á sus vecinos á mantener con él alguna correspondencia. De algunos años á esta parte ha reñido con su familia, y todos sus parientes, sin exceptuar la marquesa su madre, no le ven mas que una vez cada año. Sin embargo de haberme dicho él todas estas cosas, no me he atrevido á mostrarle mi curiosidad, y me he contentado con solo insinuarle el gran gusto que sería para mí verle con la Marquesa en una buena

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

inteligencia, que segun él dice, es una muger respetable, pero cuyo carácter es incompatible con el suyo. Yo soy vivo, añadió: mi madre es colérica, y nunca estamos los dos mejor que cuando no nos vemos. No tenia yo necesidad de esta confesion para descubrir la causa que separa al uno del otro. A cada momento su natural lleva al Marqués hasta el extremo de encolerizarse, y entónces nada le detiene. Sin haber sido el objeto, he sido muchas veces testigo de ello; cuando ha estado en esta situacion, me he ceñido á evitar en aquel pronto su presencia, y parece que ha recibido con gusto esta atencion. Despues de mi última carta, me he determinado á hacer algunos esfuerzos para corregirle; y aunque en su edad parezca difícil, no desespero ya de ello. Habia yo observado que su cólera era mas ó menos violenta, segun la mayor ó menor contradiccion que en estos momentos se le hacia. Este es, me he dicho yo á mí misma, un torrente que todo lo destruye porque halla obstáculos; es menester dejarle un campo libre. Bien pronto he tenido ocasion de hacerlo así. Entre las criadas que él me ha destinado, he distinguido desde luego á una que me parece digna de mejor suerte; y el Marqués, que ha descubierto mi inclinacion, y que conviene en que ella la merece, no la dá otro

nombre que el de mi favorita. Delante de mí la encargó algunas comisiones, que ejecutó al pié de la letra; sin embargo, al dia siguiente él comprendió que esta criada habia obrado de modo diferente que él deseaba, y así se lo dijo con moderacion; pero habiéndole querido ella probar que él se habia engañado, entró en una especie de furor. Pregunté qué era aquello á un lacayo, y habiéndomelo dicho, me fuí temblando al cuarto del Marqués, pero me faltaron absolutamente las fuerzas luego que le ví. ¡Ah! ¿es posible, querida madre mia, que las pasiones nos desfiguren hasta este extremo? Los ojos del Marqués arrojaban centellas; apénas su oprimido pecho le suministraba algunas voces que no podia articular; temblaba y mordia de cólera el puño de su baston. Supliqué al Señor que me fortificase, y sin querer escuchar á esta muger, la dije con fortaleza que se dispusiese á quitarse de mi presencia y á dejar la casa, supuesto que era bastante atrevida para replicar á su amo; despues exageré al Marqués la culpa de esta muger, y le exhorté á que no sufriese que semejantes gentes se atreviesen á contradecirle. A medida que yo alzaba la voz, mi esposo recobraba su tranquilidad, y llegó á tener bastante fuerza para referirme el motivo de la disputa que habia dado lugar á su arrebata-

miento. Habiéndome preguntado si habia sido testigo de las órdenes que habia dado á esta muger, le respondí, abrazándole, que no podia creer que ella no hubiese errado; y como yo insistia en pedir que saliese, llegó él al fin hasta rogar por ella. Comimos tranquilamente; y como el Marqués ya del todo sereno, se acordó que yo habia eludido su pregunta sobre el motivo de la disputa, me suplicó le dijese claramente lo que pensaba. Me hice mucho de rogar, y no fué sino despues de reiteradas instancias cuando le hice conocer que habia errado: le recordé los motivos porque se habia enfadado desde que estabamos en Saboya, y convino conmigo en que siempre habia sido por bagatelas. No es posible pintaros la confusion que se descubrió entonces en la cara de mi esposo, y su dolor, por haber fuera de tiempo tratado mal á esta pobre muger. La suplicó olvidase lo que habia pasado, y estuvo muy triste lo restante del dia. Por la noche me llamó á su gabinete: me dijo que habia meditado sériamente sobre todas las faltas que su vivacidad le habia hecho cometer, y que conocia perfectamente lo mucho que le importaba el corregirse de este defecto; pero que se habia estremecido al considerar los grandes esfuerzos que necesitaria hacer para aniquilar un hábito, al que habia dejado

tomar raices tan profundas; mas que esperaba no obstante llegar á conseguirlo, con tal que yo quisiese ayudarle en esta empresa. Le animé mucho á ejecutar tan loables resoluciones; y habiendo tenido despues acá dos veces ocasion de encolerizarse, le he mirado fijamente; y apénas lo advirtió, cuando dejándome apresurado, se bajó al jardin. Un viejo, ayuda de cámara, que hace quince años que está con mi esposo, y que conoce perfectamente su cáracter, se halló por casualidad en mi cuarto la primera vez que tuve necesidad de decir á su amo, por una mirada, que estaba en peligro de violar sus buenas resoluciones; nuestros movimientos no se le ocultaron; y como sabe que el Marqués no tiene de terrible mas que el primer movimiento, fácilmente comprendió que él se habia huido de nuestra vista para tener tiempo de calmarse. No habia juzgado yo del mismo modo, y temia haber desagradado á mi esposo: en la incertidumbre de lo que mi mirada le habria parecido, me habia quedado suspensa y temblando: este fiel criado conoció mis temores, y no dando mas oidos que á su afecto, se echó á mis piés llorando de gozo. No estéis inquieta, Señora, me dijo: yo respondo de mi amo: no solamente no llevará á mal vuestra accion sino que me atrevo á pronosticar que vos le corregiréis.

Si él puede conseguir vencer este mal hábito de encolerizarse, es un hombre perfecto, y os deberémos todos la dicha de tener el mejor amo que hay en el mundo, porque él me ha dicho mil veces que esta maldita pasion emponzoña toda su felicidad. Este discurso me aseguró un poco, y mezclé mis lágrimas con las de este hombre, que no puedo ménos de respetar, porque la ley que tiene á su amo, le saca de la clase de todos los demás de su estado. Esperé tranquilamente la vuelta del Marqués, que un cuarto de hora despues entró con rostro sereno, y habiéndome abrazado, se dió la enhorabuena de su victoria. De entónces acá siempre ha hecho lo mismo; nada iguala á su alegría, y todo lo espero para lo futuro. ¿Pero, querida madre mia, no tengo yo que temer que al mismo tiempo que mi esposo trabaja para corregirse de sus defectos, contraiga yo algunos, de que hasta este dia me habia preservado libre por vuestros sábios consejos? Me asombran las sumas que se emplean para mis ropas y adornos, y me parece que me pedirá Dios cuenta de un dinero que podria aliviar á tantos miserables. ¿Sé yo misma si acaso mi corazon se apegará á estas pompas del mundo, á las que he renunciado en el Bautismo? Dictadme el modo con que me debo portar en este asunto, sobre el que

el temor de desagradar al Marqués, que desea con pasion el verme adornada, me impide descubrirle mis sentimientos: ¿pero debo yo en conciencia continuar en guardar este silencio? Aseguradme, y decidme cómo debo obrar en este particular.

El Caballero de Arcis, que me ha entregado vuestra carta, me asegura que estais perfectamente buena, igualmente que mi padre y toda la familia: esto me ayuda á soportar vuestra ausencia, que es el único motivo que tengo de pesar; pues el Marqués, á quien ya amo mucho, nada me deja que apetecer. Os aseguro que para amarle como debo, no son necesarios los motivos de reconocimiento de que me hablais en vuestra carta, y que jamás hubiera creido á mi corazon susceptible de sentimientos tan vivos. Por lo que hace á vos, no pueden recibir aumento, pues han sido siempre iguales á vuestras bondades. Quedo &c.

CARTA IV.

RESPUESTA.

Ánimo, mi querida hija: continúa como has comenzado, que bien pronto se encontrará por tus cuidados, convertido en otro hombre nuestro que-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rido Marqués. Ya has hallado el modo de amansar sus pasiones, y pronto las domarás. Nada hay que no ceda á la dulzura, y con razon dice la Eterna Sabiduría, que los pacíficos poseerán la tierra: imperio tanto mas lisonjero, cuanto se tiene con el consentimiento de todos los hombres. Los conquistadores hacen esclavos, que solo por temor les obedecen, y que sacuden el yugo apénas esperan poderlo hacer impunemente. La dulzura nos asegura un dominio mas sólido, pues que nos sujeta por eleccion á aquellos con quienes vivimos. Apruebo esa condescendencia que tienes con tu esposo, respecto á tu adorno: no has adquirido aun el derecho de hacerle preferir tus gustos á los suyos: ya llegará dia, y espero será pronto, en que este esposo, desengañado por tus cuidados de las máximas del siglo, se prestará á tus justos deseos. En el ínterin hé aquí las reglas á que debes procurar fijarte: jamás te vistas de un modo indecente, ni pueda con tus atavíos ser vulnerada la mas exacta modestia. En segundo lugar, cuando te adornes, no tengas otra intencion que la de agradar á tu esposo: observando estas dos reglas, debes estar tranquila. Me rio á veces considerando la fatiga que te costará el tocador; mi querida hija encontrará excesiva la tarea de estar tres horas delante de un espejo en

manos de una criada: esta es no obstante la ocupacion á que mas se inclinan las personas del siglo. Si quieres hallar menos penosa esta fatiga, has que te lean alguna cosa útil mientras ella dure; por este medio te libertarás del fastidio, y te aprovecharás del tiempo siempre precioso en tu edad, por la necesidad que hay de instruirse en ella. Adios, querida mia: yo te abrazo mil veces, igualmente que al Marqués; si él continúa como hasta aquí, temo te dispute el primer lugar en mi corazon.

CARTA V.

LA MARQUESA D*** A SU MADRE.

Mi querida madre: Yo respiro al fin; y sola en mi gabinete descanso hablándoos de la horrible fatiga que hace quince dias que sufro. ¿Es pues este mundo el objeto de los deseos y de los votos de tantas personas? Mudar el órden de la naturaleza, acostarse cuando el sol se levanta, y levantarse cuando se acuesta; pasar en la mesa tres ó cuatro horas para satisfacer á las necesidades de media; pegarse á un tapete verde (1) para destruir

(1) Cubierta de las mesas de juego.

rido Marqués. Ya has hallado el modo de amansar sus pasiones, y pronto las domarás. Nada hay que no ceda á la dulzura, y con razon dice la Eterna Sabiduría, que los pacíficos poseerán la tierra: imperio tanto mas lisonjero, cuanto se tiene con el consentimiento de todos los hombres. Los conquistadores hacen esclavos, que solo por temor les obedecen, y que sacuden el yugo apénas esperan poderlo hacer impunemente. La dulzura nos asegura un dominio mas sólido, pues que nos sujeta por eleccion á aquellos con quienes vivimos. Apruebo esa condescendencia que tienes con tu esposo, respecto á tu adorno: no has adquirido aun el derecho de hacerle preferir tus gustos á los suyos: ya llegará dia, y espero será pronto, en que este esposo, desengañado por tus cuidados de las máximas del siglo, se prestará á tus justos deseos. En el ínterin hé aquí las reglas á que debes procurar fijarte: jamás te vistas de un modo indecente, ni pueda con tus atavíos ser vulnerada la mas exacta modestia. En segundo lugar, cuando te adornes, no tengas otra intencion que la de agradar á tu esposo: observando estas dos reglas, debes estar tranquila. Me rio á veces considerando la fatiga que te costará el tocador; mi querida hija encontrará excesiva la tarea de estar tres horas delante de un espejo en

manos de una criada: esta es no obstante la ocupacion á que mas se inclinan las personas del siglo. Si quieres hallar menos penosa esta fatiga, has que te lean alguna cosa útil mientras ella dure; por este medio te libertarás del fastidio, y te aprovecharás del tiempo siempre precioso en tu edad, por la necesidad que hay de instruirse en ella. Adios, querida mia: yo te abrazo mil veces, igualmente que al Marqués; si él continúa como hasta aquí, temo te dispute el primer lugar en mi corazon.

CARTA V.

LA MARQUESA D*** A SU MADRE.

Mi querida madre: Yo respiro al fin; y sola en mi gabinete descanso hablándoos de la horrible fatiga que hace quince dias que sufro. ¿Es pues este mundo el objeto de los deseos y de los votos de tantas personas? Mudar el órden de la naturaleza, acostarse cuando el sol se levanta, y levantarse cuando se acuesta; pasar en la mesa tres ó cuatro horas para satisfacer á las necesidades de media; pegarse á un tapete verde (1) para destruir

(1) Cubierta de las mesas de juego.

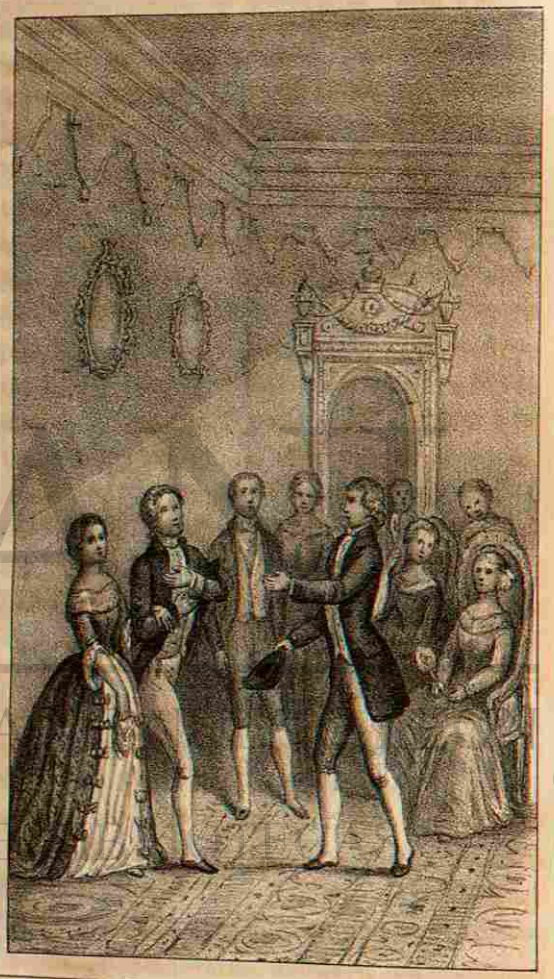
en una noche los negocios de un año; experimentar sucesivamente el temor y la esperanza, el gozo y la desesperacion; sostener una conversacion de tres horas, donde se emplea un lenguage vacío de sentido: ved aquí, querida madre mia, las agradables ocupaciones á que me he entregado sin descanso desde vuestra última carta. Temia que me faltase moderacion para usar de lo que se llama placeres, y ahora aprendo que me falta paciencia. ¿Acaso estas diversiones se han hecho para los seres que piensan, y será preciso pasar la mayor parte de mi vida sin servirme de mi razon? ¿Por qué, no es necesario renunciar absolutamente á ella para sujetarse à semejantes usos? ¡Cuántas veces recuerdo aquellos felices momentos en que mi padre, cercado de su numerosa familia, nos hablaba de las maravillas de la naturaleza, y nos hacia observar en los grandes acontecimientos que nos presenta la historia las causas del poder ó de la decadencia de los mayores imperios, en que nos permitia mirarle como á un amigo, hacerle preguntas, y mezclar nuestras reflexiones con las suyas! Allí las horas pasaban como instantes, y aquí los instantes parecen horas. Sin embargo, es menester acostumbrarme á este género de vida, pues el gusto de mi esposo debe reglar el mio. Las primeras horas que pasé en casa de la señora condesa de Menthon, donde habiamos ido á apearnos al llegar á Chambery, no estuve en estado de reparar en nada. Los ojos de una numerosa compañía que se habia juntado para recibirme, estaban fijos en mí; y confusamente conocia que me faltaba aquel aire suelto que observaba en todas estas señoras.... Mas el Marqués me sorprende en este parage de mi carta: desconfia, segun dice, de la habilidad de mi pincel para dibujaros una escena, en que sin duda representaba yo el papel de un personage penoso y ridículo: me quita la pluma, y quiere continuar mi relacion....

EL MARQUÉS.

No señora, no es de la habilidad de nuestra amable niña de lo que yo desconfio; temo sí su modestia, que no la permitirá deciros la multitud de rivales que me dió en esta primera visita, en que su modo de portarse la grangeó la admiracion de todos. Estaba bella como un ángel, y os juro que oscurecia el mas brillante adorno que yo hubiera podido imaginar. Su aire modesto nada tenia de embarazoso; temblaba no obstante, y cuando nos apeamos del coche, me apretó la mano hasta casi descoyuntármela, suplicándome

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que no la abandonase un momento, y que la advirtiese con mis miradas todo aquello que ella podria hacer contra los usos. Toda la tertulia fijó los ojos en su persona, como os ha dicho; pero no ha añadido que todos parecieron satisfechos, y que debió ver en mis ojos, á los que consultaba á cada instante, que estaba contentísimo de la impresion que habia causado á primera vista. Habiéndola obligado Madama de Menthon, y su amable hija, á sentarse entre ellas, y estando colocado lo demás de la asamblea, vuestra encantadora hija se captó la conquista de todos los corazones por el modo prudente y circunspecto con que se portó; y el aturdimiento que pretende haber experimentado, debió ser sin duda imperceptible, pues que no fué observado de nadie, ni aun de mí mismo. No era bastante para recibir las enhorabuenas que me dirigian por todas partes; y para conocer todo su precio, es menester, señora, que os pinte en dos palabras el carácter de nuestros Saboyanos. Ellos ignoran el arte de hablar contra lo que piensan, y jamás su boca es otra cosa que el intérprete de los sentimientos de su corazon. Las señoras convienen de buena fé en la hermosura de las que las son superiores, y no se ocupan en encontrarlas defectos imaginarios que puedan borrar las perfecciones



que realmente tienen. Juzgad por esto cuán gustoso debia estár por las alabanzas que se daban á mi eleccion. Mi esposa continúa en merecerlas mas y mas. No tenia necesidad de leer su carta para conocer que no debo mas que á su complacencia la igualdad de espíritu que ha manifestado en un cúmulo de ocupaciones tan contrarias á su gusto; yo se lo agradezco infinito, y acabo de calmar sus temores para lo futuro. Su venida ha sido la que ha ocasionado las fiestas tumultuosas que tanto la han fatigado, diversiones mas racionales van á sucederlas. Confieso que siempre será menester dar alguna cosa al gusto del mayor número; mas espero este sacrificio de su razon y de vuestros consejos. Nada se puede añadir á la sabiduría de los que la dais en vuestras precedentes cartas; y puedo aseguraros que su lectura hubiera aumentado mi respetuosa consideracion hácia vos, si este sentimiento no hubiera estado en mí en su último periodo desde el instante en que llegué á ser el esposo de vuestra encantadora hija. Déjola acabar su carta.

Confesad, mi querida madre, que no consistiría sino en mí el llegar á ser vana; pero conozco claramente el fundamento que tienen las alabanzas que me prodiga mi esposo. Su amor por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mí es el microscopio por el que mira él mis buenas cualidades: ¿puede acaso no exagerarlas? Haré mis esfuerzos para llegar á ser tal como lo parezco á sus ojos, y como él os lo escribe; solo vuestros consejos pueden hacerme adquirir esta ciencia del mundo, que venga bien con lo que exigen de mí mis deberes, y el buen modo de pensar. Me hallo grandemente con el secreto que me habeis enseñado para divertir el fastidio que me causa el tocador: una de mis criadas me lee durante este tiempo algo de historia, geografía &c.: el Marqués quiere estar presente á esta lectura, y nosotras la interrumpimos muchas veces con nuestras reflexiones: ¿no llegará jamás el feliz momento en que podais vos juntar las vuestras? Se me olvidaba deciros que el Marqués me ha suplicado sériamente que me aplique á saber algunos juegos; y desde que veo el mundo, concibo la necesidad que hay de esta aplicacion, pues el juego es el que ocupa la mayor parte del tiempo que se dá á la sociedad; mas á pesar de esta necesidad, jamás tendré gusto por una diversion tan frívola; y la sola obediencia que debo al Marqués, puede hacerme tomar algunas lecciones. Quedo &c.

CARTA VI.

RESPUESTA A LA PRECEDENTE.

Querida hija mia: Ningun trabajo me ha costado el comprender la fatiga que te habrá causado el nuevo género de vida, á que hace algun tiempo te hallas sujeta; y diga el Marqués lo que quiera, es preciso que hayas estado algo tímida en el momento de vuestra primera visita, y me alegro infinito que hayas salido bien de ella. Reflexionando sobre todo lo que ha quince dias experimentas, me dices: ¿es, pues, este mundo el objeto de los deseos y de los votos de tantas personas? No lo es enteramente, mi querida hija: todavía no has visto sino su corteza, perdóname este término. El puede llegar á ser, como te ha parecido, el objeto de una persona jóven, que en ninguna otra cosa piensa sino en los placeres de una vida disipada y tumultuosa: puede aun ser el ídolo de aquellos en quienes se sospecha que hay un alma, sin haberse jamás podido asegurar por alguna señal exterior de que la tienen; pero él solo inspira disgusto, no digo á los que se hallan penetrados del espíritu del cristianismo, sino aun á aquellos que solo tienen un mediano

talento. Nunca llegues á inferir de aquí que se deba colocar en la clase de espíritus pueriles á todas aquellas personas que se prestan á lo frívolo: no, hija mia, hay mucha sabiduría en ponerse cuando es necesario á nivel de los insensatos: ellos componen la multitud, y es preciso dar algo á su debilidad. Feliz el que no tiene mas trabajo en el mundo que el de conservarle el desprecio que inspira. No quiero descubrirte anticipadamente este mundo criminal, que bien pronto conocerás tú: contra éste debes guardar toda tu indignacion. Me enamora el retrato que el Marqués me hace de vuestros Saboyanos, y es imposible que entre gentes de tan bello carácter no encuentres un gran número de personas que se presten por razon á los usos mas frívolos. Debes hacer cuanto esté de tu parte para estrechar con éstas una comunicacion mas íntima; pero esto no debe disminuir los respetos que has de tener por los gustos, fantasías y simplezas de los demás, cuando puedas prestarte á ellas sin crímen, y no te cueste otra cosa que el fastidio. En una concurrencia de damas será preciso hacer el análisis de un nuevo prendido, enhorabuena; discurre sobre ello con la misma seriedad que las otras; oye con agrado el fastidioso detalle de los negocios domésticos de aquella, las gra-

cias de los hijos de ésta, la relacion de la enfermedad de otra, y que puedan, cuando la relacion se acabe, quedar persuadidas de que has estado divertida. La mayor parte de estas pobres mugeres son incapaces de otra conversacion; ¿no seria crueldad privarlas del placer de hablar de las cosas de que únicamente entienden? Insisto mucho, querida hija mia, en la necesidad que hay de prestarse á las debilidades de los otros; porque nada hay, segun yo discurro, mas fastidioso, ni mas ridículo en la sociedad, que una muger que quiere que todos se conformen con ella, particularmente si es jóven. Querria yo mil veces mejor experimentar todo lo frívolo de una conversacion en que no se entienden, ni se habla, segun tú dices, sino un lenguage vacío de buen sentido, que encontrarme cara á cara con uno de estos bellos espíritus, ocupado solamente en hacerme observar su superioridad sobre mí, y sobre todo lo que nos rodea. Adios, querida, que ya es tiempo de que yo responda al Marqués.

CARTA VII.

MADAMA DE MONTIER AL MARQUES D.***

Señor marques: mucho me he sorprendido de ver salir tan bien á nuestra amada niña de su

primera aventura; porque es menester confesar que la entrada en el mundo, es muy embarazosa para una jóven educada en la soledad: ¿pero cuántos progresos se hacen, cuando se tiene la felicidad de tener un maestro como vos? Aquella política natural y fácil, que al primer golpe de vista hace distinguir una persona de nacimiento y educacion, no podrá menos de adquirirse pronto viviendo con el hombre del mundo que la conoce y practica mejor. Siguiendo mi hija vuestras huellas, espero que cada dia se perfeccionará; y aunque basten vuestros ejemplos para hacerla como debe ser, no la rehusaré yo mis consejos, pues que me parece lo deséais así. Quedo &c.

CARTA VIII (*).

DE LA MARQUESA D.***

Jamás he tenido tanta necesidad de acordarme de la sumision que debo á las órdenes del cielo: él exige de mí el mayor sacrificio. Vuestra última carta habia determinado al Marqués á concederme la satisfaccion, por la que suspiro hace

(*) Entre esta carta y las anteriores de Madama de Montier y de la Marquesa, hay un año de intermedio.

tanto tiempo. ¡Con qué ardor trabajaba en los preparativos de un viage que debia ponerme aun otra vez en los brazos de la mejor de todas las madres! Mi esposo parecia participar tambien de mi impaciencia: ¿podiamos nosotros preveer el invencible obstáculo que la Providencia iba á poner á nuestros designios? El Conde de C... uno de los Señores mas principales que el rey de Cerdeña ha escogido para acompañar á su nueva esposa, habia siempre tenido para conmigo las atenciones mas particulares. Como hace largo tiempo que es amigo de mí esposo, no atribuia yo sino á su amistad con el Marqués el exceso de sus atenciones por mí. Este querido esposo me habia suplicado que tratase con distincion á su amigo, y como reconocí en él mucho mérito, obedecia sin repugnancia, y sin tener la menor sospecha de las penas que yo misma me preparaba. ¿Mas á qué fin teneros tanto tiempo suspensa? Este Conde, á quien creia lleno de honor y de probidad, no es otra cosa que un pérfido, que hace traicion á la confianza de su amigo, y se atreve á esperar asociarme á su perfidia, quitándome hasta los medios de huirle, y de apartarme para siempre de su odiosa presencia. Lo que hace mas terrible mi estado, es que en la apariencia ningun motivo tenga yo para quejar-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

me de él; y que al contrario mi esposo cree deberle mucho, pues que acabo de ser nombrada por su influjo dama de honor de la Princesa de de Lorena, hoy nuestra reina, á quien debo seguir á Turin. Esta es, madre mia, la ocasion en que tengo mas necesidad de vuestros consejos. Voy á describiros el acontecimiento que me ha hecho conocer la pasion del Conde, y me arreglaré absolutamente con los que me diéreis. En los últimos dias del carnaval se dió aquí un baile en la casa de la ciudad. Mi esposo compuso una pareja de máscara con el Conde y una señora, á quien éste hace mucho tiempo que rinde sus obsequios. No sé por qué capricho quiso esta señora, que es de mi estatura, cambiar de trage conmigo un cuarto de hora antes de partir. Yo no quise rehusarla este gusto, y sin que nadie lo notase se hizo el cambio al mismo tiempo que ibamos á subir al coche. La multitud de extrangeros, que la venida de la Reina atrajo á Chambery, puso mucha confusion en el baile; yo perdí mi pareja, y fatigada de buscarla inútilmente, me senté al lado de una máscara, que no sabia que era el Conde, pues tambien él habia mudado de trage. No sé si me tuvo por su dama, ó si solamente fingió creerlo así para tener ocasion de descubrirme sus sentimientos; sea de esto lo que quiera,

habiéndose acercado á mi oido, me dijo: „cesad, señora, de acusarme de ingrato respecto á vos; sé lo que valeis, y ¿qué no daria yo por poderos ser fiel? Pero la misma desgracia que os fuerza á amarme, á pesar de mi inconstancia, me sujeta á la Marquesa, conozco su virtud y no me prometo otra esperanza que la de adorarla en silencio: ella ignorará eternamente los sentimientos que me inspira; pero conozco que no está en mi poder el de romper estas cadenas por pesadas que sean. Tened, señora, lástima de mí, y permitidme que continúe en ser vuestro amigo, ya que no puedo ser vuestro amante." Me sorprendieron tanto los discursos del Conde, cuya voz conocí desde luego, que estuve mucho tiempo sin tener bastante fuerza para responderle. No sabia si debia huir, ó aprovecharme de su error para abrirle los ojos sobre la indignidad de una pasion que le hacia violar los deberes mas sagrados. Mientras que dudaba sobre el partido que debia tomar, mi esposo vino á mí con la dama del Conde que se habia quitado la máscara. Burlóse mucho del error en que le habia puesto nuestra metamorfosis, me animó á que me quitase la máscara, y á entrar en una sala, donde me habia hecho preparar refrescos, y yo le seguí sin saber lo que hacia. El Conde parecia confundido; y si mi espo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

so hubiera estado menos ocupado del cuidado de apartar la gente, hubiera descubierto que pasaba alguna cosa extraordinaria entre nosotros. Por dicha mia se aumentó tanto la confusion, que la dama del Conde propuso el retirarse. Deseaba yo mucho estar sola para examinar la conducta que debia tener; pero no fué posible determinarme á nada: hallaba igual peligro en ocultar ó manifestar al Marqués los sentimientos de su amigo, cuando vuestra carta vino á sacarme de dudas. Me prometió mi esposo que luego que la Reina hubiese partido, él me procuraria la satisfaccion de volveros á ver. Hasta este momento no me era dificil evitar hallarme á solas con el Conde, y esperaba tomar con vos las medidas mas convenientes para evitar un lance triste. Este pensamiento me puso un poco tranquila, y lo fuí del todo al dia siguiente, cuando el Marqués me dió la noticia de que habiendo sido el Conde nombrado Mayordomo mayor de la Reina, habia partido en posta para Turin, en virtud de una órden del Rey; pero poco tiempo me duró el motivo de mi gozo, porque seis dias despues me presentó mi esposo una carta del Conde, en la que le participaba que S. M. me habia hecho el honor de elegirme para dama de la Reina. Mi esposo aplaudia la amistad de su amigo, que me

habia proporcionado esta gracia; ¡qué no hubiera podido penetrar los motivos que para ello tenia! El habria entonces participado del ódio que yo le profesaba. Esta noticia me llenó de sentimiento, que el Marqués atribuyó al poco gusto que tengo por el mundo, y recordándome lo que debo á mi hijo, me conjuró venciese mi repugnancia, y no perdiese la ocasion que se me proporcionaba de adelantar mi familia. ¡Qué violencia no me he hecho y qué tormento no he tenido que sufrir para callarle la traicion de su amigo! Hasta ahora habia procurado justificarle en mi interior, representándome que no debia sino á la casualidad el conocimiento de su amor; y me lisongeaba de que aprovecharia el recurso de la ausencia para destruir una pasion, que como él mismo confesaba, no se hallaba sostenida por esperanza alguna; pero ya su conducta me desengaña. El ha buscado menos el servir á su amigo, que el procurarse nuevas ocasiones de ultrajarle. Algunas veces sospecho que habia empeñado á su dama á mudar de trage conmigo para poder hacerme la confesion de sus sentimientos, sin que pudiese quejarme de ello; pues ¿acaso era natural escoger la ocasion de un baile para hablar de semejante negocio? Pero en este caso, ¿cuál hubiera sido la causa de la confusion que expe-

rimentó cuando conoció su yerro. Yo me pierdo, querida madre mia, en estas conjeturas; y así ilustradme, conducidme. Ruégoos tengais la bondad de darme á ésta una respuesta particular, y si os agrada, incluid otra, que haré ver al Marqués á no ser que juzgueis necesario instruirle de las disposiciones de su amigo. Este último partido me quitaria un gran peso; pues segun todas las apariencias, el conocimiento de esto impediria mi viage á Turin, y todo comercio con el Conde. Si algo pudiese consolarme en la cruel situacion en que me hallo, serian los sentimientos de mi esposo respecto á vos. Su veneracion á mi madre, su amistad á mi padre, y su ternura por mí, le dan derechos de padre para con toda nuestra familia. Pide á mi hermana con instancia, y se encarga de su establecimiento. La pobre muchacha perderá mucho sin duda alejándose de vos; pero, querida madre mia, ella será mi consuelo. La necesidad de repetirla vuestras sábias instrucciones, me las recordará si tuviera la desgracia de olvidarlas.

Espero vuestra respuesta, y como no seria posible que mi hermana estuviese aquí antes de nuestra partida, si me concedeis la gracia que os pido, mandaré por ella á mi muger de gobierno, de la cual os he hablado muchas veces, y á cuyo

cuidado puedo confiarla. Adios, mi querida madre; ¡cuánto voy á padecer esperando vuestra respuesta!

CARTA IX.

RESPUESTA A LA PRECEDENTE.

Yo participo, hija mia, del pesar que te causa la terrible situacion en que te hallas; pero estoy tranquila sobre las resultas de esta aventura. Desde tu matrimonio te veo en brazos de la Providencia: todo lo que ella dispone es para tu bien; abandónate, pues, sin reserva á sus divinas disposiciones, sin procurar mudarlas, ni acomodarlas á tus pequeñas miras. Ella sabrá conducirte al fin por los caminos que parece te alejan mas de él.

Hubieras hecho muy mal en instruir á tu marido de las disposiciones del Conde; pues apénas hay ocasion en que se pueda tomar semejante partido. Yo sé que el Marqués no tendria en la apariencia ningun motivo para quejarse de su amigo; pero esto sembraria entre los dos, semillas de division, que podrian tener con el tiempo las mas terribles resultas. La verdadera virtud teme los escándalos, y hay otros medios de conte-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rimentó cuando conoció su yerro. Yo me pierdo, querida madre mia, en estas conjeturas; y así ilustradme, conducidme. Ruégoos tengais la bondad de darme á ésta una respuesta particular, y si os agrada, incluid otra, que haré ver al Marqués á no ser que juzgueis necesario instruirle de las disposiciones de su amigo. Este último partido me quitaria un gran peso; pues segun todas las apariencias, el conocimiento de esto impediria mi viage á Turin, y todo comercio con el Conde. Si algo pudiese consolarme en la cruel situacion en que me hallo, serian los sentimientos de mi esposo respecto á vos. Su veneracion á mi madre, su amistad á mi padre, y su ternura por mí, le dan derechos de padre para con toda nuestra familia. Pide á mi hermana con instancia, y se encarga de su establecimiento. La pobre muchacha perderá mucho sin duda alejándose de vos; pero, querida madre mia, ella será mi consuelo. La necesidad de repetirla vuestras sábias instrucciones, me las recordará si tuviera la desgracia de olvidarlas.

Espero vuestra respuesta, y como no seria posible que mi hermana estuviese aquí antes de nuestra partida, si me concedeis la gracia que os pido, mandaré por ella á mi muger de gobierno, de la cual os he hablado muchas veces, y á cuyo

cuidado puedo confiarla. Adios, mi querida madre; ¡cuánto voy á padecer esperando vuestra respuesta!

CARTA IX.

RESPUESTA A LA PRECEDENTE.

Yo participo, hija mia, del pesar que te causa la terrible situacion en que te hallas; pero estoy tranquila sobre las resultas de esta aventura. Desde tu matrimonio te veo en brazos de la Providencia: todo lo que ella dispone es para tu bien; abandónate, pues, sin reserva á sus divinas disposiciones, sin procurar mudarlas, ni acomodarlas á tus pequeñas miras. Ella sabrá conducirte al fin por los caminos que parece te alejan mas de él.

Hubieras hecho muy mal en instruir á tu marido de las disposiciones del Conde; pues apénas hay ocasion en que se pueda tomar semejante partido. Yo sé que el Marqués no tendria en la apariencia ningun motivo para quejarse de su amigo; pero esto sembraria entre los dos, semillas de division, que podrian tener con el tiempo las mas terribles resultas. La verdadera virtud teme los escándalos, y hay otros medios de conte-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ner al Conde en los justos límites. Estoy persuadida á que él fué el que dispuso la mudanza de vestidos, ha penetrado la dificultad de obligarte, y el modo con que se ha portado, me descubre el gran peligro á que estás expuesta. Ese hombre conoce el corazon humano, particularmente el tuyo; y el medio que ha tomado para declararte sus sentimientos, prueba menos la estimacion que hace de tu virtud, que la esperanza en que está de ablandarla. No temas que te renueve la confesion de su afecto; pues sabe que esto seria echar á perder sus negocios. Le basta que estés instruida de su amor, y que puedas atribuir á este motivo todas sus acciones. No hará ninguna que pueda ser capaz de sobresaltarte, y hará todo lo posible para que creas que su respeto por tí ha sofocado en su pecho todos los demás sentimientos, pues le importa ganar tu estimacion, tu confianza, y poco á poco tu corazon. Te confieso, querida hija mia, que él no podia haber elegido arbitrio mejor. Tú has concebido desde luego contra él la mas viva indignacion, y te mantendrás en este sentimiento mientras le creas culpable; la mas ligera recaida te fortificaria en él. Pero si llega á convencerte de que es la víctima de su respeto: si te prueba la violencia de su pasion, por la que él se hará para impedir que

se manifieste, cesarás de aborrecerle, y la lástima ocupará el lugar de la indignacion: en tan peligroso estado hará hablar sus beneficios; su empleo le proporcionará á cada instante nuevas ocasiones de servirte: ¿y qué no puede el reconocimiento sobre un corazon formado como el tuyo? Vé aquí, mi querida Marquesa, cuales son las miras del Conde; mas es fácil escaparse del riesgo cuando se vé por donde viene el enemigo. Yo no te hablo del contínuo recurso que debes tener en el Señor: éste solo es el que puede guiarte en semejante coyuntura; pero voy á dictarte en dos palabras la conducta exterior que debes observar por lo que hace al Conde. Evita con el mayor cuidado tener para con él atencion mas particular que con todos los demás que trates; pero evita mucho mas las precauciones extraordinarias. Conoce tu virtud, y tomaria estas precauciones como pruebas evidentes de la poca confianza que tenias respecto á él de tus propias fuerzas. Que le persuada tu tranquilidad de tu indiferencia, del poco caso que has hecho de su declaracion, y del ningun peligro que hallas en verle. Continúa en convencerle de tu fidelidad á tus deberes, y de la solidez de tu virtud, no por tus discursos, sino por tus acciones. En una palabra, mientras que exteriormente tomes todas

las precauciones necesarias para no hacer nada que pueda alimentar su pasion, pórtate de modo que le hagas creer que únicamente has mirado su declaracion como una burla, que te ha hecho poquísima impresion para que puedas acordarte de ella. Está segura, querida hija mia, de que esta conducta desconcertará todas sus ideas, y tal vez le curará por el despecho y poca esperanza de adelantar nada.

Vas, pues, á ser expuesta en el gran teatro de la corte: vas á habitar aquel pais en que reinan el doblez, la falsía, la traicion, la ambicion, la envidia y los celos; te felicito de ello, querida hija mia. Este pais no es peligroso sino para los que entran en él con los ojos vendados. Gracias al cielo, los tuyos están abiertos, y llevas á él la serenidad que se necesita para juzgar sanamente del espectáculo; ni dudo que saldrás de él penetrada de menosprecio por todo aquello que se llama placeres, dignidades y honores. Vas á ver al mundo en todo su brillo, en todo su triunfo: ¡cuán pequeño, cuán indigno le hallarás de ocupar, ni aun de divertir á un alma racional! Me formo yo un gozo sensible de tu sorpresa á la vista de las extrañas escenas que van á pasar delante de tus ojos, y las cuales te pido me participes. Tu padre está en el colmo de su alegría



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por saber el puesto tan brillante para que acabas de ser nombrada: escribe al Marqués dándole la enhorabuena, y le da gracias por su buena voluntad para con tu hermana, cuya fortuna pone en sus manos. Yo te encargo su conducta: tiene una capacidad superior á la que regularmente se tiene á los catorce años, y espero que ayudada con tus lecciones, tendré de ella toda la posible satisfaccion. Será un testigo de tus acciones, que te empeñará á continuar obrando de manera, que jamás tengas de que avergonzarte ni delante de Dios ni de los hombres. Dejo á tu prudencia el tiempo y el modo de su partida, y te abrazo mil veces.

CARTA X.

DE LA MARQUESA D.*** Á MADAMA DE MONTIER.

Madre querida: Yo tenia intencion de escribiros antes de mi partida de Chambery; pero despues que llegó la Reina, no me ha sido posible disponer de una hora. Esta Princesa tiene mil bondades para conmigo, y no ha querido que la dejase un momento. La Princesa de Lorena, hoy Reina de Cerdeña, es alta y bien hecha: sin

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ser bella, es en extremo amable. Un aire de bondad en toda su persona la hace dueña del corazon de los que la tratan de cerca. Parece que olvida su clase con las personas á quienes hace el honor de admitir á su confianza, y yo tengo ya con ella una especie de franqueza, que disminuye mucho el pesar que me causa la elevacion de un puesto que me adquiere mil envidiosas. Esta buena Princesa tiene el corazon en los lábios; pero parece la desazona el aire grave de las damas que la han sido dadas, y se acomoda mejor á mi naturalidad: me confia sobre esto algunos secretitos, que me anuncian tendré muy pronto toda su confianza, y procuraré servirme de ella, de modo que no tenga que recelar quejas.

Partimos este último juéves con un tiempo bastante bueno para la estacion. Dormimos en una aldea llamada Ayguebelle; por la tarde llovió un poco, y las gentes del pais nos aseguraron que en las montañas nevaba. Para llegar á San Miguel, pasamos por caminos que encontré horribles, y que se me aseguró eran magníficos en comparacion de los que se seguirian. Lo que mas me sorprendió, fué que la mayor parte de las gentes del campo tenian un bulto en la garganta, que ellas llaman papera. En algunos es tan grande este bulto como la cabeza de un niño. Dícese que esta enfermedad les proviene de las malas aguas que beben y parece que no les incomoda. Desde S. Juan de Morienne hasta S. Miguel, no se ven mas que montañas cubiertas de nieve, y para defender la vista, se requiere ponerse unas anteojeras. Por la noche me dijo la Reina, apretándome la mano, ¡Ah! mi querida, qué gentes tan feas! ¡qué feo pais! Pero aun fué peor el tercer dia de nuestro viage. Estabamos en caminos estrechos y cubiertos de cipreces que ocultaban terribles derrumbaderos: hacia allí un frio tan penetrante, que á pesar de nuestras bombas, cuya agua se mudaba en todas las aldeas, nos moriamos de frio. Tuvimos que subir por una montaña pedregosa y de forma piramidal, rodeada toda de precipicios: la Reina temblaba con todas sus fuerzas, y yo no estaba muy asegurada. Un tropezon de nuestros caballos, ó por mejor decir, de nuestras mulas, nos hubiera enviado al otro mundo. Teniamos para recrear la vista un rio, cuyas aguas hacen un ruido espantoso, y son negras como tinta; porque segun lo que me dijo el Marqués, arrastran consigo pizarras hechas polvo. En medio de estos horrores admiramos una cascada natural de mas de doscientos piés de altura, por la cual fuimos mojados, porque era preciso pasar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muy cerca: al caer se helaba en parte y esto producia mil figuras, que iluminadas por los rayos del sol, parecian pintadas con los mas vivos colores. Llegamos á Lanebourg, aldea situada al pié de Monte Cenis, pasadas de frio. No puedo explicaros la compasion de que fuí conmovida al ver estas pobres gentes, sepultadas debajo de un vestido, y gorros de buriel; apénas tienen la figura de criaturas racionales. Quiso la Reina que se las dejase acercar, les hizo varias preguntas con mucha bondad; y como ella examinaba sus grandes vestidos, atados con un gran ceñidor por el pecho, este es el vestido del frio, la respondió una de aquellas mugeres. ¿Y cómo podeis soportar este frio? la preguntó la Reina. Salvo vuestro respeto, la respondió ella, nosotros vivimos en los establos con nuestras béstias. Hízoles la Reina distribuir dinero; yo dejé vacíos mi bolsillo y el del Marqués, que se divertia al verme correr de casa en casa. ¡Ah querida madre mia, qué pobreza, y qué miseria! Jamás olvidaré este espectáculo, y él me hará muy dolorosas las profusiones que se hacen en nuestras casas. Con verdad se puede decir, que estos infelices se mantendrian con regalo de las migajas que caen de nuestras mesas. Los niños acostados en el estiércol con las ovejas, apénas

se distinguian de ellas. Nada me quedaba ya; deshice mis briales interiores, y mis criadas hicieron otro tanto para envolver á muchos de estos miserables, cuyos andrajos apénas cubrian la desnudez. Habiéndome visto alguno de la comitiva de la Reina, cargada de todos estos briales, cuidó de llamar la atencion á esta Princesa, que como es buena, me dijo que prometiese de su parte un vestido para cada niño de la aldea, lo que excitó mil gritos de gozo, y la atrajo otras tantas bendiciones. ¡Qué deleite, madre mia querida, endulzar á tan poca costa la miseria de estas pobres criaturas! Si los ricos pudiesen concebir el que yo experimentaba en este momento, su amor propio les empeñaria á suprimir sus locos gastos; ¡qué digo yo! ellos se privarian de lo necesario, por gozar del placer que les procuraria el gozo, el trasporte y el reconocimento de los pobres que asistiesen.

Al dia siguiente, que era domingo, teniamos que pasar el Monte Cenis, cuyo nombre no puedo pronunciar sin estremecerme. Representaos una montaña, de que no se vé la cumbre, y que parece casi recta por algunas partes. Está toda cubierta de nieve, en cuya espesura encuentran muchas veces los viageros su sepulcro. Un camino muy estrecho conduce á lo alto de la monta-

ña: cruces colocadas de trecho en trecho indican este camino peligroso, del cual no se podria apartar sin riesgo de caer en los precipicios que cubre la nieve. Estas cruces muestran tambien los parages en que se han encontrado viageros muertos de frio; y nuestros guias para asegurarnos cuidaban de contarnos la historia. Eramos llevados por hombres en una especie de sillas de madera, y como no pueden ir en ellas dos de frente, no hay medio de engañar el temor y el fastidio con la conversacion. El Marqués iba delante de mí, y yo era seguida del Conde, á quien habiamos encontrado en Lanebourg, y que nada habia perdonado para procurarme las comodidades necesarias en este peligroso camino, que me pareció tan largo como la llanura. Nos calentamos en un hospital que está en medio, y que tiene obligacion de recoger á los pasageros cuando les sorprende alguna tempestad; porque cuando hace cierto viento, atrae de un golpe tanta cantidad de nieve, que hay mucho peligro de quedar allí sepultados. Nos volvimos á calentar un momento en una taberna que se llama la Cruz Grande, y que está á la extremidad de la llanura: yo creia llegar al fin de mis penas, pero lo mas dificil me restaba aun que pasar. No hallo términos con que esplicaros el horror de esta bajada.

El sol se hacia sentir allí con un ardor extraordinario, y á mis criadas, que no tenian mascarillas, se les levantó el cútis de la cara. Este sol derrite la nieve por el dia, y como por la noche se hiela, se anda por un espejo en un sendero, que muchas veces no tiene cuatro pies de ancho. Á la derecha penden sobre la cabeza unos peñascos, que estoy tentada á creer son mas viejos que el mundo: ellos parecen suspendidos, y prontos á estrellaros á cada paso: á la izquierda hay precipicios que no se pueden mirar sin estremecerse. Los torrentes que se precipitan de lo alto de las rocas á los abismos, hacen un ruido tan terrible, que no se oye lo que se habla. Los que me llevaban, procúraban tranquilizarme, diciéndome que no habia allí ningun peligro; pero yo me creia en mi última hora, y me encomendaba á Dios de todo mi corazon. Estos hombres corrian sobre el hielo con una intrepidez que aumentaba mi temor: caian muchas veces hácia atrás; pero están hechos á esto, y el que va delante parece advertido á tiempo de la caida de su camarada; porque pone la silla tan en sazon, que no sucede ningun accidente. ¿Creeríais, querida madre mia, que en medio de estos peñascos, de estos precipicios y de estos torrentes, se encuentra una aldea habitada por criaturas humanas? Nos detu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vimos un momento en este lugar, que se llama La Ferriere. La Reina me dijo, si esto dura aun algun tiempo, me muero antes de llegar.

En fin, salimos de este terrible lugar, y llegando al pié del monte, en un parage que se llama la Novalesa, encontramos el mas hermoso pais del mundo. Era una primavera, que hacia olvidar el horrible invierno que se acababa de experimentar. Nada de particular pasó hasta el encuentro del Rey. La Reina quiso doblar una rodilla, y besarle la mano, pero él se lo impidió abrazándola. Se sirvieron refrescos, y la Reina dijo al Rey, que la primera gracia que le pedia era la seguridad de no volver á pasar el camino que acababa de hacer. El Rey se lo prometió riendo. Tiene este Príncipe la conversacion muy divertida, y sabe despojarse cuando conviene de su grandeza. En fin, acabamos de llegar á Turin, y á pesar de mi fatiga, no he podido menos de admirar esta ciudad, á que se entra por una calle de árboles muy grandes y recta, que tiene mas de seis millas de Italia, y que termina por una parte en la ciudad, y por la otra en el castillo.

No os hablo de la ceremonia del matrimonio, y de las fiestas en esta ocasion: estoy aun deslumbrada de todas estas magnificencias, que quizá me parecen tales, porque no he visto otras, y al fin os interesarian poco. Obedezco, como veis, las órdenes de mi padre muy exactamente, que queria una relacion circunstanciada de mi viage. Seguiré las vuestras, por lo que hace á lo que me mandais en la última carta. Espero con impaciencia á mi hermanita. ¡Dios mio! ¡Cuánto la compadezco por tener que hacer tan terrible viage! Mas á pesar del horror que me inspira, no titubearia un instante en volver á ponerme en camino ahora mismo, si de eso pendiera únicamente poder aseguraros de boca, que soy &c.

CARTA XI.

RESPUESTA.

TE DOY, MI QUERIDA HIJA, el parabien de que al fin hayas salido de tus torrentes, de tus montañas y de tus precipicios. Tu carta me ha hecho acordar de Anibal, que dicen abrió esos terribles caminos. Tú no hubieras sido, segun creo, propia para seguir á este gran hombre, y se puede, sin que te agravies, acusarte de ser un poco cobarde. Tu pobre Reina se estremecia tambien como tú á la vista de estos precipicios. Ellos no la dibujaban mal la imágen de aquellos á que va

á ser espuesta sobre el trono. Sí, mi querida hija, hay menos riesgo bajando el Monte Cenis, que viviendo en medio de la corte y de los cortesanos. No te desaliente esto, porque hay gracias para todas las situaciones, como te lo decia al principio de tu matrimonio: tú lo experimentarás si continúas en poner toda tu confianza en Dios, y que puedas decirle con el Profeta: *No he apartado mis ojos de las montañas celestiales, de donde debo esperar mi socorro.* Finalmente, hija querida, vé aquí la ocasion de apreciar en su justo valor los honores, las grandezas y las riquezas. Estoy segura de que tu disgusto por todos estos falsos bienes, se aumentará mucho; pero es necesario no demostrarlo sino en las ocasiones en que te quieran persuadir que los prefieras á los del cielo. Por lo demás acuérdate que encargada solamente del cuidado de tu salvacion, no responderás de la de los otros; gime por sus desórdenes, pero tan ocultamente, que nadie pueda ser testigo de tu llanto.

La confianza de la Reina te honra, pero te prepara tal vez muchas penas. La envidia de tus competidoras va á poner los ojos sobre tu conducta: ¿Y con qué placer ejercerian su malignidad si tú las dieses el menor motivo? No te sirva la amistad de la Reina, sino para hacerte mas hu-

milde. Si esta Princesa te pide consejos, inspírala un espíritu de tranquilidad que la aparte de las cabalas é intrigas; que el poder que la adquiera su conducta sobre el corazon de su esposo, no la sirva para otra cosa que para procurar el bien de sus vasallos. Inspírala sobre todo una verdadera ternura por el Príncipe de Piamonte y los demás hijos de su esposo. Adios, querida mia, ocupada enteramente en la partida de tu hermana, me es forzoso abreviar mi carta. El gozo de verte pronto tiene á esta niña fuera de sí. Yo estoy persuadida á que el placer de ver el mundo tiene tanta parte, como su amor á tí, en el gusto que ella experimenta. Esta hija me causa susto algunas veces, sin que pueda decir que se la nota aún vicio alguno; tiene una viveza tan estrema, que descubre un temperamento todo de fuego; pero descanso absolutamente en tí del cuidado de sacar partido de su carácter. Adios otra vez, querida mia.

CARTA XII.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

QUERIDA MADRE MIA: Acabo de recibir una carta de mi hermana, fechada en S. Juan de Morienne; lleva muy bien las fatigas del viage, y

003121

mañana pasará el Monte Cenis con el mejor tiempo del mundo. Al pié de esta montaña encontrará al antiguo ayuda de cámara del Marqués, que tendrá cuidado de ella, y proporcionará que la lleven los silleteros mas diestros; con que sobre esto debeis estar tranquila.

Estamos aquí en un torbellino que no me permite reflexionar un instante. Sin embargo, no puedo menos de hacer algunas reflexiones sobre los movimientos que se hacen para agradar á la Reina. Veinte mugeres que apenas conozco me colman de caricias, de alabanzas, y aun de confianzas, porque esta Princesa me honra con sus bondades. Me hubiera sido fácil ser el juguete de estas falsas mugeres; pero graciasal cuidado que ellas tienen para dañarse recíprocamente, las veo sin disfraz. Siento una inclinacion por vos, que no puedo contener, me decia unade ellas dias há, y así quiero, como amiga, instruiros del carácter de mil mugeres, á quienes arresgaríais mucho en conceder vuestra amistad; é inmediatamente entabló una historia en que tuvo cuidado de hacerme sabedora de que las que ella despedaza, han hablado mal de mí. Por mas que procuré decirla que desprecio semejantes cosas, y que no soy curiosa de las acciones agenas, nada pudo detener su lengua, y creo que estaria aun hablando si una de las que acababa de pintar no hubiese interrumpido nuestra sesion. Ellas se hicieron mil caricias, y esta última, habiendo quedado dueña del campo, pintó á su turno á su amiga con un pincel igual. Aunque no me sea permitido imponer silencio á estas señoras, que son superiores á mí, os confieso, madre mia, que tengo una verdadera pena en escuchar tantas maledicencias; pero por mas que me muestro distraida, fastidiada y hecha una estátua, estas mugeres, poseidas del placer de despedazar á sus rivales, no sospechan el pesar que me causan. ¿No podria yo, sin faltar á lo que las debo, decirlas de una vez para siempre, que soy cristiana, y que la caridad no me permite escuchar discursos de esta especie? No es en esto solo en lo que mis oidos padecen tormento, pues la pureza de las costumbres no es en este pais mejor tratada que la caridad. Una muger virtuosa, decia algunos dias há un viejo libertino, es una muger que respetando la decencia pública, jamás ha dado que hablar de sí, sino que ha sabido manejar tan bien sus negocios, que nunca se ha informado de ellos el público: salvad el escándalo, y salvais el delito. Confieso que esto cuesta trabajo, añadia él; no importa, es necesario empezar bien, violentarse en extremo los primeros años que se aparece en

el mundo, y adquirirse una reputacion, á cuyo abrigo se pueda desquitar en lo sucesivo de la sujecion que se habia impuesto.

Nada tengo que deciros del Conde: la disipacion que causan las fiestas, que unas á otras se suceden, y las obligaciones que exige el empleo que ocupa, no le permiten verme á menudo, y cuando puede hurtar algunos instantes, se porta de modo que no me da motivo alguno de queja. Admiro la justicia con que habeis previsto su conducta, pero estoy demasiado bien instruida para ser la burla de ella. Quedo &c.

CARTA XIII.

RESPUESTA DE MADAMA MONTIER Á LA MARQUESA DE.***

Algo me embaraza el caso que me consultas en tu carta. El bien parecer no te permite imponer silencio á las personas superiores á tí; pero nada te impide que en su presencia hagas caer diestramente el discurso sobre la maledicencia; y entónces puedes á tu satisfaccion explicar el horror que tienes á este vicio. Continúa siempre en dejar ver por tu aire distraido y melancólico, el poco placer que te causa la relacion de las ac-

ciones agenas, y poco á poco será entendido este mudo lenguage. Tú no has visto aún nada respecto á la hipocresía que reina en Turin, donde la religion es una máscara con que se procura encubrir las acciones mas criminales. Tu padre ha hecho alguna mansion en ese pais, y conoce perfectamente los Piamonteses: ¡qué diferencia de esas costumbres á las de vuestros buenos Saboyanos! Así hay una verdadera antipatía entre esas dos naciones, que están debajo de una misma dominacion; y las alejan ménos las altas montañas que las separan, que la contrariedad de sentimientos. La chica, que ya debe estar contigo, me ha escrito de la Novelesa; me parece, no te enfades, mas valerosa que tú, y alaba mucho las atenciones de su conductor. No te recomiendo esta hija, persuadida á que está en tus manos como en las mias; estoy tranquila. Acabo de recibir una carta de Nancy, con la que podrás hacer la corte á la Reina. Mr. de La Galisiere ha tomado posesion de aquella ciudad por el Rey de Polonia: la Iglesia resonaba con los sollozos del pueblo, y el *Te Deum* que se cantó con música, apénas se oyó. Los que han prestado el juramento de fidelidad, y que apénas podian detener sus lágrimas, han tomado su texto sobre esta general afliccion: y se dice, á La Galisiere,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el mundo, y adquirirse una reputacion, á cuyo abrigo se pueda desquitar en lo sucesivo de la sujecion que se habia impuesto.

Nada tengo que deciros del Conde: la disipacion que causan las fiestas, que unas á otras se suceden, y las obligaciones que exige el empleo que ocupa, no le permiten verme á menudo, y cuando puede hurtar algunos instantes, se porta de modo que no me da motivo alguno de queja. Admiro la justicia con que habeis previsto su conducta, pero estoy demasiado bien instruida para ser la burla de ella. Quedo &c.

CARTA XIII.

RESPUESTA DE MADAMA MONTIER Á LA MARQUESA DE.***

Algo me embaraza el caso que me consultas en tu carta. El bien parecer no te permite imponer silencio á las personas superiores á tí; pero nada te impide que en su presencia hagas caer diestramente el discurso sobre la maledicencia; y entónces puedes á tu satisfaccion explicar el horror que tienes á este vicio. Continúa siempre en dejar ver por tu aire distraido y melancólico, el poco placer que te causa la relacion de las ac-

ciones agenas, y poco á poco será entendido este mudo lenguage. Tú no has visto aún nada respecto á la hipocresía que reina en Turin, donde la religion es una máscara con que se procura encubrir las acciones mas criminales. Tu padre ha hecho alguna mansion en ese pais, y conoce perfectamente los Piamonteses: ¡qué diferencia de esas costumbres á las de vuestros buenos Saboyanos! Así hay una verdadera antipatía entre esas dos naciones, que están debajo de una misma dominacion; y las alejan ménos las altas montañas que las separan, que la contrariedad de sentimientos. La chica, que ya debe estar contigo, me ha escrito de la Novelesa; me parece, no te enfades, mas valerosa que tú, y alaba mucho las atenciones de su conductor. No te recomiendo esta hija, persuadida á que está en tus manos como en las mias; estoy tranquila. Acabo de recibir una carta de Nancy, con la que podrás hacer la corte á la Reina. Mr. de La Galisiere ha tomado posesion de aquella ciudad por el Rey de Polonia: la Iglesia resonaba con los sollozos del pueblo, y el *Te Deum* que se cantó con música, apénas se oyó. Los que han prestado el juramento de fidelidad, y que apénas podian detener sus lágrimas, han tomado su texto sobre esta general afliccion: y se dice, á La Galisiere,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que el dolor de este pueblo perdiendo á sus príncipes, era una prenda segura de su adhesion á sus dueños, de que ellos darian siempre pruebas al Rey de Polonia, actualmente Duque de Lorena y de Bar. Este príncipe es muy propio para consolarlos. Yo tuve el honor de saludarle en Meudon en mi último viage: jamás he visto hombre mas popular. Sus criados lo miran como á su padre, y él los trata como á sus hijos, no desdeñándose de entrar en los mas menudos detalles sobre lo que les pertenece, y con un aire de bondad que le gana los corazones. Si los grandes se quisieran bajar cuando lo pide la ocasion, se harian adorar de sus inferiores; y el respeto que está fundado sobre el amor, es bien lisonjero y sólido. Tú, querida hija mia, lo has experimentado, y lo experimentarás cada dia mas, si continúas en acordarte que en la realidad nada te distingue de tus inferiores. Ellos son criaturas racionales como tú, y pueden conceder exteriormente alguna cosa á tu clase, pero saben desquitarse, y ponerte en el lugar natural, si no haces esfuerzos para excederles en virtudes, sobre todo, en humanidad y en humildad. Tu hermana, ántes de su partida, ha recibido sobre este asunto una excelente leccion. La personita es altiva, y lo dió á entender en presencia de algunas de sus

compañeras; díjola una de ellas en tono agrio: „Teneis razon, señorita, de haceros valer; nosotras „serémos siempre vuestras muy humildes cria„das; pues no tenemos que pensar se rompan si„llas de posta para hacer entrar marqueses en „nuestra familia." Esta aventura me llenó de gozo, y regalé á la que tambien habia humillado el orgullo de la chica. Su padre vino al dia siguiente á pedirme perdon de la grosería de su hija, y me la trajo: ella no tiene mas que doce años, y me dijo llorando, que sentia muchísimo haber hablado mal. Añadió con una efusion de corazon, que me encantó: „No es que yo esté en„fadada de ver á la Marquesa hecha una gran „Señora; si ella hubiese llegado á ser Reina, es„taria contenta, porque es muy buena, y jamás „ha sido altiva." La naturaleza se explicaba en esta pobre niña: si ella hubiera sabido discurrir un poco mas, se habria guardado de hablar así, y hubiera pensado lo que dijo. Adios, mi querida, nada digas de esto á tu hermana: ella se miraria en sus pasos, y yo quiero que la veas obrar segun su natural.

———

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARTA XIV.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER

Amada madre mia: estoy sumamente ufana de hallarme en alguna conformidad con el célebre Voiture. Mi padre me pide la descripcion de Turin: á aquel escritor le habian encargado la del Valentino, y jamás pudo decidir si la córte debia ir antes del Perron ó el Perron antes de la córte. Estoy precisamente en el mismo caso, y se me permitirá salir como él, poco mas ó ménos. ¡No habrá individualidades, y conténtese mi padre con que le recuerde en general, que aquí se ven casi tantos palacios como casas; las iglesias son magníficas, suelen servir como de teatro á las señoras para lucir sus vestidos, de lugar para citarse los amantes, y de asilo á los asesinos. Lo que os escribo es ciertísimo. Acompañé á la Reina dos dias há á los Carmelitas, y ví en las gradas de su iglesia una especie de tienda, de donde salió un espectro cubierto de andrajos, que vino á echarse é los pies de S. M. Esta Princesa, aunque estaba prevenida, se asombró: juzgad cual seria mi espanto al ver á este infeliz que lleva escritos sus crímenes en la cara, si puedo servirme de esta expresion. El empleo de este hombre de bien es el de asesinar á todos aquellos de quien se tiene gana de deshacerse, y como esta gana viene muy comunmente á los Piamonteses, que creen tener motivo de quejarse de alguno, no le falta ocupacion á este miserable. Se asegura que no pone dificultad en dejar su asilo para prestar su ministerio á los que lo exigen, y este es el mas acreditado en la ciudad para esta suerte de crímenes. La Reina tuvo horror de este monstruo, y me dijo que creeria cometer un crímen interesándose por él. ¿Es posible que la Religion pueda servir de pretexto á la impunidad de un hombre tal, y que á su sombra pueda él continuar viviendo en el delito? Mis sentimientos sobre este artículo fueron censurados, y escandalicé á una señora vieja Piamontesa, que sufrirá mejor ver atacar los misterios mas sagrados de nuestra Religion, que la inmunidad de los altares. Habia yo dicho que era menester arrancar á este infame del asilo que profana; y ella me preguntó, si tendria valor bastante para entregarle á la justicia, en caso que estuviese en mí el poder hacerlo. Hubiera creido poderla responder sin dificultad que *sí;* y sin embargo, cuando me representé á este desgraciado á mi disposicion, me pareció que mi horror á el se disminuia para hacer lugar á la com-

pasion. No me pesaria que fuese castigado, pero tendria mucha repugnancia en entregarlo yo misma al castigo que merece. Explicadme, si gustais, madre querida, de qué nacen en mí estos sentimientos contradictorios, que fueron los de toda la compañía á quien los comuniqué. ¿Hiere acaso el primero la humanidad? ¿es el segundo una debilidad, y contrario á la justicia?

Pero me detengo demasiado en un objeto tan desagradable, y debo daros cuenta de un concierto con que fuimos obsequiadas en esta iglesia. La música me pareció excelente, y fué ejecutada por las mas hermosas voces de la ciudad; pero el lugar me pareció poco propio para una diversion semejante, que ocasionó muchas irreverencias. La casa del Señor debe ser una casa de oracion; y allí se aplaudia en alta voz, y de un modo disonante la hermosura del espectáculo, y la melodía de las voces, sin que ninguno de los que estaban presentes pareciese dudar que en aquel lugar no debian estar juntos sino para adorar al Ser Supremo. Yo me esforcé vanamente á hacerlo: se me señalaba con el dedo, y se procuraba hablarme á cada instante. Por fortuna mia el Conde tomó tambien parte contra mí; y como de todos los hombres es éste á quien menos temo mortificar, le dije, de manera que me oyesen, que yo venia

á la iglesia para orar al Señor, y que así le suplicaba me dejase quieta. El Marqués no pudo menos de sentir que hablase así; y concluida la fiesta, me dijo que pasaria por ridícula; pero en fin, le he hecho convenir en que tenia razon. El mismo dia por la noche la Baronesa de R.**** ha querido burlarse de lo que ella llama gazmoñería: la Reina que por buenas razones no la ama, ha tomado esta ocasion para mortificarla aplaudiendo mi conducta. No podriais creer el efecto que esto ha producido; nada era hoy mas edificante que nuestras damas en la iglesia; y la Reina no ha podido menos de reirse conmigo de esta metamorfosis.

Mi hermanita ha tenido el honor de besar la mano á la Reina esta mañana. S. M. la ha colmado de favores, y ha querido presentarla al Rey. Os confieso que me ha sorprendido la serenidad que ha conservado en este lance: la córte parece su nativo pais, y nada tiene de aquel aire encogido, de que no me he podido deshacer enteramente. Por lo demas se porta muy bien, pero no puedo dejar de temblar por ella: ama el mundo, y parece hecha para agradarle: ¡cuántos peligros! Pongo todo en uso para ganar su confianza, creo que lo consigo; pero esto no me impide estudiarla mucho para ponerla fuera de estado de engañar-

me, si quisiese emprenderlo. Mi esposo la ama mucho mas de lo que os puedo explicar, y me parece la repite demasiado que quiere hacer su fortuna. La pobre muchacha creo no tiene necesidad de que se la hagan nacer estas ideas, y se porta como que cuenta fijarse aquí. Adivino sus disposiciones, y repito que no tengo que quejarme de su conducta; pero el natural se descubre fácilmente en su edad. Debemos ir hoy por la primera vez á la comedia francesa, donde se representa una tragedia que se dice es muy patética. Mi esposo se divierte en examinarnos, y me asegura que no podré detener mis lágrimas: yo tengo trabajo en creer que la ilusion del espectáculo pueda obrar hasta este punto.

CARTA XV.

RESPUESTA A LA ANTERIOR.

TIENES RAZON, AMADA HIJA MIA, de estar escandalizada, por el extraño abuso que reina ahí sobre la inmunidad de los altares; y sin ofender á tu señora Piamontesa, si dependiese de mí no habria asilo que pudiese librar de la justicia á un monstruo como el que me pintas en tu carta. Es menester un milagro para convertir un hombre

así; y como tú lo has observado, no se hace conservándole la vida, sino darle ocasion de multiplicar sus crímenes. Añade á esto que se llega á ser en algun modo cómplice de todos los delitos que continúe en cometer. Sin embargo, á pesar de todas estas razones no sé si podria resistir á la tentacion de salvar á un reo si estuviese su suerte en mis manos. La humanidad se conmueve cuando se la representa el horrible estado de un miserable pronto ya á recibir el castigo de su delito, y siempre se espera de él alguna feliz vuelta á la virtud. Estoy, no obstante, persuadida á que esto es una debilidad; pero como esta es la mia y la de todas las gentes de bien, es preciso que procure justificarla con un ejemplo.

Me hallé el año pasado en el campo con un buen religioso que tiene mas de ochenta años, y vé aquí lo que me contó.

Hace cuarenta años que fué enviado para disponer á morir á un salteador de caminos. Le encerraron con el paciente en una capilla, y mientras que él hacia todos sus esfuerzos para excitarle al arrepentimiento de su delito, notó que este hombre estaba distraido, y que apenas le escuchaba. Querido amigo mio, le dijo: ¿Pensais que dentro de algunas horas habeis de comparecer delante de Dios? ¿Qué es lo que os puede distraer

de un negocio de tanta importancia? Teneis razon, padre mio, le dijo el reo, pero no puedo quitarme de la imaginacion que solo en vos consistiria el salvarme la vida, y un pensamiento tal es muy capaz de causarme distracciones. ¿Cómo me manejaria para salvaros la vida? Respondió el religioso; y cuando esto estuviese en mí, ¿podria arriesgarme á hacerlo, y daros por este medio ocasion de acumular vuestros crímenes? Si eso es lo que únicamente os detiene, respondió el paciente, podeis contar con mi palabra, he visto de muy cerca el suplicio para volverme á esponer á él. El religioso hizo lo que tú y yo hubiéramos hecho en semejante ocasion; se dejó enternecer, y ya no se trató mas que de ver como se habian de manejar. La capilla en que estaban, no tenia mas luz que la que daba una ventana que estaba junto al techo, que tenia mas de quince piés de elevacion. No teneis, le dijo el reo, mas que poner vuestra silla sobre el Altar, que nosotros podemos trasportar al pié de la pared: vos subiréis sobre la silla, y yo sobre vuestros hombros, desde donde podré ganar el techo. El religioso se prestó á esta maniobra, y despues de haber vuelto á poner en su lugar el Altar, que era portátil, permaneció tranquilamente en su silla. Al cabo de tres horas, el verdugo que se

impacientaba, llamó á la puerta, y preguntó al religioso, qué se habia hecho el reo. Sin duda que ese hombre es un ángel, respondió el religioso friamente, porque á fé de sacerdote, él ha salido por esa ventana. El verdugo, que en esto perdia, despues de haber preguntado al religioso que si se burlaba de él, corrió avisar á los jueces. Fueron éstos á la capilla, donde nuestro religioso sentado, mostrándoles la ventana, les aseguró en conciencia que el paciente habia salido por ella, y que poco habia faltado para que se hubiese encomendado á él teniéndole por un ángel; que además, si era reo, lo que él no creía despues de lo que le habia visto hacer, él no estaba allí para ser su guarda. Los magistrados no pudieron conservar su gravedad viendo la serenidad de este buen hombre; y despues de haber deseado un feliz viage al paciente, se retiraron. Pasando este religioso veinte años despues por las Ardenas, se halló perdido al acabarse el dia; y habiéndole examinado muy atentamente uno como aldeano, le preguntó donde queria ir, asegurándole que el camino que iba á tomar era muy peligroso. Añadióle que si queria seguirle, él le llevaria á una quinta no muy distante, en que podria pasar tranquilamente la noche. El religioso se halló en el mayor embarazo. La curiosidad con que este hombre le ha-

bia mirado, le hacia sospechar; pero considerando que si él tenia algun mal designio, le seria imposible escapar de sus manos, le siguió temblando. Su miedo no duró mucho. Descubrió la quinta, de que le habia hablado el aldeano; y éste, que era el dueño de ella, mandó, al entrar, á su muger que matase un capon, y los mejores pollos del corral para regalar bien á su huésped. Mientras que se preparaba la cena, volvió á entrar el aldeano seguido de ocho niños, á quienes dijo: Dad, hijos mios, las gracias á este buen religioso; sin él, ni vosotros ni yo estariamos en el mundo, él me salvó la vida. El religioso entónces recordó las facciones de este hombre, y reconoció al ladron, cuya evasion habia favorecido. Toda la familia le colmó de caricias y de acciones de gracias; y cuando estuvo solo con él, le preguntó, por qué casualidad se hallaba tan bien establecido. Yo os he cumplido mi palabra, le dijo el ladron; y determinado á vivir como hombre de bien, vine pidiendo limosna hasta este lugar, que es el de mi nacimiento. Entré á servir al amo de esta quinta, y habiendo ganado su afecto por mi fidelidad y esmero, me hizo casar con la única hija que tenia. Bendijo Dios los esfuerzos que hice para ser hombre de bien: he juntado alguna cosa, vos podeis disponer de mí y de

todo lo que me pertenece; y ahora que ya os he visto, moriré contento, pues que os puedo dar pruebas de mi gratitud. El religioso le dijo, que él estaba ya muy pagado del servicio que le habia hecho, pues que usaba tan bien de la vida que le habia conservado. Nada quiso aceptar de lo que le ofrecian; pero no pudo negar al aldeano el quedarse algunos dias en su casa, donde le trataron como á un Príncipe. Despues le obligó este buen hombre á que á lo menos admitiese uno de sus caballos para concluir su viage, y no quiso dejarle hasta que salió de los caminos peligrosos, que son muchos en aquellos parages.

He aquí, querida hija mia, un ejemplo propio para justificar nuestra debilidad; pero se podrian citar otros veinte, que prueban que el patíbulo rara vez pierde su presa, y que es muy raro que esta especie de gentes se corrija.

Yo he hecho muchas veces la misma reflexion que tú en punto á las fiestas que se dan en las iglesias. Nada es tan propio como la música para elevar el corazon á Dios; pero es tal la suerte de los mejores usos que tienen alguna relacion con los placeres de los sentidos, que se olvida el fin para que se instituyeron, y solo se fija la atencion en el gusto de gozar de ellos. Por lo demás, no podria censurar tu conducta en esta oca-

sion; eres cristiana, y jamás debes avergonzarte de parecerlo á los ojos de los mundanos.

No me ha cogido de nuevo lo que me dices de tu hermana: ella tiene el corazon altivo, y siempre ha pensado que todo lo podia esperar en vista del matrimonio que tú hiciste; pero por otra parte tiene un carácter bastante bueno, y espero que aun podrás sacar partido de este defecto, que se llama en el mundo grandeza de alma, y que no es otra cosa realmente que un verdadero orgullo. Me hubiera guardado bien de esponerla de mi propio motu á los peligros del gran mundo; pero mi mayor devocion es el abandonarme á la Providencia: creeria hacer un crímen en oponerme á sus disposiciones, y te repito, que ella nos concede las gracias del estado á que nos destina. Respeto pues sus órdenes; ella es la que ha dispuesto el corazon de tu esposo en favor de esta niña: no nos mezclemos en lo que querrá hacer por ella, y limitémonos solamente á fortificarla contra los peligros del estado á que Dios la llama. Tal consigue su salvacion en la córte, que se hubiera perdido en la soledad de un cláustro, si hubiese entrado en él sin vocacion.

Presumes tú demasiado de tu filosofía, cuando te prometes resistir al entretenimiento que produce la representacion de una buena tragedia;

me he reido muchas veces de mi tontería, pero al mismo tiempo lloraba de tan buena gana como cualquiera otra. Tu historia será la mia; llorarás, querida hija, aunque te rias de tu flaqueza, cuando vuelvas á tu casa. He pensado muchas veces en el uso que se podria hacer del teatro para la correccion de las costumbres, y ciertamente podria llegar á ser un resorte poderoso para llevarnos á la virtud; pero por desgracia los autores parecen haber olvidado este bello fin del poema dramático. No quiero decirte mas en este artículo por miedo de no prevenirte, y quiero saber tu dictámen antes de esponerte el mio.

CARTA XVI.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

Querida madre mia: Vos me perdonareis sin duda mi silencio cuando sepais el extraño accidente que le ha causado. El dia que debia ir á la comedia, me hallé muy desazonada, y se temió que abortase. El médico me prohibió salir, y como el Marqués se habia empeñado en conducir á la Baronesa de R.**** á nuestro palco, le fué preciso dejarme sola y suplicó al Conde me hiciese compañía. Este, despues de haberme mirado de

manera que me daba á entender el precio del sacrificio que me iba á hacer, dijo al Marqués que creia que tenia yo necesidad de reposo, y que seria mejor dejarme en libertad de tomarlo. Insistí mucho en que mi esposo tomase este consejo, y el Conde le acompañó al espectáculo. Habia estado todo el dia acostada, y sintiéndome mejor, me levanté á las once de la noche, queriendo tener el gusto de sorprender al Marqués á su vuelta. Madama de R.**** tenia dada palabra para despues de la comedia, y así sabia yo que él debia venir al instante que se acabase. El Conde que debia tambien cenar con madama de R.,**** halló modo de desembarazarse de esta partida con el pretexto de acompañar á mi esposo. Ellos salieron sin aguardar á que se acabase la representacion, porque el Marqués estaba inquieto. Los criados, que no los esperaban tan pronto no se hallaron á la puerta, de suerte que vinieron solos. A cien pasos de nuestra casa fueron atacados por siete hombres enmascarados, á quienes tuvieron al principio por ladrones; pero habiendo gritado el uno de ellos al Conde que se retirase y que no se queria mas que al Marqués, conocieron que eran asesinos. No puedo menos, mi amada madre, de hacer justicia al Conde. Léjos de pensar en su seguridad en un combate tan desigual, no pensó

mas que en la del Marqués; lo que hizo con tanta mayor eficacia, cuanto que los asesinos parecian temer el herirle. Mi esposo por otra parte estaba resuelto á vender caramente su vida. El parage era solitario, y no tenian que esperar socorro, de suerte que peleando como desesperados, tres de los asesinos dieron en tierra; los otros, ó heridos ó intimidados, tomaron la fuga. Llegados á casa el Conde y mi esposo, enviaron criados para hacer quitar de allí los cuerpos; y habiendo sabido el Marqués que yo estaba levantada, prohibió que se me hablase de esta aventura, y subió con su amigo á mi cuarto. Advertí muy demudado á mi esposo, y temí haberle desagradado levantándome. Me aseguró que no, pero me suplicó con instancias que me volviese acostar, diciéndome que ellos cenarian al lado de mi cama. El se preparaba á salir de mi cuarto con su amigo, para dejarme la libertad de desnudarme, y contaba con emplear este tiempo en tomar las medidas necesarias para las resultas de su accidente. Yo estaba en una silla poltrona, y me levanté cuando ellos salian. Mi caja se cayó, el Conde se acercó precipitadamente á cogerla, y en el instante que me la presenta, vacila y cae á mis piés. No estaba en mi cuarto mas que una de mis criadas, que acudió al so-

corro del Conde, como tambien el Marqués que desabrochó el vestido de su amigo para darle aire: juzgad de mi espanto al ver la camisa del Conde empapada en sangre. Habia sido herido, y en el calor del combate no lo sintió. El capote con que estaba envuelto, porque hacia frio, nos habia impedido descubrir que se desangraba, y como él nos dijo despues, atribuia su debilidad á la emocion que le habia causado la pendencia: mi esposo, con la ayuda de esta muger, llevó al Conde á mi cama, y me dijo que no me asustase, porque él sabia la causa de este accidente. Hube de romper mi campanilla á fuerza de tocarla, y todos los criados acudieron. Se acostó al Conde en mi cama, sin que le volviese el conocimiento; pero un cirujano que llegó bien pronto, habiendo registrado su herida, nos aseguró que no podia ser peligrosa. Mi esposo entónces se vió obligado á confesarme lo que habia sucedido; pero me ocultó lo que me hubiera causado mas inquietud, y solo me dijo que les habian acometido ladrones, á quienes habian hecho huir. El Conde recobró sus sentidos; y como no se llamó al cirujano que habia visto por el pronto su herida, mas que por su inmediacion, se tuvo cuidado de buscar otro muy hábil, que habiendo hallado calentura en el Conde, llamó al Marqués en

particular, y le dijo que temia que la arma con que se habia herido á su amigo, estuviese envenenada. Confirmóse en esta opinion despues de haber examinado la herida, y nos dijo, que no tenia esperanza de salvar al Conde, sino cortándole el brazo con toda presteza para impedir que el veneno se comunicase. Mientras venian dos de sus compañeros, que habia pedido, le ligaron el brazo por mas arriba de la herida, y se le hizo tomar mucha triaca. Esta circunstancia del veneno me abrió los ojos. El Marqués no pudo menos de confesarme la verdad; y yo me hallé dividida entre el temor que me inspiraba el riesgo en que se hallaba mi esposo, y la compasion hácia el Conde, que con tanta generosidad le habia salvado la vida, tal vez á costa de la suya. Este generoso amigo, mas atento á lo que en mí pasaba que á su estado, me dijo en pocas palabras, que se tendria por feliz si podia, perdiendo su vida, conservarme un esposo tan digno de mi ternura. Olvidé en este momento que era un amante el que me hablaba, y mi reconocimiento me arrebató. Vivid, mi estimado Conde, le dije, para participar con él de mi amistad y mi estimacion; no sé cual de vosotros dos me será mas querido en lo sucesivo. Los cirujanos en el ínterin tenian su junta. Como la herida no estaba

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas que en las carnes del brazo, decidieron que bastaria sajar la circunferencia de la llaga, lo que inmediatamente se ejecutó. En vano se me quiso obligar á salir de allí: yo quise hallarme presente á esta operacion, y el Conde la sufrió con un valor heróico. El me miraba muchas veces, y parecia decirme que estaba sumamente contento de padecer por un motivo tal, y yo no me acosté hasta que me aseguraron que habia buenas esperanzas. Mi esposo quiso pasar al lado de su cama lo restante de la noche, que para el pobre Conde fué cruel; porque habian puesto en sus llagas yerbas propias á espeler el veneno, y éstas le causaron dolores increibles. No pude cerrar los ojos, ni me tranquilicé hasta que se le quitó el primer vendaje: entónces fué cuando los cirujanos respondieron de la vida del enfermo, y mi esposo pudo informarse de la situacion en que se hallaban los tres asesinos que habian quedado en la calle. Estos miserables habian sido llevados al hospital; pero como ya estaban sin vida, no fué posible adquirir luz alguna sobre aventura tan melancólica. Hasta el momento en que os escribo, no he podido procurarme un instante de tranquilidad; el Marqués tiene enemigos, y será dificil que se escape largo tiempo á su traicion. Si él me creyera, abandonaria-

mos inmediatamente una ciudad que ha empezado á sernos tan funesta: yo he dejado entrever mis deseos al Marqués, pero él se burla de mis temores, y pretende antes de poco descubrir á los que han hecho maniobrar á sus asesinos. Adios, madre mia, pedid al Señor que proporcione mi fuerza á los golpes que me destina.

P. D.

Se me olvidaba deciros que el Marqués está enamorado del buen corazon de mi hermana. La contó él mismo su accidente, y cuando ella supo que él debia la vida al valor del Conde, se levantó con transporte, y fué á besar las manos al enfermo. Este primer movimiento nos ha causado á todos un gusto muy grande, y sobre todo á mi esposo, que dice no lo olvidará en su vida. Quiere ser ella misma la guarda del Conde, y no le deja un momento mas que cuando lo manda la decencia.

CARTA XVII.

RESPUESTA.

QUERIDA HIJA MIA: La lectura de tu carta me estremece, y sin querer asustarte por las re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas que en las carnes del brazo, decidieron que bastaria sajar la circunferencia de la llaga, lo que inmediatamente se ejecutó. En vano se me quiso obligar á salir de allí: yo quise hallarme presente á esta operacion, y el Conde la sufrió con un valor heróico. El me miraba muchas veces, y parecia decirme que estaba sumamente contento de padecer por un motivo tal, y yo no me acosté hasta que me aseguraron que habia buenas esperanzas. Mi esposo quiso pasar al lado de su cama lo restante de la noche, que para el pobre Conde fué cruel; porque habian puesto en sus llagas yerbas propias á espeler el veneno, y éstas le causaron dolores increibles. No pude cerrar los ojos, ni me tranquilicé hasta que se le quitó el primer vendaje: entónces fué cuando los cirujanos respondieron de la vida del enfermo, y mi esposo pudo informarse de la situacion en que se hallaban los tres asesinos que habian quedado en la calle. Estos miserables habian sido llevados al hospital; pero como ya estaban sin vida, no fué posible adquirir luz alguna sobre aventura tan melancólica. Hasta el momento en que os escribo, no he podido procurarme un instante de tranquilidad; el Marqués tiene enemigos, y será dificil que se escape largo tiempo á su traicion. Si él me creyera, abandonaria-

mos inmediatamente una ciudad que ha empezado á sernos tan funesta: yo he dejado entrever mis deseos al Marqués, pero él se burla de mis temores, y pretende antes de poco descubrir á los que han hecho maniobrar á sus asesinos. Adios, madre mia, pedid al Señor que proporcione mi fuerza á los golpes que me destina.

P. D.

Se me olvidaba deciros que el Marqués está enamorado del buen corazon de mi hermana. La contó él mismo su accidente, y cuando ella supo que él debia la vida al valor del Conde, se levantó con transporte, y fué á besar las manos al enfermo. Este primer movimiento nos ha causado á todos un gusto muy grande, y sobre todo á mi esposo, que dice no lo olvidará en su vida. Quiere ser ella misma la guarda del Conde, y no le deja un momento mas que cuando lo manda la decencia.

CARTA XVII.

RESPUESTA.

QUERIDA HIJA MIA: La lectura de tu carta me estremece, y sin querer asustarte por las re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sultas del asesinato que te hubo de privar de tu esposo, te exhorto á que no desprecies ninguna de aquellas precauciones que la prudencia te dicte para lo sucesivo. Es indudable que el Marqués tiene enemigos, y podria ser que tomen mejor sus medidas para deshacerse de él; v. g., el veneno. Tu esposo en este punto debe ser lo mas circunspecto que le sea posible; que no coma sino en casas de la mayor confianza, y que jamás refresque en las botillerías públicas. Pero despues que hayas hecho todo lo que esté en tu mano, arrójate, hija mia, en los brazos de la Providencia: ella te ha proporcionado un socorro que no esperabas en la persona del Conde, que naturalmente no debia acompañar á tu marido la noche que fué atacado. Esta circunstancia me deja segura. Dios vela sobre la conducta del Marqués: ¿qué mortal seria bastante poderoso para dañarle? No podria yo condenar el que hayas manifestado al Conde todo tu reconocimiento; te aconsejo aun que continúes en demostrárselo, pues él no puede sacar de eso otras consecuencias para su amor, que las que del todo le quiten la esperanza, supuesto que tu gratitud solo se funda en el cariño que profesas á tu esposo. Tal vez este es el único medio de sofocar la pasion de ese pobre Conde, á quien compadezco, y á

quien amo actualmente con todo mi corazon. Tu padre escribe al Marqués, dándole la enhorabuena de haber escapado del riesgo en que se vió; hay en la carta algunos renglones de mi mano, y te pido le reiteres de mi parte la súplica que le hago de que nada desprecie para su conservacion.

CARTA XVIII.

RESPUESTA DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

MADRE MIA: Nada nos queda ya que hacer sino dar gracias á Dios, y yo me doy prisa á escribiros para sacaros de la inquietud en que os considero. Al dia inmediato de haber recibido vuestra carta, vino un eclesiástico á hablar á mi esposo; y habiéndole llamado aparte, le suplicó le siguiese á casa de uno que se estaba muriendo, y que tenia cierta cosa de importancia que decirle. Habiéndome participado mi esposo lo que pasaba, igualmente que al Conde, fuimos ambos de parecer que siguiese á este eclesiástico, que conociamos por un hombre muy de bien. Comenzábamos no obstante á tener alguna inquietud, porque el Marqués estuvo ausente cer-

ca de dos horas. Cuando volvió, me pareció muy mudado, y ved aquí lo que nos contó. El enfermo, á cuya casa se le habia llevado, no tenia ya de vida sino algunas horas; mas á pesar de la mudanza que una muerte próxima habia causado en su rostro, no bien le hubo visto mi esposo, cuando le conoció. Era un mozo que habia servido algunos años al Conde, y actualmente servia á Madama de.**** Esta era una viuda rica y hermosa: el Marqués la amó algunos años, y vivieron en la familiaridad mas estrecha, aun en vida de su mismo esposo, que murió durante la ausencia del Marqués. Esta señora que jamás dudó que se casaria con él si llegaba á ser libre, se apresuró á darle cuenta de estar ya viuda; y el Marqués recibió su carta en Chambery pocos dias despues de habernos casado. Resuelto á serme fiel, dió una respuesta, que diciendo á esta señora que habia ya dispuesto de su corazon y de su mano, la puso en la última desesperacion. Ella se lisongeó no obstante de que el Marqués no volveria á verla impúnemente. Era de una clase que exigia ciertos miramientos, y mi esposo no hubiera podido romper absolutamente con ella sin perjudicar á su reputacion. Continuó pues en verla algunas veces; pero aunque evitase con cuidado el hallarse solos, ella supo

buscar ocasiones para ello. Empleó una vez las lágrimas, otra las súplicas y las quejas, y convencida de haber perdido al Marqués para siempre, su amor despreciado se convirtió en furor, y resolvió vengarse. Para ejecutar el atentado que meditaba, se valió de su ayuda de cámara; y aunque este miserable no fuese novicio en esta suerte de crímenes, no pudo resolverse á manchar sus manos en la sangre del Conde, á quien habia servido y de quien no tuvo jamás motivo de queja. El fué el que le gritó que se retirase, y el que ordenó á sus malvados compañeros el respetar á su antiguo amo. Esto es sin duda lo que salvó la vida al Marqués, á quien este desgraciado, que acababa de reconciliarse con Dios, pidió mil perdones del crímen de que se habia hecho culpable respecto á él, nombrándole su enemiga, y advirtiéndole que se precaviese contra su rabia, porque ella habia jurado perderle. Mi esposo consoló á este pobre moribundo, que parecia penetrado de pesar, y habiéndole prometido con juramento que jamás haria mal uso de lo que acababa de decirle, le suplicó tuviese á bien el que se pusiese por escrito, en lo que consintió el enfermo. El firmó su declaracion, igualmente que el eclesiástico que estaba presente, y el Marqués volvió á casa con este documento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Su designio era hacer que su enemiga lo firmase tambien, amenazándola informar al Rey de su crímen si lo rehusaba. Persuadíase y con razon, que ella no se atreveria en lo futuro á emprender nada contra su persona, conociendo bien que se la haria responsable de lo que podria suceder. En el mismo instante en que nos explicaba sus intenciones, recibió un billete de esta desgraciada, que habia sabido la visita hecha á su cómplice; y no creyendo que el Marqués tuviese bastante generosidad para perdonarla, se habia entregado á la desesperacion. Su billete acababa con estas palabras: *os he quitado vuestra víctima, y el veneno que tomo en este instante me pondrá dentro de pocas horas en estado de no temer vuestra venganza.* Me estremecí al leer estos renglones, y penetrada de compasion por el alma de esta infeliz, conjuré al Marqués me permitiese volar á su socorro. El no se opuso á mi resolucion, pero temiendo el furor de una rival, quiso acompañarme. Hallamos á esta muger en un sofá, estraviada la vista, y pintada la desesperacion en su semblante. Cuando me descubrió, dió un grande grito. ¿Venís, me dijo, á insultar los últimos momentos de una desgraciada, de cuya pérdida sois vos la causa? Bien, señora, contemplad vuestra obra, y vivid tranquila con un ingrato, cuyos

dias jamás hubieran estado seguros si yo no hubiese acabado los mios. ¡Ah, madre mia, quién podria explicaros los combates que experimenté en este momento! La lástima hizo lugar en mí á la indignacion, y sin embargo me ví tentada á abandonar á esta furia á su mala suerte: pero Dios me dió en esta ocasion una fuerza extraordinaria.

Me senté al lado de esta muger, y habiéndola cogido las manos, que apreté con las mias; no señora, la dije, la que aquí veis no es una rival que viene á insultar vuestro estado; es una amiga que viene á conjuraros tengais lástima de vuestra alma: es el Marqués, que olvidando vuestros furores, viene á prometeros el silencio mas profundo sobre todo lo pasado. Los momentos son preciosos; pensad en conservar vuestros dias, y en reparar, por una conducta digna de vos, los desórdenes que una infeliz pasion os ha hecho cometer. Esta muger, habiéndose levantado, y juntando las manos, me dijo: ¿pues qué, señora, sois vos la que os interesais en mi vida? ahora conozco todo el horror de mi delito; dejadme morir para expiarle. Volviéndose despues hácia mi esposo; yo no conocia á mi rival, le dijo, cuando pretendí robarla vuestro corazon; vivid para ella, y perdonadme: mi arrepentimiento es igual á mi falta. Yo la interrumpí diciéndole: despues de

vuestra carta me he prevenido con algunos contravenenos, y los tengo conmigo: la insté á que tomase el que mas le convenia, y se resolvió á ello. El socorro fué bastante pronto para volverla la vida; pero ha sufrido por espacio de dos dias dolores inexplicables. No la he abandonado sino el tiempo en que ha estado con un eclesiástico, á quien habia hecho llamar, y que parecia estar muy edificado de su arrepentimiento. No puedo explicaros cuan agradecida se me mostró. Ayer, segun mi costumbre, fuí á pasar la siesta con ella; me pareció que estaba distraida, y me suplicó la dejase sola, asegurándome que ya no tenia que temer de sus furores. Esta mañana recibí una carta suya, cuyos caracteres casi borrados por sus lágrimas, apénas se distinguen. En ella refiere sus estravíos en términos capaces de enternecer los corazones mas duros. Si el sábio eclesiástico que la dirige, no hubiera moderado los efectos de su arrepentimiento, ella hubiera publicado sus crímenes, y se habria expuesto á los castigos que merecen. Se ha ido para expiarlos á un austero retiro. El mayor sacrificio que hace al Señor, dice, es el alejarse de mí, pero añade que no es digna de gozar de mi vista, y que conoce muy bien cuanto horror debe inspirarme la suya. En fin, madre mia, esta

pobre muger nos ha dejado penetrados de la mas viva compasion. ¡Cuántas reflexiones me ha dado ocasion de hacer esta aventura! Esta muger no habia nacido cruel; su corazon era tierno, y por haberse entregado á su pasion, ha caido en un abismo, de que no podia salir sino por un milagro de la Divina Misericordia. Tendria mil cosas que deciros sobre este particular; pero es ya demasiado larga la carta, y es menester deciros algo del Conde, cuya salud está casi del todo restablecida, y se hubiera vuelto ya á su casa si mi esposo se lo hubiera permitido; él le ha instado muchas veces para esto, pero yo conozco que no le pesa ser violentado en este artículo. Ojalá me dejase libertad de estimarle á mi satisfaccion; pero, madre mia, no puedo engañarme, su pasion se descubre en medio de la violencia que se hace para ocultármela. Le compadezco sinceramente, y aunque me haya dado pruebas nada equívocas del cariño que tiene á mi esposo, os confieso que no puedo sin algun temor ver los progresos de una pasion tan peligrosa. Una pasion mudó las inclinaciones de la señora de que acabo de hablaros: ¿No podria otra alterar al fin la probidad de este pobre Conde? ¡Dios mio! Apartad de mí las desgracias que temo tal vez sin fundamento. ¿Qué viene á ser la felici-

dad de este mundo? Todo parece servir á mis deseos: soy la envidia de las mugeres con quienes vivo, y ellas citan mi suerte como un modelo de la que desean para sí. ¡Qué no puedan penetrar hasta el fondo de mi corazon, y ver las inquietudes de que se halla despedazado! A todas estas inquietudes se une otra, que yo os callaria de buena gana si creyera deberlo hacer. Mi hermana está desfigurada; desde el accidente sucedido á mi esposo, ha perdido su alegría; pensativa é inquieta, no corresponde á mis caricias y preguntas; atribuye su situacion al peligro de su hermano, que tiene siempre á la vista segun dice; mas sin conocer la causa de esta mudanza, y aun sin sospecharla creo que ella no es sincera. Yo pensaria desde luego que tiene alguna inclinacion; pero desde que, por decirlo así, ha mudado de carácter, á nadie vemos. Obligado el Marqués á ir con frecuencia á la córte, nos quedamos nosotras horas enteras en el cuarto del Conde sin hablar palabra. El me mira y suspira: yo bajo los ojos, y gimo por su situacion. Mi hermana, que parece estar ocupada enteramente en su labor, nos examina no obstante con curiosidad, y suspira por su parte. Puede ser que al fin descubra yo la causa de su tristeza, sobre la cual os suplico me digais vuestro parecer. Quedo &c.

CARTA XIX.

RESPUESTA A LA PRECEDENTE.

BIEN TE HABIA DICHO, QUERIDA MIA: Dios vela sobre los dias del Marqués, y tú debes abandonarte sin reserva á los cuidados de este Padre vigilante y tierno. Me estremece la pintura que me haces en tu carta del combate que te has visto obligada á sostener contra la naturaleza, con motivo de tu enemiga. Bendijo Dios la violencia que te has hecho, y es un grande consuelo para tí el pensar que eres el instrumento de que se ha querido servir para hacerla entrar en sí misma. Creo, como tú, que esa muger tenia el alma mas débil que mala. Pero no te engañes, mi amada hija; esta blandura de alma, si puedo decirlo así, es la peor de todas las disposiciones. Jamás me asusté de las pasiones de una persona racional y valerosa: sus combates son grandes á la verdad, pero por poca religion que tenga, llega á salir victoriosa. Lo que al contrario, un carácter fácil es susceptible de toda suerte de impresiones. Una pasion violenta, levantándola sobre su propia debilidad, la hará cómplice de los mayores crímenes, si lo exige el

interés de su pasion: su razon entónces la muestra vanamente el precipicio; carece de valor para resistir al torrente, y le sigue. Te hago esta advertencia para asegurarte respecto al Conde; nada tienes que temer de él por lo que hace á tu esposo, ni mas precaucion que tomar por lo que hace á tu corazon; y aun te exhortaré á no llevar muy adelante estas precauciones. Temes á Dios, y amas á tu esposo; he aquí dos barreras que son tanto mas dificiles de allanar, cuanto este esposo no es ni celoso ni inconstante. Te advierto por otra parte, que aun tendrás otra tercera barrera, que no te será menos dificil de vencer. Tienes una rival tanto mas temible, cuanto el amor la ilustrará sobre tus sentimientos.

Ya he adivinado el enigma, querida hija mia: tu hermana ama al Conde, su atencion en examinaros á uno y á otro, es una prueba de ello. Aun digo mas; estoy segura de que ella ha penetrado los sentimientos del Conde hácia tí; yo no te aseguraria que ella conociese los suyos por él; su inocencia se los dejará quizá ignorar aun largo tiempo, y no es del caso abrirla los ojos en este artículo. Lo que me admira es que esta niña haya podido gustar de un hombre tan desigual en la edad. El conocimiento del servicio que él ha hecho á tu esposo, y lo que le ha visto padecer, le habrán excitado sus pasiones; y en ese estado ¡cuán fácil es al corazon de una jóven dejarse sorprender! Dedícate, hija mia, á hacerla comprender cuánto la importa el velar sobre los movimientos de su corazon; házla conocer que es imposible hacerse dueño de estos movimientos sino por la gracia del Señor, y empéñala á pedírsela sin cesar. Espero que muy pronto se volverá á su casa el Conde; ella le verá ménos, y puede ser que la ausencia, la disipacion, y la ligereza natural en su edad, borren estas impresiones, que no pueden ser todavia muy grandes. Adios, hija mia, confia en el Señor; pues solo él sabe sacar nuestro bien de las cosas que nos parecen mas contrarias.

CARTA XX.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

AMADA MADRE MIA: Otro proyecto de ir á la comedia, fallido; y probablemente está escrito en la mesa de mármol que sucederá algun accidente siempre que mi esposo se determine á llevarme al teatro. Estando ya el Conde perfectamente restablecido, se celebró su primer salida con

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una pequeña funcion. Fuimos á comer á la Meute; mi esposo llevó buena compañía, y nosotros partimos por la tarde para estar al principio del espectáculo. Se divirtieron en el camino en discurrir los esfuerzos que yo haria para contener mis lágrimas, y cada uno se formaba una fiesta de estar á mi lado. Llegamos, y supimos que no se representaba aquel dia, porque el primer actor estaba enfermo. Será de miedo, dijo un hombre que se presentó á la puerta al mismo tiempo que nosotros, porque se sabe que no se ha hecho ningun mal dando el salto mortal. Este discurso era un enigma para nosotros, que habiamos pasado todo el dia en el campo; pero muy pronto lo supimos. La Baronesa de R.**** que se llama comunmente la favorita, estaba conocida por enamorada del primer galan. Este pobre muchacho, lisongeado de ser rival de un hombre de importancia, se metió de cabeza en la aventura, y se fué ayer tarde á casa de la Baronesa; pero apénas habia estado en su cuarto siete minutos, cuando llamaron con violencia á la puerta. Nuestro héroe, que hubiera querido entónces estar muy léjos de allí, no tuvo otro recurso que echarse del primer piso de la casa abajo, y refugiarse prudentemente en casa del embajador de Francia. No tengo escrúpulo de con-

taros este lance, porque se sabe en toda la ciudad, y se habló mucho sobre él en nuestra tertulia. ¿Es posible, dijo una señora vieja, que haya mugeres tan poco miradas, que se bajen hasta un cómico? ¿no se deberia siquiera por el honor del sexo despreciar á una criatura semejante? Las mugeres de mi tiempo eran mucho mas reservadas y no se las perdonaba una debilidad sino en cuanto podian justificar su eleccion. Todo el mundo aplaudió el discurso de esta muger, que me escandalizó tanto como si oyese esta máxima por primera vez. No se creen con derecho de despreciar á las que cometen el delito porque Dios lo prohibe, sino solo porque no se sujetan á las exterioridades que exige el mundo se observen al cometerlo. No hay delito que se perdone mas facilmente que el galanteo, con tal, se dice, que las mugeres se conduzcan en él con decencia. Todos tienen en la boca la máxima de Bussi, y si pudieran, la gravarian en sus puertas:

No es el amor quien nos pierde,
Pero sí el modo de hacerle.

Es sin duda á esta peligrosa preocupacion á lo que se debe atribuir, igualmente que á la mala

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

educacion que ellas reciben, el desarreglo de las damas Piamontesas. Apénas sale una niña de la infancia, cuando le insinúan que una muger no se hace recomendable mas que por el número de amantes que rinde, y que solo el amor puede procurarla una felicidad real. A consecuencia de esto un aya nada omite para hacer á su educanda capaz de inspirar grandes pasiones, y así están ellas consumadas en el arte del galanteo. A mi llegada aquí me admiré de hallar mugeres de talento limitadísimo, y llenas de una crasa ignorancia, disertar horas enteras sobre el amor, y sobre sus efectos. Niñas de trece á catorce años, recien salidas del convento, me parecian tan sábias en este particular, como las que tenian la mas larga experiencia. En este pais las casas religiosas son mas bien escuelas de galantería, que asilos de la piedad y de la inocencia. Antes de salir de allí una niña, hace el ensayo de sus encantos nacientes con los caballeros que frecuentan el locutorio. Casi no salen del monasterio sino para casarse, y son perfectamente indiferentes sobre la eleccion que se les hace, porque un esposo no es mas que una capas á cuyo abrigo piensan ellas entregarse á su inclinacion. Habia oido decir que estos naturales eran celosos, y me imaginaba que era de sus

mugeres, pero estaba en un error. Un marido vé tranquilamente las galanterías de su esposa; y llega á ponerse furioso si la muger de su vecino, á quien ama, toma la libertad de hablar familiarmente á otro que á él. Esto produce las mas singulares escenas: me he hallado cien veces en tertulias en que la señora de la casa hacia completamente los honores; la presencia de su esposo no la impedia responder á los cumplidos que la dirigian los caballeros, y sostenia la conversacion con espíritu, mostrando una alegría que aumentaba sus encantos. Pero de repente este bello humor se eclipsaba; un semblante sombrío y adusto tomaba su lugar; veía yo á esta muger turbada y sujeta hasta el punto de no osar levantar los ojos para ver á los hombres, hacer alarde de tratarlos con aspereza, y apénas atreverse á responder á las preguntas mas indiferentes. Léjos de parecer la compañía enfadada contra un procedimiento semejante, se prestaba á su manía; se encargaba otra de obsequiar á la tertulia, y de repente perdia tambien su buen humor. Admirada de una mudanza como ésta, me apresuré á preguntar la causa al Marqués, quien me dijo que la llegada de los amantes de estas señoras, producia en ellas una mudanza tan repentina, que querian contemporizar con la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

delicadeza del amante que entonces era el favorito, el cual no las perdonaria una palabra, ni aun una mirada que se pudiera interpretar á favor de otro, y que seria capaz por la distraccion mas ligera, de vengarse de aquellos que creyese ser rivales suyos. ¡Cuánto compadezco á estas pobres víctimas de una pasion criminal! La muger mas virtuosa miraria como un suplicio semejante sujecion de parte de su esposo. Lo peor es que no es posible hacerlas volver en sí de este exceso. Yo habia á los principios contraido amistad con algunas mugeres á quienes creia virtuosas, de las que se hablaba con elogio, y á las que se proponian aun como modelos: estaba encantada de la piedad que en ellas se advertia, y me reprehendia mi tibieza al ver el fervor con que cumplian los deberes de la religion. Juzgad cuál seria mi sorpresa cuando estas mugeres, cuya confianza merecí, me descubrian un galanteo que solo yo ignoraba, y en que hacia muchos años que perseveraban; pero mayor fué la admiracion de ellas cuando las quise hacer ver el crímen que cometian, y las horrendas consecuencias de una eternidad desgraciada. No puedo, sin estremecerme, recordar las impiedades que me contaba una de ellas. El amor, decia, es la inclinacion mas natural, y mas querida del hombre: habiéndola Dios puesto en nosotros, ¿podria hacernos un crímen de entregarnos á ella? Este Dios, infinitamente superior á nosotros, ¿podria acaso ofenderse de las acciones de una criatura vil, y bajarse hasta castigarla por haber hecho uso de un corazon, que él mismo formó demasiado tierno? La costumbre autoriza un empeño, y la constancia, y aun el mismo furor con que se entrega á él, le justifica á los ojos de los hombres. Tales son, querida madre mia, los horribles principios en que se educan las doncellas de este pais, y esto mismo me hace estar atenta á no perder de vista á mi hermana, que parece tan indignada como yo contra las desarregladas costumbres de nuestras mugeres. ¿Pero quién sabe si sus perniciosos discursos harán, en fin, en ella alguna impresion? Despues de vuestra última carta la he examinado muchas veces, y nada he visto en ella que me confirme en lo que habeis pensado; antes bien discurro que el cariño que nos tiene es la causa única de sus atenciones hácia este pobre Conde, que cada dia me parece mas enamorado que nunca, lo cual me inquieta mucho. Temo que este amor, que mi esposo no puede menos de descubrir al fin, le sirva de pretexto.... pero léjos de mi sospechas quizá mal fundadas, y que perjudican

al Marqués. Adios, amada madre mia; quedo en una situacion muy penosa, y preveo un sin número de desgracias. Necesitaria de vuestra presencia para aclarar la turbacion de mi corazon.

CARTA XXI.

RESPUESTA.

Tu me asustas, hija mia: Tienes sospechas, temores, me los dejas entrever, y titubeas en abrir enteramente tu corazon á la mas tierna de todas las madres. En vano he buscado el sentido de tus últimas palabras; pues veo que temes faltar á lo que debes al Marqués comunicándome alguna cosa que toca á él. Pero piensa, hija mia, en el uso que yo haré de tu confianza. ¿Acaso no podria yo curar esas sospechas que discurres carecen de fundamento? ¿No podria yo, si son fundadas, suministrarte modos de remediar los males que ellas te pronostican, ó ayudarte á lo ménos á hacer un buen uso de ellas? La Providencia, que hasta ahora te ha conducido como por la mano, tal vez quiere probar tu virtud, y sembrando algunas amarguras entre las felicidades de que has sido colmada hasta el presente, demostrarte que no es la tierra donde podemos

esperar una felicidad sin límites. Yo estaré inquieta hasta que me digas lo que te asusta, y te conjuro á que lo hagas inmediatamente que hayas recibido mi carta.

No me admira lo que me dices de esas damas, y no hubiera sido yo engañada por su hipocresía, porque tu padre, que las conoce perfectamente, me habia puesto en estado de conocer su carácter. ¿Te estremecerías, mi querida hija, si pudieses penetrar todas las causas de su desarreglo; puede mirarse como la principal la supersticion, y hasta que estremo no reina en esa parte de la Italia? La corrupcion de los frailes está ahí en su último periodo; ¿será acaso estraño que estas guias ciegas conduzcan á los otros al pricipicio? Interesados en justificar los excesos á que se entregan, lo hacen en perjuicio de la Religion, que desfiguran, y la dejan ignorar los pueblos, mientras les sustituyen prácticas vanas, en las que hacen consistir todo el cristianismo. Te confesaré que estaria poco adicta á la fé en que he nacido, si no la hubiese conocido mas que en el pais en que tú estás; y que estoy algunas veces tentada á rehusar el nombre de cristianos á la mayor parte de esas gentes. Esto me hace acordar de un caso bien singular. Habiendo tomado gusto un mahometano por la religion cristiana, se lo dijo á un

al Marqués. Adios, amada madre mia; quedo en una situacion muy penosa, y preveo un sin número de desgracias. Necesitaria de vuestra presencia para aclarar la turbacion de mi corazon.

CARTA XXI.

RESPUESTA.

Tu me asustas, hija mia: Tienes sospechas, temores, me los dejas entrever, y titubeas en abrir enteramente tu corazon á la mas tierna de todas las madres. En vano he buscado el sentido de tus últimas palabras; pues veo que temes faltar á lo que debes al Marqués comunicándome alguna cosa que toca á él. Pero piensa, hija mia, en el uso que yo haré de tu confianza. ¿Acaso no podria yo curar esas sospechas que discurres carecen de fundamento? ¿No podria yo, si son fundadas, suministrarte modos de remediar los males que ellas te pronostican, ó ayudarte á lo ménos á hacer un buen uso de ellas? La Providencia, que hasta ahora te ha conducido como por la mano, tal vez quiere probar tu virtud, y sembrando algunas amarguras entre las felicidades de que has sido colmada hasta el presente, demostrarte que no es la tierra donde podemos

esperar una felicidad sin límites. Yo estaré inquieta hasta que me digas lo que te asusta, y te conjuro á que lo hagas inmediatamente que hayas recibido mi carta.

No me admira lo que me dices de esas damas, y no hubiera sido yo engañada por su hipocresía, porque tu padre, que las conoce perfectamente, me habia puesto en estado de conocer su carácter. ¿Te estremecerías, mi querida hija, si pudieses penetrar todas las causas de su desarreglo; puede mirarse como la principal la supersticion, y hasta que estremo no reina en esa parte de la Italia? La corrupcion de los frailes está ahí en su último periodo; ¿será acaso estraño que estas guias ciegas conduzcan á los otros al pricipicio? Interesados en justificar los excesos á que se entregan, lo hacen en perjuicio de la Religion, que desfiguran, y la dejan ignorar los pueblos, mientras les sustituyen prácticas vanas, en las que hacen consistir todo el cristianismo. Te confesaré que estaria poco adicta á la fé en que he nacido, si no la hubiese conocido mas que en el pais en que tú estás; y que estoy algunas veces tentada á rehusar el nombre de cristianos á la mayor parte de esas gentes. Esto me hace acordar de un caso bien singular. Habiendo tomado gusto un mahometano por la religion cristiana, se lo dijo á un

sacerdote Turco, que era su amigo. Este, sin combatir su inclinacion, le exhortó á que ántes de determinarse á abrazarla, viajase por alguna de las partes de Italia, en lo que el otro consintió. Quedó horriblemente escandalizado de la conducta de los eclesiásticos, y he aquí lo que escribió á su amigo: *Yo me hago cristiano, plenamente convencido de que la religion de Cristo es divina, pues ha podido conservarse á pesar de la mala conducta de los que aquí la predican.*

Esta es la conclusion que debes sacar, querida hija mia, de los excesos que tan justamente te escandalizan. La relajacion de los ministros que enseñan una religion, no puede servir de prueba contra ésta, cuando ella misma condena estos desórdenes. ¿Pero no admiras tú dónde me ha conducido el libertinage de las señoras Piamontesas? Ellas se diferencian poco de las mugeres del gran mundo en todos los paises. La córte es un lugar donde se hacen máximas cómodas; pero no se permite mas que á las mugeres del primer rango valerse de ellas: solo ellas pueden impunemente ser galantes; pero en ese pais la corrupcion se estiende hasta las condiciones mas bajas. No temas singularizarte en esto: hija mia, el solo amor propio es capaz de empeñar una persona sensata á seguir el consejo que te doy. Los libertinos,

que se mofarán de tí en público, te respetarán en el fondo de su corazon mal que les pese; porque este es un tributo que se ven ellos mismos obligados á rendir á la virtud cuando es sincera y sin gazmoñería.

Nada te digo por lo que hace á tu hermana, y descanso enteramente en tí del cuidado de conducirla. El pobre Conde me da lástima, pero el Marqués es demasiado hombre de bien para valerse contra tí de una pasion que jamás has fomentado. Yo te repito, mi adorada hija, que tengo gran necesidad de una explicacion sobre este artículo; en vano he querido distraerme; bien conocerás leyendo esta carta, que al escribirla no estaba en mí. Estoy tan persuadida á que ella está sin órden, que no la volveré á leer por miedo de ser tentada á rasgarla.

CARTA XXII.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

Mi venerada madre: ¡Qué no me cuesta el manifestaros mi corazon! La necesidad que tengo de vuestros consejos ¿puede escusarme una confianza que va á deshonrar á mi esposo á vuestros ojos? ¡Que no pueda yo, víctima de los ma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

les que su inconstancia me prepara, ocultarla á todo el universo! Pero en las circunstancias que me hallo, necesito un guia; y esto es lo que me determina á depositar en vuestro seno las penas que me agovian.

Hace ya algun tiempo que habia creido descubrir tibieza en mi esposo. Sus cuidados por mí eran siempre los mismos; ¡pero qué fácil son de distinguir las atenciones que nacen del corazon, de aquellas que no tienen otro orígen que el deber y bien parecer! Llena de estimacion por el Marqués, me he acusado cien veces de injusta respecto á él; pero há dos dias que conozco, sin poder dudarlo, mi desgracia y su debilidad.

Me hablaron hace seis meses de una muchacha de buen nacimiento, cuya fortuna acababa de ser arruinada por la pérdida de un pleito. Era tanto mas digna de lástima, cuanto que habiendo sido criada en la opulencia no tenia ninguna habilidad para procurarse lo necesario para la vida. Mostré algun deseo de verla, y las personas que se interesaban por ella, me la presentaron al dia siguiente. Quedé prendada de su fisonomía: la inocencia, la modestia y el candor, estaban pintadas en su rostro; no tenia mas que veinte años, y acababa de perder á su madre, á quien el pesar habia conducido al sepulcro. Todas estas

circunstancias me enternecieron; y temiendo por ella los peligros á que espone la estrema indigencia á una jóven inesperta, la propuse quedarse á mi lado hasta que encontrase yo ocasion de colocarla ventajosamente. Aceptó mi proposicion con unos transportes de reconocimiento, que se redoblaron cuando vió el modo con que se la trataba en mi casa. Consideraba yo menos lo que era, que lo que habia sido, y la distinguia de mis doncellas lo bastante para causarlas envidia. A la envidia de una de ellas, es á lo que debo las funestas luces que voy á comunicaros. Prendado el Marqués de esta jóven, la ha seducido con sus liberalidades; la ha hecho esperar un estado brillante, y hace ya dos meses que vive con ella en la mas estrecha intimidad. Aunque estaba yo cierta de la tibieza de mi esposo, no habia jamás descubierto el objeto de su nueva pasion, y trataba de calumniadora á la que me descubrió este enredo; pero ella se habia precavido contra mi incredulidad, y me ha dado pruebas tan claras de lo que me decia, que no me ha sido posible dudar de ello. Mi primer cuidado fué el imponer á esta muger un silencio inviolable, amenazándola con mi indignacion si dejaba evaporar la menor cosa. ¿Qué sucederia, Dios mio, si el Marqués tuviese que avergonzarse delante de

otros que de mí? Despues de haberme asegurado por esta parte, supliqué á esta muger que me dejase sola, y habiéndome encerrado en mi gabinete, me abandoné á las mas dolorosas reflexiones. No es la injusticia de mi esposo respecto á mí lo que mas me oprime; no, mi querida madre, por grande que sea mi amor á él, yo le perdonaria de buena gana su inconstancia, si no ultrajase á nadie mas que á mí; pero no puedo sostener la idea del daño que se hace á sí mismo, Me estremezco al pensar en el crímen de que se ha hecho culpable, seduciendo á una muchacha inocente, que yo habia llevado á su casa como á un sagrado asilo. Tiemblo al reflexionar las resultas de su delito. ¿En qué vendrá á parar esta desventurada criatura? ¿Qué conducta observaré con ella? No puedo tenerla en mi casa sin hacerme en algun modo su cómplice. ¿Pero qué pretexto podré tomar para deshacerme de ella? ¿Lo sufrirá el Marqués? Y el obstáculo que yo opondré á su pasion, ¿No le dará nuevas fuerzas? ¿No encontrará él medios de verla en cualquier lugar á que yo la haga conducir? Por otra parte, ¿Puedo contar con la docilidad de esta desgraciada? ¡Pobre muchacha! Mi compasion te ha llegado á ser muy funesta. ¡Dios mio! Adoro vuestros juicios; pero castigad en mí sola el crímen de mi esposo; descubridle el horror de la situacion en que vive; volvedle aquella inocencia de costumbres en que vivia hace algunos años. Lo que me admira es el secreto con que el Marqués se ha manejado en este lance; jamás manifestó la menor atencion con esta muchacha, que por su parte nunca ha puesto los ojos en él á presencia mia: su esterior es siempre el mismo, y no alcanzo cómo no se manifiesta en su semblante la agitacion que debe causarla el pensamiento del delito de que se hace reo para con Dios y para conmigo. Adios, querida madre mia; espero vuestra respuesta con una impaciencia igual á mis necesidades, y hasta que la haya recibido, en nada mudaré mi conducta por el temor en que estoy de cometer alguna imprudencia. Quedo &c.

CARTA XXIII.

RESPUESTA A LA PRECEDENTE.

¡Cuánto me alegro, pobre hija mia, de la resolucion que has tomado de confiarme tus penas! Cuanto mas cruel es tu estado, mas necesidad tienes de consuelo y de consejos. Apruebo no obstante la repugnancia que tenias en hacerla. Una muger virtuosa debe esforzarse para ocultar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á los ojos del público, y aun á los de sus mas caros amigos, las debilidades de su esposo. Solo la necesidad que tienes de tomar consejos útiles para circunstancias tan difíciles, puede justificar la confianza que me has hecho de ellas, y debes contar por mi parte con un silencio inviolable. Has obrado prudentemente en imponérselo á tu criada; todo estaba perdido si el Marqués pudiese sospechar que sabias su aventura. Él te respeta aun bastante para poner todos sus cuidados en ocultártela; y mientras permanezca en esta disposicion, tienes suficiente motivo para esperar una feliz vuelta. Los placeres que proporciona un comercio semejante, son turbados por los remordimientos; á éstos sigue el disgusto, y la mayor parte de estos empeños no deben su duracion sino al mal humor de las mugeres, que tienen la imprudencia de querer romperlos violentamente. Siempre que la decencia lo permita, se deben cerrar los ojos. Un esposo que se cree dispensado de la necesidad de hacer reparaciones, tiene menos repugnancia en volver á entrar en el camino de su obligacion; y otro se quita la máscara, y da abiertamente en el desórden, porque desespera recobrar el corazon de una esposa demasiado instruida de los ultrajes que la ha hecho. Sé que te ha de ser muy doloroso ver profanada tu casa;

pero, como tú misma adviertes muy bien, nada ganarias con dar una campanada; y el Marqués sabria buscar medios de ver á esa muchacha, sea cual fuere el partido que acerca de ella tomases. Nada hay que esperar de esa infeliz; y yo no creo hacer un juicio temerario, asegurándote que no es este su primer ensayo. El primer delito produce remordimientos, que no son compatibles con la tranquilidad que ella goza. Tú acusas al Marqués de haberla seducido, y puede ser que ella haya sido la seductora. Esas apariencias de simplicidad y de modestia, son un grande atractivo para los hombres; pero no siempre son prueba de la inocencia de costumbres. En una palabra, esa jóven hace con demasiada destreza su papel, para que solo podamos sospechar en ella una debilidad. Es una diestra cómica, y el Marqués se avergonzará algun dia de haber sido el objeto de su burla. Interin llega este feliz momento, hé aquí lo que te aconsejo que hagas. No mudes con ella de conducta; pero procura con maña penetrarla. Si me he equivocado en mis conjeturas, y si realmente tu esposo la ha seducido, tú la debes toda tu compasion, y nunca harás nada de mas; pero si á pesar de su juventud es una de aquellas mozuelas, que fingen simplicidad, no esperes hacerla entrar en sí

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

misma, y no emplees tus cuidados sino en procurar la mudanza de tu esposo. Aparenta redoblar tu amistad hácia esa muchacha, y propon al Marqués el establecerla; y del modo con que reciba esta proposicion, podrás inferir hasta dónde llega el amor que la profesa. Si algunas circunstancias no previstas descubren el misterio, guárdate de mostrar al Marqués resentimiento alguno, y mucho menos de llegar á darle quejas. Conozca él toda la amargura de tu corazon, pero que la adivine: ni uses de otro idioma que de tus lágrimas y caricias. Si te parece estar arrepentido, sienta él la alegría con que le prometes olvidarte de lo pasado, y lo poco que mereces la injuria que te ha hecho. No le muestres disgusto alguno contra la infeliz cómplice de su crímen; empéñale mas bien á que la suministre los medios de renunciar á él. Si el Marqués por una ceguedad, de que no le creo capaz, perseverase en el desórden, y se entregare á él sin pudor, no tendrias otro recurso que la dulzura y la paciencia. Deberias dejarle ver toda tu tristeza, y esperar del cielo su mudanza. De él es, querida hija mia, de quien debes esperar su socorro, pidiéndoselo sin cesar.

Nada me dices de tu salud, temo por tí el abatimiento y pesar en las circunstancias de un embarazo adelantado. Acuérdate, hija mia, de lo que debes á tu familia. Hay pocas mugeres que no hayan experimentado los quebrantos de que te hallas oprimida. Escríbeme cuanto ántes puedas, y cuenta con que muy sinceramente entro á tomar parte de tus penas.

CARTA XXIV.

DE LA MARQUESA D.*** Á MADAMA DE MONTIER.

Madre mia: Me apresuro á escribiros no obstante mi debilidad, porque en las actuales circunstancias os causaria mi silencio demasiada inquietud. Despues que os escribí mi última carta, me desazoné muchísimo, y al dia siguiente padecí los mas vivos dolores. El médico avisó á mi marido que estaba mala, y que iba abortar. Pareció sentir vivísimamente mi situacion, y por espacio de veinticuatro horas que me mantuve en un contínuo riesgo, dió señales de desesperacion, que me es imposible conciliar con la certidumbre que tengo de su infidelidad. ¡Ah, madre de mi alma, cuán incomprensible es el corazon del hombre! No puedo dudar que el Marqués me ama, conozco su carácter, y sé que no cabe en él la bajeza de fingir

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un sentimiento que realmente no tuviese: el suyo fué tan vivo y tan natural, que me lisonjeé en estas veinticuatro horas de haber recobrado todos mis derechos sobre su corazon. El gozo que esta esperanza me causó, ha contribuido sin duda mas que nada á mi infeliz parto, y me ha consolado de la muerte de mi hijo, que solo sobrevivió algunos instantes á su bautismo. Yo bendecia mis dolores: pero mi alegría pasó como un relámpago. Mi rival habia mostrado mucho interés en mi alivio. Por grande que fuese mi repugnancia en admitir sus cuidados, ya habia hecho á Dios el sacrificio de ella igualmente que el de mi vida. Una hora despues de mi parto, mi esposo, cuyo regocijo se manifestaba del modo mas sensible, se arrodilló delante de mi cama, y bañaba una de mis manos con sus lágrimas, que no habian cesado desde el momento en que se empezó á temer de mi vida. No pudo mi rival sostener este espectáculo; ella se desmayó y al instante se descubrió el corazon del Marqués: ¡con qué viveza voló á socorrer á esta desgraciada! ¡Cuál fué su inquietud, cuando habiendo esta jóven recobrado el uso de sus sentidos, le desechó con una especie de horror! Ví que inmediatamente, y sin que mi presencia le detuviese, se iba á echar á sus piés: la agitacion

que le causaba el temor de haberla desagradado, me hubiera abierto los ojos, aun cuando nada hubiese sabido. Me recogí un momento para encomendarme al Señor; y reuniendo todas las fuerzas de mi alma, tuve la bastante para hacer poner á esta criatura al lado de mi cama, acariciarla, y decirla que atribuia su indisposicion á las fatigas que habia tenido en estas veinticuatro horas, y á la inquietud que la habia causado mi situacion. La propuse despues irse acostar, pero ella temerosa al parecer de dejarme sola con mi esposo, me conjuró que la permitiese permanecer en mi cuarto. Bastante habia visto, madre mia; pero soy ingeniosa en aumentar mis penas: fingí querer descansar, y despedí á todos, ménos á mi marido y á esta muchacha, que se separaron de mi cama, y despues de haber corrido cuidadosamente las cortinas, se sentaron á la lumbre. Esta jóven tenia la cabeza inclinada sobre una de sus manos, y como estaba vuelta de espaldas hácia mi cama, no pude ver los movimientos de su cara, pero los del Marqués no se podian equivocar. Cuando me creyó dormida, se puso á los pies de esta muchacha; permaneció largo rato en esta postura, y en todo este tiempo estaba pálido, tembloroso, agitado, y la hablaba con accion, pero en tono muy bajo. Sin

duda que consiguió sosegarla, porque ella le dió su mano, y él la besó con los mas vivos transportes. Algunos movimientos que hice, pusieron fin á esta escena para mí tan dolorosa. No puedo ya dudar de mi desgracia, y veo que los temores que el Marqués tuvo de mi vida, habian sido únicamente efecto de la compasion. A medida que mi salud se restablece, sus atenciones hácia mí son ménos vivas, ménos naturales, y una mirada que al tiempo de hacérmela dirige á mi rival, parece advertirla que nada tiene que temer. Al quinto dia de mi parto recibí vuestra respuesta, y me alegro infinito de haberme manejado como vos me lo mandais. Hoy que ya me he recobrado, y que solo me queda un poco de debilidad, he propuesto á mi esposo el establecimiento de esta jóven segun vuestro consejo; ella se hallaba presente, y á él se le mudó el color esperando su respuesta. Tomé por pretexto el reconocimiento que me inspiraba el cuidado que de mí habia tenido; y ella me aseguró que no pedia otra recompensa, que el permanecer conmigo todo el tiempo que yo me dignase admitir sus servicios. Este discurso volvió la vida á mi esposo: él me dió lástima, madre mia, y yo me echo en cara la inquietud que le causé. Tengo otra de nueva especie. Mi esposo ha tenido, segun parece, ménos reserva durante mi convalecencia; mi hermana es sagaz, y yo noto que cuando habla de mi rival, está de mal humor contra ella. Las miradas del Conde me dicen tambien que él ha penetrado este funesto secreto; pues no puede poner los ojos en esta muger sin indignarse. El pobre Conde no ha dejado mi antecámara todo el tiempo que he estado en peligro, y actualmente no sale de mi cuarto. He querido hacer presente al Marqués que podria interpretarse mal una continuacion semejante; pero se burló de lo que llama aprensiones mias, y gozoso de tener tiempo de hacer sus escapatorias, exhorta á su amigo á que me acompañe, haciéndolo de manera que me quiere persuadir conoce le sirve en ello. Esto seria para mí el colmo de mis desgracias; mi esposo se perderia sin poder yo volver á recobrarle, si él pudiese imaginar que la pasion del Conde fuese capaz de consolarme alguna vez de su fidelidad. ¿Me estimaria tan poco que me creyese poder tomar una venganza semejante? Este pensamiento me oprime. La muger que me ha descubierto el enredo del Marqués, se atreve abusar de la obligacion en que estoy de mirar por ella; la pasion del Conde no se la ha escapado, ¿y quién sabe si él mismo, abusando de las

desgraciadas circunstancias en que me hallo, no se la ha descubierto? De cualquier modo que sea, ella acaba de aconsejarme que procure atraer el corazon de mi esposo dándole zelos. No permita Dios, añadió, que yo os aconseje nada contrario á la virtud. No, señora, conozco demasiado bien la vuestra: ¿pero no podríais vos sin delito fingiros sensible á las solicitaciones del Conde? El os ama, yo no puedo dudar de ello; el Marqués se duerme en vuestra posesion, porque no ha sentido jamás el temor de perder vuestro corazon. ¡Cuánta violencia me ha costado, querida madre mia, el reprimir la cólera en que me puso el discurso de esta muger! lo conseguí no obstante con la ayuda del Señor, que proporciona sus socorros á la necesidad que tengo de ellos, y me siento con un valor muy superior á mis fuerzas naturales. Adios, madre mia, estad sin cuidado alguno por lo que hace á mi salud, porque nada hay ya que temer.

CARTA XXV.

RESPUESTA.

Dios sea bendito, pobre hija mia, que no abandona á los que le sirven, y le temen de todo co-

razon. Aun cuando hubiera dudado de esta verdad toda mi vida, seria convencida de ella actualmente por tu ejemplo: bendice sus grandes misericordias para contigo, pues si ejercita hoy tu virtud, es para despues coronarla con mas gloria. Tú saldrás victoriosa de este combate; la conducta del Marqués lo anuncia: te estima, hija mia, te ama. Una violenta pasion le arrastra ahora; pero estos movimientos no son de tal naturaleza que duren mucho; tú le verás muy pronto á tus pies lamentarse, llorar su ceguedad, y reparar por su conducta los pesares que te da al presente. Sus sentimientos por tí existen en el fondo de su corazon, y esa criada discurre bien, pensando que los celos los despertarian; pero por eficaz que sea este medio, es indigno de tí. Reanimaria seguramente el corazon de tu esposo, porque tal es el hombre, que no conoce el precio del bien que posee hasta que está en peligro de perderle; pero tú perderias su estimacion, ó á lo menos merecerias perderla. El modo de manejarse una coqueta, no es para una muger virtuosa, que debe esperar el remedio á sus males del tiempo y de la paciencia. Creo que no haces justicia al Conde en sospechar que ha hecho obrar á esa muger. Es demasiado prudente para servirse de semejantes medios; sin embargo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

está sobre tí, evita declararte sobre este artículo, y vela sobre tu corazon. Una muger virtuosa siente desde luego con viveza la injuria que la hace un esposo infiel; pero insensiblemente se vá acostumbrando: llega algunas veces hasta despreciarla, y acaba por una venganza que no hiere mas que á ella, y que autoriza al marido para permanecer en el desórden. Creo al tuyo muy distante de la complacencia de que le sospechas respecto al Conde. Se cree seguro de tu corazon: su confianza se funda en tu virtud, y con sentimientos semejantes no puede ser su tibieza de larga duracion. Soy de tu mismo parecer en punto á que tu hermana tiene penetracion, y me agrada su cólera contra la desgraciada que causa tus inquietudes; pero ella es demasiado mirada para dejárselo penetrar al Marqués. Esto es lo único que importa. No puedo aprobar la estratagema de que te has servido para ser testigo de la escena que me has contado. Fué mucha imprudencia buscar motivos, en el estado en que estabas, para redoblar tus penas, y despues te ha costado una mentira. Una conducta recta y sensilla es el solo camino por donde te es permitido andar: él te conducirá infaliblemente á la puerta del laberinto en que estás metida.

Me confirmo en el juicio que me hizo formar

tu primera carta. Esa pretendida inocente es una astuta coqueta; su modo de proceder durante tu enfermedad me lo prueba; la curacion del Marqués será un poco mas larga, pero tambien será radical. ¡Cuánto se avergonzará de haber sido la mofa de esos aires inocentes! Adios, amada hija mia, cuida de tu salud, y está atenta á las circunstancias; la Providencia te proporcionará sin duda algunas favorables, y te inspirará el modo de aprovecharte de ellas.

CARTA XXVI.

DE LA MARQUESA A SU MADRE.

Madre mia estimadísima: Mi salud está enteramente recobrada; pero mis inquietudes se aumentan de tal modo, que temo me falte la fuerza para sostenerlas. Mi rival está tan mudada, que no se le conoce. Ya no es aquella muchacha sumisa y dócil á todo lo que yo la mandaba: es una muger imperiosa con todos los demás criados, insolente conmigo, y libre con el Marqués hasta lo sumo. Toda la casa está escandalizada de sus procederes, y sola yo soy la que finjo no conocerlos. Ayer me faltó al respeto de un modo tan grosero, que obligó á llorar á mi hermana, al Con-

está sobre tí, evita declararte sobre este artículo, y vela sobre tu corazon. Una muger virtuosa siente desde luego con viveza la injuria que la hace un esposo infiel; pero insensiblemente se vá acostumbrando: llega algunas veces hasta despreciarla, y acaba por una venganza que no hiere mas que á ella, y que autoriza al marido para permanecer en el desórden. Creo al tuyo muy distante de la complacencia de que le sospechas respecto al Conde. Se cree seguro de tu corazon: su confianza se funda en tu virtud, y con sentimientos semejantes no puede ser su tibieza de larga duracion. Soy de tu mismo parecer en punto á que tu hermana tiene penetracion, y me agrada su cólera contra la desgraciada que causa tus inquietudes; pero ella es demasiado mirada para dejárselo penetrar al Marqués. Esto es lo único que importa. No puedo aprobar la estratagema de que te has servido para ser testigo de la escena que me has contado. Fué mucha imprudencia buscar motivos, en el estado en que estabas, para redoblar tus penas, y despues te ha costado una mentira. Una conducta recta y sensilla es el solo camino por donde te es permitido andar: él te conducirá infaliblemente á la puerta del laberinto en que estás metida.

Me confirmo en el juicio que me hizo formar

tu primera carta. Esa pretendida inocente es una astuta coqueta; su modo de proceder durante tu enfermedad me lo prueba; la curacion del Marqués será un poco mas larga, pero tambien será radical. ¡Cuánto se avergonzará de haber sido la mofa de esos aires inocentes! Adios, amada hija mia, cuida de tu salud, y está atenta á las circunstancias; la Providencia te proporcionará sin duda algunas favorables, y te inspirará el modo de aprovecharte de ellas.

CARTA XXVI.

DE LA MARQUESA A SU MADRE.

Madre mia estimadísima: Mi salud está enteramente recobrada; pero mis inquietudes se aumentan de tal modo, que temo me falte la fuerza para sostenerlas. Mi rival está tan mudada, que no se le conoce. Ya no es aquella muchacha sumisa y dócil á todo lo que yo la mandaba: es una muger imperiosa con todos los demás criados, insolente conmigo, y libre con el Marqués hasta lo sumo. Toda la casa está escandalizada de sus procederes, y sola yo soy la que finjo no conocerlos. Ayer me faltó al respeto de un modo tan grosero, que obligó á llorar á mi hermana, al Con-

de á salir de mi cuarto para moderar su cólera. Hoy me ha llamado mi esposo en particular; tenia el aire de un hombre muy embarazado, y estuvo largo tiempo sin saber por donde principiar su discurso. En fin, me dijo que habia sabido, con mucho desagrado, los procedimientos de la señorita Rosa, respecto á mí, y que le sorprendia la paciencia con que yo la habia tolerado. Que él debia una verdadera obligacion al Conde por habérselo dicho, y que me dejaba árbitra de la suerte de esta muchacha. Temblaba yo como las hojas en el árbol miéntras me hablaba, y le respondí, sin atreverme á mirarle, que aunque era cierto que esta muchacha no tenia para conmigo las mismas atenciones que otras veces, tal vez le habrian exagerado su falta; y que era necesario perdonar alguna cosa á la situacion á que se hallaba reducida una señorita, que á pesar de la distincion con que se le trataba, siempre conoceria que estaba en la clase de criada. Esto es bastante, añadí, para ponerla de mal humor, y á esto atribuyo su mudanza conmigo. ¡Qué encantadora eres en pensar así! me dijo el Marqués dándome un tierno abrazo. Gusto de ver en tí sentimientos de bondad y de humanidad; pero no quiero que abusen de ellos. Un amigo mio, residente en Roma, y viudo, me encarga

una muchacha de confianza para el cuidado de su casa. Este es un empleo que conviene perfectamente á Rosa; dila que la quieres demasiado para pretender que pierda su fortuna. Haré siempre lo que gustes, le dije, y me alegraré proporcionar á esta jóven una colocacion ventajosa; ¿quiéres que la llame? Bastante tiempo habrá de hacerlo esta tarde, replicó el Marqués; te mostraré la carta delante de ella, y si acepta el partido, mañana mismo la entregaré á un hombre que la llevará á Roma. Apénas me habia dejado el Marqués, entré en un abismo de reflexiones no sabiendo cómo componer tantas contrariedades. Esta muchacha, me decia yo, cree estar bien segura del corazon del Marqués cuando guarda conmigo tan poco miramiento. ¿Acaso piensa él sériamente en alejarla de sí? ¿No es una ficcion? Si él estaba apartado de esta muger, ¿á qué vino aquel gozo que demostró al verme tan indulgente con ella? Estando ocupada en mis reflexiones, entró el Conde sin mandar dar recado, como acostumbra. Perdonadme, me dijo, la llaneza que me hace tomar la precision en que me hallo de hablaros sin testigos. Nada quiero oir, Conde, le dije levantándome para llamar gentes; pero él me detuvo en mi asiento. En el nombre de Dios, señora, añadió, os suplico me

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

escucheis un momento. Si mi conducta no ha podido haceros conocer el respeto que os tengo, ó inspiraros un poco de confianza en mí, soy harto desgraciado. El que os habla es un amigo; olvidad que un infeliz acaso os haya hecho saber que yo tenia otros sentimientos; ayudadme á haceros feliz á expensas de mi propia dicha abriendo los ojos á vuestro esposo. ¿Qué alteracion no experimenté durante este discurso? La curiosidad, la esperanza, el temor de desobedecer vuestras órdenes, me agitaban de tal modo, que no sabia que resolucion tomar. Me acordé en fin de aquel lugar de vuestra carta, en que me decís evite descubrirme claramente al Conde, y esto me determinó. Señor, le dije, sé hasta qué punto puedo contar con vuestra probidad; vuestras virtudes, y el cariño que teneis á mi esposo, os han adquirido mi estimacion y mi amistad; permitid qué yo continúe en merecer la vuestra. No rehuso absolutamente oiros; pero os pido algun tiempo para determinarme á ello, persuadida á que esta conversacion no se referirá á otra cosa que al desgraciado negocio en que habeis tenido por conveniente mezclaros, y que vuestros sentimientos no entrarán en ella para nada. El Conde se habia puesto de rodillas para detenerme en mi asiento; y permanecia aun así cuando

entró mi hermana en el cuarto. ¡Ah, madre mia! un rayo me hubiera sido ménos sensible que esta aparicion. Ví de un golpe cuanto esta criatura podria imaginar, y ya iba á desmayarme; pero me sacó del lance la prudencia del Conde. No dejó la postura sumisa en que estaba, y dirigiéndose á mi hermana, que se habia puesto encendida y confusa; venid, señorita, la dijo, venid ayudarme á hacer entrar en razon á la Marquesa. Me empeñan á pedirla una conversacion secreta, negocios de la mayor importancia, y para obtener este favor, que á nadie importa mas que á ella, estoy á sus pies, pero no puedo conseguir que me escuhe. Su virtud la representa un crímen de hallarse á solas conmigo. Querria poderme explicar delante de vos; pero debo respetar vuestra edad, aunque quizá os halleis demasiado instruida del asunto de que quiero hablarla: os conjuro la empeñeis á que me escuche. Durante el razonamiento del Conde, tuve tiempo para volver en mí. Os prometo oiros, le dije, obligándole á que se levantase; pero exijo absolutamente que mi hermana esté en mi cuarto, pues ella tendrá á bien que me hableis bastante bajo para que no lo pueda oir. Apénas habiamos tenido tiempo para tomar un aire tranquilo, cuando entró el Marqués. Vengo, querida mia, me dijo, á pro-

ponerte un sacrificio; llama á Rosita, y mira si tu amor te permite privarte de ella; se trata de su fortuna. Habiendo ella venido en el mismo instante, me leyó él la carta de que dos horas antes me habia hablado; yo representé muy bien mi papel. Esta muchacha no hizo peor el suyo; lloró por el pesar de dejarme, postrándose á mis pies, y me dió gracias por las bondades que habia usado con ella. Cenamos despues, y el Marqués me dijo al oido, que no siendo ya de casa Rosita, me suplicaba la hiciese sentar á la mesa para mostrar á todos los criados que salia de casa en gracia nuestra. Hice cuanto me pedia, y jamás le he visto de tan buen humor. Esta jóven debia partir á la mañana del dia inmediato, y el Marqués se habia encargado de acompañarla hasta quince millas de Turin. He tomado este tiempo para escribiros; y como mi situacion es demasiado violenta para aguardar vuestra respuesta por la via ordinaria, he suplicado al Conde envie un hombre seguro para entregárosla en mano propia, y traerme la respuesta. Adios, amada madre mia, pedidle por vuestra hija, que jamás ha tenido de ello tanta necesidad como ahora.

CARTA XXVII.

RESPUESTA A LA ANTECEDENTE.

QUERIDA HIJA MIA: Amo con extremo á ese pobre Conde, y el corazon me dicta que la salida de esta muchacha, á que él ha dado ocasion con tanta felicidad, producirá algun accidente dichoso, que te sacará de penas. Está bien pensado el viaje de Roma, pero no te lisonjees aun de que sea efectivo. Razones esenciales empeñan al Marqués á privarse del gusto de ver á su dama á todas las horas del dia; pero ciertamente la ilusion subsiste aun, y sospecho que tiene hoy motivos mas poderosos que nunca para mirar por esa criatura. Ella parece que no teme perderle, y no se la da nada por el que dirán; de lo que infiero que deseaba tener de tí una despedida desgraciada. Entónces hubiera indispuesto á tu esposo contra tí, y hubiera apretado los nudos que le unen á ella. Gracias á Dios, tú has evitado este lazo, y has llevado al Marqués hasta el punto de desear la salida de esa miserable; esto es lo mejor que podia suceder. Quiero hacer el horóscopo de este amor. Rosita es una coqueta rematada, que bien pronto va á quitarse la máscara. Ménos sujeta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en su nuevo domicilio que lo estaba en tu casa, su amor no puede tardar en descubrirle mil defectos. Los celos se mezclarán, y los conducirá á un rompimiento. El amor, que se toma á una persona virtuosa, se aumenta cuanto mas se la conoce; pero aquí será al contrario. Tu esposo, segun el carácter que le conozco, se disgustará muy pronto de la altivez de una muger que ha tenido bastante descaro para poner su secreto en peligro de descubrirse; y buscará los medios de desembarazarse de ella con poco ruido.

Estoy edificada, hija mia, de la docilidad con que sigues mis consejos; pero hay casos en que debes consultar las circunstancias: esas en que el Conde te pedia una conversacion, exigian de tí esta complacencia; yo te exhorto á concedérsela. Apruebo la condicion que has puesto de que tu hermana ha de estar presente á ella; y haz de modo que esta niña sea tu sombra. La atencion que pondrás en tenerla siempre á tu lado, bastará para destruir las sospechas que la actitud del Conde la hayan podido causar. Por los pasos de tu esposo conocerás bien pronto si su Dulcinea está en Turin. Soy de parecer que podrias aun empeñar al Conde en observar su conducta. Está segura de la prudencia de ese amigo, que es á la verdad digno de toda tu estimacion. No te

diria esto si te conociese ménos; pero sé que nada arriesgo en llamarte la atencion sobre la generosidad de su modo de proceder. El solo medio de curarle es el persuadirle bien del mucho amor que tienes á tu esposo, y de tu virtud. Conocerá el primero por el interés que tomas en las acciones del Marqués, y la segunda por el dolor que te causan sus desarreglos, y la paciencia con que los toleras. Que tu conducta para con tu infiel esposo sea siempre la misma que hasta aquí; redobla aun tus atenciones y tu complacencia, sin embargo de cuanto llegues á saber sobre este asunto. El te pagará algun dia tu indulgencia, y si acaso sucede que su amor por tí no llega á ser mas real y mas sólido, tendrás siempre el dulce consuelo de haber cumplido con tu obligacion, y el de no tener que echarte en cara tus desgracias. Adios, querida hija mia, confia en el que sabe sacar el bien de las cosas que parecen mas contrarias, y cree que participo sinceramente de la cruel situacion en que estás.

———

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARTA XXVIII.

DE LA MARQUESA D*** A MADAMA DE MONTIER.

Estimada madre mia: El Marqués está en el campo por todo el dia, y el Conde ha aprovechado esta ocasion para pedirme el cumplimiento de mi palabra. Acababa de darme vuestra carta, y os confieso que he visto con placer la aprobacion que dais á esta conversacion. Mi curiosidad era tan viva que no he diferido ni un momento el dar toda mi atencion á lo que el Conde me queria decir. Ha mucho tiempo que él ha penetrado los sentimentos de mi esposo, y su afecto por mí le ha hecho tomar buenas medidas para no perder de vista á mi rival. Obsequia por su órden á esta muchacha su ayuda de cámara; y esta desgraciada, que se entrega al Marqués por interés, se ha abandonado por inclinacion á este criado. Espera ella sacar del Marqués sumas bastante conciderables para despues casarse con su amante, y hablando francamente lo conseguirá; porque mi esposo naturalmente liberal es pródigo con ella. Para procurarse los medio de ver á este criado á toda su satisfaccion, ha querido salir de

casa, pero era menester un pretesto para hacer consentir al Marqués en ello. Un embarazo la ha venido á propósito para sacarla de su apuro. Ella ha amenazado á mi esposo declararlo, si no buscaba los medios de sacarla de casa, y aun le ha dicho que se echaria á mis pies, y me confesaria su culpa ántes que exponerse á ser descubierta por alguna desgraciada casualidad. El Marqués, que nada teme tanto como el escándalo, ha redoblado sus dones, sus caricias, y sus promesas; y advirtiéndole el Conde la insolencia de esta desgraciada, le ha proporcionado el pretesto para su salida, que hace algun tiempo que buscaba. La ha puesto su habitacion en el arrabal del Pó; y como él no puede verla mas que por la noche, el ayuda de cámara, que se llama Girard, tiene para verla todo el dia.

Ved, querida madre mia, lo que el Conde queria decirme. Me ha pedido el permiso de obrar á su gusto para desmascarar á esta criatura, y se obliga á traer al Marqués á mis pies mas tierno que lo que ha sido nunca. No quiere esplicarse sobre los medios de que se servirá para esto; yo los adivino, pero me mortifica un escrúpulo. Esta infeliz está en cinta de cuatro meses, ¿no seria yo culpable de la muerte de su hijo si una escena violenta la ocasionase un aborto, y no

será mejor tener paciencia hasta que haya salido de este riesgo? ¿Qué vendrá á ser de ella entón. ces? El criado del Conde no la ama, él se burla de ella. ¡Cuán desgraciadas son las personas de nuestro séxo cuando dejan sorprehender su corazon de una pasion violenta! Esta muchacha es de una familia en que la probidad reinaba, y tuvo la educacion mas cristiana. El amor á adornarse hizo todas estas ventajas inútiles, y el Conde ha descubierto que el deseo de tener un vestido de máscara, causó su primera caida en casa de sus padres. Sábia en el arte de disimular, ha engañado á su madre y á los que me la han recomendado, y sé, á no poderlo dudar, que el Marqués se lisonjea de su conquista como de una buena fortuna, que no debe mas que á su mérito. Lloro la desgracia de las personas de nuestro séxo dominadas por alguna pasion. Pero os confieso que si no fuera por la ofensa que se hace á Dios, me reiria de la nécia credulidad de los hombres. Mi esposo tiene experiencia, mucho talento, y sin embargo se deja burlar por los aires inocentes de una jóven que le engaña casi á su vista, sin que él tenga la menor desconfianza. Temo á la verdad que él se deje llevar á algun exceso contra esta desgraciada si lo llega á conocer, y la compadezco sincerísimamente. Si

no se trata mas que de darla una gruesa dote para empeñar á Girard á casarse con ella, contribuiré para esto con todo mi corazon.

Me he apresurado acabar lo que mira á este desgraciado negocio para hablaros de otro mas agradable, y que me causa alegría. Hace quince dias que me presentó el Marqués un señor napolitano, de figura la mas encantadora que se puede imaginar. Pero no se repara mas en ella cuando se le oye hablar. No es posible creer en un hombre de esta edad luces tan universales, un juicio tan sólido, un espíritu mas fácil, mas justo y mas brillante. No me acuseis de prevencion, os suplico; todo el mundo está de acuerdo conmigo en punto al Señor Mastrilli, y su continuacion en venir á nuestra casa nos suscita muchos envidiosos. El no ha disfrazado al Marqués el motivo de sus visitas; mi hermana ha hecho su conquista, y él protesta á mi esposo que se tendria por el mas feliz de todos los hombres si pudiese obtener su corazon y su mano. El Marqués le ha declarado desde luego que mi hermana no tiene otro dote que sus gracias y sus virtudes; y léjos de desviarle esta confesion, parece que ha añadido alguna cosa á la viveza de sus sentimientos, él no depende de nadie, y vos recibireis con ésta una carta suya, y otra de

mi esposo para pedir el consentimiento de mi padre y el vuestro. A mi hermana le cuesta trabajo disimular el gozo que le causa la preferencia que le da el jóven extrangero, sin embargo de no sospechar nada de las miras que tiene en ella, y creo, ó estoy muy engañada, que solo su vanidad hace nacer en ella los movimientos en que la hemos sorprendido, y que su corazon no tiene ninguna parte en ellos. El Marqués es de mi mismo parecer acerca de este particular, pero esto no nos impide mirar dicho matrimonio como un negocio en que no depende mas que de vos; mi hermana es aun muy jóven para ser sensible; por otra parte, su tierno corazon es demasiado estrecho para experimentar al mismo tiempo dos pasiones. La creo ambiciosa, y satisfecha esta inclinacion llegará á ser tierna para con un esposo amable á quien lo deberá todo. El señor Mastrilli, como amante fino, hubiera deseado instruirla de los pasos que da para obtenerla, y teme no conseguirla sino por obediencia. El Marqués le asegura sobre esto, y le jura que él será amado; lo cual le tranquiliza un poco. Se me representa con viveza lo ventajoso del establecimiento de esta querida hermana; pero cuando pongo los ojos en mi situacion, cuando reflexiono sobre la inconstancia de los hombres, temo por ella las des-

gracias que experimento hoy, y la compadezco con todo mi corazon. ¡Felices aquellos que léjos del gran mundo preservan su corazon de los peligrosos sentimientos que en él se contraen! Nuestras aldeas ven pocos infieles: aquí apenas se podria hallar un corazon constante, y la fé conyugal está mirada como una vieja quimera, desterrada de entre todas las gentes de forma.

CARTA XXIX.

RESPUESTA A LA ANTERIOR.

No lo dudes, hija querida, el Conde te volverá el corazon del Marqués. Tú le debes la vida de ese querido esposo, y le deberás tambien su vuelta á la virtud. Faltaba al retrato del Conde este último rasgo de generosidad; no, no creo que se pueda llevarla mas léjos. Creeme, amada hija mia, un corazon semejante es inaccesible al crímen, y tú no tienes nada que temer de la pasion de un amante de esta naturaleza. Apruebo tu delicadeza por el infeliz objeto del amor del Marqués; espera á que esta muchacha haya salido del estado en que se halla, y por lo demás abandona este negocio á la prudencia del Conde. El puede insensiblemente resolver á su ayuda

de cámara á casarse con esa criatura, pues semejante clase de gentes no tiene mucha delicadeza; una gruesa dote le cerrará los ojos sobre lo que ha pasado ántes del contrato.

Tu padre escribe al Marqués y al señor Mastrilli. Abandona la conclusion de este negocio á tu esposo; y como conocemos su prudencia y sus luces, estamos persuadidos que él es incapaz de engañarse sobre el carácter de ese caballero. Yo no sabria alabar bastante á Dios por las bendiciones que derrama sobre nuestra familia, y le pido sin cesar que conceda á tu hermana las gracias que la son necesarias en su nuevo estado, rogándole humildemente que no permita se efectúe el matrimonio, si este estado de grandeza ha de ser funesto para su salvacion. Me parece que es aun muy jóven, y temo que una fortuna tan brillante la trastorne la cabeza. Abandonémoslo todo á la Providencia, y procuremos merecer por nuestra sumision á ella, que nos guie de un modo especial. Tienes mucha razon, amada hija mia, en echar de ménos la simplicidad de costumbres de las personas criadas léjos del gran mundo; es menester una virtud poco comun para conservarla en las córtes; pero Dios no falta jamás á los que le son fieles. Por otra parte, tú sabes por experiencia que su Divina Magestad templa con

saludables amarguras las felicidades de este mundo para impedir que sus hijos se apeguen demasiado á él. Sean las que fuesen las cualidades que supongas en el señor Mastrilli, él es hombre, es jóven, y tu hermana no debe esperar fijarlo enteramente. Conozco bien á tu hermana; es altiva, y sentirá mucho mas que tú cualquiera infidelidad; pero sin embargo, será menester que tenga paciencia; la naturaleza no habrá formado un fenómeno en su favor.

Tu tercera hermana quiere ser religiosa; ella persigue sin cesar á su padre para obtener la libertad de volverá entrar en un convento donde ha estado de pensionista, y protesta que no tiene envidia á la fortuna de sus dos hermanas mayores. Estamos edificados de sus sentimientos; pero sin embargo, acabo de declararla que estamos resueltos á rehusarla nuestro beneplácito hasta que tenga veinticinco años. El plazo es un poco largo, pero nunca sobran las precauciones contra el primer fervor de una persona jóven. Yo la permito vivir en mi casa hasta entónces tan retirada como en el cláustro, y no haré jamás violencia á sus inclinaciones por lo que hace al matrimonio: quiero solamente que se conozca á sí misma, y tambien al mundo que quiere dejar, para librarla de los arrepentimientos demasiado comu-

nes cuando se entra en la religion inconsideradamente.

He conocido por la carta de tu esposo que el jóven Mastrilli no tiene nada que le fije en Nápoles. Me serviria de mucho consuelo si él pudiese empeñarle á hacer alguna mansion en Turin. La mucha juventud de tu hermana me hace temblar; al entrar en el mundo tendrá necesidad de una guia, y yo quedaria tranquila estando ella algun tiempo á tu lado. Si esto no se puede arreglar, empeña á tu favorita á seguirla; los consejos de esa muger que ella ama y respeta, la serán de grande utilidad. He oido decir que no hay menos libertinage en Nápoles que en Turin, y este pensamiento emponzoña todo el gozo que me da la idea de un establecimiento tan ventajoso para nuestra hija. ¡Oh Dios mio! hágase vuestra voluntad. Es menester, querida hija mia, venir siempre á parar aquí. Que sea el mismo Señor la guia y conductor de una familia cuyo padre es, que pongo todos los dias bajo su proteccion, y que querria mejor ver en la indigencia mas terrible que en el pecado.

Adios, mi querida hija, escríbeme todos los correos, porque no estaré tranquila hasta que vea al Marqués vuelto de su error.

CARTA XXX.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

Querida madre mia: Estamos aquí en un embarazo que no me es posible explicaros. Despues de haber recibido mi esposo la carta de mi padre, se la comunicó al señor Mastrilli, que se creyó por su contenido, el mas feliz de todos los hombres. Mi hermana habia parecido sensible á los obsequios que él la rendia, y se creia amado. Juzgad de su desesperacion cuando se vió en la necesidad de renunciar á esta esperanza. Mi hermana no quiere oir hablar de matrimonio; ella protesta que un empeño la hace temblar, y se ha echado á los pies del Marqués para suplicarle que no la violente sobre este artículo. Se la ha preguntado si sentia alguna repugnancia por el esposo que se la propone; asegura que no, que conoce todo su mérito; pero que ella seria la mas desgraciada de todas las criaturas si nos sirviésemos de vuestra autoridad para violentarla. Antes de declarar esta resolucion á su amante, la he tomado en particular, y no he perdonado nada para adivinar la causa de ella. Yo me con-

nes cuando se entra en la religion inconsideradamente.

He conocido por la carta de tu esposo que el jóven Mastrilli no tiene nada que le fije en Nápoles. Me serviria de mucho consuelo si él pudiese empeñarle á hacer alguna mansion en Turin. La mucha juventud de tu hermana me hace temblar; al entrar en el mundo tendrá necesidad de una guia, y yo quedaria tranquila estando ella algun tiempo á tu lado. Si esto no se puede arreglar, empeña á tu favorita á seguirla; los consejos de esa muger que ella ama y respeta, la serán de grande utilidad. He oido decir que no hay menos libertinage en Nápoles que en Turin, y este pensamiento emponzoña todo el gozo que me da la idea de un establecimiento tan ventajoso para nuestra hija. ¡Oh Dios mio! hágase vuestra voluntad. Es menester, querida hija mia, venir siempre á parar aquí. Que sea el mismo Señor la guia y conductor de una familia cuyo padre es, que pongo todos los dias bajo su proteccion, y que querria mejor ver en la indigencia mas terrible que en el pecado.

Adios, mi querida hija, escríbeme todos los correos, porque no estaré tranquila hasta que vea al Marqués vuelto de su error.

CARTA XXX.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

Querida madre mia: Estamos aquí en un embarazo que no me es posible explicaros. Despues de haber recibido mi esposo la carta de mi padre, se la comunicó al señor Mastrilli, que se creyó por su contenido, el mas feliz de todos los hombres. Mi hermana habia parecido sensible á los obsequios que él la rendia, y se creia amado. Juzgad de su desesperacion cuando se vió en la necesidad de renunciar á esta esperanza. Mi hermana no quiere oir hablar de matrimonio; ella protesta que un empeño la hace temblar, y se ha echado á los pies del Marqués para suplicarle que no la violente sobre este artículo. Se la ha preguntado si sentia alguna repugnancia por el esposo que se la propone; asegura que no, que conoce todo su mérito; pero que ella seria la mas desgraciada de todas las criaturas si nos sirviésemos de vuestra autoridad para violentarla. Antes de declarar esta resolucion á su amante, la he tomado en particular, y no he perdonado nada para adivinar la causa de ella. Yo me con-

fundo, querida madre mia: su pequeño corazon es impenetrable. Ella vierte torrentes de lágrimas y acaba diciendo que quiere ser religiosa. Vos sabeis, estimada madre mia, cuánta repugnancia tenia por este estado. ¿Cuál puede ser la causa de una mudanza tan repentina?

Fué al fin preciso explicarme con su amante; se me encargó de esta comision, y he tomado muchas medidas para endulzar la mala noticia que tenia que darle. Yo he achacado la repugnancia de mi hermana á su juventud, á su amor por mí, y al temor de ser precisada á vivir en un pais de que no gusta. Pero á pesar de todos estos lenitivos, dí el golpe mortal al pobre Mastrilli. ¡Ah, querida madre mia! ¡qué desgracia para un hombre abandonar su corazon al amor, y qué poco conocia yo hasta este dia la violencia de esta pasion! Al paso que yo hablaba á Mastrilli, se le arrasaban los ojos, se ponia pálido, trémulo, y cayó á mis pies, casi sin movimiento. Hubiera sido menester un corazon de mármol para no compadecerse de su estado, y deseaba que una feliz casualidad llevase á mi hermana á mi cuarto, pues su corazon se hubiera enternecido á la vista de este espectáculo. Por lo que hace á mí, lo fuí tanto, que llegué hasta mezclar mis lágrimas con las de este amante despreciado, y le prometí de muy buena gana hacer todos mis esfuerzos para determinar á mi hermana en su favor; pero él lleva su generosidad hasta suplicarme que no la violente. Ha pedido al Marqués como una gracia, que le permita continuar sus obsequios; espera agradarla por su perseverancia; y mi esposo, que no concibe sobre qué está fundado el capricho de mi hermana, la ha ordenado, y aun con un poco de seriedad, que los reciba. Ella obedece; pero fácilmente se conoce que se violenta infinito. Este caballero viene todos los dias á confiarme sus penas, y yo al verle no puedo menos de estar de mal humor contra mi hermana. Ella se muda visiblemente, y mi criada me ha asegurado que pasa una parte de las noches llorando.

Por ocupado que esté mi esposo en consolar á este desgraciado amante, no pierde de vista á su dama; la ha amueblado un cuarto magníficamente, y la ha puesto dos criadas. No puede verla mas que una vez al dia; pero se desquita de esta violencia escribiéndola. Ella sacrifica sus cartas á Girard, y caí en la curiosidad de ver una. Es imposible hallar nada mas tierno, y estoy tentada á creer que esta criatura le ha hechizado. Sin embargo, principio ya á hacerme á su inconstancia, y ya no la siento mas que porque

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dios es ofendido en ella. Conozco por los movimientos que observo en el jóven Mastrilli, que el Marqués nunca me ha tenido amor; él me estima, él me mira como á una amiga capaz de gobernarle bien su casa, y propia para darle posteridad. Ved aquí, si no me engaño, á lo que se reducen sus sentimientos respecto á mí. No me atrevo á confesaros que hay momentos en que mi amor propio se mortifica por no haber hecho nacer en él una pasion igual á la que mi hermana ha inspirado, y á la que ella corresponde tan mal; puede ser que me hubiera él enseñado á conocer el amor; porque yo leo actualmente en mi corazon, que no he experimentado jamás estos sentimientos violentos, y estas inquietudes que experimenta Mastrilli. Esto ha sido sin duda una felicidad para mí, porque no hubiera podido sobrevivir á tantas infidelidades.

Todo conspira al presente á causarme inquietud. Sensible á la desgracia del jóven napolitano, me he creido en la necesidad de no perdonar nada para dulcificar su situacion. No tiene mas placer que hablar de mi hermana, y depositar sus pesares en mi pecho; no creo deberle negar este consuelo, y mucho mas cuando mi esposo lo desea. No obstante que el Conde conoce la causa de la frecuencia de este jóven, parece que está celoso; no puede detener sus suspiros cuando nos vé juntos; está pensativo, y no pudo menos de decirme ayer, al darme el brazo, que envidiaba la suerte de Mastrilli; y que era mas feliz de lo que pensaba, pues habia hallado el medio de hacerme sensible. Yo sé que estas palabras se pueden interpretar de un modo ventajoso. La lástima hace sensible como el amor; pero si las palabras del Conde son equívocas, no lo eran sus miradas. Estoy desesperada por haberme puesto en el caso de tener que contemplarle; y falta poco para que le aborrezca, á pesar de todo lo que hace por mí. Para castigarle de su atrevimiento, he afectado hablar con ventaja de Mastrilli; esto es, he hecho su elogio, porque no se le puede nombrar sin admirar sus gracias y sus virtudes. Dictadme, os suplico, la conducta que debo tener respecto á mi hermana. Veo que ella hubiera sido muy feliz en aceptar el partido que se la proponia: ¿pero no habria demasiada dureza en violentarla?

CARTA XXXI.

RESPUESTA.

¿Has reflexionado bien, querida hija mia, lo que me dices en tu última carta, y no descubres

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el abismo que se abre bajo tus pies? No temo, hija mia, el asustarte demasiado: la situacion en que te hallas es la mas peligrosa de tu vida. La indiferencia y la infidelidad de tu esposo, principian ya á serte menos sensibles; te atreves á confesarte á tí misma que él no ha interesado jamás tu corazon; envidias á tu hermana la viva pasion que ha hecho nacer; te enfadas contra el Conde, á quien los celos han hecho penetrar de algun modo el fondo de tu corazon, y descubrir en él sentimientos que ignoras tú misma. ¡Ah, querida hija mia! abre los ojos: conoce el peligro en que estás, y á cualquier precio que sea, aleja de tí al jóven Mastrilli. Cuanto mas mérito tiene, mas le debes tú temer. No me admiro de la viveza con que le alabas; entra en tu corazon, sondéa en él los parages mas ocultos, y sin duda te estremecerás de lo que pasa en él sin tu noticia. Pero tal vez me alarmo sin motivo. Puede ser que sola la compasion haya sido la causa de las expresiones que me han asustado. Tranquilízame, amada hija mia. No es decir que sospeche de tu virtud; no, mi querida hija no hará jamás nada contra su deber; pero puede suceder que tu corazon se haya dejado sorprender sin tu consentimiento; y preveo en este caso un combate penoso, del que espero no obstante que saldrás victoriosa.

Si por desgracia mis conjeturas y las del Conde se verifican, guárdate, querida hija mia, de entregarte al abatimiento. Nosotros no somos dueños de nuestros sentimientos, pero lo somos siempre de nuestras acciones, y de éstas son solamente de las que debemos dar cuenta al Señor. Puede ser que haya él permitido este extravío de tu corazon para humillarte, y para hacerte conocer lo que serias sin su gracia. ¿A qué desórden no conducen las pasiones cuando no son gobernadas por la razon? Tu esposo engañado por la mas miserable de todas las criaturas: el Conde abrasado por el fuego de los celos; Mastrilli experimentando sucesivamente el temor, la esperanza, el despecho; devorada tu hermana por una pasion secreta; seducida tú misma por sentimientos que se introducen en tu corazon bajo la forma de la compasion: vé aquí, amada hija mia, la obra horrible de las pasiones.

Preveo que esto va á ser para tí un manantial de reflexiones y de victorias; tú te humillarás bajo la mano del Todopoderoso, que se complace en hacernos conocer la corrupcion de nuestro corazon, y cuán poco debemos contar con nosotros mismos. Acuérdate por otra parte que el abatimiento en semejante caso, es la obra del orgullo, que no puede soportar la vista de nuestras imper-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fecciones, y vuelvo á decirte, Dios no nos pide mas que el resistir á nuestras inclinaciones, que no nos hacen culpables sino cuando son voluntarias. Hablémos ahora de tu hermana.

Conozco la natural repugnancia que tiene esta niña al cláustro; y no comprendo cual puede ser el motivo de su resistencia á un matrimonio tan superior á sus esperanzas. Me es, pues, forzoso pensar que ella tiene una fuerte pasion en su corazon, y vuelvo á mi primer pensamiento. Esta muchacha ama al Conde, y entregada toda á esta primer pasion, se hace un placer delicado en sacrificarle su fortuna. Conozco su corazon, que aunque tierno es capaz de los esfuerzos mas heróicos. Por otra parte, la lectura de novelas la ha echado á perder: no he podido alcanzar de tu padre que se la prohibiese; él pretende que inspira á las personas de nuestro séxo una noble altivez; y durante los seis meses que tu hermana ha estado en el convento, la ha hecho leer las Casandras, las Cleopatras, &c. Ve aquí el fruto de estas bellas lecturas: la niña se pone en este momento á la par con estas heroinas, cuya desgracia ha llorado. Su vanidad la sostiene, y la oculta el horror del sacrificio que medita; ya conoceras que con semejantes motivos estoy muy distante de consentir verla Religiosa; pero desearia que la permitiéseis pasar algun tiempo en un convento, pues allí podria olvidar al Conde, y tu tendrias un pretexto honrado para desembarazarte de Mastrilli.

Abandona absolutamente á ese querido Conde, á quien amo de todo mi corazon, el cuidado de desmascarar á tu rival, y no te permitas otra curiosidad respecto á esto.

La lectura de esa carta de que me hablas, no ha servido mas que de indisponer tu corazon contra el Marqués. El merece, no tu indignacion y tu indiferencia, sino tu compasion. Si reflexionas un poco sobre su conducta contigo, no dudarás, como lo haces, de su amor por tí .No has hecho, me dices, nacer en él aquellos violentos movimientos que has observado en el amante de tu hermana; esto consiste en que el amor se expresa indiferentemente segun la edad de las personas que subyuga; pende tambien de que el Marqués no ha encontrado ningun obstáculo cuando se ha tratado de obtener tu mano. Pero aun suponiendo que él no hubiera tenido jamás por tí mas que una amistad tierna, fundada sobre la estimacion, yo hallaria preferible tu suerte á la de tu hermana. No es el amor violento el que hay que desear en un esposo para ser feliz; este sentimiento está demasiado sujeto á vicisitud. Adios, amada hija

mia, sobre todo nada de abatimiento; no sabria yo insistir demasiado sobre este artículo.

CARTA XXXII.

DE LA MARQUESA D.*** A SU MADRE.

¿Qué no os debo, querida madre mia? ¿Y cuán vivo debe ser mi reconocimiento hácia el Señor? Su Magestad se sirve de vuestros sabios consejos para impedir mi caida en el abismo. No emprenderé describiros los diversos movimientos que me agitaron á la lectura de vuestra carta: permanecí abismada en una confusion, que en algun modo me aniquilaba. Sorprendida, asustada de lo que habia pasado en mi corazon sin mi noticia, no busqué el disimularme mi falta. Vuestra carta me abrió de un golpe los ojos sobre mil cosas que hasta entónces no habian hecho en mí impresion alguna. Me vinieron en aquel mismo momento avisar que el Marqués me suplicaba que bajase; pero yo no estaba en estado de parecer delante de él; la vergüenza, la confusion, el temor y el dolor estaban pintados en mi rostro, y me hubiera ocultado, si hubiera podido, á la luz del sol. Hice pues responder al Marqués que estaba mala, y que le suplicaba me

escusase con la compañía, porque me dijeron que estaban allí algunas señoras. Mi esposo alarmado vino al instante á mi gabinete; yo no tuve mas tiempo que para ocultar vuestra carta; y no pudiendo soportar la vista de este querido esposo hácia quien soy culpable, caí sin conocimiento. El llamó gente, y cuando volví en mí me encontré en mi cama rodeada de médicos, de mi esposo, de mi hermana, del Conde y del jóven Mastrilli. Apénas ví á este último, cuando no pudiendo resistir á las violentas agitaciones que me causaba su presencia, dí un gran grito llevando mis manos á mi cara como para ocultarme á los ojos de los asistentes. Parecíame que leian el fondo de mi corazon, y descubrian en él los sentimientos que yo me habia ocultado hasta entónces. Supliqué á mi esposo que hiciese salir toda la gente, y permanecí sola con él y el médico. Tenia un poco de calentura, y me querian sangrar al instante; pero hice tantas instancias, que me prometieron dejarme tranquila hasta el dia siguiente. El Marqués parecia desesperado de mi situacion; y aunque le aseguré que estaba buena, y que no tenia necesidad sino de reposo, no quiso acostarse en toda la noche, que la pasó sentado en un sofá al lado de mi cama. ¡Cuán dolorosa fué para mí esta noche! ¡Qué de com-

bates y cargos! Pero no porque dudase un momento el renunciar para siempre ver á Mastrilli, en el que no puedo pensar sin estremecerme. Pero, madre mia, al mismo tiempo que mi voluntad consentia enteramente en este sacrificio, mi corazon estaba despedazado. Yo no habia podido comprender hasta entonces lo que decia S. Pablo, cuando se quejaba de tener dos voluntades que se contradecian sin cesar. Tuve yo misma en aquella noche una cruel experiencia de ello. Esta renuncia á lo que es tan querido á mi corazon, es, segun creo, una imágen de lo que sufre el alma en el momento de la separacion del cuerpo. Mastrilli se presentaba del modo mas interesante á una de mis voluntades, la otra le desechaba con un horror que no lo puedo explicar. Habia fingido reposar por el pronto para ser menos observada: pero con la violencia del combate que experimentaba, mi cuerpo temblaba con todas sus fuerzas, estaba cubierta de un sudor frio, y las palpitaciones de mi corazon se percibian por encima de mi ropa. El Marqués no sabia qué pensar de mi situacion, y se levantaba á cada instante para ver en qué estado estaba, á pesar de las súplicas que yo le hacia para que me dejase sosegada. Lo que mas me embarazaba era el cómo me manejaria para no recibir mas á Mastrilli.

Hallaba inconveniente en suplicar á mi esposo que le alejase de un golpe, y hubiera yo querido mejor morir que volverle á ver. Este último peligro me ha parecido el mas urgente, y me ha determinado arriesgarlo todo, y á perderme, si era menester, en el concepto del Conde. Este digno amigo tiene tanta confianza aquí como en su casa: vino por la mañana, y habiendo encontrado al Marqués muy abatido, le suplicó tomase una hora de reposo, prometiéndole que no me abandonaria. Llena del designio que habia formado supliqué á mi esposo que hiciese lo que el Conde le pedia, asegurándole que estaba mucho mejor; efectivamente estaba mas tranquila desde que creia haber encontrado un medio seguro de sustraerme á la vista de Mastrilli. Apenas salió el Marqués cuando supliqué al Conde, con voz mal segura, que me hiciese un servicio cuya memoria no perderia jamás. Se trata, le dije, de llevar al señor Mastrilli al campo, y de detenerle allí unos dias. Tomaré este tiempo para trasladar á mi hermana á un convento; haced de modo que lo empleis útilmente para empeñar á Mastrilli á dejar á Turin, que no le vuelva yo á ver os pido encarecidamente. El Conde, durante mi discurso, habia estado inmóvil, y en lugar de responderme exclamó diciendo: ¡Qué

virtud! Despues pareciendo confuso por lo que se le acababa de escapar, sereis obedecida, señora, me dijo; conozco la pena con que veis lo mucho que le cuesta á vuestra hermana el sostener la vista de un hombre, que es la causa inocente de lo que la persigue el Marqués. Estas últimas palabras del Conde me pusieron un poco en mí; ¿es posible que no haya penetrado él mis motivos?... pero yo me alucino. Su primer movimiento le ha hecho traicion; conoce mi debilidad, y siempre tendré que avergonzarme delante de él. ¿Pero qué me importa el parecer culpable, con tal que deje de serlo en efecto? Pluguiese á Dios que no fuese necesario mas que confesar mi falta á los ojos de todo el universo para expiarla, pues yo no vacilaria un momento en hacerlo.

Mi esposo no pudo permanecer mucho tiempo separado de mí, y me encontró muy mejorada. Me parecia que me habian quitado un peso enorme, del cual estaba agoviada: mi cuerpo quebrantado no pudo resistir al sueño. Al despertar, mi alma se halló en una profunda calma, que no se puede conocer sino despues de haber sufrido una tempestad tan violenta. No me quedaba ya mas que un sentimiento de confusion delante de Dios, que conservaré toda mi vida. Mi corazon, segun creo, ha permanecido inocente á sus ojos, pues

no tenia parte en la sorpresa de mis sentidos. Amaba yo sin saberlo, sin quererlo, y tal vez sin vos no hubiera conocido el mal, sino demasiado tarde para aplicar el remedio. ¡Qué leccion para lo futuro! Dios me ha castigado sin duda por la severidad con que juzgaba á las otras. Me parecia inexcusable una muger que se dejaba sorprender por el amor. Trataba de quimera todo lo que oía decir de las pasiones imprevistas. ¡Ah! yo habia encontrado siempre mi voluntad de acuerdo con mi razon; ninguna rebeldía en mis sentidos, ninguna inclinacion que combatir. Me creia virtuosa porque nunca habia tenido ocasion para no serlo. ¡Qué error! Ahora conozco lo poco que puedo contar con mis propias fuerzas; quiero estar en adelante en la presencia de mi Dios, como un niño tímido, que no osa apartarse de su madre, y que se oculta en su seno al menor ruido que oye.

A las cinco de la tarde vino el Marqués á anunciarme la partida del señor Mastrilli, que le ha dado por escusa de su marcha precipitada los negocios de consecuencia que le llaman á Nápoles; pero yo no lo creo, y conozco el celo del Conde en obligarme. Recompénsele Dios esta buena obra, y que le conceda su Magestad el reposo del corazon que he recobrado por sus cui-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dados: que este Señor me conserve largo tiempo á mi querida madre, ó por mejor decir, que no permita que permanezca sin ella, expuesta á los peligros que me rodean.

CARTA XXXIII.

RESPUESTA.

Si se muriese de gozo, hubiera yo espirado, querida hija mia, cuando leí tu carta. Cuán edificada estoy de los combates que has experimentado, y de los que has salido victoriosa. Dios te conduce, querida mia, como por la mano; faltaba esta prueba á tu virtud.

Estoy persuadida, como tú, á que has permanecido inocente á los ojos del Señor. Este Padre, lleno de bondad, que conoce la violencia de nuestras pasiones, no puede ofenderse de los movimientos involuntarios que ellas nos causan: el que los combatamos, es todo lo que su Magestad desea de nosotros, y este combate es el que experimentaba S. Pablo cuando gemia por tener que destruir sin cesar el hombre viejo; pero tú has tenido experiencia de los socorros que da Dios á los que combaten con todas sus fuerzas. Aquella calma que has recobrado cuando menos

lo esparabas, es la recompensa que ha prometido este Dios de bondad á los victoriosos. Compara ahora, mi pobre hija, lo que esto te ha costado, con los inevitables tormentos que hubieran sido la resulta de esa pasion, si la hubieses dejado tiempo de fortificarse, y convendrás en que es mas fácil resistir á las pasiones, que cederlas cobardemente la victoria: quien titubea en estas ocasiones, aumenta sus penas; pero si con una voluntad determinada se opone valerosamente á la ocasion, bien pronto recoge el fruto de sus trabajos. Las pasiones no se sublevan mas que contra aquellos que la combaten con flojedad, y se sujetan al instante que se renuncia á los miramientos para con ellas. El que tiene necesidad de coger las hortigas, evita su picadura cogiéndolas con vigor: ellas no hieren sino cuando se las coge poco á poco; lo mismo sucede en la renuncia al vicio, que es tanto mas penosa cuanto se procede en ella con mas incertidumbre.

No eres tú sola, mi amada hija, la que se puede acusar de haber tenido falta de indulgencia para con las flaquezas de las otras. ¡Cuántas mugeres, bastante felices por no haber experimentado jamás rebeldía en sus sentidos, se creen con derecho de condenar implacablemente á las que se han dejado sorprender del amor! No con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sideran ellas que si su cordura no tiene otro orígen que el temperamento, y la falta de ocasiones, no puede ser de un gran mérito. Aquella que se cree con derecho para despreciar á la que tuvo la desgracia de caer, porque se halló en una ocasion crítica, no considera que á ella le hubiera sucedido lo mismo si se hubiese hallado en semejante caso. Compadezcámonos sinceramente de las que se apartan del camino recto; pero evitemos una comparacion orgullosa con nosotras mismas, y guardémonos de decir con el soberbio Fariseo: *Gracias os doy, Señor, porque no soy como los demás hombres.* No temo decirlo, querida hija mia; segun mi opinion, hace mas culpables á los ojos del Señor este orgullo, que los desarreglos mas vergonzosos. No permita Dios que yo quiera excusar la desarreglada conducta de algunas de nuestro sexo. No se puede concebir bastante horror por ella; pero querria que se aborreciese y despreciase el crímen, sin despreciar ni declamar contra la que lo comete, y que nos dijésemos contínuamente á nosotras mismas: ella no ha hecho nada que yo no pudiese hacer, si Dios me abandonase á mí misma. Querria que á vista del desarreglo de las otras, se sintiese una penetrada de compasion, de espanto por sí misma, y de reconocimiento para

con el Señor: que se refiriese á él toda la gloria de la tranquilidad que se goza, ó de las victorias que se han conseguido. Si estuviesen en estas disposiciones, no se oirian estas jeremías eternas sobre la conducta de otras; ni esas orgullosas lamentaciones sobre los vicios del siglo en general, que acaban siempre sobre los de particulares. Este defecto es sobre todo el de aquellas personas devotas de profesion, pero que están no obstante tan lejos de serlo, como lo está el cielo de la tierra. La hiel de la maledicencia se destila de sus lábios: parece que ellas se creen bastante bien con Dios, para poder sin consecuencia estar dispensadas de guardar ningunas medidas caritativas con los prójimos. Tú, hija mia, evitarás de aquí adelante este escollo, acordándote en esta especie de encuentros del peligro de que Dios te ha sacado por su gracia.

Si conociese menos al Conde, censuraria la confianza que has tenido en él; pero yo perdono á la crítica circunstancia en que te has hallado. En esta suerte de combates, sola la huida puede asegurar la victoria, y tú debias procurártela á cualquiera precio que fuese. No has engañado al Conde; él habia conocido tus sentimientos, y era necesario que conociese tu triunfo. ¿Quién sabe si esto no le curará? Cuando un corazon

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ha resistido á una de estas inclinaciones violentas que nacen involuntariamente, no se debe esperar mas que caiga en ella á sangre fria, y esto es lo que el Conde no puede menos de decirse á sí mismo. No le hagas ninguna pregunta sobre los medios de que se ha valido para alejar al jóven Mastrilli; que no vea él en tí ninguna curiosidad en este particular. Escríbeme sin perder correo. Estoy muy inquieta por tu salud, que te encargo cuides: sobre todo, nada de abatimiento; no tienes mas que hacer que dar gracias al Señor.

CARTA XXXIV.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

AMADA MADRE MIA: Vednos aquí en el caso del desenredo de la pieza, y temo mucho que ella acabe para mí de un modo bien cruel. He seguido exactamente las órdenes que me habeis dado respecto á mi rival; yo he abandonado la curacion de mi esposo á los cuidados del Conde, quien para libertarme de las inquietudes que este negocio me podia causar, me ha ocultado las medidas que para ello tomaba. Quedé pues muy

sorprendida de ver llegar ayer tarde al Marqués con una emocion terrible. Se encerró en su cuarto, y se paseó en él largo tiempo del modo mas agitado. Me pareció que le oia pronunciar el nombre del Conde muchas veces; y lo que mas me sorprendia, era el no ver á este último. Una hora despues me pareció que mi esposo volvia en sí. Escribió algunas líneas con sobrescrito á su amigo, y salió sobre la marcha. Como yo sabia que nos acercabamos al desenredo, me habia asustado mucho por el pronto; pero volví en mí cuando le ví escribir al Conde. Espero á éste con la mas viva impaciencia, y no acabaré mi carta hasta despues de haberle hablado.

El Marqués y el Conde acaban de entrar en casa, y hemos cenado juntos. Mi esposo al principio pareció estar distraido y confuso; pero las caricias y las atenciones del Conde, le han vuelto á poner en su estado natural. Por grandes que fu esen mis deseos de hablar á éste, no me fué posible hallar ocasion para ello, y tuve que resolverme á esperar hasta mañana á pesar de mi impaciencia.

Estando aun á la mesa, recibimos un billete de mi hermana (*). Me avisaba que habia esta-

(*) Sin duda que en alguna de las cartas que quedan suprimidas, se daba cuenta de su entrada en el convento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ha resistido á una de estas inclinaciones violentas que nacen involuntariamente, no se debe esperar mas que caiga en ella á sangre fria, y esto es lo que el Conde no puede menos de decirse á sí mismo. No le hagas ninguna pregunta sobre los medios de que se ha valido para alejar al jóven Mastrilli; que no vea él en tí ninguna curiosidad en este particular. Escríbeme sin perder correo. Estoy muy inquieta por tu salud, que te encargo cuides: sobre todo, nada de abatimiento; no tienes mas que hacer que dar gracias al Señor.

CARTA XXXIV.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

AMADA MADRE MIA: Vednos aquí en el caso del desenredo de la pieza, y temo mucho que ella acabe para mí de un modo bien cruel. He seguido exactamente las órdenes que me habeis dado respecto á mi rival; yo he abandonado la curacion de mi esposo á los cuidados del Conde, quien para libertarme de las inquietudes que este negocio me podia causar, me ha ocultado las medidas que para ello tomaba. Quedé pues muy

sorprendida de ver llegar ayer tarde al Marqués con una emocion terrible. Se encerró en su cuarto, y se paseó en él largo tiempo del modo mas agitado. Me pareció que le oia pronunciar el nombre del Conde muchas veces; y lo que mas me sorprendia, era el no ver á este último. Una hora despues me pareció que mi esposo volvia en sí. Escribió algunas líneas con sobrescrito á su amigo, y salió sobre la marcha. Como yo sabia que nos acercabamos al desenredo, me habia asustado mucho por el pronto; pero volví en mí cuando le ví escribir al Conde. Espero á éste con la mas viva impaciencia, y no acabaré mi carta hasta despues de haberle hablado.

El Marqués y el Conde acaban de entrar en casa, y hemos cenado juntos. Mi esposo al principio pareció estar distraido y confuso; pero las caricias y las atenciones del Conde, le han vuelto á poner en su estado natural. Por grandes que fu esen mis deseos de hablar á éste, no me fué posible hallar ocasion para ello, y tuve que resolverme á esperar hasta mañana á pesar de mi impaciencia.

Estando aun á la mesa, recibimos un billete de mi hermana (*). Me avisaba que habia esta-

(*) Sin duda que en alguna de las cartas que quedan suprimidas, se daba cuenta de su entrada en el convento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do todo el dia muy desazonada, y que deseaba verme mañana por la mañana. El Conde se aprovechó de esta ocasion, y me pidió el permiso de acompañarme; no la ha visto desde que está en el convento, y su súplica pareció natural: noté al Marqués menos enojado contra mi pobre hermana, y me dijo aceptase la proposicion de su amigo. Yo desearia aun, añadió, que el Conde la hablase en particular; tal vez seria él mas hábil que nosotros, y llegaria á hallar la causa de sus caprichos.

Hemos salido hoy á las seis de la mañana: yo no habia cerrado los ojos en toda la noche, y el Conde no habia estado mas tranquilo. La cura es perfecta, me dijo al darme la mano para subir al coche; pero yo he tolerado fuertes crísis. Luego que nos sentamos, este digno amigo me contó lo que se sigue. Viendo el Conde con indignacion los tormentos que mi esposo pasaba por una criatura tan despreciable, quiso abrirle los ojos. Para esto (habiendo esperado á que se la pasase el tiempo de su riesgo) le propuso si queria ir á cenar en casa de una de las mozas mas bonitas de la ciudad. El Marqués que buscaba distraerse, aceptó la proposicion. Salieron en el coche del Conde al principiar la noche, esto es, á las cinco. Juzgad cual seria la admiracion de

mi esposo, cuando vió que el coche se paraba á la puerta de su Dulcinea. ¿A dónde me llevais? Preguntó temblando al Conde. A donde os he prometido respondió éste. El pícaro de mi ayuda de cámara ha hecho la conquista de esta muchacha, que podria muy bien divertir á un hombre honrado. He descubierto esta intriga por medio de un lacayo, á quien Girard honra con su confianza, y me ha ocurrido la idea de turbar la cena de este bribon. El Marqués habia estado suspenso durante este discurso; y despues de un momento de silencio, dijo al Conde: vuestro cochero se engaña. Yo conozco á la que vive en este cuarto, y responderia de su conducta y de sus sentimientos, piensa demasiado bien para abandonarse á un criado, y si yo os la nombrara convendríais conmigo en la equivocacion. Es casi imposible, le dijo el Conde. No conozco á esta muchacha, pero el confidente de Girard nos sirve de cochero, y sabe muy bien la casa para equivocarse. Mas no busquémos, Marqués, el aclarar este misterio; si teneis algun interés en la persona que aquí vive, creedme volvamos á casa, y no os expongais á deponer un error que os divierte. No penseis en ello, respondió el Marqués; creo, Conde, poder fiarme de vos. Yo adoro á la que aquí vive; va el reposo de mi vi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

da en aclarar las sospechas que me haceis concebir; os conjuro no me abandoneis. Al acabar estas palabras bajaron del coche. El lacayo del Conde subió por una escalera secreta; y como tenia la llave del cuarto en que Girard y la señorita Rosa estaban muy tranquilos en estrecha conversacion, el Marqués se convenció por sus propios ojos de la realidad de una traicion, que jamás hubiera él podido imaginarse. Llenó desde luego á esta miserable de los improperios á que era acreedora; pero ella en lugar de cortarse, levantó la voz y dijo al Marqués, que el que estaba con ella era su esposo, y que así le suplicaba que no diese escándalo, porque de otro modo encontraria medios de hacerle arrepentir. El descaro de esta criatura puso el colmo al furor del Marqués; pero Girard, á quien la presencia de su amo apénas tranquilizaba, tomó inmediatamente su partido: no hableis tan alto, señorita, la dijo, yo no soy esposo vuestro, y Dios me libre de llegar á serlo. Siento me hayais puesto en la precision de explicarme con tanta aspereza; pero el descaro que teneis á vista de este Señor, me indigna, y me descubre vuestro carácter. Estas palabras fueron como un rayo para esta infeliz. El Marqués, despues de haberla tratado como merecia, salió aceleradamente sin su amigo, y vino á encerrarse en su cuarto. Reflexionando sobre todo lo que habia pasado, creyó descubrir que este chasco habia sido urdido por el Conde; y olvidándose de lo que debia á este amigo, le escribió un papel en que le citaba á un lugar retirado, para que le diese satisfaccion de la burla que le habia hecho. El Conde fué al parage que se le señalaba; pero demasiado prudente para picarse de semejante desafio, dejó pasar la cólera del Marqués; le declaró ingénuamente que jamás reñiria con él, y le hizo reparar que habia venido sin espada. Confuso el Marqués de su arrebatamiento, llegó al punto de poder discurrir, y el Conde le obligó á confesar, que el modo con que él se habia conducido en todo este negocio, era de un amigo verdadero.

Ignoramos aun cuál será la conducta de mi esposo con Rosa; y la inquietud en que estábamos sobre este punto, abrevió mucho la visita que hicimos á mi hermana. ¡Cuán mudada está, madre mia! Ella sacó las lágrimas de mis ojos: el Conde no pudo menos de llorar tambien, y nosotros nos servimos de cuantos medios son imaginables, para empeñarla á que nos descubriese su corazon. Se obstina en callar, y el único favor que pide es el permiso de tomar el hábito. Vos conoceis que no puedo dejarla esperanza alguna

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sobre esto. La prometí volver mañana, y nos restituimos inmediatamente á casa. El Marqués salió casi tan temprano como nosotros, y envió á decir al Conde que le esperase en la iglesia de S. Carlos. Vedme, pues, abandonada á mí misma, y entregada á mis reflexiones. Son funestas, y me extremezco sobre todo por el temor de que el Marqués no sospeche que he tenido alguna parte en lo que acaba de pasar. Mi esposo entra otra vez con el Conde; el correo va á partir, no tengo mas tiempo que para enviar mi carta, y así no podré hasta el próximo, instruiros de lo que ocurra.

CARTA XXXV.

RESPUESTA A LA PRECEDENTE.

Estoy persuadida, querida hija mia, á que ántes de recibir esta carta gozarás ya de una tranquilidad perfecta. No habia que temer sino los primeros momentos, y gracias á la prudencia del Conde, todo ha sucedido tan bien como podiamos desearlo. ¡Qué tesoro tan precioso es un amigo de esta especie! ¡Y cuánto siento que ese pobre Conde sea víctima de una pasion que le hace desgraciado! Siempre espero que le veremos vencedor, y que despues de haber trabajado en

la felicidad de sus amigos, hará en fin alguna cosa por sí mismo. Vuestra Rosa es una miserable que no excita ya mi lástima. Faltaba á su retrato el último golpe que acaba de dar, y su corazon corrompido debia ser tambien hipócrita. Es en mi dictámen el *non plus ultra* del crímen; y yo me siento poseida de una indignacion de que apénas soy dueña, cuando veo que se quiere hacer servir la religion de cobertura al vicio. Esa muchacha tendrá un mal fin; y tu esposo, reflexionando á sangre fria sobre su carácter, va á conocer de qué cadena se le acaba de libertar. Te exhorto, querida hija mia, á que te abandones á la Providencia por lo que hace al desenlace de este negocio, que segun me dice el corazon, se terminará de un modo ventajoso para tí.

Guárdate de dejar esperar á tu hermana, que tú consentirás en verla tomar empeño en una casa religiosa: no conviene lisonjear su manía sobre este artículo. Pongamos esta niña en las manos del Señor, y pidámosle que la ilustre, pues que su obstinacion en guardar silencio, nos pone fuera de estado de darla otros socorros. Te confieso que su situacion pone una grande amargura en mi vida; pero persuadida á que somos ciegos, incapaces de juzgar sanamente de lo que nos conviene, me sostengo diciéndome sin cesar

que de esta dolorosa situacion sabrá Dios sacar bienes que no nos hubiéramos atrevido á prometernos. Vé las mas veces que puedas á esa pobre niña, procura reconciliarla con tu marido, y dila que jamás se la violentará en el género de vida que quiera escoger; pero que es necesario tiempo para asegurarse de su vocacion. Espero con una viva impaciencia el perfecto desenredo de todos estos negocios; mas de cualquier modo que suceda, cuento con tu constancia y resignacion en todo lo que Dios se digne disponer.

CARTA XXXVI.

DE LA MARQUESA D.**** A SU MADRE.

Madre querida mia: ¿quién podrá explicaros las tristes situaciones que he experimentado desde mi última carta? Grande ha sido la necesidad que he tenido de recordar vuestros consejos, y abandonarme á cada instante á la Providencia. Os aseguro que este es el único medio de endulzar las penas mas crueles, y sin esto no sé si me hubiera rendido á todas las mias.

Estando ya cerrando mi última carta, volvió á entrar mi esposo con el Conde; venian como pensativos, y salieron inmediatamente despues

de comer. No han vuelto hasta las cinco; y nosotros hablábamos de cosas indiferentes, cuando un criado me vino á decir que estaba allí una mercadera que vendia encajes, y me los queria enseñar. Quise dejarla para el dia siguiente; pero mi esposo mandó que se la hiciese entrar. Juzgad de su sorpresa cuando esta muger puso á la entrada de mi cuarto un canastillo cubierto, sobre el cual habia una carta sin cerrar, y se fué. Nos miramos de un modo confuso, pero la voz de un niño que se oyó, me forzó á dar un gran grito, y corrí á él. Ví en el canastillo un hermoso niño que me alargaba sus manecitas. Mi esposo habia permanecido inmoble en su silla: el Conde se habia acercado á él, y le hablaba en voz baja; yo sin pensar en lo que pasaba al rededor de mí, acariciaba á este pequeño inocente, y dije que era necesario buscarle prontamente una nodriza. Descubrí entónces la carta, que estaba abierta, y en ella se me decia toda la intriga del Marqués, al que se le prodigaban los mas indecentes epítetos, y acababan advirtiéndome que desconfiase de un esposo que se complacia en la seduccion, la mentira y los crímenes mas enormes. Despues de haber leido este libelo, le rompí, le arrojé sobre una silla, y principié otra vez acariciar este niño. El Marqués que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sin moverse de su lugar, no habia cesado de mirarme, juntó los pedazos de la carta que acababa de romper, é hizo un movimiento para salir. Lo noté, y poniendo al niño sobre un sofá, me acerqué á él, y le abracé sin poder pronunciar una sola palabra. El se soltó de mis brazos, tomó una de mis manos, que besó, y sentí que la mojaba con sus lágrimas. Salió, y el Conde, que conocia de cuanta consecuencia era no abandonarle en estos críticos momentos, le siguió, y yo quedé sola con este niño, que confié á una de mis criadas, recomendándola el secreto. Ved sin duda la venganza que esta desgraciada ha querido tomar del Marqués: ella se lisongeaba con la maligna esperanza de desunirnos; pero espero que sus artificios se volverán en confusion suya. Luego que me ví tranquila por lo que toca á la inocente criatura que me enviaron, me informé del camino que habian tomado el Conde y su amigo. Fueron en coche, pero éste volvió al cabo de una hora; los dejó en el arrabal del Pó, y temo que se venguen de un modo cruel de la desgraciada autora de tantas turbaciones. Recibí por la tarde un billete del Conde, en que me suplicaba no estuviese con cuidado; han estado dos dias ausentes, y á pesar del aviso del Conde los he pasado en una grande inquietud. ¡Pero cuál

fué mi espanto cuando ví llegar al Conde solo! ¿Qué habeis hecho del Marqués, le dije, y por qué venís aquí sin él? Animaos, señora, me respondió, vuestro esposo no está distante; pero él se reconoce tan culpable hácia vos, que no se atreve á presentarse á vuestra vista sin estar asegurado de que le perdonaréis. ¿Y nó podíais vos responderle de mis sentimientos, repliqué al Conde? Démonos prisa á buscarle, y conozca él todo el gozo que me causa su vuelta á la virtud. No iréis muy léjos, me dijo el Conde sonriéndose, é inmediatamente abrió la puerta de mi cuarto, y mi esposo estaba á mis pies ántes que yo se lo pudiese impedir. Lléname de improperios, me dijo este querido esposo; tus bondades agravan mi crímen, y me parece que me sentiria aliviado si me tratases como lo merece el mas culpable de los hombres. Yo no respondí sino estrechándole en mis brazos, y esforzándome para levantarle. Enternecido el Conde, vertia lágrimas: las nuestras corrian con abundancia, y seria imposible pintaros lo que pasó en este feliz momento. El Conde hizo conocer á mi esposo hasta qué extremo habia llegado mi paciencia, y le probó que estaba instruida de esta intriga desde sus principios. El Marqués parece confundido, y no puede acordarse de su ceguedad sin

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

extremecerse. Ha trabajado durante estos dos dias en hacer encerrar á la infeliz Rosa; y á pesar de las penas que ella me causa, no puedo ménos de compadecerla muy sinceramente. ¿No podré pedir al Marqués la libertad de verla, y creis vos que fuese imposible el volverla al camino de la virtud?

Estoy destinada á no gustar jamás placer que no sea acompañado de alguna amargura. El Conde encontró medio de hablarme á solas. Soy demasiado feliz, me dijo, en haber conseguido volveros el corazon de un esposo que estimais: ya es tiempo, señora, de que yo trabaje en mi propia tranquilidad. Solo huyendo de vos puedo lisonjearme de arrancar de mi corazon el dardo fatal que le despedaza. Os adoro, señora, y no os ofendais de esta declaracion, pues os la renuevo en el momento de dejaros para siempre. Yo no he intentado mi curacion; hubieran sido inútiles mis esfuerzos: todo lo que he podido obtener sobre mi corazon, es limitarme al silencio: pero ya este silencio es superior á mis fuerzas; os ofenderia á cada instante, y llegaria á ser mas criminal sin dejar de ser infeliz. Os pido vuestra compasion, señora, y el secreto por lo que hace al Marqués: él se opondria á una ausencia, cuyos motivos no le podria yo decir, y

vos conoceis muy bien que ella es necesaria. El Conde se levantó acabando estas palabras, y me dejó tan confusa, que no tuve fuerza para decirle nada. Este pobre Conde me hizo entrever que su partida está cercana; yo no creo que me conviene el detenerle despues de una declaracion tan manifiesta; os confieso no obstante que estoy bien tentada á hacerlo; ¿qué tengo que temer de un corazon tan virtuoso como el suyo? Espero vuestra respuesta con impaciencia; mucho me alegraria si ella se encontrase de acuerdo con mis deseos: ¡debo tanto al Conde! sin embargo, querida madre mia, nada de complacencia. De cualquier modo que decidais sereis obedecida.

CARTA XXXVII.

RESPUESTA A LA PRECEDENTE.

Bien lo habia yo previsto, querida hija mia, que el estravío del Marqués no podia ser de larga duracion, sobre todo, habiendo puesto tus intereses en un amigo tan sincero como el Conde, á quien admiro y compadezco con toda mi alma. Tú le debes demasiado, hija mia, para oponerte á su separacion. Tu ausencia es el solo remedio para su mal, y aun es dudosa la eficacia de

él, pues ha echado raices demasiado profundas. Pierdes á la verdad un amigo que nada podrá reemplazar; pero debes preferir sus intereses á los tuyos. Por otra parte, por virtuoso que sea el Conde, es hombre y es amante. No hay probidad que no deba temblar á la vista de una pasion violenta. Si dieses el menor paso para detener al Conde, él estaria autorizado para darte á cada instante motivos de queja; concebiria á pesar suyo una esperanza que aumentaria su pasion, y llegaria á ser, ó el mas desgraciado, ó el mas criminal de todos los hombres. ¡Cruel alternativa á que son reducidas todas las personas que han alimentado con complacencia una inclinacion criminal! Por lo demas, querida hija, el corazon humano está en las manos del Señor: él aumenta el valor de los que combaten por la virtud; no se debe dudar que su divina Magestad recompense al Conde de la generosa resolucion que acaba de tomar. Dirígele á este fin las mas fervorosas oraciones: el reconocimiento te impone este deber.

Estás en un error cuando crees á Rosa susceptible de una feliz vuelta á la virtud. Es menester para convertir un corazon como el suyo, un milagro de la Divina Misericordia. Sus crímenes no han sido ocasionados por una debilidad,

sino por una ambicion sin límites: los cometió á sangre fria, y ella junta con el libertinaje mas criminal, el disimulo, la hipocresía, el artificio, y un manejo que acredita una alma intrépida y endurecida en el mal. Pide por ella, empeña al Marqués á que la traten con dulzura; pero que la deje en la soledad que la ha procurado, pues este es el partido que mas la conviene al presente: infórmate del modo con que se porta; y si pareciese verdaderamente arrepentido su corazon, podrás entónces obtener de tu esposo lo necesario para establecerla. Apruebo tu cuidado con la inocente criatura que han puesto en tus manos, pues ella no tiene culpa en el delito á que debe el ser. Adios, querida hija mia, nada me dices de tu hermana, y me inquieta la situacion de esa pobre jóven.

CARTA XXXVIII.

DE LA MARQUESA D.*** A SU MADRE.

La Novalesa 4 de Julio.

Grande será vuestra admiracion, mi querida madre, al leer la fecha de esta carta. Nos creés aun en Turin, y cuando recibais esta estarémos en nuestras tierras, á donde acaba de ser

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

desterrado mi esposo. Este pobre Marqués me da lástima; su desgracia acaecida en un tiempo en que parecia su favor mejor establecido, le ha agoviado y me temo que le rinda el pesar que le causa. Antes de ayer fué, como todos los dias, á hacer su corte; recibió mil agasajos de los Reyes, y ayer á las nueve de la mañana tuvo órden de retirarse, sin que se le hayan dado mas que veinticuatro horas para arreglar sus negocios. El Conde, que toma parte en la pena de mi marido, fué hoy temprano á palacio, y se atrevió á hablar al Rey en nuestro favor; pero S. M. le impuso silencio con un aire severo, y le volvió las espaldas. La Reina parece que ha sentido esta noticia, á lo menos el Conde creyó leerlo así en sus ojos; no dejándola libertad de explicarse la importuna presencia de la Baronesa de R....que parecia triunfar de nuestra desgracia. El Conde está persuadido á que ella ha contribuido á ésta, y yo tambien lo creo. Lo que mas me aflige es que soy la causa inocente del ódio que ella tiene al Marqués. Esta muger me ha aborrecido siempre, sin que yo la haya dado motivo alguno para ello, y su enfado se manifestaba en todas las ocasiones en que la Reina me demostraba alguna bondad. Como siempre hemos mi esposo y yo buscado ocasiones de servir á todo el mundo, esperaba ver á todos aquellos que se llamaban nuestros amigos, mostrarse sensibles á nuestra desgracia; pero excepto el Conde, todo el mundo nos abandonó; parece que nos miran como apestados, y que temen acercarse á nosotros. Me han dicho que muchas señoras que me colmaban de caricias, se desatan cruelmente contra mí. ¡Dios mio, esto es la córte! ¿Es posible que la falsedad llegue hasta este punto? Nuestra desgracia se extiende hasta el Conde, á quien se mira ya como un hombre perdido; los cortesanos principian á volverle la espalda, lo que le inquieta poco, segun dice. El no se queda en la córte sino para procurar servirnos en ella, descubriendo á lo menos de qué se nos acusa, y protesta al Marqués que disgustado de un mar tan espuesto á tempestades, no tardará en abandonarlo.

¿Qué os diré yo, querida madre mia, de mis sentimientos en esta ocasion? Solo á vos es á quien me atrevo á abrir mi corazon; no sabria mirar este acontecimiento como una desgracia; pero me interesa la pena del Marqués, y siento dejar á una Princesa que tenia mil bondades conmigo. Por lo demas entono el cántico de los hijos de Israel despues de su salida de Egipto, y no creo echar menos las cebollas de esta tierra de destierro. El Marqués tiene mucha renta, y puede estable-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cer bien á nuestra corta familia: Dios, que sabe lo que nos conviene, nos ha enviado esta desgracia por su misericordia, y se ha dignado preservar á mis hijos del aire contagioso que se respira en la córte. ¿Quién sabe si el Señor ha tenido á bien servirse de este medio, para curar á mi esposo del apego que tenia al mundo? A este fin le dirijo mis votos del fondo de mi corazon; pues mi felicidad seria perfecta si este querido Marqués pudiese mirar con los mismos ojos que yo la gloria de este mundo; entónces sí que bendeciria el pronto naufragio que nos conduce al puerto.

En la precipitacion de esta partida se encargó el Conde de sacar á mi hermana del convento, y acaba de traerla á la Novalesa. Ella abrazó al Marqués, que no la habia visto desde su entrada en el convento, y la dijo: en tu mano estuvo el estar bien establecida antes de mi desgracia; no estariais ahora reducida á vivir en la soledad. Esta niña le respondió con la mayor gracia del mundo, que se tendria por mas feliz participando de su destierro, que viviendo en medio de la primera córte del universo. Mi esposo pareció encantado con esta respuesta, y la estrechó en sus brazos, asegurándola que le agradecia esta señal de cariño. Al despedirnos del Conde derramamos lágrimas bastante sinceras; me pidió el permiso de abrazar á mi hermana, y si no me engaño, me parece que echó sobre ella alguna de aquellas miradas, á las cuales me tenia tan acostumbrada. Mas lo que acabó de sorprenderme fué que él suplicó al Marqués que no dispusiese de ella hasta cumplirse un año. Mi hermana se puso encendida, pero al través de su confusion descubrí un secreto gozo, que me da mucho en que pensar, y tengo mucha impaciencia por hablar á esta muchacha á solas para descifrar este enigma.

Vamos á pasar el Monte Cenis dentro de una hora, y me aseguran que me costará trabajo el conocerle; su descripcion os la haré en la próxima carta. Hace un calor terrible, y á pesar de nuestras mascarillas, estamos tostados por el ardor del sol. Lo peor es que se necesita ir en estas miserables sillas que os he pintado otra vez, en que se va á todos vientos. Yo he prometido recompensa doble á los silleteros por llevarnos por el camino real, que es mas largo, pero menos peligroso. Ellos fueron trasportados de gozo cuando oyeron hablar de paga doble; y el Marqués me dijo suspirando, estos miserables son mil veces mas felices que nosotros: no conocen ni las grandezas, ni las desgracias, y contentos cuan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do pueden añadir algo á su salario ordinario, se creen, y son en efecto superiores á los dichosos del siglo. Dios quiera hacer madurar en él esta feliz semilla de filosofía, y volverle en lugar de los falsos bienes que pierde, la paz y la dulzura que huyen de los techos dorados para refugiarse en las cabañas y en las pajas.

Se me olvidaba deciros que el Marqués se halló como aliviado al pasar por Rivoli, que es un palacio donde el padre del Rey estuvo mucho tiempo prisionero. Este ejemplo de la inconstancia de las grandezas humanas, sirve sin duda para endulzar la amargura de su actual situacion.

CARTA XXXIX.

RESPUESTA A LA ANTERIOR.

Estoy, querida hija mia, tan sorprendida de tu desgracia, como edificada de tus sentimientos acerca de las grandezas y vanidades de este mundo. Son ilusiones que pasan: tu lo experimentas hoy sin que te hagan impresion; mas los que están apegados á ellas lo sienten de un modo demasiado cruel, en la vida y en la muerte. Espero que nuestro querido Marqués hará iguales reflexiones; y tal vez es este el instante que Dios

le esperaba en su misericordia para abrirle los ojos sobre el precio del favor, de las dignidades, y de los honores.

Poco conocias la corte cuando contabas tener amigos despues de tu caida. El cortesano, por lo regular cobarde adulador, lo sacrifica todo al deseo de medrar: esclavo vil de los caprichos de su amo, dobla de buena gana la rodilla delante del ídolo mas despreciable, y no temeria renunciar á su propio padre si creyese por esto hacerse agradable al soberano. Cuantos grandes enorgullecidos por los respetos que se rendian á su favor, se han visto en el caso del asno cargado de reliquias, que se apropiaba para sí el incienso que se ofrecia al fardo, y quedó muy sorprendido del menosprecio que se hizo de él luego que se le quitó la carga.

No me admira la generosidad del Conde; un corazon como el suyo no está hecho para acomodarse al tiempo. Esto podrá tal vez perjudicarle actualmente en el concepto del Rey; pero cuenta con que este Príncipe que es equitativo, le estimará mas luego que se hayan pasado sus primeros movimientos. Los Príncipes, acostumbrados desde su infancia á ver arrastar debajo de ellos todo lo que se les acerca, se irritan al pronto de la resistencia que encuentran á sus volunta-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do pueden añadir algo á su salario ordinario, se creen, y son en efecto superiores á los dichosos del siglo. Dios quiera hacer madurar en él esta feliz semilla de filosofía, y volverle en lugar de los falsos bienes que pierde, la paz y la dulzura que huyen de los techos dorados para refugiarse en las cabañas y en las pajas.

Se me olvidaba deciros que el Marqués se halló como aliviado al pasar por Rivoli, que es un palacio donde el padre del Rey estuvo mucho tiempo prisionero. Este ejemplo de la inconstancia de las grandezas humanas, sirve sin duda para endulzar la amargura de su actual situacion.

CARTA XXXIX.

RESPUESTA A LA ANTERIOR.

Estoy, querida hija mia, tan sorprendida de tu desgracia, como edificada de tus sentimientos acerca de las grandezas y vanidades de este mundo. Son ilusiones que pasan: tu lo experimentas hoy sin que te hagan impresion; mas los que están apegados á ellas lo sienten de un modo demasiado cruel, en la vida y en la muerte. Espero que nuestro querido Marqués hará iguales reflexiones; y tal vez es este el instante que Dios

le esperaba en su misericordia para abrirle los ojos sobre el precio del favor, de las dignidades, y de los honores.

Poco conocias la corte cuando contabas tener amigos despues de tu caida. El cortesano, por lo regular cobarde adulador, lo sacrifica todo al deseo de medrar: esclavo vil de los caprichos de su amo, dobla de buena gana la rodilla delante del ídolo mas despreciable, y no temeria renunciar á su propio padre si creyese por esto hacerse agradable al soberano. Cuantos grandes enorgullecidos por los respetos que se rendian á su favor, se han visto en el caso del asno cargado de reliquias, que se apropiaba para sí el incienso que se ofrecia al fardo, y quedó muy sorprendido del menosprecio que se hizo de él luego que se le quitó la carga.

No me admira la generosidad del Conde; un corazon como el suyo no está hecho para acomodarse al tiempo. Esto podrá tal vez perjudicarle actualmente en el concepto del Rey; pero cuenta con que este Príncipe que es equitativo, le estimará mas luego que se hayan pasado sus primeros movimientos. Los Príncipes, acostumbrados desde su infancia á ver arrastar debajo de ellos todo lo que se les acerca, se irritan al pronto de la resistencia que encuentran á sus volunta-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

des por injustas que sean; pero en el fondo de su corazon no pueden ménos de estimar á una alma bastante grande para oponerse á sus caprichos. Tarde ó temprano la inocencia de tu esposo será reconocida, y el Príncipe dará gracias al Conde por no haberle abandonado. Tu padre ha tenido el honor de conocer al Rey de Cerdeña en algunas campañas que ha hecho bajo sus órdenes. A un gran valor junta un fondo de equidad muy raro en las personas de esta clase, y lo mejor es que tiene mucha religion. Es preciso que haya sido engañado sobre las cosas de tu esposo; pero el tiempo le justificará, y le volverá á la gracia de un amo justo y equitativo. Tu padre escribe al Marqués para demostrarle la parte que tomamos en su desgracia, y yo juntaré ademas dos palabras de mi puño; asegúrale en el ínterin de mi sensibilidad sobre todo lo que le toca.

Me admira lo que me dices de tu hermana, y temo que con el Conde se la haya escapado su secreto; procura empeñarla á abrirte su corazon, y pongamos este negocio en manos de la Providencia. No me atrevo abandonarme á las ideas lisonjeras que se presentan á mi imaginacion; pero te aseguro que me seria muy dulce ver tomar por ella á ese pobre Conde los sentimientos que ha tenido por tí: no es ni su rango, ni su fortuna

á lo que yo atiendo; su virtud es la que me haria mirar su alianza como la mayor felicidad, aunque estuviese en la mas comun condicion.

No dudo que la Baronesa de R..... haya tenido mucha parte en vuestro destierro; la Reina se divertia con el pesar que la causaba la amistad con que te distinguia; pero sus artificios se volverán contra ella misma; descansa en vuestra inocencia, y en el celo del Conde.

El paralelo de aquel pobre Príncipe con el de esa gente infeliz, á quien un leve aumento de ganancia transporta de gozo, es muy propio para hacer comprender el justo valor de los honores y de las dignidades: es menester, hija mia, prestarse á ellas; pero insensato el que se fia y las mira como esenciales á la felicidad.

Dime si precisamente vuestro destierro está fijado á vuestras tierras, y si no tendréis la satisfaccion de ir á Chambery, á ver otra vez vuestras queridas Saboyanas. Estoy segura de que vuestra desgracia no las impedirá el festejaros bien: ellas no se cuidan muy mucho de seguir los usos de la corte, y creo que se alegrarán de volveros á ver.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARTA XL.

DE LA MARQUESA D*** A MADAMA DE MONTIER.

QUERIDA MADRE MIA: estoy suspensa aun con los hermosos objetos que se han presentado á mi vista. Este Monte Cenis, que fué antes causa de mi espanto, acaba de ofrecerme el espectáculo mas bello que puede imaginarse. El camino por donde me han conducido, y que está á la izquierda viniendo de Turin, es todo de una anchura regular y no hay que temer en una caida, rodar al fondo de los abismos. No hubiera jamás reconocido la llanura, si no hubiese sabido, á no poderlo dudar, que era la misma que me habia dado tanto horror. La vista de un estanque magnífico me ha causado tanta mayor sorpresa, cuanto en invierno no se descubria el menor vestigio de él; un cesped esmaltado con mil flores, desconocidas en su mayor parte, lisonjea agradablemente los ojos, y esparce en el aire los mas agradables perfumes. Se experimentan en esta llanura á un mismo tiempo las diversas estaciones del año; en el medio hace un calor abrasador; los yelos y las nieves de que están cubiertas en todo tiempo las montañas que la cercan, mantienen allí un invierno perpétuo; y cuando se alejan igualmente del pié de las montañas, y del medio de la llanura, se goza de los encantos del Otoño y de la Primavera. Mi esposo ha querido mejor alargar un poco la ruta para escusarme los grandes calores, y nunca he viajado con mas tranquilidad. Os escribo de Luneburgo, á donde hemos llegado con felicidad, y de donde vamos á partir inmediatamente, no para Chambery, sino para nuestras tierras. El Marqués, que no consulta sino á su despecho, dice altamente que renuncia de buena gana, no solo al Piamonte, sino á la Saboya; él protesta que en vano le ofrecerian el puesto mas brillante, y piensa retirarse á una quinta que tiene en la Saboya, pero que está bajo la dominacion Francesa; y como la mayor parte de nuestras haciendas está en este Reino, quiere vender todo lo que posee en la Saboya, para no depender en nada de una corte que tan mal le ha tratado. Yo lo abandono todo á la Providencia, y he protestado con todo mi corazon al Marqués, que todos los lugares donde él quisiese vivir me serian igualmente agradables. No he podido hallar ocasion de hablar á mi hermana; ella os escribe, y su carta, que recibiréis con ésta, os dirá sin duda la causa de la mudanza que sospecho. Evito dejar solo

al Marqués en estos primeros momentos, y esto me obliga á concluir aquí mi carta.

CARTA XLI.

DE LA SEÑORITA DE MONTIER Á SU MADRE.

QUERIDA MADRE MIA: no sé como manejarme para abriros mi corazon. Tal vez tengo que avergonzarme de los sentimientos de que se ha dejado sorprender; tal vez tengo tambien que echarme en cara el obstinado silencio que he guardado con la mas tierna de todas las madres, y la mejor de todas las hermanas. Me atrevo no obstante aseguraros, que el haber encerrado todas mis penas dentro de mí misma, no ha sido por faltarme confianza; la singularidad de mis ideas me hizo temer el comunicároslas, y vos convendreis en que mi hermana tenia demasiada parte en lo que os escribo, para atreverme á comunicárselo. Os dejo sin embargo la libertad de hacerla ver esta carta si lo teneis por conveniente, y me refiero en un todo á vuestra prudencia respecto á una confianza que me parece delicada.

No puedo disimularme á mí misma que la lectura de los romances heróicos, me ha dado un

carácter, ó por mejor decir, un temple de ideas bastante particular, tal vez peligrosa, pero no obstante, no me resuelvo aun á mirarla como perjudicial. Me parece que esta lectura me ha elevado el espíritu, y determinado fuertemente á no dar mis afectos sino al hombre que se hiciese digno de ellos por un modo de pensar absolutamente distinto del comun. Partí para la corte en esta disposicion, y os confieso que llena de esta idea, los hombres que se ofrecieron á mis ojos, me parecieron indignos aun de la menor de mis miradas, los encontraba tan pequeños, tan pueriles, comparados con la idea que me habia formado, que me hubiera avergonzado, no digo de estimarlos y amarlos, sino aun de agradarles. No tardé en conocer cuan superior les era el Conde de C...; sin embargo, mi corazon estaba tranquilo, y creo que él hubiera conservado toda su indiferencia sin el accidente acaecido al Marqués, mi cuñado y protector. La generosidad que le empeñó á poner su vida en riesgo por salvar la de su amigo, me tocó hasta el fondo del alma; creí solamente admirarle, pero muy pronto conocí que le amaba; los celos fueron los que me lo hicieron conocer. Apénas principió á interesar mi corazon, cuando descubrí en sus miradas la pasion que tenia á mi hermana. Este conocimiento, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

debia naturalmente sofocar sentimientos que no hacian mas que nacer, acabó de ganarle mi afecto, llegando mi estimacion hasta su último periodo; por salvar la vida de un rival habia él sacrificado la suya; y esta generosidad me hizo ver en él el héroe á quien habia destinado todos mis afectos, y del cual no habia visto ni la sombra en cuantos hasta entónces se habian presentado á mis ojos, por lo que desde el mismo punto me determiné amarle toda mi vida. Yo sé que segun las ideas recibidas, una muchacha de mi edad no deberia pronunciar tal expresion sin rubor; pero os lo confesaré, querida madre, mia este uso y mis ideas son contradictorios. ¿Somos acaso dueños de nuestros sentimientos, para que tengan autoridad de hacernos un crímen de ellos? Hubiera tenido mala opinion de mi corazon, si él hubiese podido no estimar al Conde; ¿pero dependia de mí el detenerme precisamente á estimarle? El amor no es, segun mis principios, un sentimiento criminal, sino en las almas viciosas. Gracias á vuestras lecciones, y á mi natural altivez, nada temia de mis sentimientos, y los he alimentado con tanta mas complacencia, cuanto me parecia cosa heróica amar sin esperanza. El jóven Mastrilli, á pesar de los encantos de su figura, no pudo alterar mi constancia; y aunque sea

bastante ambiciosa para desear hacer un gran papel, el que él me ofrecia no fué capaz de deslumbrarme. Una pasion habia sofocado la otra, y si el Conde hubiera sido pastor, me habria parecido siempre el solo mortal digno de todos mis afectos. Para conservar la libertad de entregarme sin reserva á una inclinacion tan pura y tan inocente, vencí la repugnancia que tenia á la vida religiosa; mi amor, me decia yo á mí misma, es demasiado puro para tener nada de incompatible con este estado.

Hasta aquí, querida madre mia, me cuesta trabajo el persuadirme que mi conducta pueda merecer reprensiones; pero no me sucede así en lo que me queda que deciros; el despecho me ha hecho cometer una falta, de la cual jamás me consolaré, aunque tenga el suceso mas feliz. Dándome el Conde la noticia de la desgracia de mi hermano, me hizo ver una carta del Señor Mastrilli, que fiel á la desgraciada pasion que yo le he inspirado, le conjura á no perdonar nada para vencerme. Despues de haberme leido esta carta, me dijo que este sumiso amante no habia sacrificado el placer de verme, sino para hacer cesar la persecucion que se me hacia en su favor. Me ponderó este sacrificio, me exageró las buenas cualidades de este amante, su alta clase, su for-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tuna. Llena de despecho por oir al Conde defender la causa de su rival, mi corazon se pasó á mis ojos; y mirándole de modo que me entendiese ¡Ah Conde, le dije, es posible que seais vos quien me exhorteis á disponer de un corazon...! Pronunciadas estas palabras me detuve de repente; pero conocí toda su consecuencia, y mi vergüenza y confusion acabaron sin duda de descubrirme á los ojos del Conde. Nos quedamos los dos en silencio; mis lágrimas corrieron á pesar mio; y habiendo el Conde tomado mi mano, que besó ántes de que yo pudiese preveerlo; basta, señorita, dijo; concibo que habeis dispuesto de vuestro corazon; respeto vuestra pasion y vuestro secreto; y es imposible que con tantos encantos, el feliz mortal de que habeis hecho eleccion, no conozca algun dia su dicha; y se lenvantó al acabar de decir estas palabras. Queria sin duda darme tiempo para volver en mí; pero no me fué posible olvidar una imprudencia semejante; mi confusion no ha podido disiparse durante todo el tiempo de nuestro viage, y se ha aumentado mucho cuando el Conde ha suplicado á mi hermano que no disponga de mí ántes del fin de un año. Creo que á pesar de mis esfuerzos, no he podido conseguir ocultar el gozo que me ha causado esta súplica, no porque me lisonjee de haber

interesado al Conde; pues su pasion por mi hermana ha echado raices demasiado profundas; pero me veo al abrigo de las nuevas persecuciones que me podrian hacer, y limito mis deseos á verme libre de todo empeño.

Acabo de leer mi carta, y dudo si la haga partir. Por mas que me diga á mí misma que mis sentimientos nada tienen que pueda avergonzarme, la preocupacion sin duda, un cierto no sé qué, que no me es posible definir, me pone confusa á pesar mio. Lo que me asegura es que escribo á la mejor de todas las madres, que tendrá compasion de mi debilidad, y me dirá hasta qué punto soy culpable: temo sobre todo la escrupulosa virtud de mi hermana, en el supuesto que tengais por conveniente instruirla de mis sentimientos. No obstante, lo repito, me refiero á vuestra prudencia.

CARTA XLII.

RESPUESTA DE MADAMA DE MONTIER Á LA MARQUESA.

Tú no tendrás, querida hija mia, sino una palabra de mi puño: espero que tu hermana te comu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nicará su carta y mi respuesta; pero aguarda á que esto salga de ella, y sigue en las respuestas que la dés el camino que yo señalo en mi carta. No sé si el proyecto del Marqués, de fijarse en Francia, os será ventajoso; sin embargo, como tú dices muy bien, es menester abandonar á los cuidados de la Providencia todo aquello que nos pertenece. Adios, querida mia; mucha dulzura con tu hermana.

CARTA XLIII.

RESPUESTA DE MADAMA DE MONTIER Á SU HIJA SEGUNDA.

¡Cuánta satisfaccion me das, querida hija mia, abriéndome tu corazon! jamás olvidaré esta señal de tu confianza. No como madre voy á responderte, sino como una tierna amiga. Este es el título que únicamente quiero respecto á tí, y esta cualidad me impone la ley de ser sincera, y de arriesgar el desagradarte, diciéndote sin reparo lo que me parece de tu modo de pensar.

La preocupacion, un cierto no sé qué, me dices, te obliga á avergonzarte á pesar tuyo de tus sentimientos; respeta, querida mia, esa secreta voz,

pues es de la naturaleza, que no ha sido enteramente sofocada por las perniciosas lecturas en que te has empleado. Ya sé que no somos responsables de los sentimientos defectuosos que involuntariamente se levantan en nosotros, pero se debe gemir, combatirlos, destruirlos; y tú estás, querida hija mia, muy distante de estas disposiciones. Lleno el espíritu de falsas ideas sobre el heroismo, te glorías de una pasion que hace la desgracia de tu vida, y que en mil circunstancias podria hacer un crímen de ella: yo no digo nada de mas, querida hija mia; el amor platónico es un fantasma que no existe sino en los romances. Felices disposiciones pueden alejar del crímen por algun tiempo, pero se llega desgraciadamente á uno en que se cae en él: no se conoce el peligro hasta despues del naufragio, y entónces los arrepentimientos son inútiles y supérfluos. ¿Qué seria de tí, querida mia, si el Conde, participando de tu pasion, no hubiese sido mas que un hábil impostor? A pesar de la certidumbre que tenias de su indiferencia, á pesar de la circunspeccion que la sola soberbia debia inspirarte, tu corazon te ha hecho traicion; tú le has dejado leer un secreto que te habias lisonjeado conservar enteramente sepultado. ¿Qué ventaja no hubiera podido sacar de es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te conocimiento? Estás indignada contra tí misma por una debilidad semejante, cual no habrias jamás sospechado; mas yo me temo no sea la última; por lo regular el primer paso es el que mas cuesta, y éste ya está dado. Tú temblarás sin duda de los peligros á que te has expuesto; pero has recurrido, querida mia, al único remedio que podia hacerte escapar de tu ruina, y espero que esto te servirá de una leccion para lo futuro. Renuncia para siempre á esas lecturas, que ha faltado poco para que hayan emponzoñado tu buen natural: aprende á conocer toda la debilidad de tu corazon, á desconfiar de él, y á buscar socorro en los consejos de una hermana que te ama con ternura. Por escrupulosa que sea su virtud, no temas encontrar en ella un censor severo; la verdadera virtud hace tener compasion de las debilidades de los otros, y un celo amargo es solamente propio de los hipócritas. Te conjuro, pues, querida mia, que abras tu corazon con la Marquesa: yo no estaré ni contenta ni tranquila hasta que hayas dado este paso, del que te dejo no obstante la eleccion, porque yo no me olvido de que ahora estoy hablando con una amiga, á quien no tengo derecho alguno de violentar. No me atreveria á dejarte entrever uno de los motivos que me hace desear la hagas tu confidente; temeria prepararte nuevas penas: sin embargo, si contra toda apariencia el Conde tenia algun designio acerca de tí, como indican las últimas palabra dirigidas al Marqués, me parece que tendrás grande necesidad de los consejos de esa querida hermana. Adios, mi amada hija, adios mi tierna amiga, cuenta siempre con el mas sincero y mas vivo cariño, miéntras que continúes en merecerlo por tu confianza.

CARTA XLIV.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

Vednos aquí en fin en una tierra muy bella á dos leguas de Ginebra, en un paraje que en parte pertenece á la Francia, y en parte á la Saboya, pero la quinta está en la parte de Francia. Hemos empleado un mes entero en nuestro viaje, por las diferentes paradas que hemos hecho en muchos lugares. Nos detuvimos dos dias en San Juan de Morienne, donde vimos hasta qué punto el espíritu de codicia puede llevar los excesos y la locura. La misma tarde de nuestra llegada se representó el último acto de una comedia que habia comenzado algun tiempo antes. Ha yá cerca de dos meses que apare-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te conocimiento? Estás indignada contra tí misma por una debilidad semejante, cual no habrias jamás sospechado; mas yo me temo no sea la última; por lo regular el primer paso es el que mas cuesta, y éste ya está dado. Tú temblarás sin duda de los peligros á que te has expuesto; pero has recurrido, querida mia, al único remedio que podia hacerte escapar de tu ruina, y espero que esto te servirá de una leccion para lo futuro. Renuncia para siempre á esas lecturas, que ha faltado poco para que hayan emponzoñado tu buen natural: aprende á conocer toda la debilidad de tu corazon, á desconfiar de él, y á buscar socorro en los consejos de una hermana que te ama con ternura. Por escrupulosa que sea su virtud, no temas encontrar en ella un censor severo; la verdadera virtud hace tener compasion de las debilidades de los otros, y un celo amargo es solamente propio de los hipócritas. Te conjuro, pues, querida mia, que abras tu corazon con la Marquesa: yo no estaré ni contenta ni tranquila hasta que hayas dado este paso, del que te dejo no obstante la eleccion, porque yo no me olvido de que ahora estoy hablando con una amiga, á quien no tengo derecho alguno de violentar. No me atreveria á dejarte entrever uno de los motivos que me hace desear la hagas tu confidente; temeria prepararte nuevas penas: sin embargo, si contra toda apariencia el Conde tenia algun designio acerca de tí, como indican las últimas palabra dirigidas al Marqués, me parece que tendrás grande necesidad de los consejos de esa querida hermana. Adios, mi amada hija, adios mi tierna amiga, cuenta siempre con el mas sincero y mas vivo cariño, miéntras que continúes en merecerlo por tu confianza.

CARTA XLIV.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

Vednos aquí en fin en una tierra muy bella á dos leguas de Ginebra, en un paraje que en parte pertenece á la Francia, y en parte á la Saboya, pero la quinta está en la parte de Francia. Hemos empleado un mes entero en nuestro viaje, por las diferentes paradas que hemos hecho en muchos lugares. Nos detuvimos dos dias en San Juan de Morienne, donde vimos hasta qué punto el espíritu de codicia puede llevar los excesos y la locura. La misma tarde de nuestra llegada se representó el último acto de una comedia que habia comenzado algun tiempo antes. Ha yá cerca de dos meses que apare-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ció en esta ciudad un hombre mas que decentemente vestido, le acompañaba su esposa, y como ambos tenian mucho talento y una educacion distinguida, fueron muy pronto admitidos en muchas de las casas principales en que el marido ganó la confianza de los dueños. Fingió pagarles con la suya, y les confesó á cada uno bajo la condicion del mas profundo secreto, que él poseia una ciencia que muchos buscan inútilmente, y que por sus conjuros podia forzar á los espíritus malignos á darle parte de los ocultos tesoros que están bajo de su poder. Se prestó un oido codicioso, y se apresuraron á ganar la amistad del mágico, que despues de haberse hecho algun tiempo de rogar, convino en fin en partir con sus amigos los tesoros que le iban á ser entregados. Le prometieron una obediencia ciega, y él la puso á la prueba por la mas ridícula y la mas impía de todas las imprecaciones. Cuando esta se acabó, escogió para el desenredo un lugar retirado, al pié de un monte, y convidó á que fuesen allí á las diez de la noche cuantos la habian hecho: les advirtió al mismo tiempo que era menester hacer una ofrenda al diablo, y que éste duplicaria lo que le diesen. Los que habian sido bastante locos para creerle, juntaron lo mas precioso que tenian en un saco de tela oscura, que no

habia sido jamás lavada; esta condicion era esencial; se metia allí dinero, plata labrada, diamantes, cada uno segun sus facultades. Llegados al pié de la montaña, encontraron un altar de céspedes, lleno de cirios de cera amarilla, y al lado de este altar al mágico revestido con hábito negro, y armado con su varilla. Principió por advertir á los espectadores que no se espusiesen al espectáculo que se iba á ofrecer á sus ojos, si no tenian un grande valor, porque iban á ver cosas capaces de asustar al hombre mas animoso; y como nadie titubease, figuró con su varilla muchos círculos; pronunció invocaciones, y mandó que echase cada uno su saco en el centro de estos círculos. Reiteró por tres veces la misma ceremonia, y al dar las once, anunció que el diablo iba aparecer. Vieron en efecto una figura mas alta que lo regular, cercada toda de llamas, que armada de un grande látigo lleno de puntas, sacudia sin misericordia á todos los asistentes. Los mas débiles se desmayaron, y á los que les quedaban algunas fuerzas se sirvieron de ellas para huir á carrera abierta, y no se detuvieron hasta la puerta de la ciudad. Allí tuvieron junta sobre lo que debian hacer, y resultó de ellas el tomar pistolas, y volver al campo de batalla para obligar al mágico á res-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tituirles sus sacos, si no podia él apaciguar la furia de este diablo azotador. Habiendo llegado al lugar en que el altar estaba, encontraron la túnica del encantador; y un hombre que habia vuelto en sí les dijo que inútilmente buscarian lo que habian traido. Al huir vosotros, añadió, un silvido hizo acercar á un hombre que traia tres caballos con una maleta cada uno; diéronse prisa á llenarlas de los sacos miéntras que la muger que habia hecho el papel de diablo, se desnudaba de un vestido de tela encerada, sobre la cual habia puesto cohetes que habian producido las llamas. No me he atrevido, dijo este hombre, á moverme de mi puesto, por el temor de ser degollado por estos malvados, á quienes he visto huir con gusto, aunque se llevaban mi dinero. El interes de estos burlados hubiera sido el de ocultar sus tonterias; ellos no lo han hecho, así y cuando hemos dejado este lugar habia muchos presos, y otros han sido obligados á escaparse, para evitar el hacerles compañía (*).

De San Juan de Monrienne fuímos á casa de

(*) Como yo tenia trabajo en creer que pudiese llegar á tal exceso la necedad, me informé de Mr. de Pasier, intendente del Genovesado, de la verdad del hecho; y me dijo haber leido los Autos, que se formaron sobre este particular.

Madama Clermont, que es una prima del Conde, y á la que él nos habia recomendado; recibimos allí, á pesar de nuestra cualidad de proscriptos, toda suerte de atencion y de los amos de la casa. Ellos tienen la familia mas amable, compuesta de dos hijos y una hija; esta última es todo lo que se puede encontrar de mas encantador, un talle perfecto, un aire noble, los ojos hermosísimos; en una palabra, un conjunto que se olvida no obstante cuando se la oye hablar, pues no puede ménos de admirarse el talento y buen corazon de esta niña. Ella me suplicaba que tomase todo lo que encontraba de hermoso en su casa, y lloraba al ver que yo lo admitia; se levantaba de la mesa muchas veces á cada plato, para llevar á los pobres que estaban en el patio, lo mejor que la daban, y ella se asociaba á mi hijo en estos pequeños viages. Os aseguro, madre querida, que no pude ménos de desear que esta encantadora niña me pudiese pertenecer algun dia, y que ella me ha hecho suspirar dejando su casa, donde no obstante la miman demasiado. No nos detuvimos en Chambery, temerosos de perjudicar á nuestros antiguos amigos en un lugar en donde sus visitas les hubieran perjudicado; pero no tuvimos el mismo miramiento en Annecy, donde el Marqués tiene un pariente le-

jano, que nos obligó á permanecer allí una semana entera; éste es Mr. Vidanne de Saint-Ange, preboste del Cabildo de San Pedro, hombre tan distinguido por su piedad como por su política y talentos. Me enseñó cosas admirables de los Obispos que han sucedido á San Francisco de Sales en esta Diócesis; sobre todo, hubo un Mr. Daranthon que ha retratado en su conducta la de los primeros Obispos, y Mr. de Rousillon de Bernex, muerto hace algunos años, es uno de aquellos á quienes se halla uno inclinado á invocar. Como sus vidas están escritas, las he comprado y os las remitiré en la primera ocasion, porque sé que gustais de semejantes regalos. Hemos visto en diversas ocasiones á los Señores Canónigos de San Pedro, y he deseado mas de una vez veros allí, vos que sois santamente celosa de la honra de la casa del Señor, para que hubiérais visto dignos sucesores de sus discípulos. En primer lugar son pobres; sus canonicatos, apenas valen seiscientas libras, y el Obispo no tiene sino cinco mil cada año: no puede ninguno ser recibido en este cuerpo sin ser Noble ó Doctor; los Canónigos, igualmente que todos los demas eclesiásticos de esta Diócesis, se obligan cuando se ordenan á llevar siempre ropa talar, á no cazar, á renunciar los naipes, y á no sé que otras

muchas cosas, que no contribuyen poco á hacer de ellos el cuerpo mas respetable. Apesar de su pobreza, son limosneros; y en una ciudad que abunda de pobres, tienen muchas veces ocasion de ejercitar esta virtud. El Marqués no se ha cansado durante esta semana de estar con ellos; y la conversacion de estos hombres virtuosos, atentos, y sábios á un mismo tiempo, ha divertido en algun modo sus tristes ideas. Fuímos juntos á visitar el sepulcro de San Francisco de Sales, y pedí á Dios por su intersecion, la paz del corazon para el pobre Marqués; súplica que he reiterado todos los dias en el mismo lugar, y en verdad que ha sido escuchada segun creo. Cuando partimos de Annecy para Ginebra, me confesó mi esposo que principiaba á mirar su desgracia con otros ojos, y que pensaba que ella tendria para él resultas felices. No permaneceremos mas que ocho dias en el lugar en que estamos actualmente, porque el Marqués prometió al Preboste que iria á estarse con él en Aix miéntras se hacen en la Quinta algunos reparos que ha mandado, y por los que se puede discurrir que piensa estar en ella largo tiempo.

Al acercarme á Ginebra, mi corazon se afligió de tal modo que no pude menos de derramar lágrimas por la desgracia de sus habitantes. Mi

dolor se aumentó cuando leí la inscripcion que han puesto encima de sus puertas, á saber: *Despues de las tinieblas la luz.* ¿Qué pensais de esta inscripcion? Me preguntó uno de los principales de la ciudad, que habia salido á recibirnos en su coche una legua de allí. Que se ha invertido el órden de las palabras, le respondí; pues debia decir, *despues de luz tinieblas.* Visitamos lo que hay curioso en esta ciudad, y lo que mas me gustó fué el hospital, y el buen órden y cuidado que tienen de los pobres. Mi esposo, que conoce mucho este pueblo, me asegura que las costumbres de sus habitantes son puras; pero que tienen poca ó ninguna religion. Me esplicaré: hablan con respeto de la Divinidad, se presentan con gran decoro en los templos, cultivan las virtudes morales; pero sobre los dogmas, no se convienen sino en el ódio á la Religion Católica, ódio fundado en la calumnia y preocupacion. El pueblo nos cree idólatras, y aun entre las personas ilustradas se nos atribuyen opiniones tan estravagantes, que no se puede admirar bastante qué gentes de talento hayan adoptado de buena fé tales calumnias. Os aseguro que seria bien fundado el horror que tienen al Catolicismo, si la Iglesia enseñase la décima parte de los errores que la atribuyen. Todo el tiempo de mi mancion en esta ciudad, estuve como sitiada de ministros, y sin quererlo, la conversacion fué siempre de controversia. Ví lo que se creia imposible, esto es, una disputa sin acrimonia; y si yo tengo motivo para alabar la moderacion y política de estos señores, creo que no están ellos menos contentos de la mia. Un abismo inmenso nos separa, me decia uno de ellos; echémos en él piedras, le respondí, y procuremos llenarle de ellas: la cosa no es tan difícil como se cree, é inmediatamente entré en una esplicacion de algunos de nuestros dogmas, v. g. la confesion, la invocacion de los Santos, la oracion por los muertos. El Ministro convino en que estos dogmas nada tenian de impío, que antes bien en el modo que yo los explicaba, eran edificantes; pero que yo no habia expuesto mas que mis pensamientos particulares, que seguramente no eran los de mi iglesia. Este es siempre su refran; se lo han dicho mil veces, yo se lo repetí, y ellos rehusan mi testimonio, igualmente que el del Señor Bossuet. Ved aquí, segun pienso, la causa única de nuestra separacion: tienen preocupaciones, y no quieren instruirse; sea que las crean de un modo tan firme, que miren como inútil ponerlas en duda; sea que reputen por cosa indiferente la manera de opinar en materia de Religion,

sea en fin por pereza, negligencia, ó apego á los negocios; las solicitudes de la vida son las espinas que sofocan el buen grano. A propósito de esta cita de la escritura, estos señores no aciertan á volver de la sorpresa que les causa el que yo la sepa de memoria, supuesto dicen ellos, que mi Iglesia prohibe su lectura. Por mas que les juré que esto era una calumnia, no los convencí. Ya os he dicho que habia comprado la vida de Mr. de Bernex: la tenia yo en mi faltriquera, se la enseñé, y le mostré el parage en que aquel Prelado se justificaba de este cargo. Este incidente hizo caer la conversacion sobre los Obispos de Ginebra, que os aseguro son muy venerados en esta ciudad, y se dice que la reunion seria mucho mas fácil, si todos los prelados y eclesiásticos viviesen como el gefe y el cabildo de San Pedro; ellos están edificados de las disposiciones de los canónigos: de treinta que componen el cabildo, no hay uno que no quisiese firmar con su sangre un acto, por el cual abandonarian á los señores de Ginebra todas sus pretensiones á las grandes rentas que les retienen, con la sola condicion de que les restituyesen su Catedral y la libertad de predicar en ella. Salí de Ginebra llena de estimacion por todos los que ví, y penetrada de una conpasion tan tierna, que no dejaré ningun dia de mi vida de pedir para ellos las verdaderas luces, y creo que consentiria sin violencia en regar con mi sangre esta ciudad, para volverla á poner en el número de las que obedecen á la Iglesia. Por lo demas, se detestan allí los dogmas de Calvino sobre la predestinacion y la gracia, y no se pondria sobre este artículo ninguna dificultad. No he tenido tiempo para reconocer la Quinta, que me parece hermosa á la primera vista; pero está mal amueblada, y van á trabajar por todas partes para ponerla como debe estar.

CARTA XLV.

RESPUESTA DE MADAMA MONTIER Á LA MARQUESA.

Te agradezco mucho, querida hija mia, la relacion que me haces de vuestro viage, y del feliz efecto de tus oraciones por el Marqués; admito el presagio que me hace él mismo. Su desgracia no tendrá tan funestos resultados como él temia. Amo á vuestro Preboste y á vuestros Canónigos, á quienes conocia ya un poco, y deseo muy sinceramente que el resto de nuestro clero pudiese merecer el mismo elogio. Este seria el remedio mas eficaz contra la heregía, que ha debido sus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

progresos á la ignorancia, y al desarreglo de costumbres de los eclesiásticos. La virtud de aquellos está bajo la salvaguardia de la pobreza, y ésta es una obligacion que deben ellos á los señores de Ginebra, que son los instrumentos de su santificacion; aunque por desgracia para los Ginebrinos, no creo que Dios les tome en cuenta las virtudes que ocasionan. Yo sé muy bien, que jamás es permitido tomar la hacienda del prójimo, y aun cuando en el dia del juicio no tuviesen mas que este cargo que hacerles, no sé cómo podrian salir de él. ¿Pero cuál será su respuesta cuando se vean convencidos del sacrilegio enorme que cometieron, quitándole á Dios los bienes destinados para el decoro de su santo templo, y socorro de los infelices y desvalidos? Tuve hace algun tiempo una larga disputa con uno de los habitantes de esa ciudad, y como venia yo siempre á dar en la observancia del séptimo precepto del Decálogo, y sostenia que no se podia faltar á él sin ofender á Dios, y turbar el órden de la sociedad, él me salió inmediatamente al encuentro con el ejemplo de los hijos de Israel, que habian tomado los vasos de los Egipcios; le respondí con viveza, pasad vuestro lago á pié enjuto, y despues os creeré autorizados para imitar su conducta. Estábamos á la mesa se rió de

mi proposicion, y se quedó así, sin que yo pudiese esperar ni que se aceptase, ni que se pensase en restituir su hacienda á vuestros dignos Canónigos. Me congratulé al leer tu carta de las máximas que te he inspirado en tu juventud, y de las que te has aprovechado tan bien. Aborrezco aquel celo amargo que confunde al herege con el error, y que no puede persuadirse se pueda encontrar nada apreciable en los enemigos de la fé: es menester detestar el error, y compadecerse del que le comete.

Quiero participarte un acontecimiento, que tiene alborotado todo este pais, y que sin duda te interesará, pues pertenece á tu ama de leche, á quien llaman actualmente Madama María, de lo cual se enfada ella muy de veras, pues quiere que la llamen como ántes, María á secas; temo que la quede el apodo. Esta muger tiene una hija que dejaste tú aun muy niña, y que ha llegado á ser una arrogante moza. El hijo del recaudador Lúcas, estaba tan enamorado de ella, que sentó plaza para dar que sentir á su padre por no haberle permitido casarse con ella. La buena María tenia un hermano en París, que habia muchos años que no la escribia sino para decirla que tenia mucho trabajo para vivir; un hombre que venia de París, la dijo que este hermano habia caido malo, y que

no habiendo querido ir al hospital, se consumia en una guardilla. Vé aquí al instante en campaña el buen corazon de tu nodriza: llama á su hija y la dice: mi pobre Marica, tu tio se halla en la mayor miseria, yo habia juntado treinta libras para vestirte, pero cuento tanto con tu bondad, que pienso no sentirás te envie á llevárselas á ese pobre hombre, que está muy malo y necesitado, tú le cuidarás. De muy buena gana, respondió ella, y aquella misma tarde se puso en la barca que pasa cerca de nuestra casa, y llegó á París al dia siguiente por la tarde. Apénas su tio la dió tiempo de abrir la boca para ofrecerle su servicio; ¿vienes, la dijo, á comerme un lado? Te advierto que nada tengo. No quiero, tio mio, seros gravosa, le dijo ella, al contrario, os traigo un poco de dinero. Al oir esta palabra dinero, se apaciguó, y permitió que fuese á buscar un pedazo de vaca para hacerle un caldo; mas este viejo avaro que ya no tenia sino un soplo de vida; viendo á su sobrina á la ventana, se levantó con mucho tiento, y llenó la olla de agua al mismo tiempo que estaba ya el caldo en disposicion de tomarse. Marica, que es buena cristiana, le propuso que se confesase é hiciese llamar un médico; consintió en lo primero porque no costaba nada, pero se negó absolutamente á lo segun-

do. Despues de haberse confesado, suplicó al sacerdote firmase un papel que él habia escrito, y que era un especie de testamento, por el cual legaba su cama á su sobrina, y los demas muebles á su hermana. Ahora bien: esta cama consistia en un jergon, una sábana hecha pedazos, y en una manta raida; y todos sus muebles se reducian á dos sillas, una mesa, un cofre y algunos trastos. Murió al dia siguiente, y fué enterrado al otro, á las siete de la noche. No la quedaba á Marica sino lo preciso para pasar la barca, por lo que tuvo necesidad de quedarse aquella noche en el desvan en que su tio habia muerto; gracias á que yo la habia quitado el miedo á los difuntos, pues esto la aprovechó para dormir con bastante tranquilidad. Habiéndose despertado segun su costumbre á las cuatro de la mañana, abrió el cofre, y no encontró en él mas que andrajos, que no merecian la pena de llevarse; así que, resolvió vender la tarima y lo demas; y todo lo hubiera dado de buena gana por treinta sueldos, excepto el jergon, que por ser nuevo, le pareció bueno para algo; quiso llevarle cerca de la chimenea para desocupar allí la paja; pero hallándole extremamente pesado, tomó el partido de sacarla á puñados, y de echarla á un lado. Grande fué su sorpresa al ver caer con esta paja piezas de oro y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de plata: pero se aumentó mucho mas, cuando habiendo metido la mano mas adentro, sacó el oro á puñados. Nada exagero, querida hija mia, habia treinta y dos mil libras en el jergon. Atónita la sobrina con semejante hallazgo, vuelve al cofre, revuelve todos los andrajos, y encuentra una chaqueta vieja, que tenia mil remiendos de diversos colores, y que apénas la podia levantar. La pobre Marica creia soñar, y no comprendia cómo su tio se habia dejado morir de miseria al lado de tales tesoros. Sin embargo, no se aturdió, y habiendo vuelto á coser todo lo que habia descosido, deshizo uno de sus guardapiés, en el que envolvió todo lo que habia encontrado en el jergon, y buscando un esportillero, hizo llevar á la barca su tesoro, con el cual llegó aquí diez dias há. A la madre la tocan por su parte veintisiete mil libras, y ella nos trajo todo para pedir consejo á tu padre. Para mayor felicidad el hijo del recaudador estaba en la aldea. Marica declaró á mi marido, que supuesto que su amante la habia buscado en un tiempo en que nada tenia, ella no apreciaba su dinero mas que para repartirlo con él. Fué tu padre á verse con el recaudador, quien apénas podia dar crédito á semejante noticia; pero despues de ver tocar, y retocar el dinero, dió su consentimiento como pue-

des discurrir, de lo íntimo de su corazon. Sacaron al novio de su enganche, y se casaron esta mañana; y como su madre no tiene mas hijos, ella tendrá al pié de sesenta mil libras. Han tenido la buena idea de seguir el consejo de tu padre, y están resueltos á no dejar su estado de labradores con la sola diferencia de que harán valer sus propias tierras, y ya tienen en ajuste una muy buena. Tú harás sobre esta historia tus reflecciones morales; me llaman á comer, y la novia no quiere sentarse á la mesa ántes que yo.

CARTA XLVI.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

QUERIDA MADRE MIA: admirad las bondades que la Divina Providencia usa conmigo; sin duda quiso evitarme el dolor que me hubiera causado la vista de mi querida ama espirando. La Reina de Cerdeña no existe ya; magestad, riquezas, juventud, nada ha podido libertarla de una temprana muerte. Todo parecia prometerla una larga vida, porque tenia un excelente temperamento. Solo ella ha previsto su fin, y me habló muchas veces de él. El Conde nos escribe que la

de plata: pero se aumentó mucho mas, cuando habiendo metido la mano mas adentro, sacó el oro á puñados. Nada exagero, querida hija mia, habia treinta y dos mil libras en el jergon. Atónita la sobrina con semejante hallazgo, vuelve al cofre, revuelve todos los andrajos, y encuentra una chaqueta vieja, que tenia mil remiendos de diversos colores, y que apénas la podia levantar. La pobre Marica creia soñar, y no comprendia cómo su tio se habia dejado morir de miseria al lado de tales tesoros. Sin embargo, no se aturdió, y habiendo vuelto á coser todo lo que habia descosido, deshizo uno de sus guardapiés, en el que envolvió todo lo que habia encontrado en el jergon, y buscando un esportillero, hizo llevar á la barca su tesoro, con el cual llegó aquí diez dias há. A la madre la tocan por su parte veintisiete mil libras, y ella nos trajo todo para pedir consejo á tu padre. Para mayor felicidad el hijo del recaudador estaba en la aldea. Marica declaró á mi marido, que supuesto que su amante la habia buscado en un tiempo en que nada tenia, ella no apreciaba su dinero mas que para repartirlo con él. Fué tu padre á verse con el recaudador, quien apénas podia dar crédito á semejante noticia; pero despues de ver tocar, y retocar el dinero, dió su consentimiento como pue-

des discurrir, de lo íntimo de su corazon. Sacaron al novio de su enganche, y se casaron esta mañana; y como su madre no tiene mas hijos, ella tendrá al pié de sesenta mil libras. Han tenido la buena idea de seguir el consejo de tu padre, y están resueltos á no dejar su estado de labradores con la sola diferencia de que harán valer sus propias tierras, y ya tienen en ajuste una muy buena. Tú harás sobre esta historia tus reflecciones morales; me llaman á comer, y la novia no quiere sentarse á la mesa ántes que yo.

CARTA XLVI.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

QUERIDA MADRE MIA: admirad las bondades que la Divina Providencia usa conmigo; sin duda quiso evitarme el dolor que me hubiera causado la vista de mi querida ama espirando. La Reina de Cerdeña no existe ya; magestad, riquezas, juventud, nada ha podido libertarla de una temprana muerte. Todo parecia prometerla una larga vida, porque tenia un excelente temperamento. Solo ella ha previsto su fin, y me habló muchas veces de él. El Conde nos escribe que la

recibió con una resignacion enteramente cristiana. Recomendó sus hijos al Príncipe del Piamonte, quien espero tendrá con ellos la ternura que tenia con su madre, y que esta Princesa le habia merecido por el amor que le profesaba. Se hallaron tostadas las entrañas de esta pobre Reina; y sobre esto el pueblo, que se complace siempre en glosar las acciones de los grandes, ha tomado ocasion para publicar cuentos extravagantes; pero nadie sabe mejor que yo á lo que se debe atribuir este accidente. La Reina en su último embarazo tenia antojos, que satisfizo demasiado: estaba todo el dia comiendo pastas con mucho azúcar, y cuanto se la ocurria: me habia yo tomado la libertad de advertirla que se abrasaba á sí misma.

Aunque el Rey haya tenido siempre muchas atenciones con esta Princesa, me atrevo á decir que no era feliz: tenia esta señora una declarada antipatía al carácter de las damas Piamontesas, y no podia acostumbrarse á darlo todo al exterior. Creo que la hubieran desagradado mas, si no se hubiese puesto desde luego en el pié de obrar como Reina. S. M. era muy generosa, y no podia sufrir que se la acercase nadie sin que recibiese algunas señales de su bondad. En una estacion en que las flores eran raras, la presentó

una pobre muger algunas muy hermosas; las recibió y mandó que se la diesen diez zequíes. El Marqués de...., que fué encargado de esta comision, creyó deber advertirla, que las flores no se pagaban tan caras en Turin, como en Lunevilla, y la aseguró que un zequí era suficiente. Dadla veinte, respondió la Reina, y hacedlo inmediatamente, porque si no llegaré hasta treinta. Esta aventura llegó hasta los oidos del Rey, y como tiene el alma grande, supo con mucho gusto esta accion de su esposa, y dijo que si diez zequíes eran demasiado para aquella muger, era muy poco para una Reina; desde entónces el Marqués de.... no se entrometió jamás en dar á su Soberana lecciones de economía.

La muerte de la Reina parece fijar nuestra suerte, y mi esposo insiste en retirarse á Francia. Estamos actualmente en Aix, pequeña aldea, famosa por sus aguas minerales. Hemos encontrado en ella buena compañía, porque es el lugar en que se juntan todos los de las inmediaciones. He visto aquí muchas señoras de Ginebra, y gran número de Suiza. Habia yo tomado en Turin la preocupacion general contra esta nacion; pero estoy muy curada de ella. Estas gentes, bajo un exterior simple, ocultan una razon muy buena. La rectitud y el candor son sus dis-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tintivos caracteres, y la mayor parte no tiene nada de aquella grosería que se las atribuye sin motivo; probablemente la aventura de los títeres les ha hecho perjuicio en el concepto de muchas gentes. Por lo que á mí toca me acomodaría de buena gana á su trato, y prefiero la razon que brilla en sus discursos y en su conducta, á los resplandores de los que se llaman bellos espíritus.

El Conde no dice en su carta una sola palabra de mi hermana, y he leido en su rostro el despecho que la causa este olvido, que yo misma no comprendo. Esto es lo que sin duda la ha determinado á abrirme su corazon; ella se ahogaba, y tenia grande necesidad de una confidente. Me leyó su carta y vuestra respuesta; y como me habia conjurado que la hablase con sinceridad, no la oculté la admiracion que me causaban sus principios. El momento era favorable; estaba ella demasiado picada para valerse del heroismo, y las lágrimas que corrian á su pesar, la han hecho ver toda la ilusion de sus sentimientos. Poco faltó para que aborreciese al Conde en aquel momento: creía ella que era despreciada, y que este desprecio se lo habia atraido por su conducta para con él. No hice esfuerzos para quitarla esta idea, pero me apliqué á sugerirla medios para vencer su inclinacion. Espero que será dócil.

Entre la muchedumbre de extrangeros que hay aquí, hemos fijado la atencion en un jóven que parece sigue los pasos de mi hermana. Vive en nuestra misma posada, é inquietando á mi hermana su continuo observar, ha encargado á uno de nuestros criados que averigue quién es. Este criado se ha introducido en su confianza, y acaba de decirnos que es un pintor que tiene la comision de hacer su retrato. El marqués le ha hecho llamar, y le instó á que le declarase por órden de quién trabajaba; pero el pintor niega fuertemente haber dicho nada al criado, y no podemos penetrar el misterio. Yo contaba con cerrar aquí mi carta; pero acaba de llamarme el Marqués para decirme que ha oido la conversacion que he tenido con mi hermana. Está muy alegre de este descubrimiento, y se echa en cara lo que la ha violentado respecto á Mastrilli. Le parece heróico el valor de esta niña, que queria sacrificarse á su amor, y trata de ridículos los temores que he procurado inspirarla. Dios quiera que él no eche á perder nuestra obra, por lo menos así me lo ha prometido.

CARTA XLVII.

RESPUESTA A LA ANTECEDENTE.

Muy pronto han pasado para tu pobre Reina las ilusiones de este mundo. Todo ha desaparecido para ella, y como el último de los mortales, no ha llevado al sepulcro mas que el bien que ha hecho en esta vida. Lo que te debe consolar, querida hija mia, es que por fortuna sus costumbres eran puras. Tal vez la ha herido Dios en su misericordia, libertándola de los peligros del trono, peligros de los cuales es muy difícil librarse. Este Señor te ha arrancado á tí de los de la córte, y parece que te prepara en tu retiro dias felices. Da gracias á su divina bondad, y dile en todos los instantes del dia; mi corazon está pronto: Señor, hágase conmigo segun vuestra santísima voluntad. Estoy encantada de que tu hermana conozca toda la debilidad de su corazon; este es el solo medio de apresurar su cura. Nada temo ya por ella, supuesto que se ha determinado á abrirte su pecho; este es un medio eficaz, que basta para preservar de la caida á una persona jóven. Continúa en cuidar de ella, y persuade al Marqués que la deje ignorar que la ha oido. Tus ideas y las suyas no concuerdan en

este artículo. Las gentes del gran mundo no piden á las personas de nuestro sexo, sino una sabiduría exterior, y no las hacen un crímen de lo que llaman una aficion inocente, con tal que sus acciones sean irreprensibles: como si se pudiese responder un solo momento de las últimas, cuando han llegado á entregar su corazon á una pasion violenta. La de tu hermana lo es á toda prueba, cuando el olvido del Conde no ha obrado su curacion, porque su altivez es extrema: ¡pero cuán poco pueden las pasiones contra sí mismas! Tu padre ha creido siempre que la lectura de las novelas podia ser útil para inspirar á las jóvenes aquella noble fiereza que las aleje del amor vicioso. Por lo que á mí toca no veo otra diferencia entre este amor y el platónico, que la que da la ocasion; doctrina que se debia inculcar fuertemente á las personas de nuestro sexo.

No adivino mas que tú en cuanto á la aventura del retrato, pero ella me hace desear que estés muy pronto tranquila en tu casa, pues temo que tu hermana padezca otra persecucion nueva.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARTA XLVIII.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

Amada madre mia: ya hemos descubierto en fin el que hacia trabajar al pintor. El Conde de Montjoye, que es tal vez el caballero mas completo de toda la Saboya, está enamorado de mi hermana, y acaba de pedírsela al Marqués. Me es imposible esplicaros los temores de ésta, sobre todo, cuando mi esposo ha pedido un mes de término para dar su respuesta. Ella me ha confesado que si su corazon no estuviera tan fuertemente apasionado como está, miraria con placer el afecto de este señorito; pero que á cualquier cosa que suceda, está determinada á no contraer empeño con nadie. Mis lecciones sobre este artículo son inútiles: por mas que procuré decirla que el heroismo consiste en sacrificar la inclinacion al deber, que su pasion se extinguiria apenas dejase de ser alimentada por la esperanza; que Dios bendeciria los esfuerzos que hiciese en esta ocasion, y que es casi infalible que un hombre amable sea amado de una muger virtuosa; me responde que tendrá mas repugnancia á casarse con el Conde de Montjoye que con cualquier

otro, por lo mismo que es al que mas estima: que es tentar á Dios, esponerse á casarse con un hombre que no se puede amar, y que el solo medio que ella tiene de manifestar su reconocimiento al que la hallase digna de hacerla su esposa, era el rehusarle su mano, supuesto que no puede disponer de su corazon. ¡Cuán desgraciada es la que se halla entregada á semejantes principios! Esta pobre niña me da lástima; todas las ventajas que ha recibido de la naturaleza, la son funestas, pues que el solo corazon que ha sido capaz de tocar el suyo, es insensible respecto á ella, segun parece asegurárnoslo el silencio del Conde en su última carta. Mi esposo acaba de escribirle el partido que se presenta y las dificultades de mi hermana. No le oculta que él es el objeto de ellas, y le ruega le diga las razones que le empeñaron á suplicarle que no dispusiese de su mano. Ella ignora este paso del Marqués, y sufre penas que no puedo dulcificar. No la dejo sola, y nos paseamos juntas casi todo el dia. Al principio hemos tenido muchos sustos, pues apenas se puede dar un paso sin andar sobre culebras. A la primera que ví dí un gran grito, pero una aldeana la tomó con la mano, y la echó al otro lado del camino. Me estremecí al verla tocar este horrible animal, pero al presen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te estoy algo aguerrida, y no temo mas á una culebra que á una mosca. Jamás hacen mal alguno en este lugar, y las he visto hasta en las cunas de los niños; ellas se enroscan al rededor de sus brazos, y están en las casas como animales domésticos. Me informé curiosamente de lo que podia impedir á estas béstias dañar á los habitantes de Aix, cuando á dos leguas de aquí su mordedura es mortal. Estas buenas gentes me respondieron que uno de sus Patronos les ha obtenido este favor del cielo. Yo no dudo de ningun modo de la Omnipotencia de Dios, que puede multiplicar segun su beneplácito los prodigios; pero estoy persuadida á que su Magestad no los prodiga, y que acaso se podria hallar una causa física de este pretendido milagro. Por ejemplo, ¿no podria ser que la calidad de las aguas en que se hallan estos animales les disminuya su malignidad? He observado que cuando se les saca del agua caliente, en que por lo regular habitan, están enteramente entumecidas, y que no vuelven á tomar su ligereza mas que por grados, y esto es lo que ha fundado mi conjetura; pero no soy bastante buena física para hablar con alguna propiedad sobre este artículo.

———

CARTA XLIX.

RESPUESTA.

En verdad, querida hija mia, que me apesadumbra la situacion de tu hermana. Me lisonjeaba de que el Conde hubiese llegado apreciar los sentimientos que habia descubierto en ella; pero su silencio ha destruido todas mis esperanzas. En punto á las ideas de tu hermana sobre el matrimonio no me atrevo ni á aprobarlas ni á reprobarlas. Es menester una gran virtud para arrancar de su corazon una pasion que ha echado en él profundas raices, y es cosa muy dura el estar reducida á no tener á su esposo otro afecto que el que es de pura obligacion. Está muy bien que una persona que no tiene el corazon prevenido, se ligue sin inclinacion y sin repugnancia; pero en el caso de tu hermana, no querria yo jamás forzar á nadie á disponer de su mano, ó me creeria responsable de las resultas de una union tal. Procura empeñar al Marqués á que la deje tranquila; ¿de qué la serviria una fortuna brillante, si tenia que sostener combates tan peligrosos para su virtud, como funestos al reposo de su vida?

Soy de tu opinion en cuanto á los milagros. El multiplicarlos fuera de tiempo, es envilecer-

los. Aseguran que la isla de Malta tiene el mismo privilegio que la aldea de Aix en Saboya; dicen que los animales venenosos no lo son allí desde que San Pablo fué mordido por una culebra, que no le hizo ningun mal. Este prodigio tendria un fundamento mas sólido que el otro; pero igualmente que tú, nada decido sobre este artículo. Los hombres se complacen en encontrar lo maravilloso en acontecimientos naturales, que exceden su capacidad; y son insensibles á los muchos prodigios que continuamente se obran á su vista. Por ejemplo, nuestra conservacion es un milagro que solo admiran pocas personas: sin embargo, si se pusiese atencion en las muchas máquinas que componen nuestro individuo, en su necesidad, en su fragilidad &c., no se cesaria de gritar, prodigio. Todo lo que nos rodea es milagroso, no acabaria, si quisiese nombrar los prodigios que se ofrecen todos los dias á nuestros ojos, y que parece que ignoramos. Teniamos nosotros gran necesidad de que este Señor hiciese uno para mudar el corazon de tu hermana. Pídele esta gracia fervorosamente, porque solo el que manda á los vientos y á las olas, puede calmar la tempestad que las pasiones excitan en nuestro corazon. Empéñala á que se dirija á este Padre de misericordias, que jamás desecha á los que acuden á él con todo su corazon, y en nombre de su Hijo.

CARTA L.

DE LA MARQUESA D**** A SU MADRE.

¡Ah, querida madre mia! ¿Cómo tendré fuerzas para escribiros en medio de la adversidad que me rodea? Mi corazon está dividido, y el Señor le despedaza en la parte mas sensible. Ya no tengo hijo, madre amada; el menor murió ayer tarde, y el mayor está en tal peligro, que los médicos le han abandonado. Mi hermana, que no ha querido dejarme sola en la asistencia que he dado á mis queridos hijos, ha dos horas que se ha sentido mala, y el médico cree que son viruelas, porque esta es la cruel enfermedad que me arrebata mis queridos hijos. Mi esposo, que no las ha tenido, y que las teme mucho, ha sido, por decirlo así, arrebatado de casa por uno de sus amigos. ¿Cómo le diré nuestras pérdidas? ¿Cómo las soportaré yo misma? „¡Ah, Señor! ¿Qué no haya precedido yo á mis queridos hijos al sepulcro? ¡Oh Dios mio! que dejais caer sobre mí vuestra mano, dadme fuerzas para soportar este abandono de mí misma. Mi alma me deja,

sigue á mis hijos, y no veo sino con horror la necesidad de permanecer en un mundo que no tiene ya nada que ofrecerme. Perdonadme, Señor, estas quejas. Mi corazon os está sumiso, pero la naturaleza se rinde. Arbitro soberano de la vida y de la muerte, volvedme mi hijo, acortad mis dias, y añadidlos á los suyos, ó por mejor decir, Dios mio, que se haga vuestra adorable voluntad y no la mia. Adoro la mano que me hiere: adoro la sabiduría de vuestras disposiciones; este querido hijo no es mio, que....

Me he visto obligada á suspender mi carta. La escribia al lado de mi pobre hijo, que estaba entre la vida y la muerte. Las viruelas han hecho retroceso, no bien habian brotado, ya no conoce, y apenas tiene alguna señal de vida. Mis criadas acaban de traerme una aldeana muy pobre, que ha poco sacó del peligro á cuatro de sus hijos que las han tenido. Esta muger dice que para mi pobre hijo es muy tarde; pero que librará á mi hermana, con tal que los médicos no se acerquen. Ella ha hecho tragar á mi hijo un gran vaso de vino con una toma de triaca; dice que este pobre inocente muere de inanicion, y que esta es la causa de no haber tenido fuerza para arrojar el veneno. Yo temblaba como la hoja al viento al verle tragar esta bebida; sin embargo acaba de volver en sí, el veneno brota, y mi carta, cuyo principio estaba borrado por las lágrimas mas amargas, es regada al presente por las que el gozo me hace derramar. He hecho extravagancias, me he echado á los pies de esta muger para darle gracias, y para conjurarla que me vuelv a mi hijo. *¡Pobre criatura! ¿de qué sirve tu fuerza, cuando Dios agrava sobre tí su mano poderosa?*

Mi hijo acaba de tener un sudor abundante; todas mis gentes, igualmente que yo, le creen libre, estamos como fuera de nosotros mismos, y nuestro gozo se aumenta á cada instante, porque el enfermo está mejor. Mi libertadora me ha obligado á retirarme, diciéndome que respondia de la vida del niño, y que era menester abandonarle absolutamente á sus cuidados. A cada minuto me traen noticias suyas. Esta muger ha hecho matar un gallo viejo para echarle en el caldo del enfermo; muero de miedo de que esto le aumente la fiebre; pero es necesario dejarla hacer lo que quiera.

Querria yo hacer llevar esta carta inmediatamente; pero aguardaré á mañana, y espero que antes de este tiempo tendré buenas noticias que daros.

No comprendo cómo he podido tomar reposo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en la extrema agitacion en que estaba. La naturaleza debilitada se ha, por decirlo así, acabado de rendir. Hacia cuatro dias que yo no habia cerrado los ojos, y he dormido siete horas. Lleno mi espíritu de mis pobres hijos, estuve siempre hablando con ellos; siendo éstos los objetos que mas habian llamado mi atencion antes de dormirme, á ellos debo sin duda el sueño siguiente. Me parecia estar en medio de una montaña mil veces mas horrible que el Monte Cenis, rodeada y llena de innumerables precipicios y de monstruos espantosos. Nubes de llamas la cubrian toda, y á cada instante caía un rayo. Estábamos sobre esta montaña un gran número de personas, y llegaban á ella en tumulto, sin lo cual muy pronto se hubiera visto desierta, porque á cada minuto veía perecer á mi lado gentes de todas edades y de ambos sexos. Los unos eran devorados por las fieras, los otros caían en los precipicios, otros eran estrellados por el rayo, algunos, aunque en muy pequeño número, llegaban á saltar los precipicios, y á ganar una llanura deliciosa que estaba al pié de la montaña. Aquí apagaban ellos la sed á grandes tragos en arroyos, cuya agua parecia tan clara como el cristal, y levantaban las manos al cielo para dar gracias por haber escapado de estos peligros. Me esforzaba para llegar á esta llanura,



Pag.ª 220.

Nº 1.º

y conducir allí á mis dos hijos, á quienes tenia por la mano; pero un hombre, de quien el mirar era severo, me dijo con una voz fuerte; aun no ha llegado el tiempo de tu reposo, y te faltan muchos años que errar sobre la montaña: al mismo tiempo me arrancó á mis dos hijos, y con una mano poderosa tiró al menor en medio de la llanura. Iba á hacer lo mismo con el segundo, pero yo me eché sobre él, y vertí tantas lágrimas, que me volvió mi hijo: Madre cruel, me dijo este querido hijo, ¿qué te he hecho para que me arranques de la felicidad? Mira los peligros á que me expones, y pon los ojos en mi hermano. Al mismo tiempo descubrí al otro hijo que se bañaba en una agua deliciosa. La paz, el gozo mas puro brillaban en sus ojos, y á pesar de la alegría que me causaba el estado de mi pobre hijo, gemí al separarme de él.

Desperté en esta agitacion. Mi favorita, que estaba á mi lado, me dijo que el niño estaba fuera de peligro, que el Marqués se habia escapado de las manos de su amigo, y que sin temer el riesgo, estaba al lado de su hijo. Dime prisa á irle á buscar: al abrazarnos vertimos muchas lágrimas; pero el gozo de poder libertar á este hijo llegado á ser único, templa el dolor que nos causa la pérdida del otro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nuestra Esculapio asegura á mi marido que jamás se le pegan á un padre las viruelas de sus hijos; nuestras gentes dicen que este es un cuento de viejas, y el Marqués, que tal vez piensa como ellos, para que no le obliguen á dejar á su hijo, aparenta dar fé á lo que dice esta aldeana. Por ocupado que esté de este querido enfermo, siente vivamente el peligro de mi hermana, y le mortifica mucho el no poder entrar á su cuarto, porque nuestro ángel tutelar se lo prohibe absolutamente. Yo reparto mi tiempo entre mi hijo y mi hermana, y vos podeis quedar tranquila sobre el cuidado que se tendrá de ella.

Esta querida enferma duerme actualmente y al lado de su cama he reflexionado sobre mí sueño. Esta es una leccion que Dios me da, y me hace conocer lo ciega que estoy sobre la verdadera felicidad de mis hijos. La fé me deberia hacer verter lágrimas de gozo, viendo al pequeño tranquilo en el seno de Dios, y libre de los peligros y miserias de esta vida, pero mi fé es débil. Aumentadla, Señor, disponed de mí, y de todo lo que me pertenece segun vuestra sabiduría y bondad; pero fortificad á vuestra pobre criatura, y no permitais que ella murmure por la privacion de los bienes que solamente la habeis prestado, y que podeis quitárselos cuando os agrade.

CARTA LI.

RESPUESTA A LA PRECEDENTE.

¡Cuánto te compadezco pobre madre! Es menester para sentir tu situacion haberla experimentado. Tomo la pluma, querida hija mia, para afirmar tu valor, y descubro que soy mas debil que tú. ¿Mas qué es lo que puede causar mi abatimiento y el tuyo? ¿no es la mano que nos hiere, la de un Padre misericordioso?

Me guardaré de mirar tu sueño como efecto de las impresiones que habian hecho en tus sentidos los objetos de que estabas rodeada. Es, como has pensado, una útil leccion que Dios nos da. "Padres ciegos, ¿qué pedís al Señor cuando clamais á él para obtener la vida de un hijo que su Divina Magestad os arrebata en su misericordia? Dad mas bien las gracias á su bondad, que le substrae del peligro de perderle. ¡Levantémos los ojos al cielo, querida hija mia! Consideremos á nuestro hijo en el seno de la bienaventuranza. ¿Qué gloria, y qué fortuna podiamos nosotros procurarle que se pueda comparar con la que goza?" ¿No habiamos nosotros dado este hijo al Señor en el momento mismo que le recibimos de su mano? ¿no le he ofre-

Nuestra Esculapio asegura á mi marido que jamás se le pegan á un padre las viruelas de sus hijos; nuestras gentes dicen que este es un cuento de viejas, y el Marqués, que tal vez piensa como ellos, para que no le obliguen á dejar á su hijo, aparenta dar fé á lo que dice esta aldeana. Por ocupado que esté de este querido enfermo, siente vivamente el peligro de mi hermana, y le mortifica mucho el no poder entrar á su cuarto, porque nuestro ángel tutelar se lo prohibe absolutamente. Yo reparto mi tiempo entre mi hijo y mi hermana, y vos podeis quedar tranquila sobre el cuidado que se tendrá de ella.

Esta querida enferma duerme actualmente y al lado de su cama he reflexionado sobre mí sueño. Esta es una leccion que Dios me da, y me hace conocer lo ciega que estoy sobre la verdadera felicidad de mis hijos. La fé me deberia hacer verter lágrimas de gozo, viendo al pequeño tranquilo en el seno de Dios, y libre de los peligros y miserias de esta vida, pero mi fé es débil. Aumentadla, Señor, disponed de mí, y de todo lo que me pertenece segun vuestra sabiduría y bondad; pero fortificad á vuestra pobre criatura, y no permitais que ella murmure por la privacion de los bienes que solamente la habeis prestado, y que podeis quitárselos cuando os agrade.

CARTA LI.

RESPUESTA A LA PRECEDENTE.

¡Cuánto te compadezco pobre madre! Es menester para sentir tu situacion haberla experimentado. Tomo la pluma, querida hija mia, para afirmar tu valor, y descubro que soy mas debil que tú. ¿Mas qué es lo que puede causar mi abatimiento y el tuyo? ¿no es la mano que nos hiere, la de un Padre misericordioso?

Me guardaré de mirar tu sueño como efecto de las impresiones que habian hecho en tus sentidos los objetos de que estabas rodeada. Es, como has pensado, una útil leccion que Dios nos da. "Padres ciegos, ¿qué pedís al Señor cuando clamais á él para obtener la vida de un hijo que su Divina Magestad os arrebata en su misericordia? Dad mas bien las gracias á su bondad, que le substrae del peligro de perderle. ¡Levantémos los ojos al cielo, querida hija mia! Consideremos á nuestro hijo en el seno de la bienaventuranza. ¿Qué gloria, y qué fortuna podiamos nosotros procurarle que se pueda comparar con la que goza?" ¿No habiamos nosotros dado este hijo al Señor en el momento mismo que le recibimos de su mano? ¿no le he ofre-

cido yo todos los dias de mi vida á mi querida hija igualmente que á todos sus hermanos? ¿no le he pedido con el grito contínuo de mi corazon que quitase del mundo á estos queridos hijos, antes que permitirles participar de la mancha de Babilonia? „¡Oh Dios mio, os renuevo esta su„plica! No escucheis, Señor, la resistencia de la „carne: mi alma la desaprueba, y se remite ente„ramente á vuestra sabiduría. Feliz yo en te„ner este sacrificio que ofreceros para borrar to„das las faltas que una ciega ternura, respecto á „mis hijos, me ha hecho cometer." ¡Cuán bueno es Dios, querida hija mia! Quiere su Divina Magestad recibir el sacrificio involuntario que le hacemos de lo que amamos. Conozco por la paz de que goza mi alma en medio de la tempestad de mis sentidos, que recibe mi ofrenda. ¡Qué gloria es para una débil criatura tener alguna cosa que ofrecer á su Dios! ¡Qué felicidad el poder imitar á este Señor en el sacrificio que hizo de su Hijo por nuestra salvacion! Este pensamiento me consuela, me anima y me fortifica. „Sí, Dios mio, yo os hago de todo mi corazon la „ofrenda de lo que mas quiero, y si bastase un „solo suspiro para libertar á mis hijos contra „vuestra voluntad, yo no le daria."

Antes que recibas esta carta, estarán ya nues-

tros queridos hijos, ó muertos, ó fuera de riesgo. Pero si así no fuere, y aunque estuviere en peligro tu hermana, espero no la ocultarás su situacion, ni olvidarás el procurarla todos los socorros espiritnales que puedas, porque para esto no se debe aguardar á los últimos momentos. Es una verdadera crueldad el engañar á un enfermo sobre su estado, cuando es peligroso.

A las inquietudes que me dan nuestros enfermos, se añaden las que me causan la fatiga que tomas por ellos, y el peligro del Marqués. ¡Cuánta capacidad tiene el corazon para sentir el dolor, y cómo podria dejar de caer en estas ocasiones una débil criatura, si Dios no la sostuviese de un modo particular!

Espero que disminuirás mi pena, enviándome un propio con noticia de nuestros enfermos; hasta entonces repetiré sin cesar: „Señor, que pase, „si puede ser, lejos de mí este cáliz; sin embar„go, que se haga vuestra voluntad, y no la mia."

CARTA LII.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

QUERIDA MADRE MIA: Cuando os escribí mi última carta, creía haber experimentado todo lo

que una criatura puede sufrir sin morirse; sin embargo, mis penas no eran nada en comparacion de las que he sentido tres dias ha. Mi hermana ha estado en el borde del sepulcro, y el alma mas dura se hubiera enternecido á la vista del horrible estado en que estuvo durante veinticuatro horas. Las viruelas siguieron bien hasta el séptimo dia: estaba cubierta de ellas de los piés á la cabeza, y hacia dos dias que sus ojos estaban absolutamente cerrados. Al fin del séptimo la dió un síncope con convulsiones, y toda la noche la pasó en este estado. Nuestra buena muger me dijo á las cinco de la mañana que no me asustase, que aquello era un tabardillo, pero que ella esperaba curarla. Hizo machacar treinta caracoles, los echó en una plantilla de estopa, y los puso en los piés de la enferma, á la que hizo tomar al mismo tiempo vino y triaca. A pesar de la confianza que tengo en esta muger, me preparaba advertir á mi hermana el peligro en que estaba; pero ella se anticipó antes de que lo verificase. La vista de la eternidad, en la que estaba á punto de entrar, hizo en ella una impresion terrible. Esta pobre niña, que ha vivido siempre en la inocencia, se encontraba tan criminal á los ojos del Señor, que me costó el mayor trabajo del mundo sostener su

confianza. La inutilidad de su vida era sobre todo un peso que no podia soportar. ¿Qué responderé al Señor, me decia, ahora que me va echar en cara que me habia puesto en el mundo para servirle, y que no me he ocupado mas que en mí misma? Obligaciones dereligion cumplidas con tibieza, por hábito, con distraccion: el amor propio, á lo menos la costumbre, principio de las acciones mas loables en la apariencia; ved aquí lo que tengo que ofrecer al Señor. ¡Ah, querida hermana, me decia, cuán bien rectifica nuestras ideas la vista de una muerte próxima! ¡cuán pequeño me parece ahora este mundo, por el cual suspiraba con tanto ardor! Mi pasion por el Conde, que á mí me parecia inocente, ha mudado completamente de aspecto. Una criatura ocupaba mi corazon, ella era mi ídolo, queria sacrificarle mi juventud, mi libertad; y lejos de ser mi Dios el principio de este sacrificio, no era mas que el pretexto de él: ¡qué horror! Ved aquí, querida madre mia, la situacion en que ha estado dos dias enteros. No la he dejado un instante; y un médico amigo, á quien llamamos sin saberlo nuestra aldeana, no la ha dejado tampoco, pero sin atreverse á poner en práctica ningun remedio. Se han continuado en renovar de doce

en doce horas los caracoles, y esto se ha hecho con grandes precauciones. La que se los quitaba tenia la nariz tapada con un pañuelo empapado en vinagre fuerte, y habia tomado triaca. Tan fuerte era el mal olor, que á pesar de estas precauciones, faltaba poco para que se desmayase. Nuestra muger asegura que esto la impide que el veneno se suba á la cabeza, á donde sin esto puede formar un acceso, y el médico dice que tiene razon. En fin, Dios nos ha concedido la vida de esta querida hermana, que dicen está fuera de peligro; pero se teme que quede absolutamente desfigurada; sobre todo, tiene un ojo muy malo; ella no se asusta, y hace á Dios el sacrificio de su hermosura con un valor que nos sorprende tanto como nos edifica. Mi hijo se levanta, y no quedará señalado, segun me dicen, porque no le he visto desde que se declaró el tabardillo, y está con su padre en casa de un amigo. Han hecho todo lo que han podido para separarme de mi hermana; pero el abandonarla en esta ocasion hubiera sido una barbarie. Dios ha bendecido mi valor, y á pesar de mis fatigas estoy muy buena. Espero que en mi primera carta os escribiré la entera convalecencia de mi hermana. Así lo creo en el gozo que se manifiesta en el semblante de nuestros Esculapios.

CARTA LIII.

RESPUESTA A LA PRECEDENTE.

Admiro tu valor, mi querida hija. El mio ha sido casi abatido á la lectura de tu carta, y á pesar de las buenas noticias que la concluyen, no me tranquilizaré enteramente hasta el recibo de otra. Alabo la bondad de Dios con esa querida enferma: el peligro en que ha estado la ha abierto los ojos sobre las grandes verdades de la salvacion, las que no se imprimen sino débilmente en las personas de su edad. Se cree que Dios nos debe bastante, cuando evitamos las faltas groseras, cuando cumplimos superficialmente con las obligaciones de la religion, y cuando con un corazon todo mundano pronuncian los lábios algunas oraciones, sin atencion, sin respeto y sin devocion. Pero cuando nos alumbra la candela de la muerte, parecen las cosas en su verdadera claridad, como lo decia esa querida niña. Felices los que durante su vida conocen todo el peso de esta luz saludable. El alma en este estado está como aniquilada, como destruida; pero ¡cuán fortificada para lo futuro! Esta querida hija no olvidará jamás las verdades que acaba de descubrirle la vista de la muerte; esta es un saluda-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ble contraveneno para todos los peligros del mundo. Creo que no me engaño, querida mia, en pensar que la causa de todos nuestras estravíos, es el cuidado que tenemos de evitar el pensamiento de la muerte. Nos alucinamos acerca del momento de su llegada. En la juventud la miramos como tan distante, que creemos tener suficiente tiempo en lo futuro para pensar en ella. Cuando llegamos á una edad mas madura, nos fiamos en nuestra salud, en el largo tiempo que han vivido algunas personas que hemos conocido; y aun en la misma vejez no deja la muerte de cogernos de sorpresa. Esto es lo que me obligó acostumbrarte á tener un cuarto de hora de oracion cada mañana, para preguntarte á tí misma; ¿cómo pasaria yo este dia, si me dijesen que debia ser el último de mi vida? Una de mis amigas, á quien aseguraba hace algun tiempo, que jamás habias tú faltado á hacerte esta pregunta, me decia no podia comprender cómo con un pensamiento semejante, podias estar alegre y gozar de la vida. Este pensamiento, añadió, me haria perder la cabeza. ¡Qué error! ¿Es acaso la muerte en sí misma tan temible? ¿Quién es el viagero que despues de un largo y penoso viage no suspira por el momento de volver á ver su patria? ¿Qué encanto nos une á la vida? Somos desgraciados prisioneros, agoviados bajo el enorme peso de nuestras cadenas, y no obstante las amamos. Pero si la muerte no es terrible, lo son sus resultados, y éstos deben mantenernos en un temor saludable. Esta es la razon que da esta señora para justificar su miedo á la muerte; ¿pero para quien son temibles los resultados? Para aquellos que han vivido como si jamás hubiesen de morir. Nunca teme un hijo querido la vista de su padre, si ha procurado conformarse con su voluntad; ni le asustan las faltas que ha cometido por debilidad, porque conoce la bondad de este padre amoroso. ¿Qué medio mas eficaz para hacernos guardar los mandamientos de nuestro Padre celestial, que el persuadirnos todos los dias, que tal vez ántes de la noche será necesario darle cuenta de nuestras acciones?

Admiro, igualmente que tú, el valor con que tu hermana ha hecho á Dios el sacrificio de su hermosura. Este es el ídolo de nuestro sexo, y es menester ó mucha religion, ó mucha grandeza de alma para no sentir su pérdida; espero que se mantendrá en estos sentimientos.

Conozco el remedio de tu buena muger, se sirven de él con suceso en todas las fiebres malignas, y estoy persuadida á que en esa enfermedad no se necesita mas que alejar el veneno del cora-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

zon por la triaca, y fortificar al enfermo con alguna cosa para que eche fuera el tósigo. Muchas veces las personas simples saben mas en semejantes casos que las mas hábiles. Me acuerdo de uno que sucedió en mi último viage á París, y que se insertó en las memorias de la Academia. Diéronle á una jardinera las viruelas al otro dia de haber parido, y por consecuencia fué necesario abandonarla á la naturaleza. Las viruelas salieron bien, y estaba toda cubierta de ellas, cuando encontró medio de escaparse de las manos de los que la cuidaban. Corrió á lo último del jardin, y fué á echarse en un pozo. Tú sabes lo fria que está en ellos el agua en verano; la llegaba hasta el cuello, y así se la miró como muerta. Se procuró no obstante sacarla de allí, y su marido bajó al pozo; pero cuando estaba en la mitad del camino, se rompió la escalera, y habiéndose lastimado un brazo y una pierna, tardó algun tiempo en conseguirse otra: en este ínterin pasó por allí una de aquellas mugeres, que se llaman *hermanas de la caridad*, que tienen cuidado de los enfermos. Viendo mucha gente amontonada, quiso informarse de qué era aquello, y habiéndoselo dicho, corrió á casa de esta muger, hizo llevar dos cubos de aguardiente, en los cuales empapó dos sábanas. Sacaron á la jardinera limpia y blanca como una perla, y sin conocimiento: la envolvió en estas sábanas, y los médicos que se llamaron, decidieron que se habia tomado el único medio que podia salvarla. Efectivamente, ella volvió en sí diciendo que se abrasaba; pero al cabo de media hora volvieron á salir las viruelas, y tres horas despues estaba esta muger en la misma situacion que ántes de echarse en el pozo. Vive aun, y ella misma ha contado el caso á mi cirujano.

He querido referirte este ejemplo para probarte que en ciertas enfermedades no es menester muchas veces mas que una larga experiencia, y seguir la simple naturaleza en sus operaciones.

Jamás olvidaré, querida mia, el sacrificio que has hecho de tu vida por cuidar á tu hermana, y espero que ella sabrá estimarlo. Abraza por mí á vuestra buena muger, y haz otro tanto con tu hijo y el Marqués cuando puedas verlos.

CARTA LIV.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

AMADA MADRE MIA: El Señor ha hecho suceder el gozo mas puro á los pesares que nos oprimian. No solo está curada mi hermana sino

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que su vista está salva, aunque su hermosura muy alterada. Antes de ayer la llevamos á otra casa, en donde nos juntamos todos; y miéntras que experimentábamos los transportes que nuestra reunion nos causaba, suplicó un criado á mi esposo que bajase á hablar á uno de sus amigos. No sé si os he dicho que el Marqués habia escrito al Conde que se presentaba un matrimonio muy ventajoso para mi hermana, y que á pesar de las dificultades que ella ponia para dar su consentimiento, estaba resuelto á usar de su autoridad, si el queria dejarle libre de la palabra que le habia dado de no casarla ántes de concluir el año. A esta noticia pidió el Conde una licencia de tres meses, y habiéndola obtenido, tomó la posta, y acaba de llegar á nuestra casa. Preguntó á mi esposo abrazándole, si queria unir á la cualidad de amigo, que tanto tiempo ha les estrecha, la de hermano concediéndole por esposa á mi hermana. Estas palabras, que en otro tiempo hubieran transportado de alegría á mi esposo, le hicieron suspirar. El Conde espantado le instó á que le declarase la causa de aquel suspiro, y mi esposo le respondió que ya no encontraria mas á mi hermana. ¿Se ha muerto? ¿se ha casado? Le preguntó temblando el Conde. Ni uno, ni otro, le respondió mi

esposo; pero las viruelas la han dejado hecha un monstruo, y dudo mucho que podais conocerla. Vos me volveis la vida, exclamó el Conde. Esta cruel enfermedad no puede nada sobre el alma, y las prendas de ésta son las que me han enamorado de vuestra hermana; apresuraos pues á conducirme donde está. Estuvieron pensando algunos momentos cómo lo harian, porque temian causar una revolucion demasiado violenta á esta convaleciente; pero al fin concluyeron en que era mejor experimentarla toda de un golpe, que por grados. El Marqués entró el primero, y el Conde estaba á los pies de mi hermana ántes que ella lo descubriese. Su primer movimiento fué el de ocultarse la cara con sus manos; pero el Conde la dijo, que su corazon la hubiera reconocido á pesar de la mudanza de sus facciones; y que él venia á ofrecerla aquel corazon que la habia pertenecido desde el instante en que penetró sus sentimientos por él. Yo me alegro infinito, añadió, que la pérdida de vuesta hermosura sirva á probaros la realidad y la naturaleza de los sentimientos que me habeis inspirado. ¡Qué feliz soy en poderos pagar hoy los sacrificios que habeis hecho por mí!

Yo habia permanecido muda igualmente que mi hermana. Mi primer movimiento fué el de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

echarme al cuello del Conde. ¡Qué gozo para mí el no tener ya que limitar mis sentimientos para con él! ¡Qué gozo para el Marqués el apretar los lazos que le unian á este digno amigo! ¡Cuánto debe aumentarse en mi hermana su afecto á él por las circunstancias en que se lo ofrece! No conozco felicidad igual á la suya. Le dejé á los pies de mi hermana, y á sus súplicas me he apresurado á escribiros esta carta, que os envio por un propio. El os conjura que no diferais su felicidad, y como conozco vuestros sentimientos, no dudo que respondereis á sus instancias. ¡Ah, querida madre mia! ¿Qué es nuestro corazon? Hace quince dias que estaba el mio sepultado en la amargura: ¿Hubiera yo podido entónces preveer que él seria demasiado estrecho para contener el exceso de mi alegría?

CARTA LV.

RESPUESTA A LA PRECEDENTE.

¡Cuán bueno es Dios, mi querida hija! Templa las penas de esta vida con inesperados consuelos. Experimento tu situacion ;participo de la fortuna de tu hermana, y nuestra felicidad es tan grande, que me parece un sueño. Agradecido mi esposo al honor que nos hace el Conde, le lleva él mismo su consentimiento. Yo me hubiera alegrado mucho de poderle seguir, pero nuestros negocios piden todavía aquí mi presencia por algunos dias, y no podré partir hasta fin del mes. Te suplico que nada se dilate por esto; pues aúnque tendria un gran gusto en ser testigo de la union de dos personas que amo tan deveras, no quiero retardar su felicidad. ¡Qué largos me van á parecer, querida hija mia, los momentos, esperando el de abrazarte! Mi impaciencia por conocer á mis dos yernos, no es menor; y despues de haber sido testigo de la felicidad de mi familia, diré de buena gana con el santo viejo Simeon: mi alma puede ahora descansar en paz. Admiro los decretos de Dios sobre nosotros; ¿por qué camino nos ha conducido este Señor á esta felicidad? Pérdidas que parecian irreparables, habian reducido nuestra casa á su último abatimiento. Dios la saca de él por medios que toda la prudencia humana no hubiera podido discurrir; pero, querida hija mia, la mano que sabe edificar, puede destruir; mantengámonos nosotros sobre los acontecimientos futuros en un abandono total á sus decretos. No perdamos de vista el polvo de que nos levanta, y estémos prontos á volver á entrar en él sin re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pugnancia, si lo tiene por conveniente en sus designios. Su Divina Magestad me es testigo de de que solo me alegro de la fortuna de mis queridas hijas, porque parece que es la recompensa de su virtud. El Conde y te esposo te han ocultado sin duda la liberalidad que usan con nosotros: ellos han suministrado magníficamente á los gastos de nuestro viage, del que no te han hablado para sorprenderte, y han regalado á tus dos hermanos una suma suficiente para comprar una campiña. Asegúralos de mi reconocimiento en el ínterin que puedo yo hacerlo de viva voz.

ADVERTENCIA.

Por el contenido de la carta que sigue de la Marquesa á Madama de Montier, se observa una notable interrupcion de esta correspondencia epistolar. Este es sin duda el tiempo que Madama de Montier pasó con su hija; y como en las cartas que se siguen, á la hermana de la Marquesa se la llama Condesa, debe inferirse que en este intervalo se celebró su matrimonio. Se conocerá tambien por las siguientes que el Marqués habia estado ausente algun tiempo, y tambien parece que el Rey de Cerdeña le habia mandado que volviese á Turin.

CARTA LVI.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

Querida madre mia: Por prevenida que yo estuviese á nuestra separacion, no he podido menos de sentir vivísimamente vuestra ausencia: ¿Qué es la felicidad en esta vida? ¿podemos lisonjearnos de fijarla, cuando ella depende de todo lo que nos rodea? ¡Cuán peligroso es el entregarse á las satisfacciones mas inocentes! La felicidad de que he gozado durante vuestra corta mansion aquí, va á derramar la amargura sobre todos los momentos de mi vida. Os buscaré por todas partes, os desearé en todas, y no os encontraré en ninguna. Que á lo menos vuestras cartas dulcifiquen mi pena: multiplicadlas, querida madre mia, pues me son mas necesarias que nunca.

Me he visto desde vuestra partida en uno de los mayores apuros que he experimentado jamás. Apénas hacia dos horas que os habíais puesto en camino, cuando mi esposo recibió una carta de su abogado, en que le advertia que partiese en posta á Grenoble, porque un pleito considerable que tenemos en aquel Parlamento estaba pa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pugnancia, si lo tiene por conveniente en sus designios. Su Divina Magestad me es testigo de de que solo me alegro de la fortuna de mis queridas hijas, porque parece que es la recompensa de su virtud. El Conde y te esposo te han ocultado sin duda la liberalidad que usan con nosotros: ellos han suministrado magníficamente á los gastos de nuestro viage, del que no te han hablado para sorprenderte, y han regalado á tus dos hermanos una suma suficiente para comprar una campiña. Asegúralos de mi reconocimiento en el ínterin que puedo yo hacerlo de viva voz.

ADVERTENCIA.

Por el contenido de la carta que sigue de la Marquesa á Madama de Montier, se observa una notable interrupcion de esta correspondencia epistolar. Este es sin duda el tiempo que Madama de Montier pasó con su hija; y como en las cartas que se siguen, á la hermana de la Marquesa se la llama Condesa, debe inferirse que en este intervalo se celebró su matrimonio. Se conocerá tambien por las siguientes que el Marqués habia estado ausente algun tiempo, y tambien parece que el Rey de Cerdeña le habia mandado que volviese á Turin.

CARTA LVI.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

Querida madre mia: Por prevenida que yo estuviese á nuestra separacion, no he podido menos de sentir vivísimamente vuestra ausencia: ¿Qué es la felicidad en esta vida? ¿podemos lisonjearnos de fijarla, cuando ella depende de todo lo que nos rodea? ¡Cuán peligroso es el entregarse á las satisfacciones mas inocentes! La felicidad de que he gozado durante vuestra corta mansion aquí, va á derramar la amargura sobre todos los momentos de mi vida. Os buscaré por todas partes, os desearé en todas, y no os encontraré en ninguna. Que á lo menos vuestras cartas dulcifiquen mi pena: multiplicadlas, querida madre mia, pues me son mas necesarias que nunca.

Me he visto desde vuestra partida en uno de los mayores apuros que he experimentado jamás. Apénas hacia dos horas que os habíais puesto en camino, cuando mi esposo recibió una carta de su abogado, en que le advertia que partiese en posta á Grenoble, porque un pleito considerable que tenemos en aquel Parlamento estaba pa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ra verse. Aunque el negocio sea de consecuencia, me dijo que no podia resolverse á abandonarme á mi dolor, y que no iría á Grenoble, si yo no estaba en estado de acompañarle. Yo tenia una grande repugnancia á este viage; hubiera sido preciso en esta ciudad recibir visitas, prestarse á los placeres, y en la situacion en que me ha puesto vuestra ausencia, suspiro por la soledad: hay dolores que parece que se alivian entregándose á ellos sin reserva. Insté pues á mi esposo á que partiese sin mí; le resistí aun hasta enfadarle, y parecia que yo tenia algun presentimiento de lo que me debia suceder. El Marqués me dejó con una especie de enfado que me causó inquietud, y me reprendia mi poca complacencia, sin tener valor para vencerme. Como habia resuelto estar sola, mandé á mis criadas que á nadie dejasen entrar, y las dije que queria descansar; mi intencion era el librarme de sus consuelos: todo me fastidiaba, y queria llorar á toda mi satisfaccion, porque este en mi dictámen es un placer cuando se está afligido. Permanecí un cuarto de hora en mi gabinete, pero siguiéndome mi inquietud por todas partes, bajé al parque por la escalera secreta, y llegué insensiblemente hasta el bosquecillo que está en el borde del rio. Habiéndome sentado sobre la yerba, caí en una profunda distraccion, que fué interrumpida por unos suspiros que salian del próximo bosquecillo: me acerqué al vallado bastante asustada, y quedé inmoble á la vista de una jóven, en cuyo rostro estaba pintada la desesperacion. ¡Qué hermosa estaba ella en este estado! Levantaba al cielo sus ojos bañados de lágrimas: unas veces parecia que le acusaba de sus infelicidades, otras que le pedia socorro; y yo iba acercarme á ella, cuando se levantó de repente con el furor en el rostro. Esto es hecho, dijo, es menester librarme por una muerte pronta del horror de mi situacion; vamos..... ¿Pero qué será de mi alma.....? ¿Qué será de mi desgraciado hijo? No la dejé tiempo de acabar; dime prisa á dar la vuelta al bosquecillo, y me encontré á la entrada del en que ella estaba, cuando salia para precipitarse en el rio, como me lo confesó despues. Dió un grito cuando me descubrió; la tomé la mano, conjurándola á que calmase su desesperacion, y me pusiese en estado de serla útil: pero ella temblaba en extremo; tenia movimientos convulsivos, y al cabo de dos minutos cayó sin conocimiento. Los dolores mas vivos se lo hicieron recobrar; abrió los ojos, y apretando débilmente mi mano: Muero, Señora, me dijo, pero mo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

riré contenta si me puedo lisonjear que sepultareis conmigo mi vergüenza, y que os dignareis tener cuidado del desgraciado niño, cuyo nacimiento va á costarme la vida. Juzgad, madre mia, de mi pena: exhorté á esta infeliz á que tuviese ánimo; la prometí un secreto inviolable, y que me encargaria de su hijo; nació casi al instante, y le envolví en mis faldas. La supliqué despues que permitiese hacerla llevar á la quinta, y la exhorté á que pidiese perdon á Dios del designio que habia tenido de darse la muerte. Conozco todo el horror de este atentado, me dijo: esta criatura pide que conserve mi vida; pero si no quereis, Señora, verme volver á caer en la desesperacion, dejadme dueña de mi destino. Me siento con bastantes fuerzas para alejarme, y es muy corto el camino que tengo que hacer: todo se perderia si yo no pareciese esta noche; yo no me creia tan próxima á mi término, y la imposibilidad en que me juzgaba de poder ocultar mi vergüenza á aquellos de quienes dependo, me habia determinado á poner fin á mi vida. La Providencia ha permitido que estuviese abierta la puerta de vuestro parque, y he entrado en él sin saber á donde dirigia mis pasos; permitid que me retire al instante; muy pronto tendreis noticias de mí, y tal vez os aplaudireis algun dia por

haber socorrido á una desgraciada, que no es tan despreciable como lo parece. Al decir estas palabras sacó de su dedo un diamante muy hermoso. Dignaos guardarlo, me dijo: él servirá, si la muerte me arrebata, para hacer conocer á mi desgraciada hija: no la deis, señora, sino á quien os enseñe una sortija absolutamente semejante á la que os doy. Por mas que representé á esta jóven, que ella no estaba en estado de andar, no pude convencerla; y respetando su secreto, la supliqué que estuviese tranquila por lo que miraba á la criatura, que es una niña muy linda. Como hay bastante distancia de allí á la quinta, y yo temia algun accidente en el camino, la bauticé en precencia de su misma madre, que me suplicó la pusiese por nombre Virginia. Esta pobre madre bañó con sus lágrimas la cara de su hija. ¡Cuánta compasion me daba, Dios mio! Al dejarme, me dijo, voy sin cuidadado por lo que toca á mi hija: os conozco, señora, y sé que no puede estar en mejores manos: ella no nace de una sangre oscura, y puede ser que ántes de mucho os alegreis de haber sido tan generosa con ella. Fuése al acabar estas palabras, y me dejó en una inquietud terrible su suerte: temo que perezca en el camino. Llegué á casa al anochecer, y habiendo subido tambien á mi cuarto por

la escalera secreta, puse á la niña en mi cama con ánimo de llamar á mi favorita para que la buscasen una ama. Juzgad cual seria mi espanto, cuando ví forzada la puerta de mi cuarto, y oí á mis criadas dar grandes gritos. Apresuréme á pasar el cuarto inmediato para saber la causa de esto: ellas se levantaron con aceleracion: una me besaba las manos, otra me abrazaba, las otras corrian por toda le casa, gritando que se habia encontrado la señora: comprendí que se habian asustado por mi ausencia, y ved aquí la razon. El Marqués, como os he dicho, habia parecido enfadado al dejarme. Como él conoce mi sensibilidad, temió que yo tomase á pechos la pequeña desazon que él me habia mostrado: queria volver atrás; pero su ayuda de cámara, que sabe cuán importante es que llegue pronto á Grenoble, le instó á que me escribiese tres leguas de aquí, y él se encargó de traerme su carta. Como le dijeron que yo dormia, y él tenia necesidad de descansar una hora, esperaron hasta este tiempo para dispertarme. Fácil es de discurrir el susto de mis gentes, cuando despues de haber llamado muchas veces, vieron que no les respondia. Diéronse prisa á buscar un cerragero, y habiendo violentado mi puerta, me buscaron por toda la casa. Fueron luego á todas las de la aldea, y cuando vi-

ne iban á encender hachas para buscarme en el parque. ¡Cuán agradecida estoy al buen corazon de estas pobres gentes! Creian que me habia sucedido algun accidente, y su gozo por volverme á ver llega á ser extravagante. Apénas encontré un momento para decir á mi favorita que cuidase de mi depósito: respondí despues al Marqués, y como temia que él quisiese saber por qué habia yo vuelto tan tarde, impuse silencio á mis criados, y á su ayuda de cámara, que temeroso de inquietar á su amo, quiso partir inmediatamente. Aquella misma noche entregó mi favorita la niña á una muger de la aldea que se encargó de criarla, y que como se la paga bien, no se inquieta por saber de quien es. Nada os digo de mi hermana: recibiréis antes de ésta una carta del Conde, porque me dice que os escribe de Turin, á donde llegaron con felicidad.

CARTA LVII.

RESPUESTA A LA PRECEDENTE.

¡En qué apuro te has hallado, querida hija mia! ¡Y cuánto debes alegrarte de tu paseo! Me estremecí al leer el parage en que me dices la desesperacion de esa muchacha, víctima sin duda de alguna loca pasion. Si todas las de nuestro

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sexo pudiesen ser testigos de semejantes escenas, ¡con qué cuidado velarian sobre sus acciones! Rara vez sucede que el amor de un hombre sobreviva á la estimacion, y aun es mas raro que esta estimacion se conserve despues de haberse hecho indigna de ella por una debilidad. Qué desesperacion es entónces la de una infeliz que se vé abandonada de lo que mas quiere, y en vísperas de ser deshonrada. Los hombres han hecho las leyes, querida mia, y mas culpables á los ojos de Dios que las que ellos han llegado á seducir, creen no tener nada de que avergonzarse á los ojos de los mortales. No nos quejémos de esta injusticia, que es un antídoto saludable contra el veneno de las lisonjas; pero las mas veces es inútil, porque al principio de una intriga no se puede persuadir una jóven que puede llegar hasta el crímen: se fia en su cordura presente, y solo la experiencia mas cruel la hace conocer que una muchacha que ha dado su corazon, no puede responder de sí misma. Deseo con todo el mio que el que ha causado la falta de la que has socorrido, la repare, y reconozca la criatura de que estás encargada. Apruebo mucho la caridad que con ella has tenido.

No puedo menos de reirme del susto de tus criadas, de cuyo gozo debes estar muy contenta.

Si supiesen los amos cuán grato es hacerse amar de estas gentes, se procurarian esta satisfaccion; pero la mayor parte las trata con una dureza que conmueve á la humanidad, y despues se quejan de que no los aman ni les tienen cariño. ¿Cómo quieren que piensen bien? Los envilecen á sus propios ojos por el desprecio que hacen de ellos; y si quisiesen dar su dictámen, les dirian inmediatamente, ¿quién os mete en ello? ¡Oh! qué bonita cama, decia una necia presumida á una Marquesa aun mas respetable por sus virtudes que por su rango. ¿Esta es sin duda la vuestra, Señora? No, respondió la Marquesa, es la de mi doncella. ¡Qué lástima, replicó la otra, sacrificar una alhaja como esta á semejante criatura,! Es ciertamente una criatura, respondió la Marquesa, y nosotros tambien, señora, lo somos. No veo porqué nos las representa nuestro orgullo tan inferiores á nosotros. Entre criatura y criatura, podia ella añadir, no hay mas distancia que la de una mano. Continúa, querida mia, en merecer su afecto; son nuestros hermanos menores y desgraciados, portémonos con ellos como buenos mayores. No agravémos su yugo, son ya bastante infelices. No te hablo de las penas que me ha causado nuestra separacion; conoces mi corazon, y con esto te lo digo todo. Adios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARTA LVIII.

DE LA MARQUESA A SU MADRE.

Madre amada: nadie muere de dolor supuesto que aun vivo. Un sentimiento demasiado doloroso para ser explicado, me hace conocer que estoy aun en el número de los vivos; por lo demas estoy sumergida en un absoluto aniquilamiento. He perdido hasta la facultad de quejarme. Juzgad de mi situacion por la lectura de las dos adjuntas cartas. La primera me puso en una pérdida total de mis sentidos: ¡feliz estado que me libraba de la desesperacion á que me entrego sin medida! Sí, madre mia, mis males que han llegado á su último periodo, no me dejan otro remedio que esperar que una pronta muerte: la deseo, la pido á grandes voces, ya que no me es permitido acelerarla algunos momentos. Perdonadme, Dios mio, este sentimiento que el dolor me arranca; yo me someto á vuestra Providencia por rigurosos que sean sus decretos. Endulzadlos, Señor, privándome de la luz que detesto. ¡Ah, querida madre mia, que no me sea posible espirar en vuestros brazos! Recogiendo mis últimos suspiros, recibiríais mis verdaderos sentimientos: no puedo sin milagro vivir bastante

tiempo para recibir este alivio: este papel, regado con mis lágrimas, sirva á lo menos para justificarme algun dia: protesto delante de aquel supremo Juez, á quien estoy pronta á dar cuenta de mi desgraciada vida, que muero sin haber merecido las reconvenciones de mi esposo: le perdono sus injusticias respecto á mí, y espero que Dios, protector de la inocencia, se dignará borrar el oprobio con que bajo al sepulcro. Las fuerzas me faltan; rogad por la mas desgraciada de todas las mugeres.

CARTA LIX.

DEL MARQUES A SU ESPOSA.

Si el desprecio no hubiese tomado el lugar del amor mas tierno, iria á lavar en tu sangre la afrenta que haces á mi nombre; pero te hallo indigna aun de mi venganza. Dejo al cielo, de quien te has burlado, el cuidado de castigar á la mas despreciable de todas las criaturas, y dejo para siempre los lugares que me pueden recordar mis debilidades respecto á tí. Muy pronto sabrás mi muerte, y podrás entregarte á toda tu satisfaccion al objeto de tu indigna ternura. Lo que debo á mi desgraciado hijo, me impedirá hacer pública

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tu vergüenza. ¡Ojalá pudiese yo mismo ignorarla, y gozar de la ilusion en que he vivido hasta aquí! Pero el velo que te ocultaba á mis ojos, se ha caido, y ya no te miraré hasta mi último momento, que se acerca, sino como la mas débil y la mas pérfida de todas las criaturas.

CARTA LX.

OTRA DEL MISMO Á LA MISMA.

No me conocia á mí mismo, Señora, cuando me creí capaz de aborreceros; hubiera sido demasiado feliz. No, pérfida, tu infidelidad no puede arrancar de mi corazon el dardo fatal con que le has herido. Tiemblo á la vista de mi debilidad: ella precipita mi partida: el amor habla en tu favor, y procura alucinarme sobre tu crímen, ¡Oh cielo! ¡Qué seria de mí si tuviese la flaqueza de ceder á los vergonzosos movimientos que me llaman á vuestros piés! Iria con mi vuelta á suministrarte los medios de engañarme de nuevo, haciéndote conocer mi debilidad. No; la muerte me salvará de este peligro. Corro á buscarla, Señora; y voy á precipitarme en peligros en que no la podré evitar. En los horribles momentos en que soy el juguete de todo lo que el amor, la ver-

güenza y los celos pueden hacer sufrir de mas cruel, me lisonjeo hasta pensar que dareis lágrimas á mi memoria. Conocereis, pero demasiado tarde, el esposo que habeis perdido. Pero nó; el feliz amante al cual me has sacrificado, ocupa todo tu corazon, y los dos esperareis con impaciencia el momento en que mi muerte os dejará la libertad de uniros. Esta idea me oprime, y llena de amargura mis últimos momentos. Concluyo, porque ya es demasiado mostraros mi pasion. Dad á mi partida á mi muerte el pretexto que os agrade; pero si quieres agradecer el silencio que guardo respecto á tí, ejecuta mis ideas por lo que toca á mi hijo. El solo criado que conservo, te llevará muy pronto la noticia de lo que deseo sobre este artículo.

CARTA LXI.

RESPUESTA DE MADAMA DE MONTIER A LA MARQUESA.

Muger de poca fé, ¿por qué temes? ¿Por qué olvidando todos los milagros que Dios ha hecho hasta aquí en tu favor, te abandonas cobardemente á la desesperacion? Por grandes que sean las tribulaciones de que estás rodeada, ¿puedes

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

olvidarte de que te hallas en las manos del Todopoderoso? Este apacigua los vientos, y puede volver en un instante la calma á tu corazon agitado. Sí, mi querida hija, esa tempestad es una prueba que el Señor te envia en su misericordia: él te halla digna de participar de su cáliz; no te hagas tú indigna de sus favores abandonándote á la desesperacion. ¿A dónde está aquella sumision á sus órdenes, aquel abandono á su voluntad? Apenas te visita su Divina Magestad, cuando te vuelves contra el ahijon. ¡Qué pobres criaturas somos nosotros, qué poco es menester para abatir nuestras fuerzas, y hacer desvanecer nuestra resignacion! Armate de valor, hija querida; tu reputacion pertenece al Señor; que éste disponga de ella segun sea su voluntad, pues sabe hasta qué grado te es necesaria: sírvate de escudo tu inocencia; el cuidado de tu justificacion le pertenece; vuelve á sus brazos, y pon en ellos á ese pobre Marqués, cuyo estado es mas triste que el tuyo. Su primera carta me estremeció; pero la segunda me ha asegurado: pasados los primeros movimientos conocerá la injusticia de sus sospechas. Si fuese dueña de mis acciones, ya estaria contigo; pero tu padre está indispuesto, seria necesario instruirle de los motivos de mi partida, y la prudencia no me permite hacerle esta

confianza. Al minuto que recibí tu paquete escribí al Conde. El Marqués no tendrá fuerza para ocultarle el lugar de su retiro: yo conjuro á este querido hijo, á este tierno amigo á volar á su socorro. Conoces su estimacion y afecto por tí; vístase con el color que quiera la calumnia para parecer real, se desvanecerá en su presencia. El amor es tu abogado en el corazon del Marqués; tal vez está ya victorioso; tal vez ha llevado á tus piés á tu marido, como él mismo se temia. No sé á qué atribuir los celos que ha concebido. La aventura del Parque me ha ocurrido, pero él la ignora, y no es verosímil que haya llegado á su noticia. Sus celos son, pues, un misterio impenetrable para mí; pero de cualquier naturaleza que sean, como no son fundados, espero que no tardará el Señor en destruirlos. Envio esta carta por un propio, que traerá tu respuesta. Sepa yo por ella que mi amada hija, sumisa al Señor, besa con respeto la mano que la hiere, y que se abandona sin reserva á todo lo que este Dios misericordioso se sirva decidir sobre su suerte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARTA LXII.

DE LA MARQUESA A SU MADRE.

¡Qué humillada estoy, querida madre mia! ¡Y cuán culpable me hallo! Un gusano hecho de la nada se atreve á sublevarse contra el Arbitro soberano del cielo y de la tierra. ¿Acaso mi resignacion en la voluntad del Señor no era mas que condicional? ¿No habia yo resuelto someterme á sus decretos, mas que ínterin fuesen conformes á mis gustos y á mis intereses? Ved aquí, amada madre mia, las reflexiones que ha ocasionado vuestra carta. Ellas han hecho nacer en mi corazon un sentimiento de confusion inexplicable, y una sumision absoluta á todo lo que la Providencia quiera disponer de mí. Estos sentimientos no han disminuido el dolor que me causa la ausencia del Marqués; subsiste con la misma fuerza, pero no es ya un dolor acompañado de desesperacion. Apénas se ha sometido mi alma, cuando se ha hallado tranquila. Este pensamiento (la mano que me hiere, es la de un padre tierno) mezcla en la amargura en que se sumerge mi alma, un dulce consuelo que no puedo explicar. No miro ya mis penas presentes, ni las que se me preparan para lo futuro, sino como remedios propios para destruir en mi alma la confianza en las criaturas, y el letargo que produce la prosperidad. La mia era demasiado grande, y me parecia tan bien establecida, que estaba en peligro de olvidarme que dependo de mi Dios. Las adversidades nos fuerzan á levantar los ojos hácia las montañas celestiales, de donde nos pueden venir socorros inesperados. Ninguna noticia he tenido del lugar en que está el Marqués; pero ya sé el motivo de los celos que contra mí ha concebido; mi favorita acaba de recibir una carta de su ayuda de cámara. Este fiel criado es la causa inocente de todos mis males. Ved poco mas ó menos lo que la escribe.

La suplica en primer lugar que no me diga nada de su carta, y la confiesa que lo que él debe á su amo no le ha permitido ocultarle lo que pasaba en su casa mientras su ausencia. Que habia concebido grandes sospechas viéndola á deshoras cargada de un niño. Que para aclararlas habia dejado el caballo en casa de un amigo suyo, y seguido sus pasos. Que entró en casa de la nodriza de la niña, y que por los medios misteriosos que se habian usado al confiarla esta criatura, comprendió que su nacimiento era fruto de algun crímen. Que mi obstinacion en no seguir á mi esposo á Grenoble, mi ausencia, y la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dificultad que habia costado el encontrarme en tantas horas, le hicieron entrever una parte de la verdad: que sus sospechas parecieron realidades al Marqués, del que se habia apoderado la desesperacion mas violenta. Añade que la opresion no ha permitido á mi marido continuar un viaje, cuyo término ignoraba él. Que la calentura le ha detenido algunos dias en un lugar que está en el camino, y que el Marqués por sus consejos se determinó durante su convalecencia á escribir al Conde.

Este pobre criado está desesperado por haber sido la causa de que su amo dude de mi fidelidad; él me cree culpable, y llora amargamente la necesidad en que le he puesto de perderme, ó de no ser fiel á su amo. Le perdono de buena gana, y la carta de mi esposo al Conde me tranquiliza.

Estoy obligada á dejar el campo, y seguir á todo el mundo que corre á encerrarse en Chambery. La inmediacion de los españoles es la causa. El Príncipe Don Felipe, al frente de un grueso ejército, viene á Saboya; como no tenemos ninguna plaza fortificada que pueda detenerle, no se piensa en hacerle resistencia. La gente del campo está tan consternada, que falta poco para desesperarse; y á pesar de mis penas no puedo ménos de reirme de las ideas que se

han formado de los españoles. Esta mañana vino á buscarme, con las lágrimas en los ojos, la muger que tenia la niña que causa mis penas. Tomad vuestra niña, Señora, me dijo: es tan blanca y tan delicada, que estos malvados españoles se la comerian de un bocado; porque se dice que viven de carne humana, y que se comen á los niños pequeñitos. Nada pudo asegurar á esta pobre muger, á quien el espanto ha hecho perder la leche. Es pues preciso que yo haga llevar esta niña á Chambery; os confieso que me cuesta repugnancia, y me avergüenzo de ello; pero esta inocente no debe pagar la pena del mal que ocasiona. El Conde de Montjoye me ha ofrecido su casa, y la acepto gustosísima. Su esposa es amiga mia; y como es hija del Marqués de Arvillars, que ha estado mucho tiempo en España en calidad de embajador, se espera que el Príncipe atenderá á esta familia. Partirémos dentro de tres horas, y á mi llegada á Chambery os escribiré. Espero por instantes una carta del Conde.

CARTA LXIII.

RESPUESTA A LA PRECEDENTE.

¡Cuántas gracias tengo que dar al Señor, querida hija mia, por el valor que te dá! Estás en sus caminos: felices aquellos que andan con firmeza por ellos, y se aprovechan de los preciosos momentos de la adversidad. El alma se purifica en el crisol de la afliccion, y se despega de la criatura: conoce que estos dias de peregrinacion no se han hecho para gustar un perfecto reposo, del cual debe gozar en una vida futura por la que suspira.

Estoy edificada de tus sentimientos por lo que hace al criado del Marqués. Ese pobre hombre se confundirá por las infelicidades de que es causa, y te aconsejo que nada omitas para consolarle, porque miro como inmediata la vuelta del Marqués; el Conde te le volverá muy pronto. Tienes gran necesidad de esto en las actuales circunstancias, en que Chambery va á hallarse llena de enemigos, que aunque sumamente humanos, y distintos á la verdad de lo que suponen esas buenas gentes, no dejarán de ocasionar algunos desórdenes en las cercanías, porque no podemos negar que la licencia militar es casi la

quietudes en que me pone la vista de esa sortija. Esta es la prenda que tiene de mi fé una esposa querida, de quien no me es posible tener noticia alguna. Durante el discurso de Mr. de Sabran habia vuelto en mí, y ya no me detenia sino la presencia del Conde. Notólo Mr. de Sabran, y me advirtió que no tenia nada oculto para su amigo, y que necesitaba de sus consejos. Le conté exactamente mi aventura del Parque, pero no pude decirle el lugar en que estaba la que buscaba, porque no lo sabia. Conjeturamos que no estaba léjos de mi Quinta, y Mr. de Sabran quiso poner al Conde en estado de servirle; le dijo, pues, que habiendo tenido la felicidad de agradar á la señorita Syllery, que era una rica mayorazga, habia ella consentido en unir su suerte á la suya por medio de un matrimonio secreto; que él se habia visto obligado á dejarla á los tres meses de su matrimonio, porque la familia de esta señorita habia sospechado su inteligencia; que la habia escrito muchas veces sin tener respuesta, y que el pesar que le habia ocasionado su silencio, le puso muy malo. Que despues de su convalecencia, la buscó inútilmente; ella dejó á París igualmente que su familia, y le dijeron que se la suponia cerca de Lyon.

Luego que Mr. de Sabran acabó su discurso,

el Conde de Montjoye le abrazó. Es íntimo amigo del padre de la señorita, que está actualmente en Chambery, y le prometió hacer sus buenos oficios con él. No es fácil de obtener la confirmacion de este matrimonio, porque Mr. de Sillery es un viejo muy caprichudo, que tiene fama de amar el dinero, y Mr. de Sabran es el menor de su casa, que no tiene mas que la capa y la espada, como se suele decir; sin embargo, su amigo le consuela, y le hace esperar un feliz suceso. Mientras que esto llega, le da su casa, á donde he dado órden que traigan á la niña, que Mr. de Sabran desea con ansia abrazar.

CARTA LXV.

RESPUESTA A LA PRECEDENTE.

Doy gracias á Dios, hija de mi alma, por los medios de justificacion que su Divina Magestad te ha presentado. Ella sabe sacar cuando le agrada, la verdad de los abismos mas profundos.

Admiro como tú la buena conducta del Conde de Montjoye: condúcete por sus consejos para impedir la confiscacion de vuestras tierras. Escríbeme á menudo, y sobre todo, cuando tengas noticias del Marqués. Y ese pobre Conde, ¡oh Dios!

¡Cuánto le amo por haberse constituido por tu fiador! ¡Y cuánto se alegrará cuando sepa el feliz suceso de este negocio!

CARTA LXVI.

DE LA MARQUESA D*** A MADAMA DE MONTIER.

Madre mia querida: Acabo en fin de recibir una carta del Marqués, en respuesta á la que le escribí, contándole la desgraciada aventura, que hizo nacer sus sospechas. Me parece que está verdaderamente humillado de su injusticia respecto á mí, y promete no perdonar nada para hacérmela olvidar. El Conde de Montjoye me habia encargado que no le hablase de mi visita al Príncipe, que él debe ignorar, y he seguido su consejo. Fuímos ayer á Montmelian, y el Marqués de Sainte-Croix me presentó al Príncipe. Me adelanté para besarle la mano; pero él no lo permitió y me saludó profundamente. Habiendo sabido que era francesa, me hizo muchas preguntas sobre las costumbres de este pais, que no ignora, pero de las cuales le gusta hablar. Este Príncipe es alto, pero le falta alguna cosa á su talle: por lo demas, no se puede dar cosa mas ama-

ble; su aire franco y gracioso inspira confianza: los ojos son hermosos, la tez blanca, el semblante risueño; se habla mucho de su generosidad, de su gusto por los talentos y cosas de ingenios, en una palabra, es mi héroe. Temeria que el modo afable con que me recibió, me le hubiera hecho mirar con ojos demasiado favorables; pero todo el mundo es de mi dictámen en este asunto. Resolvímos verle comer al dia siguiente; pero los Padres Domínicos en cuyo convento está, nos enviaron á decir que no era bien parecido ver allí señoras. Los Diputados de Ginebra fueron á besar la mano al Príncipe, y asistieron á verle comer. Al ponerse este Príncipe á la mesa, llamó al Conde de Montjoye; y habiendo sabido qué estabamos aun en Montmelian, le preguntó por qué no asistiamos á la comida. Le dijo el escrúpulo de los Domínicos, é inmediatamente mandó á uno de sus oficiales que fuese por nosotras, y envió á decir al Prior, que todas las casas que él habitaba, eran Reales, donde todo el mundo debia ser admitido sin distincion de sexo. Os confieso que le hubiera perdonado su atencion: comia en una pequeña celda, donde no éramos mas que doce, y yo que estaba por desgracia frente á frente de S. A., de suerte que no me atrevia á levantar los ojos. Sin embargo, vol-

na accion que acabais de hacer, aunque todo sea para mí un enigma. Yo me confundo, dijo Madama de Sillery; oigo hablar de matrimonio secreto, mi hija parece interesada en él, y mi esposo se enternece: ¿qué quiere decir esto? Lo que causaba la sorpresa de esta señora, es que ella habia creido estar segura de una hija que jamás perdia de vista; sin embargo, no fué mas inflexible que su esposo. Abrazaron ambos á Mr. de Sabran, á quien dieron el nombre de hijo, é inmediatamente tomaron sus medidas para dar al matrimonio todas las formalidades que podia hacerle válido. Decidieron que no se publicase aquí, sino que esperasen para esto volver á París. No puedo explicaros el gozo de esta familia, el agradecimiento de los jóvenes esposos, y la ternura con que Mr. de Sillery ama á su nieta.

CARTA LXVII.

RESPUESTA A LA PRECEDENTE.

Sabe, querida hija mia, que tu carta me ha hecho derramar lágrimas igualmente que á tu padre. Hemos admirado los recursos que la naturaleza, ó por mejor decir, la Providencia, ha puesto en el corazon de los padres á favor de los hijos. Yo soy demasiado práctica en este punto,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hija mia; ninguna madre lo ha sido como yo, y me alegro de ver justificar por ejemplos mis debilidades. ¿Qué culpables no son los hijos que olvidan su obligacion para con aquellos que les han dado el ser? Por grandes que sean las faltas de un hijo, rara vez sucede que su padre le niegue el perdon. Es preciso en esta ocasion darte cuenta de un caso que acaba de suceder aquí, y en que he desempeñado el primer papel. Ya conoces al Conde de Orman: su hijo mayor, á quien la madre con su mimo ha echado á perder, le ha dado todos los pesares posibles. Tres años ha le robó una suma muy considerable, y habiendo este robo reducido al padre á mucha estrechez, juró no perdonarle jamás. Habia cumplido su palabra hasta hoy: ni sus amigos, ni el Señor Obispo, que vino expresamente á verle para esto, habian podido obtener nada. Hace quince dias que llegó este hijo, que ha estado oculto en el gabinete de su madre. Madama de Orman vino á confirmarme sus inquietudes en este particular, y vé aquí como se ha hecho la reconciliacion. Se juntó toda la familia del Conde, que es numerosa, porque tiene ocho hijos casados; estábamos treinta y dos á la mesa. Sacaron á ella un ternerito relleno de aves, y todos se admiraron de una entrada tan extraordinaria. Es-

te es, exclamé yo, el festin del padre de familias del Evangelio; ved aquí el ternero gordo: ¿Adónde está el Hijo Pródigo? A estas palabras Mr. de Orman, mudó de color y de discurso, fingí que no lo veía, y continué hablándole de su hijo. Olvidándose el Conde de lo que debia á la asamblea, entró en una furiosa cólera; le dejé desahogar su bílis, y aplaudí sus resentimientos. Pareció apaciguarse viéndome participar de sus transportes. Luego que creí apagado su furor, procuré despertar su ternura; temí largo tiempo no conseguirlo, pero al fin ví que sus ojos se llenaban de lágrimas. Creí el momento decisivo, dí la señal en que estábamos convenidos, y el hijo pródigo estaba á los piés de su padre ántes que pudiese descubrirlo. Apénas vió este padre inflexible á su hijo cuando sintió espirar toda su cólera; le perdonó con sumo gozo, y lo restante de la comida se pasó con mucho regocijo.

Estoy enamorada del retrato que me haces del Príncipe Don Felipe, y te doy la enhorabuena de los movimientos de ternura y gozo que su vista te causó. Los Reyes, segun el órden de la Providencia, son ó deben ser los padres de sus vasallos, y nosotros les debemos los sentimientos que exige esta cualidad.

Creo como Mr. de Montjoye, que es necesario

dejar ignorar al Marqués la visita que has hecho al Príncipe: tal vez vuestro Rey no la aprobará, y es indispensable que todo caiga sobre tí. Sométete á las órdenes de la Providencia en punto á la separacion de tu esposo. Despues de los infelices incidentes que ésta ha hecho nacer para justificarte, seriais inexcusable de no abandonarla todos tus intereses.

CARTA LXVIII.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

QUERIDA MADRE MIA: no esperareis la noticia que voy á daros. Mi esposo y el Conde están actualmente en Chambery en la comitiva del Rey de Cerdeña. A su llegada se retiró D. Felipe con todas sus tropas al fuerte de Barrau, sin que ni por una ni por otra parte se haya sacado la espada. Los políticos encuentran misterio en esta conducta, que me parece en efecto muy extraordinaria. Bien podeis conocer el gusto que he sentido al volver á ver un esposo, de quien me creia separada para mucho tiempo; y verle convencido del amor que le tengo, y de mi inocencia. Él dice que no se pasará dia alguno de su vida sin pedirme perdon de sus injustas sospechas, y ha

llegado su delicadeza en este punto hasta despedir al criado que las hizo nacer; pero he defendido tan bien su causa, que le ha vuelto á tomar, y yo hice un pequeño regalo á este pobre muchacho para que viese que no tenia ningun resentimiento contra él. Abracé mil veces á mi cuñado; su amor á la Condesita es siempre vivo, y me asegura que ha sido el objeto de la admiracion de todas las damas Piamontesas. En medio de tantas satisfacciones, siento vivamente la desgracia del mejor de mis amigos: el Conde de Montjoye por los trabajos que se ha tomado, no ha tenido mas precio que disgustos, pues ha llegado á ser sospechoso. El Rey no ha querido que el Marqués de Arvillar, su suegro, viniese á besarle la mano, y herido este pobre viejo de un golpe que no esperaba, ha caido peligrosamente enfermo. ¡Qué diferencia hay del servicio de Dios al de los hombres! Se está siempre seguro de agradar al primero, con tal que se tenga intencion de ello; pero con los hombres es menester adivinar. Este pensamiento me disgusta absolutamente de la Corte, y al instante que mi esposo pueda dejar el servicio con honor, es decir, despues de la paz, vivirémos retirados en nuestras tierras.

Estando escribiendo esta carta, me ha venido

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á decir el Marqués, que se me incluye en la desgracia de mi amigo, á quien no he querido dispensarme de verle lo mismo que antes: me han hecho un crímen de ello, igualmente que de mi visita al Príncipe. El Rey, que se prepara á volver á pasar los montes, ha hecho saber al Marqués que le dispensaba de seguirle. No estoy triste por este acontecimiento: tengo una repugnancia á Turin, que me costaria mucho trabajo vencer.

El Rey acaba de partir dos dias ha, y vednos aquí de nuevo con los españoles: en verdad que esta es una comedia, de la cual nada se puede comprender. Parece que el Rey de Cerdeña ha dado palabra á D. Felipe de que no será turbado en esta ciudad, y éste se establece en ella, como si debiese estar eternamente.

Contaba con hacer partir esta carta dos dias ha, pero un accidente imprevisto lo ha retardado. Se prendió fuego en palacio, por el cual ha sido enteramente consumido; nuestra casa no está distante, y hemos estado en pié toda la noche. Por fortuna no hemos tenido mas daño que el del miedo, y este accidente no ha interrumpido los placeres. Nuestras damas se entregan á ellos con todo su corazon, y algunas de sus hijas esperan hacerse de maridos entre los señores de la corte de

D. Felipe. No tendré lástima á ninguno de ellos que se case aquí; cuanto mas se trata á nuestras queridas Saboyanas, mas se las ama; tienen por lo general el mejor semblante, y la mas bella índole que se puede imaginar. La amable Sofia, hija de la Condesa de Menthon, ha hecho la conquista de un español muy amable, y se cree que ésta se terminará por un matrimonio, en el que cada una de las partes encontrará su ventaja, la Señorita por el lado de la fortuna, y el caballero por las prendas personales y el nacimiento.

CARTA LXIX.

DE MADAMA DE MONTIER A SU HIJA LA MARQUESA D.***

Recuerda otra vez tu sumision á las órdenes de la Providencia, hija de mi alma: ya no tienes padre, y el momento en que debo juntarme á mi esposo, no está distante. Esta es probablemente la última carta que recibirás mia, hubiera querido escribírtela de mi propio puño, pero la debilidad en que estoy no me permite esta satisfaccion. Tu padre ha muerto con la muerte de los Santos, y yo no tengo sino acciones de gracias que dar al Señor sobre este artículo. Querria poder ocultarte el género de su muerte, pero tarde ó tem-

prano la llegarias á saber, y se renovaria tu dolor con mas intensidad.

Un caballero de nuestros vecinos, tan ruin en sus sentimientos, como rico en abuelos, habia venido muchas veces á cazar á nuestras tierras. Habiéndole tu desgraciado padre cogido en el hecho, le dió quejas, tal vez con demasiada acrimonía: estaba sin armas, y teniendo este pícaro cargada su escopeta, le metió dos balas en el cuerpo. Trajeron moribundo á tu pobre padre, y habiéndose apoderado tres aldeanos del asesino, le trajeron tambien á nuestra casa casi al mismo tiempo. El primer cuidado de mi esposo fué hacer encerrar á este miserable, y enviar á buscar á su padre, aunque hace algunos años que estabamos desavenidos. Le entregó á su hijo, dió dinero á los aldeanos para empeñarlos al secreto, y habiendo juntado á tus hermanos, les hizo jurar que no pensarian jamás en vengar su muerte. Despues de esto no pensó sino en prepararse para parecer delante de Dios, y en los pocos dias que sobrevivió á su herida, no cesó de pedir misericordia al Señor, repitiendo sin cesar estas palabras: *perdonadme, Dios mio, como perdono yo al que me da la muerte.* Se ha negado á nombrar á la justicia su asesino; y Dios para recompensarle en esta vida el sacrificio que le hacia,

le ha concedido la conversion de su enemigo, la cual pedia él con instancias. La víspera de su muerte vino el padre de este caballero á pedirle perdon de su parte, y á traerle una carta que le escribia desde la Trapa, á donde se ha retirado. En ella conjuraba á tu padre á que pidiese al Señor la perseverancia para él. Este feliz acontecimiento ha mitigado nuestro dolor. Recibí con constancia los últimos suspiros de tu padre; pero á pesar de mis esfuerzos para sostenerme en esta disposicion, mi cuerpo se rindió; y al mismo tiempo que mi corazon se sometia á las órdenes del cielo, estaba tan cruelmente despedazado, que los principios de mi vida se han alterado. Una calentura lenta, una imposibilidad total de detener ningun alimento, todo me anuncia un próximo fin, y los médicos no creen que pueda llegar hasta el octavo dia. No padezco, pero estoy absolutamente sin fuerzas.

Uno de mis mayores sacrificios al dejar esta vida, es el de estar privada del consuelo de abrazarte por última vez: ¿pero por qué me aflijo? Nosotras nos verémos muy pronto, querida hija: la vida mas larga es un minuto comparada con la eternidad. Yo lo conozco bien en este momento, querida mia; no he vivido mas que un dia, y he perdido la mayor parte. No me queda mas que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo que he hecho por mi Dios, y esto es muy poco: espero no obstante en su infinita misericordia. Las bondades de tu esposo para con mis hijos, nada me dejan que desear por lo que mira á la fortuna; te los recomiendo: querida mia, sírveles de madre, y sobre todo, no olvides nada para confirmarlos en el temor del Señor. Mis últimos momentos estarian llenos de amargura si pudiese temer que tu constancia, y tu sumision á la voluntad del Señor, te abandonasen en este lance. Llóranos como cristiana, y como que tienes la esperanza de volvernos á ver algun dia; pero no adelantes éste, entregándote sin medida al dolor. Adios, hija de mis entrañas: no debo ya ocuparme sino en Dios, y conozco que me enternezco demasiado. El Marqués te dará esta carta, y espero que gozareis juntos de una paz, que será el anuncio de la felicidad á que aspiro, y que confio conseguir de la misericordia del Señor. Quedo &c.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

NOTA. Madama de Montier no murió de esta enfermedad. Su hija partió inmediatamente que recibió su carta, y la halló casi espirando; pero parece que una vista tan querida volvió á llamar su alma, que ya estaba pronta á marcharse. Ella se retiró con la Marquesa á una de sus haciendas, donde vivió mucho tiempo.

CARTAS

DE

MADAMA DE MONTIER,

RECOGIDAS

POR MADAMA LE PRINCE DE BEAUMONT,

traducidas del francés

POR Dª. MARIA ANTONIA DEL RIO Y ARNEDO.

EDICION MEGICANA CON ALGUNAS CORRECCIONES, Y ADORNADA CON LAMINAS FINAS, QUE PUBLICA MARIANO GALVAN RIVERA.

TOMO II.

MÉXICO: 1854.

****

Se halla de venta en la librería núm. 7 del portal de Mercaderes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

lo que he hecho por mi Dios, y esto es muy poco: espero no obstante en su infinita misericordia. Las bondades de tu esposo para con mis hijos, nada me dejan que desear por lo que mira á la fortuna; te los recomiendo: querida mia, sírveles de madre, y sobre todo, no olvides nada para confirmarlos en el temor del Señor. Mis últimos momentos estarian llenos de amargura si pudiese temer que tu constancia, y tu sumision á la voluntad del Señor, te abandonasen en este lance. Llóranos como cristiana, y como que tienes la esperanza de volvernos á ver algun dia; pero no adelantes éste, entregándote sin medida al dolor. Adios, hija de mis entrañas: no debo ya ocuparme sino en Dios, y conozco que me enternezco demasiado. El Marqués te dará esta carta, y espero que gozareis juntos de una paz, que será el anuncio de la felicidad á que aspiro, y que confio conseguir de la misericordia del Señor. Quedo &c.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

NOTA. Madama de Montier no murió de esta enfermedad. Su hija partió inmediatamente que recibió su carta, y la halló casi espirando; pero parece que una vista tan querida volvió á llamar su alma, que ya estaba pronta á marcharse. Ella se retiró con la Marquesa á una de sus haciendas, donde vivió mucho tiempo.

CARTAS

DE

MADAMA DE MONTIER,

RECOGIDAS

POR MADAMA LE PRINCE DE BEAUMONT,

traducidas del francés

POR Dª. MARIA ANTONIA DEL RIO Y ARNEDO.

EDICION MEGICANA CON ALGUNAS CORRECCIONES, Y ADORNADA CON LAMINAS FINAS, QUE PUBLICA MARIANO GALVAN RIVERA.

TOMO II.

MÉXICO: 1854.

****

Se halla de venta en la librería núm. 7 del portal de Mercaderes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Impreso por Santiago Perez y C.ª, calle del Angel núm. 2.

CARTA PRIMERA.

DE MADAMA DE MONTIER A LA CONDESA.

TRANQUILÍZATE, HIJA MIA, SOBRE MI SALUD: Está tan fortificada, que me hallo en disposicion de escribirte una larga carta de mi puño; lo hubiera hecho ántes sin incomodarme, pero ha sido preciso conceder este atraso á los temores de tu hermana, que de su propia autoridad se ha tomado el empleo de ser mi guarda de vista; empleo que tendrá algo de penoso para mí, si el conocimiento que tengo de sus motivos, no endulzase la perpétua sujecion que me ha impuesto los dos meses que ha estoy en su casa. Ya ves que no se me puede acusar de haber abreviado el tiempo de la convalecencia. Tres dias ha que ha tenido en fin la bondad de abandonarme á mi vo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

luntad propia, por aquí puedes juzgar de la perfeccion de esta covalecencia. Mírame pues obligada de nuevo á continuar un viaje que creía ya concluido; Dios me pesó en su balanza, no halló peso en mí, y me deja sobre la tierra para reparar por una nueva vida, el tiempo que he perdido. Que su Divina Magestad sea bendito, querida mia, por la vida, como por la muerte, por la salud igualmente que por la enfermedad. Coloco esta última en la clase de las mayores gracias que el Señor me ha hecho: la antorcha de la muerte nos da luces muy puras. Bien conoces tú este estado, hija querida; no pierdas jamás de vista los saludables pensamientos que tuviste entónces. Ellos se borran fácilmente en medio del gran mundo, y no puedo, por mas que haga, tranquilizarme absolutamente sobre el peligro particular que hay en él para tí. El Marqués me repite sin cesar que tus costumbres son puras; que tu buen modo de portarte, tu amor á tu esposo, tu exactitud en llenar los deberes de la Religion, te hacen la admiracion de todas las gentes sensatas de la Corte; me alegro infinito de este elogio; pero, hija mia, para perderse hay mas de un camino, y tal vez no estás mas cercana del reino de los Cielos, porque te halles exenta de los vicios enormes. Cuando tu hermana estaba en tu lugar, tenia yo ménos temor; pues su espíritu naturalmente recto apreciaba en su justo valor el brillante humo de los honores. El cielo te dotó de un talento mas profundo, pero no ha puesto en tí aquella rectitud de ideas que nos enseña á juzgar de los objetos segun son en sí, y no segun lo que parecen. Esta importante ciencia podrá llegar á ser el fruto de tus reflexiones; pero temo que ocupada enteramente del cuidado de representar un gran papel, hagas poco caso de las saludables vueltas sobre tí misma, y sobre todo lo que te rodea. Seria mucha lástima que no adquirieses lo que te falta, sino á costa de una experiencia que te costaria la felicidad, y tal vez la inocencia de los mas bellos años de tu vida: esta es muy corta, hija de mi alma. Tengo sesenta años; y este largo tiempo se desvaneció como un sueño. Si conociésemos lo que el tiempo vale, seriamos avaros de él, y temeriamos perder un minuto. El Marqués y su esposa me parecen bastante convencidos de esta importante verdad, sus dias están llenos, y el esmero con que trabajan en enriquecerse de buenas obras, me hace muchas veces gemir por mi tibieza. En el lugar que habitan, todo ha mudado de aspecto; la pobreza, la discordia, la ignorancia y la ociosidad, madre del crímen, han de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

saparecido. El respeto de los Señores en el lugar santo, contiene á los mas libertinos; todo el mundo trabaja, y como saben que la caridad suple lo corto de los salarios, trabajan con gusto. Tengo con frecuencia el placer de acompañar á tu hermana á las cabañas, á donde va á instruirse por sí misma de las verdaderas necesidades de los pobres: digo de las verdaderas necesidades, porque no tiene lástima de las que solo son efectos de la holgazanería, que era el mayor mal de estos parages ántes que ella llegase. Aunque su quinta se halla en el territorio de Francia, está rodeada de la Saboya; y el Saboyano que es tan laborioso cuando pierde de vista sus montañas, no trabaja cerca de su hogar sino precisamente para ganar el pan; pero en los años abundantes no es posible obligarlos á trabajo alguno penoso. Cuando el Marqués llegó aquí estaba casualmente el pan caro; y como la reputacion de su generosidad le habia precedido, se vieron como sitiados de una tropa de mendigos, que bajo los andrajos que apenas los cubrian, ocultaban cuerpos sanos, vigorosos, y hábiles para el trabajo. Les declaró desde luego que jamás daria limosna, ni rehusaria el trabajo; y como vieron que cumplia su palabra, y que suplia gustosamente lo poco que ganaban, todo el mundo se aficionó

á trabajar. Tu hermana no fia sino de sí misma el cuidado de ver si cada uno se ocupa, y su severidad en este punto no impide que sea amada. Estas buenas gentes, transportadas de gozo, vierten lágrimas cuando se acerca, levantan los ojos y las manos al cielo, colmándola de bendiciones. ¡Cuán puro es el placer que ella goza en estos casos! El la alivia de todas sus fatigas, porque á la verdad ninguna perdona. Nos juntamos por la noche; y una conversacion sólida, alegre, y sin sujecion, nos hace pasar momentos muy deliciosos. Mas ya que hablamos de esto, es preciso que te dé noticia de una fiesta campestre, que con ocasion del cumple años del Marquesito tuvimos este último Domingo.

Por la noche vinieron todos los vecinos á presentarle flores, presidiéndoles su Cura; bailóse una hora y el Marqués convidó á comer toda la feligresía para el dia siguiente. En una arboleda se pusieron varias mesas, y al salir de la iglesia todos se fueron allá. La nuestra estaba en medio de todas, á cada brindis se tiraban morteretes, y bien te harás cargo de que no se olvidarian de tí. Te costará trabajo el persuadírtelo; pero excepto un hombre que olvidó las reglas de su sobriedad, todos los demás estuvieron en disposicion de volverse á la Iglesia como si estuvie-

sen en ayunas. Despues del Oficio bailamos cada uno un minué; digo bailamos, porque ni aun á mí, hija mia, me quisieron dispensar. Nuestros aldeanos ocuparon el lugar que nosotros teniamos, y se acabó el dia sin que la discordia pudiese, ni aun por asomo, encontrar medio de introducirse entre nosotros. Te reirás sin duda de la descripcion de nuestra fiesta; debe parecerte muy insípida en comparacion de las que eres todos los dias actora y testigo; pero si nuestros placeres no son, hija mia, tan vivos, á lo ménos están exentos de los remordimientos, de los peligros, y de las inquietudes que acompañan por lo regular á los vuestros.

Me arrancan la pluma; mi querida Marquesa pretende que abuso de su indulgencia, y solo me deja libertad para repetir que nada iguala á mi ternura por tí, y por ese querido Conde, tu esposo.

CARTA II.

RESPUESTA DE LA CONDESA A MADAMA DE MONTIER.

Conoceis demasiado bien la extrema ternura que tengo por vos, para que dudeis del placer que me ha causado vuestra carta: el restablecimiento de vuestra salud era el único deseo que me faltaba que satisfacer. Conozco bien actualmente que la felicidad que gozan los objetos queridos, añade algo á la nuestra propia. Por lo que hace á la mia, me atrevo á confesaros que la encuentro en este mar tempestuoso en que me embarcó la Providencia. Es verdad que se hallan escollos; pero yo miro como una ventaja preciosa la dicha de poderme conducir en ellos por vuestros consejos. Con este poderoso socorro, que os suplico continueis, me siento enteramente asegurada. Vos me habeis permitido, querida madre mia, que os hable con el corazon abierto, y que no busque disimularos por complacencia las impresiones que hagan en mí los objetos que me rodean: usaré de esta libertad, siempre determinada no obstante á someter mis luces á las vuestras.

Me parece que Dios proporciona nuestros gustos, nuestras inclinaciones, nuestros talentos y nuestras fuerzas á la situacion á que nos destina. El gusto dominante no seria una señal segura de la vocacion á un estado. La de mi hermana ha sido siempre al retiro, y á los placeres tranquilos del campo; pero estas ocupaciones uniformes fatigarian mi corazon, y la vivacidad de mi espíritu llegaria á ser para mí un veneno lento, si fuese preciso sujetarme á eso. El cielo nos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ha colocado precisamente en el puesto que nosotras hubieramos escogido; admiro en esto su sábia bondad, y espero me dará fuerzas suficientes para escapar de los peligros de mi estado. Tal vez me alucinaré; pero pienso que este estado tiene obligaciones particulares, que no serian compatibles con ciertas ideas de perfeccion que solo se han hecho para los Cláustros. Permitidme que os explique enteramente mi pensamiento.

Conozco todo el precio de la humildad y de la paciencia cristiana; pero estoy no obstante persuadida á que estas virtudes se deben ejercer en la córte con mucha prudencia y miramiento. Mi esposo, por el cual mi estimacion y mi amor se aumentan á cada instante; mi esposo, vuelvo á decir, nada hay que no haya hecho por mí: ¿No debo unirme á él, y probarle mi reconocimiento, haciéndole valer á los ojos de los otros? La humildad que envileciese á su esposa ¿seria acaso una virtud verdadera? ¿podria yo sufrir que se le faltase en mi persona? Y pues Dios me ha colocado en un cierto rango, ¿el sostenerle no es uno de los deberes de mi estado? El nombre, los empleos de mi marido me dan prerogativas, de las que me creo responsable á mis hijos, y no sufriria que se hiciese á ellas el menor agravio, sin prevaricar contra lo que debo al Conde, á mi pos-

teridad y á las leyes del honor. Me extiendo, madre mia, sobre este artículo, porque he estado algunos dias en una inquietud terrible.

La semana pasada dió el Rey una gran cena, á la que se siguió un baile. Cuando nos pusimos á la mesa, la Marquesa de S.... se sentó mas arriba que yo; ella no debia estarlo seguramente: iba á salirme mas bien que sufrir la bajeza de sentarme en un puesto inferior al suyo, cuando la Duquesa D,... y su hermana, me hicieron sentar entre las dos. Estuve muy agitada toda la cena; me lisongeé no obstante de que la Marquesa habia hecho esta desatencion de propio motu, y contenta con haberla castigado, creí que era caridad el no llevar la cosa mas léjos: juzgad cual seria mi despecho cuando la nombraron para bailar antes que á mí. Me quejé agriamente al bastonero; pero él me respondió que tenia órdenes que no podia mudar. Vos conoceis, querida madre mia, que esto llegaba á ser ya de consecuencia: tenian designio de insultarme, y hubiera merecido el desprecio que me demostraban, si hubiese tenido el alma bastante baja para soportarle con tranquilidad: fingí, pues, que estaba mala, y me salí. El Conde que me siguió, y que estoy segura sintió tambien vivamente este insulto, fingió no obstante tomarlo á chanza, por no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aumentar mi resentimiento, y aun procuró empeñarme á despreciar esto que él trataba de bagatela, seguramente para disminuir el pesar con que me veía. No me era posible mudar así mi concepto, y cuando llegó á cerciorarse de que yo no era muger de quedarme así, me prometió muy sériamente que me haria dar satisfaccion de este insulto. Por mi parte no omití medio para que así se verificase, y al dia siguiente fuí á casa de la Baronesa de R.... de cuyo gracejo gusta el Rey, como vos sabeis, y que por sus sales se ha adquirido el derecho de decir todo impunemente. Me recibió con frialdad, y en sus discursos estudiados, y casi picantes, ví que recaia sobre mí el ódio que siempre tuvo á las virtudes de mi hermana. La vieja Duquesa tomó parte en mi pena, y jamás olvidaré las señales de afecto que acaba de darme. Es cierto que ha tenido ella bastante motivo para quejarse de la S....; pero hace algunos años que se habian reconciliado, y corrian muy amigas; y así, solo por amor á la justicia, y por la consideracion con que me trata, no temió descomponerse otra vez con esta muger, de quien ha ponderado la desatencion con los colores mas vivos. Vos sabeis que esta Señora ha pasado toda su vida en palacio: me asegura que este es un ensayo que hacen mis

enemigos, y que no manteniéndome firme en esta ocasion, adquirirán derecho de mortificarme en todos los encuentros. La Condesa D...., segun ella misma me ha contado, vé lo mal que le ha salido el no haber seguido sus consejos en semejantes circunstancias. Esta Señora despreció al entrar en la córte el sostener sus derechos; y parecia autorizar por su indiferencia á todo el mundo para envilecerla. Era entónces jóven, y su corazon demasiado tierno no conocia la ambicion de una pasion tierna, no podia hacerse oir una justa ambicion. Vuelta en sí, conoció el daño que se habia hecho; quiso enmendarlo, pero no era ya tiempo, porque la prescripcion cubria los abusos; y así se desesperó tanto de esto, que se envenenó. Estoy muy distante de entrar en las ideas de la Duquesa, que asegura haria ella otro tanto, pues que la muerte es preferible á la vergüenza: aun le quedaba á la desgraciada Condesa el recurso de retirarse, y á este es al que me determinaré si no obtengo justicia. El mas espantoso desierto me parece preferible á la ignominia.

Al volver á mi casa encontré al Señor Mastrilli, á quien no habia visto sino en público despues de su vuelta á Turin; creí observar en sus miradas la continuacion de un amor que hiere

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mi gloria, y ésta era, segun mi modo de pensar, una razon decisiva para alejarle de mi casa. Mi esposo juzgó de otro modo, y me ha encargado que no le distinga de los demás extraños que nos tratan: tal vez he juzgado mal de sus sentimientos, y mi esposo tiene razon para obrar así; pero el momento que escogió para hacerme su primera visita, no era favorable, se resintió de mi mal humor, y se levantaba para despedirse bastante descontento, cuando entró mi esposo, y le instruyó del motivo de la alteracion que observaba en mis modales. Iba á preguntar al Conde el suceso de sus pasos; él me previno y me dijo que no habia tenido un momento para hacer nada, y que que por otra parte los creía inútiles; esto era anunciarme que los habia dado sin fruto. El se fijó en la aversion que la Baronesa de R.... tenia á mi hermana, y sus conexiones con la S.... Ví que no tenia yo nada que esperar, y os confieso que entónces la mar me pareció tempestuosa. Formé mil resoluciones que mútuamente se destruian, y para colmo de desgracia tenia una gran comida y tertulia; era preciso guardarse de parecer abatida, porque esto hubiera sido aumentar el triunfo de mi rival. Vencí mi desesperacion é hice los honores de mi funcion con el aire mas desembarazado. Toda la córte se juntó

en mi casa; pero tuve el dolor de no hallar mas que falsos amigos, cuyos pérfidos consuelos tenian por objeto el agravar mi pena. Parecia que el triunfo de la S.... era el de todas estas mugeres, y concebí tanto despecho, que ya iba á saltar cuando la escena mudó de aspecto. Entraron recado de la Baronesa de R....cuya inesperada visita no sabia á qué atribuir. ¿Queria ella insultar mi situacion? ¿Qué conducta debia tener en una coyuntura tan delicada? No estuve largo tiempo suspensa. Se adelantó á mí con el aire mas abierto, me abrazó, y me dijo que el Rey acababa de sentenciar á mi favor. ¡Concebid, si gustais, el efecto de un lance tan repentino, que tenia yo tan poco motivo de esperar! Se me dió la enhorabuena con la rabia en el corazon: procuraron despues disminuir el ruido de mi victoria, y hubo mugeres tan poco disimuladas, que dijeron que el Rey hacia este acto de bondad en consideracion al aprecio que conservaba por mi hermana. Iba á contestar á esta impertinencia, cuando la Baronesa se me anticipó, y conviniendo en el mérito de mi hermana, aseguró que el Rey no habia pretendido hacer gracia, sino un acto de rigorosa justicia. Os protesto, querida madre mia, que encontré entónces compensadas de tal modo mis penas con la victoria, que las dí

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por bien empleadas por la gloria que acababa de redimir. El amor propio tiene sin duda alguna parte en la satisfaccion que disfruto en este momento: ¿Me haríais vos un crímen de ello? El amor propio reglado por la razon, es justo; vos me lo habeis enseñado; aun es muchas veces una virtud, y me lisonjeo que lo es en este caso. Por lo demás, me creo obligada en conciencia á hacer justicia á la Baronesa de R.... Hemos creido sin razon que aborrecia á mi hermana; pero habla con elogio de ella, y confiesa de buena fé que ha sido muchas veces el objeto de su admiracion. Yo no habia tenido jamás conexion particular con esta muger: el reconocimiento me obligó á pagarla la visita el dia siguiente, y en verdad que estoy contenta de su modo de pensar. Creo que tiene el fondo excelente, y que no se la pueden echar en cara otros defectos que los que provienen de debilidad; tal vez no ha cometido ella sino imprudencias: vos conoceis este pais, ella tiene favor, y esto es bastante para que se pretenda emponzoñar pasos, de los que sin duda no ha conocido las consecuencias, porque no se puede negar que es muy aturdida. Convengo en que esto es un defecto: confesareis no obstante que no merece el desprecio que haciamos de ella; merece lástima, y nada mas.

CARTA III.

DE MADAMA DE MONTIER A LA CONDESA.

¡Dios mio, cuán ingeniosas son las pasiones, pobre hija mia! ¿y con qué arte ha cubierto tu orgullo todos tus pasos, hiriendo las obligaciones mas esenciales al cristianismo? Te has alucinado hasta el punto de creer que llenabas una obligacion. Abre los ojos, querida hija mia, y extremécete á la vista de tus disposiciones. ¡Cuán temibles y espantosas son ellas para mí! ¡Cuán distantes de las que deben tener los discípulos de un Dios pobre y oculto! Examina con serenidad las faltas de que te has hecho culpable. Odio contra la que te disputaba una vana prerogativa; ódio á las que se alegraron de su triunfo; loco regocijo cuando tú le has conseguido; proyectos desesperados si hubieras estado reducida á ceder; conexiones con mugeres despreciables; apología de la que su conducta para con tu hermana debia haberte inspirado el mayor desprecio. Si nosotros pudiésemos suponer, lo que es imposible, que todos estos movimientos son inocentes á los ojos del Señor, ¡cuánto tendrias tú que temer respecto á la felicidad de tu vida! Conozco al Conde: su extrema complacencia le forzará algun

por bien empleadas por la gloria que acababa de redimir. El amor propio tiene sin duda alguna parte en la satisfaccion que disfruto en este momento: ¿Me haríais vos un crímen de ello? El amor propio reglado por la razon, es justo; vos me lo habeis enseñado; aun es muchas veces una virtud, y me lisonjeo que lo es en este caso. Por lo demás, me creo obligada en conciencia á hacer justicia á la Baronesa de R.... Hemos creido sin razon que aborrecia á mi hermana; pero habla con elogio de ella, y confiesa de buena fé que ha sido muchas veces el objeto de su admiracion. Yo no habia tenido jamás conexion particular con esta muger: el reconocimiento me obligó á pagarla la visita el dia siguiente, y en verdad que estoy contenta de su modo de pensar. Creo que tiene el fondo excelente, y que no se la pueden echar en cara otros defectos que los que provienen de debilidad; tal vez no ha cometido ella sino imprudencias: vos conoceis este pais, ella tiene favor, y esto es bastante para que se pretenda emponzoñar pasos, de los que sin duda no ha conocido las consecuencias, porque no se puede negar que es muy aturdida. Convengo en que esto es un defecto: confesareis no obstante que no merece el desprecio que haciamos de ella; merece lástima, y nada mas.

CARTA III.

DE MADAMA DE MONTIER A LA CONDESA.

¡Dios mio, cuán ingeniosas son las pasiones, pobre hija mia! ¿y con qué arte ha cubierto tu orgullo todos tus pasos, hiriendo las obligaciones mas esenciales al cristianismo? Te has alucinado hasta el punto de creer que llenabas una obligacion. Abre los ojos, querida hija mia, y extremécete á la vista de tus disposiciones. ¡Cuán temibles y espantosas son ellas para mí! ¡Cuán distantes de las que deben tener los discípulos de un Dios pobre y oculto! Examina con serenidad las faltas de que te has hecho culpable. Odio contra la que te disputaba una vana prerogativa; ódio á las que se alegraron de su triunfo; loco regocijo cuando tú le has conseguido; proyectos desesperados si hubieras estado reducida á ceder; conexiones con mugeres despreciables; apología de la que su conducta para con tu hermana debia haberte inspirado el mayor desprecio. Si nosotros pudiésemos suponer, lo que es imposible, que todos estos movimientos son inocentes á los ojos del Señor, ¡cuánto tendrias tú que temer respecto á la felicidad de tu vida! Conozco al Conde: su extrema complacencia le forzará algun

tiempo á prestarse á las manías de tu orgullo; pero te puedo profetizar que llegarás á destruir en él todo sentimiento de estimacion por tí. Tiene demasiado discernimiento para que no haga entre tí y tu hermana un paralelo que no te será ventajoso. Pero, me dirás ¿es menester tener una absoluta indiferencia sobre sus derechos y dejarlos usurpar? No, hija mia; pero es necesario sentir la necesidad en que se halla de disputar estas bagatelas. No son tanto tus pasos lo que desapruebo, como las disposiciones con que los has dado. Para descubrirte todo lo que tu conducta tiene de criminal, de ridícula y de pueril, quiero referirte el modo con que tu hermana se condujo en un caso semejante cuando tú estabas en el convento, y tengo motivo para creer que su modestia la empeñó á ocultarte esta circunstancia de su vida, que seguramente ha formado uno de sus adornos.

La Condesa de V...., muger conocida por altanera y sumamente vengativa, trató de disputar á tu hermana uno de los ejercicios anexos á su empleo; inmediatamente todas las damas de honor se levantaron en alto, y no cesaban de decirla, que esto las interesaba á todas, y que ella debia absolutamente hablar al Rey. La pobre Marquesa, que no comprendia que su reputacion

y su honor pudiesen estar interesados en semejantes niñerías, se negó por el pronto á dar ningun paso sobre este objeto. Habiéndola dicho el Marqués que el paso que se exigia de ella era preciso, se resolvió á obedecer; pero creyó deber sujetarse á todas las precauciones que exige la caridad en semejantes casos. Principió por ir en casa de la Condesa de V...., la habló con un aire muy abierto, y la aseguró que si se trataba de cederla en todos los casos particulares, y en donde no fuesen heridas las prerogativas de su empleo, ella se haria un placer, y una obligacion en ello por el mucho respeto que tenia á la virtud, y consideracion por su persona. La suplicó que la permitiese dirigirse al Rey para arreglar este negocio, añadiendo que le veria decidir contra sí misma con mucha satisfaccion, porque estaba verdaderamente confusa de verse obligada á disputar alguna cosa á una persona de un mérito tan superior al suyo. Encantada la Condesa de esta moderacion, la abrazó, y en los transportes de su admiracion, y de su reconocimiento, se ofreció á terminar este negocio con ventaja suya por respeto á su persona. Tu hermana la dió gracias con muy buen modo, y no quiso abusar de sus ofertas. Fué despues á palacio, y pidió perdon al Rey de la precision en que se hallaba de im-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

portunarle por una friolera: le expuso el asunto en pocas palabras, y se sometió ciegamente á su decision. Al primer rumor de este negocio, las damas mas calificadas la habian ofrecido emplear su crédito en su favor: la misma Reina la dejó entrever que estaba dispuesta á servirla. Rehusó absolutamente toda proteccion, diciendo que si su pretension era justa, contaba con la equidad del Rey; y que si no lo era, sentiria mucho hacer mal á la Condesa. Este gran negocio fué tan sériamente examinado como si se tratase de la suerte de la Europa entera, y tu hermana no podia menos de reirse de los importantes modos que se ponian para ello. El oráculo pronunció en fin; la Condesa fué excluida de su proteccion; murmuró, pero fué contra el amo, y publicó altamente que se consolaba de la injusticia que la hacian, porque era en ventaja de una muger que queria y honraria toda su vida. Fué á pagarla la visita aquel mismo dia, y juntó de buena fé sus enhorabuenas con las de toda la córte.

Tu hermana, querida hija mia, estaba adorada en esa córte, y todo el mundo procuraba elevarla, porque no buscaba elevarse ella; se sabia que no era muger de pretensiones; la virtud la dictaba la conducta que tuvo; y mucho talento y habilidad en una orgullosa, no hubieran produ-

cido el mismo efecto. En la disputa de que te acabo de hablar, tu hermana no podia ser vencida, la indiferencia que habia mostrado sobre la decision, impedia el que no se la pudiese dar la inferioridad en este negocio: procedia sin interés, y aun cuando hubiera tenido tantos enemigos, como tenia pocos, no habia motivo para regocijarse de una aventura que no la hubiera mortificado de ningun modo. Mira lo que hubiera hecho el orgullo bien entendido, y lo que ni aun se pasó por la imaginacion de nuestra querida Marquesa; ella no fué guiada sino por el amor de la equidad. ¡Qué no daria yo por saber que estabas en tales disposiciones! ¡Pero cuántas victorias será necesario conseguir sobre tí misma antes de llegar á esto! Te lo repito: el brillante humo de los honores te embriaga, corres tras de una sombra ligera y engañadora, ¿y qué te quedará de tus fatigas? Una satisfaccion vana, que la disipará el mas leve soplo. Todo lo que te cerca, te parece interesado en abatirme, y no será esta la última píldora que tendrás precision de tragar. Vé aquí una que será difícil de digerir. El Marqués, que conoce mejor que nadie la etiqueta de tu córte: el Marqués, digo, está persuadido á que tu concurrente tenia derecho de pasar delante de tí, y que no debes mas que al favor un triunfo que no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se te debia. Ignora el motivo por qué la Baronesa de R.... se ha interesado por tí, y sostiene no obstante que hay duende oculto, que ya se descubrirá, y que te hará cantar la palinodia. Te lo confesaré, querida hija; me alegraria muy sinceramente de esto; desconfio de los esfuerzos de tu razon para abatir tu soberbia, y me veo en la precision de desear que reveses ruidosos te pongan en la necesidad de reconocer aquella palabra de la Escritura: „Dios abate á los soberbios, y se complace en confundirlos." Sí, querida hija mia, no hay comparacion entre el disgusto de los contratiempos, de los desprecios, de las injusticias, y lo odioso del orgullo. Seas, si es necesario, la mas despreciada de todas las criaturas, con tal que Dios te preserve de ser despreciable, y lo serias sin duda si continuaras en abandonarte á una pasion, que haria á un mismo tiempo la desgracia y el crímen de tu vida. Esta leccion es amarga, y no la hubiera arriesgado si no conociese que era de una necesidad absoluta. Debo sondear las llagas profundas de tu orgullo: el contemplarte, seria engañarte: y por la aplicacion del remedio que te presento, debes juzgar del peligro en que te hallas, y del afecto de la mas tierna y la mas afligida de todas las madres.

CARTA IV.

RESPUESTA DE LA CONDESA A MADAMA DE MONTIER.

QUERIDA MADRE MIA: Vuestros votos son escuchados, y experimento la situacion que me deseábais en vuestra última carta; es decir, que me veo la mas humillada de todas las criaturas. Si fuese capaz de engañaros, os diria que he llegado á ser la mas humilde por la aceptacion voluntaria de la mortificacion que experimento; ¡pero cuán distante estoy de esta feliz disposicion! No habia jamás conocido el fondo de mi corazon, y os confieso que no he podido ménos de creeros prevenida contra mí á la lectura de vuestra carta; perdonadme esta confesion. Sí, querida madre mia, me habeis parecido injusta respecto á mí; y en mis primeros movimientos no perdoné á mi hermana: aun actualmente que estoy convencida de toda la extension de mi orgullo, y de la necesidad de destruirle, no me atreveria á lisonjearme de estar enteramente determinada á ello; no hay convencido sino mi entendimiento, y mi corazon repugna tanto los medios de que seria necesario servirme para destruir este orgullo, que yo no puedo prometerme el em-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

plearlos. He hecho, hace dos dias, algunos esfuerzos para someterme con resignacion á la humillacion presente; han sido inútiles, y cuando me lisonjeo de haber puesto en mi corazon sentimientos de paciencia y de sumision, hallo con horror que le llenan la rabia y el despecho, y le atormentan de un modo tanto mas cruel, cuanto están sin fuerzas.

El Marqués no se engañó en el juicio que formó de este negocio; la Marquesa tenia derecho á ser colocada ántes que yo; y esta maldita Duquesa me habia persuadido lo contrario, con el designio de hacerme recibir una afrenta. Todo estaba concertado entre ella y la Marquesa: estas mugeres, que conocen mi flaco, se ligaron para armarme mil zancadillas, hacerme experimentar tantos disgustos, que me obligüen á dejar la córte; el Conde acaba de convencerme de esto. ¡Me avergüenzo de ser tan poco digna de semejante esposo! ¡Con qué dulzura, con qué prudencia ha procurado abrirme los ojos sobre las resultas de mi altanería! ¿Pero sobre qué está fundada esta altanería? Me hallo actualmente tan ridícula, tan frívola, y tan pequeña, que no puedo echar una ojeada sobre mí, sin morirme de vergüenza. ¿Lo creereis, querida madre mia? Léjos de aniquilar mi orgullo este conocimiento

de mi nada, parece que le aumenta; hago mil esfuerzos para libertarme de esta vista que me desespera, y presentarme á los otros bajo un aspecto mas tranquilo que aquel en que me veo yo misma, como si la buena opinion que daria de mí, y las consideraciones que serian su consecuencia, pudiesen darme el mérito real que suponen, y que me falta. Compadeceos de mi triste situacion, amada madre mia, y orad por mí; pues jamás he tenido tanta necesidad de ello: estoy tan abatida, tan desanimada á la vista de mi insuficiencia, y de la fuerza del enemigo que debo destruir, que merezco aun mucho mas vuestra lástima, que vuestra indignacion. ¡Qué feliz es mi hermana! Su corazon sostenido, por decirlo así, con las manos de la razon, está siempre de acuerdo con su espíritu, y en mí estas dos facultades del alma, se hallan en una contradiccion que me mata.

Por lo demás, se burlaron de mí ó poco menos, cuando me dijeron que el Rey habia decidido en mi favor. La Baronesa de R.... le habló de este negocio con su ligereza acostumbrada, ridiculizando á mi antagonista; el Rey se rió y dijo que una muger que estaba tan bien defendida como yo, no podia haber errado, y ved aquí lo que se hizo pasar por una decision. Lo

que no puedo deciros es el motivo que ha podido interesar por mí á esta Baronesa; á la verdad no me ama, y en las caricias con que me agovia descubro una violencia, que me anuncia, á pesar suyo, el fondo de su corazon: ¿mas qué pretende con sus demostraciones de ternura? ¡Oh tiempo feliz en que mi ambicion se limitaba á sobrepujar á mis compañeras! El poco valor de las cosas que seguia, no podia ocasionarme sino pesares ligeros. Felices los que no han conocido jamás la córte, y las espinas de que está sembrado el camino por que se anda, y que como vos decís muy bien, solo conduce al logro de una sombra y humo que se evapora en el momento que se cree estar gozando de él. ¡Ay de mí! Mi espíritu ha hecho esta exclamacion, que mi corazon desaprueba; él se estremece con la sola idea de mudar este falso bien que ahora sigue, por la paz de una vida privada. No obstante, yo me determinaré á ella, si puedo obtenerlo de mi esposo, y diré de buena gana como César: Vale mas ser la primera en una miserable cabaña, que la segunda en el universo.

CARTA V.

DE MADAMA DE MONTIER A LA CONDESA.

Tienes razon, hija mia, para estar admirada de tu orgullo, y para preguntarte á tí misma en qué se funda. De todas las pasiones, el orgullo me parece la mas incomprensible: se pronuncia esta palabra á cada instante, ¿pero quién es el que piensa en definirla? Pregunta qué es orgullo. Te responderán, que es la buena opinion que uno tiene de sí mismo, y el deseo de hacérsela tener á los otros, para conseguir por ella respetos y distinciones. No, seguramente, no es este el orgullo, ó cuando mas, es el de los tontos. Sostengo que nadie que no esté absolutamente desprovisto de talento, puede estimarse á sí mismo. ¿Pues qué es el orgullo? En las personas entendidas es la rabia, el despecho de verse tan imperfectos, y el mas violento deseo de engañar á los otros, ocultándoles nuestra miseria. Tal es tu situacion, querida hija mia; tu estás anonadada y humillada á la vista de tu miseria, sobre la que te ves forzada á poner los ojos. Procuras aturdirte del desprecio que tienes de tí misma en despecho de tí, y en desquitarte forzando la estimacion, ó mas bien los respetos de los otros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Te rebelas contra todo el que emprende tratarte con el desprecio que sabes bien mereces: reducirte á tu justo valor es á tus ojos un crímen imperdonable. Convienes en lo ridículo, y en la injusticia de tus pretensiones; pero como dices muy bien, no hay convencido sino tu entendimiento, y tu corazon se subleva contra esta conviccion: con las luces que la razon te ofrece para ponerte en tu lugar, esto es, en la nada, te quedas débil, sin poder, y rehusas dar todos los pasos que podian conducirte á él. ¡Qué estado, pobre hija mia! El estar enfermo es sin duda un mal; pero acariciar, amar su enfermedad, desechar los remedios que podrian curarnos, es el último periodo del mal, y éste es tu actual estado; ojalá te descubra él, si puede ser, una verdad importante. Sabe que tus luces mil veces multiplicadas, te dejarán en esta vergonzoso incapacidad.

Gemirás sobre tu estado, formarás deseos inútiles de que se mude, y te dejará tu debilidad en una dificultad absoluta. ¡Ay hija mia! Es menester decir de todas las pasiones lo mismo que del orgullo: el mayor esfuerzo de la razon es el mostrarnos su ridiculez y peligro; pero su poder no se extiende á mas. Sí, querida hija; no tendrias mas fuerza contra las pasiones que envilecen á los ojos de los hombres, si no te libraran

de ellas tu temperamento, y ciertas circunstancias, que á tí misma te son desconocidas; caerias infaliblemente como te ha sucedido con la del orgullo. Es menester el socorro de lo alto para poner nuestro corazon de acuerdo con nuestro espíritu; dí pues con David: He deseado, Señor, vuestras justificaciones. Es necesario que Dios ponga en nosotros el querer y el hacer; porque á la verdad sin él no podemos hacer nada bueno. ¿Quién no tomaria tu deseo de abandonar la córte por un principio de conversion? Estoy muy distante de pensarlo, porque para mí ese deseo no es mas que un orgullo abatido y desesperado que se prepara un asilo. Dionisio echado de Siracusa encontró en su amor á la tiranía un recurso para mantener la pasion que tenia de dominar, y haciéndose maestro de escuela, se perpetuó un imperio en que continuó ejerciendo un poder despótico. Despechado el orgullo de mi pobre hija con la resistencia que encuentra en la córte, se ha lisonjeado con la idea de poner á sus piés las personas demasiado débiles para resistirle. Gime, querida mia, por la profunda llaga que ha hecho en tu alma; y repito que supliques al Divino médico que apresure tu curacion.

El Marqués, que conoce por experiencia el im-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

perio tirano de la pasion que te posee, te compadece muy sinceramente; su resignacion á las órdenes de la Providencia en el tiempo de su desgracia, le consiguió de Dios socorros tan poderosos que ha aterrado al enemigo, cuya esclava eres. ¡Con qué ojos mira él la mayor porcion de los años de su vida, que ha perdido en correr tras de ese fantasma que se llama honor! ¡Felices aquellos que como él conocen su error ántes de concluir su carrera, y que se apresuran y esfuerzan á reparar el tiempo perdido!

Envidias la felicidad de tu hermana, cuyo espíritu, dices, es gobernado por la razon; confesaré que ella conoció desde luego el valor intrínseco de los falsos bienes que sigue el ambicioso; pero no por eso creas que ha estado libre de los penosos combates que temes emprender. ¡Cuántas maneras de sacrificios la ha proporcionado la delicadeza de su corazon! Testigos son la dulzura con que sufrió las infidelidades de su esposo, su sumision á las órdenes del Cielo en el momento de perder los dos hijos únicos que la quedaban, la pérdida de su reputacion; no puedes dudar que sus penas han sido iguales, y aun superiores á las tuyas. Aun actualmente experimenta que no hay felicidad sin nubes en este pais de destierro, en este valle de lágrimas. La

delicada salud de su hijo único la obliga á temblar á cada instante, á renovar continuamente su resignacion á las órdenes del Señor. Adios, querida hija mia, mi corazon no puede libertarse de la tristeza y negros presentimientos que me agitan respecto á este niño. Le perderémos; pero por mucho sentimiento que me cause esta pérdida, no igualará, ni con mucho, al que me haces tú experimentar en este instante, y del que no me consolaré sino cuando sepa que estás determinada á hacer todos tus esfuerzos para llegar á ser humilde. No ceso de pedir para tí esta gracia al Señor con todo el fervor de que soy capaz; pero es menester que lo pidas tú misma; el que te crió sin tí, no te salvará sin tí.

CARTA VI.

RESPUESTA DE LA CONDESA A MADAMA DE MONTIER.

QUERIDA MADRE MIA: Por grandes que sean mis penas, no empleo en sentirlas toda mi sensibilidad, y aun me queda para sentir vivamente vuestros temores sobre la salud de mi sobrino. Mi ternura por este niño no tiene necesidad de la que tengo por su madre y el Marqués para sos-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

perio tirano de la pasion que te posee, te compadece muy sinceramente; su resignacion á las órdenes de la Providencia en el tiempo de su desgracia, le consiguió de Dios socorros tan poderosos que ha aterrado al enemigo, cuya esclava eres. ¡Con qué ojos mira él la mayor porcion de los años de su vida, que ha perdido en correr tras de ese fantasma que se llama honor! ¡Felices aquellos que como él conocen su error ántes de concluir su carrera, y que se apresuran y esfuerzan á reparar el tiempo perdido!

Envidias la felicidad de tu hermana, cuyo espíritu, dices, es gobernado por la razon; confesaré que ella conoció desde luego el valor intrínseco de los falsos bienes que sigue el ambicioso; pero no por eso creas que ha estado libre de los penosos combates que temes emprender. ¡Cuántas maneras de sacrificios la ha proporcionado la delicadeza de su corazon! Testigos son la dulzura con que sufrió las infidelidades de su esposo, su sumision á las órdenes del Cielo en el momento de perder los dos hijos únicos que la quedaban, la pérdida de su reputacion; no puedes dudar que sus penas han sido iguales, y aun superiores á las tuyas. Aun actualmente experimenta que no hay felicidad sin nubes en este pais de destierro, en este valle de lágrimas. La

delicada salud de su hijo único la obliga á temblar á cada instante, á renovar continuamente su resignacion á las órdenes del Señor. Adios, querida hija mia, mi corazon no puede libertarse de la tristeza y negros presentimientos que me agitan respecto á este niño. Le perderémos; pero por mucho sentimiento que me cause esta pérdida, no igualará, ni con mucho, al que me haces tú experimentar en este instante, y del que no me consolaré sino cuando sepa que estás determinada á hacer todos tus esfuerzos para llegar á ser humilde. No ceso de pedir para tí esta gracia al Señor con todo el fervor de que soy capaz; pero es menester que lo pidas tú misma; el que te crió sin tí, no te salvará sin tí.

CARTA VI.

RESPUESTA DE LA CONDESA A MADAMA DE MONTIER.

QUERIDA MADRE MIA: Por grandes que sean mis penas, no empleo en sentirlas toda mi sensibilidad, y aun me queda para sentir vivamente vuestros temores sobre la salud de mi sobrino. Mi ternura por este niño no tiene necesidad de la que tengo por su madre y el Marqués para sos-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tenerse, y os pido algun detalle sobre lo que os hace temer por su vida: me quiero lisongear con que el amor que le teneis os exagera su delicadeza; hacedme el favor de sacarme de penas sobre este artículo.

Os he hablado de las mias, mi querida madre; han llegado á tal extremo, que ya no puedo soportarlas. Soy la fábula de toda la córte, y sin saber aun de qué se trata, conozco, sin que me quede duda, que anda un secreto debajo de tierra, en el que estoy extremamente interesada. Descubro que cuando entro en alguna tertulia, se muda inmediatamente de discursos: todos fijan en mí los ojos; se dicen palabras al oido; se sonrien malignamente. Si las viruelas no hubieran alterado mis facciones, temeria á pesar de la virtud del Rey, que procuraban emponzoñar sus bondades para conmigo; este príncipe me demuestra muchas de algunos dias á esta parte. ¿Serán acaso los celos los que ulceran todos los corazones contra mí? Estaba tentada á creerlo; porque desde la escena fatal en que mi orgullo hizo un papel tan ridículo, me he violentado muchísimo para ocultar mi altivez. No me atrevo á confiar á mi esposo el nuevo género de suplicio á que estoy reducida; temo disgustarle, y que trate de aprension, lo que me tiene tan afligida.

Obedezco de buena gana las órdenes que me habeis dado, y repito cada dia mil veces la oracion que me dictásteis. ¡Ay de mí! Conozco que hasta ahora no ha sido escuchada; mi soberbia parece tomar nuevas fuerzas en los combates á que la entrego.... Me interrumpen en este parage de mi carta. Una Señora que conozco poco, y que estimo aun menos, me pide una audiencia secreta sobre un asunto, que dice es de la última consecuencia para mí. Esta muger es una de aquellas devotas para con las cuales es menester tener un gran fondo de caridad, sin el que se trataria su piedad de gazmoñería; el corazon me palpita furiosamente; he aborrecido siempre á esta especie de gentes, y no creo que me pueda venir nada bueno por su conducto.

¿Cómo podré pintaros la rabia, la desesperacion, y los justos deseos de venganza que atormentan mi corazon? Ved al fin descubierto aquel horrible secreto de que os hablaba al principio de mi carta. ¡Pluguiese á Dios que la muerte me hubiera cerrado los ojos antes que haber recibido de la furia que acaba de irse los funestos avisos que me matan mil veces á cada instante! Vuestra desgraciada hija es contada al presente en el número de aquellas mugeres despreciables, que pisando el honor, le sacrifican al deseo desen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

frenado de dominar. ¿Podré resolverme á ver otra vez la luz del sol, á volver á parecer en un público que me mira ya como á una infame? ¿Podré sostener la presencia de un esposo, sobre el cual resalta la ignominia de que se me cubre? ¡Ah! Si no me detuviesen en el mundo que aborrezco lazos que no puedo romper, iria á sepultar en el retiro mas olvidado hasta la memoria de mi nombre. ¡Qué digo yo! Debo vivir para justificarme, para vengarme; no podria, sin faltar á los deberes mas sagrados, abandonar mi defensa. ¿Pero de quién me vengaré? ¡De todo el universo! Se ha conducido la calumnia con tanto artificio, que me es imposible descubrir los primeros autores de ella. No me queda pues otro recurso que morir de rabia; tambien la vida seria para mí el suplicio mas terrible, á lo menos llevaré al sepulcro la esperanza de ser vengada. Mi esposo, Mastrilli.... Desgraciada ¿Adonde te conducen pasiones sin domar? Deseo la muerte, ¿pero estoy en estado de parecer delante de mi Juez? ¿Los suplicios que padezco, tienen nada de comparable con los que me esperan en la eternidad? Quiero arrastrar á mi esposo al abismo en que mi orgullo me ha sumergido; ¡qué recompensa de todo lo que ha hecho por mí! Yo caigo bajo el peso enorme que me agovia. Señor,

poned los ojos en vuestra miserable criatura, no permitais que sea tentada mas allá de sus fuerzas. Es verdad que estoy inocente del crímen de que se me acusa; pero ¡cuántos he cometido que no los sabe nadie mas que vos, y por los cuales merezco el desprecio de todo el mundo! Esto es hecho; me someto á vuestros decretos por rigurosos que me parezcan. Agobiadme mas si es necesario, y dignaos recibir mi sumision á vuestras voluntades en satisfaccion de mis culpas.

¡Qué calma sucede en mi corazon á los trasportes furiosos de que estaba agitado! Apénas he bajado mi cabeza al yugo que se me presentaba, cuando la misericordia del Señor ha disminuido el peso. Os debo este favor, querida madre mia; vuestras fervorosas oraciones han obtenido del Señor el solo remedio eficaz para curarme. No quiero olvidar nada para volver á entrar en las miras que Dios tiene sobre mí, y le prometo no seguir en esa horrible circunstancia otra conducta que la que tengais la bondad de dictarme.

Acabo de descubrir el motivo de la consideracion que me mostró la Baronesa de R... y del interés que tomó en mi disputa. Esta indigna criatura se abrasa de amor por Mastrilli, y nada olvida para empeñarle á que corresponda á sus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sentimientos. Os acordareis que este Señor vino á mi casa en el momento en que yo estaba mas agitada, por la pretendida injusticia que me hicieron, y que en consecuencia de esto le recibí muy mal. Habiendo sabido el motivo de mi mal humor, y poco instruido del ceremonial de nuestra córte, creyó sin duda que yo tenia derecho de quejarme, y fué en casa de la Baronesa, para suplicarla que aprovechase un momento favorable para hacer saber al Rey este negocio. Esta muger no dudó un instante que aquella súplica fuese un rastro del amor que en otro tiempo inspiré á Mastrilli, cuyo afecto habia sido público; y creyó el momento favorable para servir á su amante, y perder á la que ella miraba como su rival: hizo todo el manejo de que os hablé en mi última carta, y como os dije se sirvió de algunas palabras del Rey para persuadirme que habia obtenido el fatal triunfo que debia costarme tan caro. Despues dijo en secreto á muchas personas, que no habia podido negar á Mastrilli interesarse por mí, porque él la habia confesado en confianza, que mis favores debian ser el precio del servicio que me hiciese en esta ocasion. Esta malvada criatura se lisonjea engañar por este medio al público, pues que no hay apariencia que si amaba á este jóven napolitano, hubie-

se hecho esfuerzos para ponerle bien con otra.

Ved la horrible trama que ha urdido contra mí, y que la ha salido demasiado bien. Toda la ciudad de Turin me cree criminal; mi esposo, y Mastrilli son los únicos que ignoran esta calumnia. La que me dió este funesto aviso pareció convencida de ella absolutamente, y se excedió tanto en su sermon sobre la fidelidad que una muger debe á su esposo, que yo iba á darla de golpes cuando se retiró. Envío esta carta por un propio, y espero que me lo despachareis con la respuesta; vos conoceis que no se debe perder un momento: lo temo todo por mi esposo, si estos horrores llegan á su noticia.

CARTA VII.

DE LA CONDESA A MADAMA DE MONTIER.

Querida madre mia: estoy obligada á prevenir la vuelta de mi correo, y hacer marchar otro para instruiros de todo lo que ha pasado desde la partida de mi carta. Si hubiese podido lisonjearme de llegar á ocultaros el conocimiento de mis locuras, seguramente me guardaria de instruiros de ellas, solo su publicidad es la que me determina á anticiparme á la voz de la fama;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sentimientos. Os acordareis que este Señor vino á mi casa en el momento en que yo estaba mas agitada, por la pretendida injusticia que me hicieron, y que en consecuencia de esto le recibí muy mal. Habiendo sabido el motivo de mi mal humor, y poco instruido del ceremonial de nuestra córte, creyó sin duda que yo tenia derecho de quejarme, y fué en casa de la Baronesa, para suplicarla que aprovechase un momento favorable para hacer saber al Rey este negocio. Esta muger no dudó un instante que aquella súplica fuese un rastro del amor que en otro tiempo inspiré á Mastrilli, cuyo afecto habia sido público; y creyó el momento favorable para servir á su amante, y perder á la que ella miraba como su rival: hizo todo el manejo de que os hablé en mi última carta, y como os dije se sirvió de algunas palabras del Rey para persuadirme que habia obtenido el fatal triunfo que debia costarme tan caro. Despues dijo en secreto á muchas personas, que no habia podido negar á Mastrilli interesarse por mí, porque él la habia confesado en confianza, que mis favores debian ser el precio del servicio que me hiciese en esta ocasion. Esta malvada criatura se lisonjea engañar por este medio al público, pues que no hay apariencia que si amaba á este jóven napolitano, hubie-

se hecho esfuerzos para ponerle bien con otra.

Ved la horrible trama que ha urdido contra mí, y que la ha salido demasiado bien. Toda la ciudad de Turin me cree criminal; mi esposo, y Mastrilli son los únicos que ignoran esta calumnia. La que me dió este funesto aviso pareció convencida de ella absolutamente, y se excedió tanto en su sermon sobre la fidelidad que una muger debe á su esposo, que yo iba á darla de golpes cuando se retiró. Envío esta carta por un propio, y espero que me lo despachareis con la respuesta; vos conoceis que no se debe perder un momento: lo temo todo por mi esposo, si estos horrores llegan á su noticia.

CARTA VII.

DE LA CONDESA A MADAMA DE MONTIER.

Querida madre mia: estoy obligada á prevenir la vuelta de mi correo, y hacer marchar otro para instruiros de todo lo que ha pasado desde la partida de mi carta. Si hubiese podido lisonjearme de llegar á ocultaros el conocimiento de mis locuras, seguramente me guardaria de instruiros de ellas, solo su publicidad es la que me determina á anticiparme á la voz de la fama;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esta llevará hasta vos el ruido de una extravagancia que no puede ser justificada por el feliz suceso que ha tenido. No puedo deciros que la apruebo; no, querida madre mia, es contraria al espíritu del cristianismo, y de aquí nace que debo condenarla; sin embargo no será por este lado por lo que tendré que sufrir la censura pública; la preocupacion solo hará condenar una accion que aplaudiria, si pudiese olvidar mi sexo; pero esto es teneros demasiado tiempo en suspension: yo busco alejar la relacion de una aventura, que no puede menos de desagradaros; pero me atrevo á pediros vuestra indulgencia.

Ya os insinué en mi última carta, que tal vez eran solos mi esposo y el Señor Mastrilli los que ignoraban las horribles calumnias de que estoy manchada en el público. Estaba equivocada; el temor de que no pusiesen límites á su resentimiento, empeñó á Mastrilli á disimularle hasta que encontrase sobre quien dejar caer sus golpes. Toda su atencion la ponia en impedir que estas calumnias llegasen á oidos del Conde. Sus cuidados, respecto á esto, fueron inútiles; mi esposo, por la misma razon que él, fingia que ignoraba este misterio de iniquidad, y hacia practicar en secreto las pesquisas mas exactas para descubrir el orígen de estas infames voces. Ni uno ni otro

ignoraban que la primera autora de ellas era la R...; pero su sexo la ponia al abrigo de sus venganzas, y el favor de las personas que la protegen, la hubiera sin duda suministrado medios para librarse de los castigos que imponen las leyes á los calumniadores. Por otra parte, por seguros que estuviesen de su crímen, las pruebas que tenian de él no eran tales que pudiesen ser recibidas en Justicia.

Mientras que estaban en estas importantes observaciones, una feliz casualidad les proporcionó el medio de salir de ellas: descubrieron ayer mañana, por diversos caminos, que seria muy largo explicaros: descubrieron, digo, que se habia servido la R... para sembrar los horrores de que quiere me crean culpable, del Señor M... Este genovés que deshonra por las costumbres mas bajas un nacimiento muy bueno, se ha vendido á la miserable Baronesa, que le ha hecho servicios esenciales: dicen aun, que amante sin consecuencia, llena los huecos que esta infame criatura pone entre sus aventuras escandalosas, que se suceden no obstante con mucha rapidez; por otra parte, siendo del mismo pais están unidos desde su infancia, y se prestan mútuamente sus socorros en los perversos manejos con que se sostienen; porque vos no ignorais sin duda, que la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

R... ha nacido en el pais de que se dice comunmente, que hay una mar sin peces, mugeres sin pudor y hombres sin fé. Sea lo que quiera de sus intrigas, lo cierto es que este miserable confió á una docena de amigos la aventura que se me atribuye, encargándoles no obstante el secreto, precaucion que no podia menos de empeñarlos á esparcirlo con mas prontitud. Entónces fué poco mas ó menos cuando lo supieron mi esposo y Mastrilli; y lo que hay de singular, es que sin comunicarse nada, como podeis pensaros, cada uno por su parte escribió dos palabras á este infeliz, pidiéndole fuese tras del Valentino entre once y doce. Si solo se tratase de castigarle, no le hubieran hecho el honor de medir sus armas con él; sus criados podian haberle tratado como se trata comunmente á las personas de su especie; pero mi justificacion, que es la que se queria vindicar, pedia un diferente modo de portarse. Bien claro está que estos billetes no se habian escrito de mancomun; dos hombres tan cobardes que quieren atacar á uno solo, jamas le previenen de su designio. Este fué no obstante el bello pretexto de que se valió aquel pícaro para excusarse del desafio. A súplicas suyas hizo la Baronesa instruir al Rey del proyectado duelo; y este Príncipe que hace algunos años se es-

plicó sobre los duelos del modo mas positivo, se indignó mucho contra mi esposo. De su real órden fué el capitan de Guardias al lugar de la cita, y mandó al Conde se retirase á la Ciudadela, que S. M. le daba por prision. Mastrilli, que llegó en el momento mismo que se arrestaba á mi esposo, fué tratado con menos rigor; pues se contentaron con exigirle la palabra de honor de que no saldria de su casa en tres dias, en cuyo tiempo pensaba el Rey componer este asunto. Un cuarto de hora despues de la partida de mi correo, supe todas estas circunstancias; y aquí es, querida madre mia, donde necesito la indulgencia que os pedí al principio de esta carta.

Olvidé en aquel momento todo lo que el Evangelio nos prescribe tocante al perdon de las injurias: me persuadí á que hay casos extraordinarios en que podia ser lícito apartarse de las reglas prescritas, y si los habia, yo me hallaba sin duda en uno de ellos; pues las cosas estaban en una situacion, que no podian disimularse. Era menester justificarnos, vengarnos, ó renunciar á la estimacion de las gentes de bien: mi esposo, que á una exacta probidad junta un gran respeto á la religion, lo habia juzgado así; y su ejemplo autorizaba lo que yo queria hacer. Es verdad que una costumbre ridícula prohibe á las

mugeres los caminos de la accion; los hombres nos desprecian bastante cuando creen nos falta el valor necesario para imponer silencio á nuestros enemigos de un modo eficaz. Esta preocupacion no debe tener lugar entre las personas ilustradas; pelearse, vulnera la religion, esta es una cosa que no quiero poner en duda; es ademas un crímen que jamás se debe hacer por ningun motivo; pero tan crímen es en un hombre como en una muger, y el sexo de la persona que lo comete, no es circunstancia que le agrava. Convencida de esta verdad, no quise fiar sino á mí misma el cuidado de mi venganza y de mi justificacion, estaba tan desesperada, que ni temí la muerte ni sus resultas. Habiéndome pertrechado de dos pistolas, me fuí á casa del calumniador al principiar la noche, y dirigiéndome con mis rizos medio caidos á su ayuda de camara, le dije en mal frances que yo era una Señora extranjera, que enamorada de la buena fisonomía de su amo, deseaba tener con él una conversacion particular. Este criado me hizo entrar en una pieza interior, y al cabo de un cuarto de hora entró en ella el Señor M... Mi primer cuidado fué el de cerrar la puerta y meterme la llave en el bolsillo; lo cual le sorprendió un poco á pesar de las miras con que me suponia. Acer-

cándome inmediatamente á él con la pistola en la mano; sois muerto, le dije, al menor ruido que hagais. Al acercarme, se me habia caido el prendido que llevaba en la cabeza, y mi vista igualmente que mi accion, petrificaron á aquel infeliz. Pienso que al principio temió le quitase la vida sin darle medio de defenderla; juzgaba de mi corazon por la cobardía y bajeza del suyo; pero muy pronto le aseguré sobre este artículo. Olvidaos de que soy muger, le dije, y dadme la satisfaccion que un hombre de bien no puede negar á otro, á quien ha ofendido. Conociendo el cobarde por mi discurso que no tenia que temer ningun mal procedimiento de mi parte, quiso entrar en alguna explicacion sobre la naturaleza de la ofensa de que le creia culpable, y ofreció darme por escrito la protesta que yo gustase, para negar que él hubiese tenido jamás sobre mi conducta los discursos que se le atribuian. Comprendí su intencion; hubiera extendido la voz de que el miedo de comprometerse con una muger furiosa, le habia sacado este escrito que para nada servia. No fuí la burla de este artificio; habia hecho ya demasiado para volverme atrás. Afuera discursos inútiles, le dije, acercándome á una mesa que estaba á la extremidad del cuarto, al lado opuesto al suyo; dejé en ella mis dos pisto-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las para tomar una espada de que me habia provisto, y le grité acercándome á él: es menester que os defendais, si no os corto la cara. Al acabar estas espresiones, me puse en estado de cumplir mi palabra, lo que no le permitió deliberar mas; empezó pues á defenderse, y conocí, por su modo de manejarse, que tenia intencion de hacerme saltar la espada. Creia seguramente hacerlo sin dificultad; pero vió desde luego que la cosa no era tan fácil de ejecutarse. Bien sabeis, querida madre mia, que una de las diversiones de mi niñez era el jugar á la espada con mis hermanos, y yo sabia por lo menos tanto como mi enemigo respecto á esto. Pero me atrevo á decir que mi valor era mucho mayor que el suyo: así le obligué á retroceder, lo que hizo tan desgraciadamente, que cayó en el momento en que le pasaba el brazo izquierdo con mi espada, y dejó caer la suya. Este es, traidor, el instante, le dije, en que quiero una retractacion; es menester firmarla con tu sangre; si un punto dudas, eres muerto. Le tenia la espada á la garganta; y este cobarde me tuvo tanto miedo, que juntando las manos, me rogó humildemente que le salvase la vida, prometiéndome todas las satisfacciones que podia desear.

Ved aquí, me dijo, señalándome con el dedo

una cajita que estaba sobre una mesa; ved aquí donde encontraréis con que vengaros completamente, y con que justificar al mismo tiempo al Marqués vuestro cuñado: este cofrecito encierra las cartas de la de R... Vos conoceis, Señora, que despues de haberos abandonado estas cartas, no hay seguridad para mí en el Piamonte. Sed generosa, dilatad vuestra justificacion hasta mañana, y dejadme tiempo para huir.

Este miserable no hubiera podido llegar á excitar en mí el mas ligero movimiento de conmiseracion; pero su fuga iba á ser el mas fuerte testimonio de su crímen, y de los de nuestra enemiga; por lo tanto le concedí la vida y tiempo para escaparse. Me escribió lo que sigue.

„Declaro que á instancias de la Baronesa de „R... he calumniado al Marqués D..., y le he atrai„do la indignacion del Rey: que para satisfacer „asi mismo el ódio de esta muger contra todo lo „que pertenece á Madama la Marquesa su esposa, „calumnié á la Condesa su hermana, acusándola „de una intriga con el Señor Mastrilli, sin el „menor fundamento. Las cartas que están en mi „cofrecito de terciopelo encarnado, harán fé de „lo que aquí digo. Madama la Condesa no ha „empleado contra mí para obligarme á esta de„claracion de la verdad, sino los caminos de

„honor, y la reconozco por la mas animosa, igual-
„mente que por la mas virtuosa de todas las mu-
„geres."

Este billete está realmente escrito con la sangre de aquel infeliz que me entregó el cofrecito. Como nunca sobran las precauciones con un malvado semejante, le encerré en un cuartito oscuro, que estaba al lado de su cama, por temor de que gritase por la ventana, y me hiciese detener por sus criados. Al salir previne á su portero dijese al ayuda de cámara, que su amo le llamaba. Apenas volví á mi casa, cuando envié dos criados que se pusieron de centinela cerca de la casa de este malvado, con órden de que me advirtiesen de todos los movimientos que se hiciesen en ella. Temia que se abocase con la R... y que buscasen juntos el medio de eludir la fuerza de los testimonios que contra ellos tenia: estaba determinada á echarme á los piés del Rey, en el supuesto de que alguno de los criados de M... se acercase á la casa de su cómplice. No he tenido necesidad de llegar á este extremo, porque uno de mis espías vino dos horas despues á avisarme que le habia visto subir en una silla de posta, y salir por la puerta del Pó.

Si hubiera seguido los movimientos de mi corazon, habria ido volando á la Ciudadela; la

situacion de mi esposo era terrible, y me parece que nada me podia dispensar de procurar tranquilizarle, haciéndole saber el feliz suceso de este negocio: sin embargo, despues de algunas reflexiones, creí deber terminar por mí misma lo que habia comenzado sola; si por desgracia es desaprobada mi conducta, me alegro mucho de dejarle medio de desaprobarla; será notorio que no habrá podido estar instruido de mi proyecto, pues que no me he acercado á su prision. Mas como sería demasiado cruel el dejarle pensar que desprecié el verle, le escribí el billete siguiente, que hice poner abierto en manos del Gobernador.

„Mañana á estas horas, estarás en libertad; las
„mas poderosas razones me obligan á privarme
„hasta entónces de tu vista."

No puedo explicaros lo que me costó el cumplir la palabra, que habia dado á mi infame calumniador. Jamás hubo noche que me pareciese tan larga, aunque la pasé toda entera en gozar del placer de confundir á la R... El descubrir y aniquilar una criatura semejante, es servir á la humanidad. Si no hubiese tenido mas que mi injuria que vengar, hubiera temido llevar demasiado léjos mi resentimiento; pero, querida madre mia, se trata de la inocencia de mi cuñado; estos miserables le habian perdido, y encontré en el

cofrecito que me dieron, la prueba de las mas infames intrigas para hacer llegar á los oidos de S. M. los discursos que se habian atribuido al Marqués: me pareció que la justicia me imponia la ley de confundir la impostura. No esperé la hora de la audiencia pública; sé que S. M. se levanta muy temprano, y á las siete ya estaba yo en Palacio. ¡Cuál fué mi admiracion, y mi dolor, mi querida madre! El Rey, que queria librarse de mis importunidades, respecto á la libertad del Conde, habia dado órden á los ugieres de cámara, de que no me dejasen entrar, y no me hubiera sido posible el hablar á S. M. sin el socorro de uno de sus principales oficiales: conocia yo á este señor por un enemigo declarado del infeliz á quien habia yo obligado á escapar, y no dudé un momento que se prestaria con gusto á todo lo que pudiese perjudicarle. Le enseñé el billete que me justificaba, y le conjuré á que se le hiciese ver á S. M. sin quererle decir ni cómo, ni por qué ocasion me habia dado una prueba semejante el miserable M... Este señor, como yo lo habia previsto, se alegró mucho de enseñar este billete al Rey, quien curioso por profundizar este asunto, mandó que entrase. Me eché á sus piés, dándole todas las cartas de la Baronesa de R..., y le pedí justicia del daño que esta desgraciada criatura

nos ha hecho. Hasta este momento, querida madre mia, creo que no habia excedido los términos de una justa venganza; no habia hecho sino lo que era necesario para restablecer mi reputacion y la del Marqués. En dar todas las cartas al Rey, salí de los límites que me habia prescrito; era menester no hacer leer á S. M. sino las que podian servir para nuestra justificacion, y sustraer las que no podian sino descubrir la mala conducta de esta muger. No tuve este miramiento; me parece que hubiera yo sido cómplice de los desarreglos de esta infame, si hubiera omitido quitarla enteramente la máscara, sobre todo á los ojos de mi soberano. Este Príncipe ama las buenas costumbres y la virtud; él no creia culpable á la R..... sino de algunas imprudencias, porque á no ser así, estoy segura de que la hubiera echado de su presencia; debí pues abrirle los ojos, y purgar á la córte de un monstruo tal.

El Rey está actualmente ocupado en leer estas cartas, y durante este tiempo, me ha hecho pasar á casa del Chambelan, de donde os escribo, y donde espero con la mas viva impaciencia el efecto que producirán en él; no es menor la que tengo por saber hasta qué punto llevaréis la indulgencia conmigo al recibir mi carta. Por Dios,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

querida madre mia, pesad las circunstancias en que me hallé, y me atrevo á decirlo, espero que me la perdonareis. El poco uso que teneis del gran mundo, y sobre todo de la córte, os hará creer que debia abandonar al Señor el cuidado de mi reputacion: esto hubiera sido perfecto, convengo en ello; pero esta perfeccion no es del todo hecha para el pais que habito, no es buena sino para los cláustros, y deshonraria aquí á los que quisiesen practicarla; mandadme encerrar en un oscuro retiro, y os obedeceré sin réplica; pero si creeis que debo permanecer donde estoy, permitid me conforme con lo que se usa.

El Rey me envia actualmente al gran Chambelan, que me manda de su real órden me retire á mi casa, y que no salga de ella sin su permiso. Esta conducta me confunde á la verdad; y así conjuré á este señor que me dijese con qué aire dió S. M. esta órden; pero me ha hecho ver que este Príncipe se posee demasiado bien, para poderlo penetrar.

Respiro al fin; el Rey, que tiene una prudencia infinita, ha querido poseerse á sí mismo, y tomarse tiempo para calmar sus primeros movimientos. Así lo supongo á lo ménos, porque acaba de enviarme á su Chambelan con una órden para abrir la prision de mi esposo: voy allá volando, y solo me tomo el tiempo preciso para cerrar esta carta, y enviarla al correo.

Me veo obligada á volver á abrir mi carta para daros parte de una noticia que acabo de saber ahora mismo. La Baronesa de R.... se ha huido; parece que su digno cómplice halló medio de informarla de su aventura, y no me admiro: dicen que los malvados se guardan recíprocamente una fidelidad inviolable.

CARTA VIII.

RESPUESTA DE MADAMA MONTIER A LA CONDESA.

Cuando tu hermana, pobre hija mia, me escribió el peligro en que las viruelas habian puesto tu vida, fué á la verdad ménos vivo mi dolor que lo es actualmente. ¡Qué no pudieses ver la situacion á que me has reducido! Conocerias por mi estado la desgracia del tuyo. ¿Pero qué digo yo? Tu soberbia halló un preservativo contra mis lecciones: y te persuade á que habiendo vivido casi siempre en una aldea, soy poco á propósito para dictarte la conducta que debes tener en la córte. No atribuyas esta queja á un resentimiento de mi vanidad; supon que haya en lo que me has escrito alguna cosa capaz de humillarme, mi

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

querida madre mia, pesad las circunstancias en que me hallé, y me atrevo á decirlo, espero que me la perdonareis. El poco uso que teneis del gran mundo, y sobre todo de la córte, os hará creer que debia abandonar al Señor el cuidado de mi reputacion: esto hubiera sido perfecto, convengo en ello; pero esta perfeccion no es del todo hecha para el pais que habito, no es buena sino para los cláustros, y deshonraria aquí á los que quisiesen practicarla; mandadme encerrar en un oscuro retiro, y os obedeceré sin réplica; pero si creeis que debo permanecer donde estoy, permitid me conforme con lo que se usa.

El Rey me envia actualmente al gran Chambelan, que me manda de su real órden me retire á mi casa, y que no salga de ella sin su permiso. Esta conducta me confunde á la verdad; y así conjuré á este señor que me dijese con qué aire dió S. M. esta órden; pero me ha hecho ver que este Príncipe se posee demasiado bien, para poderlo penetrar.

Respiro al fin; el Rey, que tiene una prudencia infinita, ha querido poseerse á sí mismo, y tomarse tiempo para calmar sus primeros movimientos. Así lo supongo á lo ménos, porque acaba de enviarme á su Chambelan con una órden para abrir la prision de mi esposo: voy allá volando, y solo me tomo el tiempo preciso para cerrar esta carta, y enviarla al correo.

Me veo obligada á volver á abrir mi carta para daros parte de una noticia que acabo de saber ahora mismo. La Baronesa de R.... se ha huido; parece que su digno cómplice halló medio de informarla de su aventura, y no me admiro: dicen que los malvados se guardan recíprocamente una fidelidad inviolable.

CARTA VIII.

RESPUESTA DE MADAMA MONTIER A LA CONDESA.

Cuando tu hermana, pobre hija mia, me escribió el peligro en que las viruelas habian puesto tu vida, fué á la verdad ménos vivo mi dolor que lo es actualmente. ¡Qué no pudieses ver la situacion á que me has reducido! Conocerias por mi estado la desgracia del tuyo. ¿Pero qué digo yo? Tu soberbia halló un preservativo contra mis lecciones: y te persuade á que habiendo vivido casi siempre en una aldea, soy poco á propósito para dictarte la conducta que debes tener en la córte. No atribuyas esta queja á un resentimiento de mi vanidad; supon que haya en lo que me has escrito alguna cosa capaz de humillarme, mi

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

amor propio no tendria fuerza para hacerse sentir; pues la desgraciada situacion en que te hallas, absorve todos mis sentimientos, y me hace insensible á los mas funestos sucesos. ¡Al fin, verificaste mis tristes pronósticos! Tu orgullo, de quien lo temia todo, te ha conducido aun mucho mas allá de lo que me recelaba, y te ha precipitado en excesos que te estremecerian si pudieses mirarlos serena. ¡Qué distante estás de este punto de vista, pobre extraviada! Un resto de preocupacion, que depondrás muy pronto, te ha llevado hasta buscar para conmigo escusas de una conducta, que aplaudes en el fondo de tu corazon; debilidad de que luego se avergonzará tu grande alma. ¿Quiéres, pobre hija mia, que descubriéndote enteramente tu interior, te ponga á la vista el sentido de tu carta? Véle aquí: me lisonjeo de que aun te hallas en estado de que te estremezca su lectura.

„Hay ciertas preocupaciones vulgares á que vos estais sujeta, querida madre mia; pero que una muger como yo debe despreciar. Dejo para los frailes y personas de baja esfera la práctica del Evangelio: sus máximas solo pueden sujetar á esta especie de criaturas, y Dios no puede haber querido esclavizar á ellas las gentes de un cierto rango. La moderacion, la humildad, el perdon

de las injurias, son virtudes del cláustro, á las cuales renuncio yo. Es cierto que Dios prohibe el vengarse; que esta regla es general, y no se reduce á ciertas personas y estados; pero me parece injusta, y rehuso absolutamente someterme á ella: quiero mejor ofenderle, desobedecerle, exponerme á perderle por toda la eternidad, que sacrificar mi resentimiento. Pongo á Dios de un lado en la balanza, y el placer de vengarme en el otro; este placer pesa mas que mi Dios, y el Señor será sacrificado á mi gusto."

No creas que he alterado mi paráfrasis; nada he añadido al sentido de tu carta, ántes le he debilitado por el horror que me causó el leerla. Despues que la leí, caí maquinalmente de rodillas; y permanecí un rato anegada en mis lágrimas, sin poder hacer mas que levantar mis ojos y manos al cielo. Me lisonjeo no obstante de que la fé no está del todo extinguida en tí, y que las grandes verdades que nos descubre, pueden todavía hacer impresion en tu alma. ¡Miserable! ¿Qué hubiera sido de tí, si hubieses caido bajo los golpes del Baron? La sangre se hiela en mis venas al pensar en estas palabras; tu infelicidad eterna seria consumada sin remedio. Por otra parte, ¿qué remordimientos no experimentarias si un infeliz golpe hubiera privado de la vida al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

objeto de tu venganza? Su eterna pérdida seria obra de tus manos: perderias esa alma rescatada con la sangre de Jesucristo, y este Señor te la pediria en el dia terrible de su juicio. Sé que lo que digo se lo puedo repetir al Conde tu esposo, no es tu sexo el que agrava á mis ojos tu crímen, sino la calidad de cristiana. Obraste sin duda néciamente pisando los usos consagrados por una opinion justa; nuestro sexo no debe tener otras armas que la dulzura: sin embargo, hay casos en que no podria yo censurar que se faltase á estos usos, con tal que la accion fuese buena en sí misma, necesaria, y tuviese motivos sublimes; pero los tuyos nada los puede excusar.

Segunda vez he vuelto á leer tu carta; reflexiono todas las palabras, para ver si por ellas descubro los sentimientos de tu corazon, y el recurso que me queda para lo por venir. ¡Ay de mí! Esta lectura aumenta mi quebranto. Léjos de llorar sincera y amargamente lo que llamas tus locuras, y yo tus crímenes, te aplaudes de ellos, y te consideras actualmente como una heroina que va á fijar en sí los ojos de toda la córte. Los fijarás sin duda; pero créeme, los fijarás como lo haria una loca; juzga lo lisonjero que es esto: pues con todo yo no lo sentiria. No me resta pues, sino llorar tu estravío, y clamar de dia y de noche

al Padre de las misericordias para conjurarle á que te abra los ojos: tu hermana y el Marqués son absolutamente de mi dictámen sobre tu estado. El último te agradece infinito los esfuerzos que has hecho para justificarle; la estimacion de su Rey le es preciosa; pero ésta es el único fruto que pretende sacar del descubrimiento de su inocencia. Desengañado perfectamente del mundo, mira el retiro á que la Providencia le ha conducido como puerto seguro, que no podria abandonar sin exponerse al naufragio. ¡Qué no me fuese dable hacer pasar sus sentimientos á tu corazon! ¡Qué no pudiese yo....! Me detengo; aun no te creo en estado de oir todo lo que tendria que decirte sobre tu conducta; es menester esperar á que se haya disipado la embriaguez de la pasion; plegue á Dios adelantar este momento.

Escribo al Conde, tu esposo, por el mismo correo; me alegraré que te enseñe mi carta. La conducta que has tenido, podia muy bien enagenar su corazon. Quiero procurar disminuir á sus ojos lo criminal de tus pasos, probándole que en algun modo puede acusarse él á sí mismo de tu falta, pues dió lugar á ella: deseo que el afecto que me profesa, y la confianza que ha tenido siempre de mí, le hagan adoptar para tu justificacion lo que procuro insinuarle.

No me dices cómo llegó á ser público tu combate; segun las apariencias instruiste de él al Rey. ¿Esto no es una imprudencia? Me parece que hubieras podido dejárselo ignorar. Tal vez es mi amor propio el que me hace hablar así; qué importa que despues de haber sido culpable á los ojos de Dios, parezcas extravagante á los de los hombres; porque, te lo repito, todas las gentes de talento, al saber tu combate, decidirán que mereces estar en la casa de los orates. Adios, querida hija mia, me lisonjeo, contra toda apariencia, de que el recibo de esta carta te obligará á hacer algunas saludables reflexiones, y que la primera que reciba tuya, me hará verter tantas lágrimas de gozo, como ésta me ha hecho derramar de dolor.

CARTA IX.

DE MADAMA DE MONTIER AL CONDE D. **** SU YERNO.

Mi querido conde: No podria yo guardar silencio en esta ocasion, sin violar las obligaciones de la amistad que te he prometido. Si tuviese que hablar á un hombre de menos razon y menos cristiano, me serviria de largos preámbulos para ocupar las quejas que te quiero dar, y mi-

raria estas preocupaciones como injuriosas á tu virtud, por eso voy inmediatamente á decirte todo lo que siento en mi corazon: una pasion violenta puede haberte hecho olvidar los deberes del cristianismo, sin quitarte el gusto y el conocimiento de ellos; sin embargo, no creas que mis quejas se dirigen á tí solamente como á hombre cristiano; has herido cruelmente las obligaciones que te imponia esta cualidad, pero no has faltado menos á las que te debias á tí mismo como hombre de razon. No se trate de alegarme aquí las máximas y los usos del mundo, basta que una accion sea proscrita por el Evangelio, para obligar á un cristiano á morir antes que cometerla. Un hombre que por temor del qué dirán, viola estas leyes divinas para conformarse con las del mundo, es un traidor, que como S. Pedro, niega á su Señor á la voz de una criada. ¿No dices tú á Dios todos los dias que le amas sobre todas las cosas, y que estás resuelto á morir ántes que ofenderle? ¿Acaso estas palabras no son sino un vano cumplimiento, que será permitido olvidar á la primera ocasion? ¿Te engañabas á tí mismo cuando las proferiste? ¿O buscabas engañar al Señor? Si hubieses prometido á un amigo lo que has jurado á Dios, te creerias obligado á cumplir tu palabra sopena de ser des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

honrado; ¿por qué no tienes la misma delicadeza respecto al Señor? En el Japon un hombre condenado á muerte, se le reputa por infame, y cubre de infamia y vergüenza á su familia, si no se anticipa á la ejecucion de su sentencia; es menester que él se abra el vientre con su espada. Sabes bien que no es permitido á los cristianos adelantar así su muerte, y tendrian que sufrir los cargos de sus parientes, y de la multitud, que los trataria de cobardes, y de gentes sin valor. ¿Cuánto hubieras tenido que temer en aquel pais, querido Conde mio? Allí, como aquí, la aprension de un vano qué dirán, ¿no te ha hecho renunciar á Jesucristo? Porque no te engañes, querido amigo, se le renuncia siempre que se prefiere el mundo á su Divina Magestad. Pero olvidemos por un momento el Evangelio; digo que la sola razon hubiera debido bastar para poner límites á tu resentimiento. ¿Qué pensarias de un hombre que creyese herido su honor porque le picó un vil insecto? Creeme; el infame personage que querias inmolar á tu venganza, es menos que un mosquito y aun que la misma nada. Oí decir á mi difunto esposo, que ciertamente habia dado pruebas de valor: *que un hombre que no es capaz de reparar una injuria, no puede ofender.* Sé que puedes alegar-

me la necesidad de vindicar el honor de tu esposa; ¿Le hubiera tenido si hubieses muerto á ese miserable? ¿no hubieran podido decir que el que habias muerto era un maldiciente, y no un calumniador? O si hubieses sido bastante diestro para desarmarle, y poner su vida al precio de una retractacion pública, ¿cuántas gentes hubieran dicho que el temor de la muerte quitaba toda fé á esta retractacion? Segun las apariencias, crees que una mera casualidad conduce los acontecimientos de la vida, y que nos es imposible evitarlos, ni sacar un bien de ellos; porque si no hubieras pensado que la Providencia, que sabe mudar el veneno en triaca, hallaria el camino de justificar á tu esposa, cuando la hallase dócil á los designios que tiene sobre ella. ¿No tienes á la vista el ejemplo de nuestra querida Marquesa, que por precio de su resignacion en un caso mas penoso, ha visto, por decirlo así, obrar milagros para poner su inocencia en la mayor claridad? Averguénzate, querido Conde, de tu falta, y de las que ella ha ocasionado. Tu ejemplo ha seducido á tu esposa: tengo que pedirte cuenta del depósito que te habia confiado, dándote esa querida hija. La leccion que yo la habia inculcado mas fuertemente, la ha sido funesta. Confiada enteramente en tu razon, limi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

taba mis consejos á que siguiese tu ejemplo. ¿Podia yo preveer que tendria que echarla en cara algun dia su docilidad respecto á ésto? Perdóname, querido hijo, querido amigo, la amargura de estas quejas: juzga por lo duro de ellas lo grande de tu falta. Disminuye el peso de los males que sufro en este momento, escribiéndome, que vuelto en tí, gimes sinceramente por todo lo pasado: exijo un propio para traerme una respuesta, en que espero encontrar con que convencerme de tu arrepentimiento. Adios; estoy tan apesadumbrada, que no sé lo que escribo: no leeré esta carta; mi espíritu no tiene parte en ella; es la obra de mi corazon, y de un corazon herido; esta es una razon para que me perdones todo lo que tenga de chocante para tí, aunque mi intencion no haya sido el ofenderte.

CARTA X.

DEL CONDE D.*** A MADAMA DE MONTIER.

Señora, soy culpable; la confesion de mi falta es la primera reparacion que debo hacer. Pero despues de esta confesion, permitidme que ofrezca á vuestros ojos todo lo que pueda merecerme vuestra indulgencia, y disminuir la justa indignacion que habeis concebido contra dos personas que darian cuanto tienen en el mundo por rescatar las lágrimas que os han hecho derramar.

Antes de principiar esta carta, creia tener mil razones buenas para justificar mi conducta, y en el momento que es menester exponéroslas, ha desaparecido lo mas especioso de que me parecian llenas. Punto de honor, cuidado de su reputacion, deseo de hacerse justicia, todo debia ceder á la obediencia á la ley del Señor. Lo conozco en este momento de un modo tan vivo, que no me es posible ocultarme á la conviccion de mi falta, y á la justa confusion de que me cubre. Era menester una prueba semejante para hacerme apreciar en su justo valor mi cristiandad, y mis falsas virtudes. Señora, ellas me habian seducido igualmente que á mi esposa; ¿y cómo nos hubiéramos librado de su ilusion, supuesto que os han engañado á vos misma á pesar de la superioridad de vuestras luces, y que se os puede acusar de haber ocasionado el error de mi esposa, por la alta idea que la habiais dado de mi carácter? Las felices resultas de mi extravío no me impedirán llorarle toda mi vida y hacer todo cuanto pueda para repararle. Léjos de estar ofendido por la vivacidad de vuestras quejas, el reconocimiento del verdadero servicio

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

taba mis consejos á que siguiese tu ejemplo. ¿Podia yo preveer que tendria que echarla en cara algun dia su docilidad respecto á ésto? Perdóname, querido hijo, querido amigo, la amargura de estas quejas: juzga por lo duro de ellas lo grande de tu falta. Disminuye el peso de los males que sufro en este momento, escribiéndome, que vuelto en tí, gimes sinceramente por todo lo pasado: exijo un propio para traerme una respuesta, en que espero encontrar con que convencerme de tu arrepentimiento. Adios; estoy tan apesadumbrada, que no sé lo que escribo: no leeré esta carta; mi espíritu no tiene parte en ella; es la obra de mi corazon, y de un corazon herido; esta es una razon para que me perdones todo lo que tenga de chocante para tí, aunque mi intencion no haya sido el ofenderte.

CARTA X.

DEL CONDE D.*** A MADAMA DE MONTIER.

Señora, soy culpable; la confesion de mi falta es la primera reparacion que debo hacer. Pero despues de esta confesion, permitidme que ofrezca á vuestros ojos todo lo que pueda merecerme vuestra indulgencia, y disminuir la justa indignacion que habeis concebido contra dos personas que darian cuanto tienen en el mundo por rescatar las lágrimas que os han hecho derramar.

Antes de principiar esta carta, creia tener mil razones buenas para justificar mi conducta, y en el momento que es menester exponéroslas, ha desaparecido lo mas especioso de que me parecian llenas. Punto de honor, cuidado de su reputacion, deseo de hacerse justicia, todo debia ceder á la obediencia á la ley del Señor. Lo conozco en este momento de un modo tan vivo, que no me es posible ocultarme á la conviccion de mi falta, y á la justa confusion de que me cubre. Era menester una prueba semejante para hacerme apreciar en su justo valor mi cristiandad, y mis falsas virtudes. Señora, ellas me habian seducido igualmente que á mi esposa; ¿y cómo nos hubiéramos librado de su ilusion, supuesto que os han engañado á vos misma á pesar de la superioridad de vuestras luces, y que se os puede acusar de haber ocasionado el error de mi esposa, por la alta idea que la habiais dado de mi carácter? Las felices resultas de mi extravío no me impedirán llorarle toda mi vida y hacer todo cuanto pueda para repararle. Léjos de estar ofendido por la vivacidad de vuestras quejas, el reconocimiento del verdadero servicio

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que me habeis hecho, hubiera aumentado la estimacion que os tengo, sino hubiese estado mucho tiempo ha en su último periodo. Conozco mas que nunca el precio de una amiga, de una madre tal como la nuestra; consérvenos ella bondades tan preciosas; que el cielo nos la guarde largo tiempo y mis votos serán cumplidos. No dudo que la Condesa adopte mis nuevas luces, y que os dará tanta satisfaccion en lo futuro, como os ha causado penas en estas desgraciadas circunstancias.

Recibireis esta carta por un correo de gabinete que el rey envia al Marqués. Este gran Príncipe cree deberle alguna satisfaccion por haber dado fé á las calumnias con que le habian desconceptuado con él, y que estaban tan bien concertadas, que á la verdad era casi imposible el sospechar que fuesen falsas. Ha llevado la magnanimidad hasta confesar públicamente que juzgó con precipitacion, é hizo delante de toda la córte el elogio de la fidelidad del Marqués. Despues de estas señales tan particulares de bondad, no dudo que mi hermano partirá inmediatamente para manifestarle su vivo reconocimiento. Me parece, que su amor por el retiro está obligado á ceder á lo que debe á su soberano. El nuestro es tan superior á los otros por sus grandes

cualidades, que no hay necesidad de valerse de la obligacion para dedicarse á su servicio sin ninguna reserva; y si mi esposa y yo tuvéisemos mil vidas, las sacrificariamos de buena gana para mostrarle nuestro agradecimiento. Nada se puede añadir á las bondades de que colma á la Condesa; y debo hacerla la justicia de aseguraros que las recibe de manera que desarma la envidia: está tan corrida actualmente, que no la conoceríais. Á aquellos modales altaneros, que la hacian enemiga de todos los que la trataban, han sucedido otros tan dulces, tan políticos, tan afables, que no puede ménos de volverse á atraer todos los corazones que se habia enagenado.

No me atrevo á lisonjearme de que tendré la dicha de veros aquí con la Marquesa y su esposo; la delicadeza de vuestra salud, y sobre todo en un tiempo tan inmediato á vuestra convalecencia, no os permitirá desafiar al invierno, que principia á poner nuestro Alpes, sino imposibles de pasar, á lo ménos muy penosos para una persona de vuestros años; pero espero que os rendireis á nuestras súplicas en la primavera, y que me hareis el honor de aceptarme por vuestra guia. Dejo la pluma á mi esposa, que no tendrá mas tiempo que para deciros una palabra, porque el cor-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

reo que aguarda mi carta para partir, no la permitirá extenderse tanto como desearia.

LA CONDESA.

QUERIDA MADRE MIA: Bien sinceramente abjuro mis errores y los confieso; espero reparar en lo restante de mi vida todas las penas que os he causado por una conducta, en la que no puedo pensar sin avergonzarme. Venid á ser testigo de los esfuerzos que haré para ejecutar al pié de la letra todo lo que tengais la bondad de prescribirme; venid afirmarme en las buenas resoluciones que me habeis inspirado, y á convenceros por vuestros ojos que el amor filial puede obrar los mayores milagros, cuando es tan perfecto como el que os tengo: yo soy, &c.

CARTA XI.

RESPUESTA DE MADAMA DE MONTIER AL CONDE Y CONDESA.

Vuestras cartas, queridos hijos mios, me han dado una de las mayores satisfacciones que he tenido en mi vida; hacer faltas es propio de la humanidad: pero es menester ser superior á la humanidad para convenir en ellas, y repararlas; tales actos llegan hasta el heroismo, y aprecio

ciertamente mas en esta ocasion la grandeza de alma de vuestro Rey, que si hubiera ganado alguna batalla, ó hecho alguno de aquellos actos brillantes que el mundo estima. El Marqués y su esposa lloraron de gozo y de ternura al recibir demostraciones tan particulares de su justicia, ó de su bondad, y puedo aseguraros que la inclinacion, mas bien que el deber, los conduce mas allá de los montes, á pesar de las nieves de que principian á estar cubiertos; me ha costado infinito el verlos partir en una estacion tan mala; sin embargo, no tuve fuerzas para detenerlos; es menester privarnos de nuestro gusto cuando se trata de cumplir con la obligacion. Despues que hayan cumplido con la que la gratitud les impone, están determinados á volverse á su soledad. El Marqués, como ya os he dicho, quiere absolutamente poner un intervalo entre la vida y la muerte; no puede comprender cómo un hombre que se ha libertado del naufragio, y que se vé tranquilo en el puerto, pueda volver á esponerse á las tempestades. Solo un motivo hubiera podido determinarle á permanecer en la corte, y este hubiera sido el interés de su hijo; pero la salud de esta criatura es tan débil y tan dudosa, que no se puede esperar conservarla sin milagro. El estado de este querido niño es una de las gran-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

des amarguras de mi vida. Digo lo que tú, querido Conde: mi poca sumision á las órdenes del Cielo en este particular, me pone en parage de apreciar en su justo valor mi cristianismo; sin embargo estoy sumisa, y no daria un cabello de mi cabeza por conservarle contra la voluntad del Todopoderoso. Este sentimiento amargo, que no es un crímen, demuestra no obstante la debilidad de mi fé y de mi sumision. ¿Qué fortuna de este mundo puede compensar los peligros de perder la gloria eterna, que tendria segura si muriese actualmente? Llevaria allá, no solamente la inocencia del bautismo, sino aun todas las virtudes de su edad. Bastante limitado por lo que hace á disposiciones para la ciencias, tiene una capacidad superior para las cosas de la salvacion: su virtuosa madre le ha inculcado, apénas ha podido entenderlo, un horror tan grande al pecado, que llora amargamente las ligeras faltas que se le escapan. Sus mayores placeres son el distribuir por sí mismo la limosna á los pobres; no se acerca á ellos sino con mucho respeto, sin sombrero, y los saluda profundamente al distribuírsela, como si se la diese á Jesucristo. No se le tiene mas que cuatro minutos en la capilla, y en este corto tiempo está como un ángel. Va allí regularmente por la mañana, y por la noche: es-

ta es su primera y última visita; y el dia que hace alguna cosa que merezca recompensa, obtiene algunos minutos mas. Va tambien allá siempre que comete alguna falta; en una palabra, es un fruto que desde el principio parece que madura para el cielo; hágase la voluntad de Dios. Conoceis que seria imposible abandonar este niño á cuidados de otros; esta es la razon que me impide acompañar á mis queridos hijos; porque estoy tan robusta como en mi juventud, excepto un dolorcillo que anda vagando del pié á la mano, que es casi imperceptible, y que la maledicencia califica de principio de gota. Por lo que á mí toca creo que es una verdadera calumnia; el tiempo aclarará este negocio: y á no ser que se declare enteramente, no me impedirá aceptar tus ofertas para esta primavera, si la salud de nuestro chiquito se fortifica lo bastante para sufrir el viage.

CARTA XII.

DE LA MARQUESA D.**** A MADAMA DE MONTIER.

QUERIDA MADRE MIA: Hubiera deseado poder escribiros al llegar aquí, pero las violentas agi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

taciones que he experimentado en el camino, juntas á las fatigas del cuerpo, me obligaron á dejar al Marqués el cuidado de daros cuenta de nuestro viage, pues yo no hubiera estado para deciros nada. Mi cuerpo andaba, y mi espíritu estaba de tal modo fijo en el parage que habia tenido precision de abandonar, que se podia decir de mí como de los ídolos de los gentiles, que tenian ojos que no veían y oidos que no podian oir. Sé que llamareis á esto debilidad; convendré en todo lo que querais; y lo que me consolará de la necesidad de convenir en ello, es que el Marqués no tenia mas valor que yo, aunque se contuviese mas; sobre todo, la fuerza no es la virtud de nuestro sexo; mi hermana ha llevado la porcion á que yo podia aspirar: soy débil, y muy débil; no me detengo en decirlo, para obtener buen cuartel de vos, madre mia, que sois verdaderamente la muger fuerte. No he tenido mas que veinticuatro horas para volver en mí; habia el Rey manifestado deseos de vernos, y fué necesario olvidarse de la fatiga; lo que hice sin dificultad, porque tengo como vos sabeis, una alma pusilánime en un cuerpo muy activo. Mi corazon está penetrado de las bondades de este Príncipe, que no temió abatirse demasiado demostrándonos el pesar que tenia de haberse dejado sorprender, y esta

accion me pareció heróica: es tan poco natural á los hombres, y sobre todo á los grandes, confesar que se han engañado á sí mismos, que miro semejante confesion como el mayor esfuerzo de una alma noble, y particularmente delante de sus inferiores. Al salir de palacio tuvimos en nuestra casa toda la córte; y si mi experiencia, ó mas bien vuestras lecciones, no me hubieran enseñado á valuar en su justo precio las caricias de los cortesanos, tal vez seria la burla de las demostraciones de amistad que recibo por todos partes. Debo mucho al Conde por la delicada atencion que ha tenido de alejar á Mastrilli: habia temblado muchas veces por el temor de encontrarle en su casa, aunque esté íntimamente persuadida que no tengo nada que temer de su vista. No puedo pensar, sin espanto, en los peligros que me hizo experimentar, y no sé si hubiera tenido fuerzas para sufrir sus miradas. El Conde lo habia sin duda previsto, y mi hermana acaba de decirme, que algunos dias ántes de mi llegada habia él hecho conocer á este señor, que no convenia que se viesen tan á menudo despues de lo que habia pasado; sin embargo, será preciso verle alguna vez, habria afectacion en rehusar su visita, si se presenta; quiero lisonjearme no obstante de que el Conde sabrá componer

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el bien parecer con mi inclinacion. La Condesa, que no puede oir pronunciar su nombre sin horror, atribuye el paso de su esposo á su complacencia por ella, y yo no trato de desengañarla. Encierro pues en el fondo de mi corazon mi agradecimiento á este amable Conde, y no será menos vivo por estar oculto. ¡Qué hubiera sido de mí si.... Pero me detengo demasiado tiempo sobre este artículo; el placer que tengo de hablaros me es sospechoso. Todos los efectos que veo de las pasiones violentas, me enseñan que toman éstas toda suerte de formas para introducirse, ó conservarse en el corazon, y solo se llega á destruirlas por un entero olvido del objeto que las hizo nacer. Me habeis mandado absolutamente que os diga mi parecer sobre las de mi hermana; la victoria que se lisonjea haber conseguido sobre sí misma, es bien equívoca. El orgullo es de buena composicion cuando se vé sobre la cabeza de todo el mundo; concede de buena gana á los otros todo lo que no pretenden exigir. Mi hermana es en la actualidad una especie de favorita: todo dobla la rodilla en su presencia, ¿qué mas podria desear? Pero yo no responderia de nada si la sobreviniese algun revés. A pesar de la lisonjera perspectiva que se presenta á los ojos de mi esposo, suspira por su retiro; vos teneis mucha parte en el violento deseo que tiene de hallarse en él. El mal estado de la salud de su hijo es el motivo, ó por mejor decir, el pretexto de que se vale para ocultar su disgusto por la córte, y la vida tumultuosa que se tiene en ella: sin embargo, por legítima que sea esta razon para ausentarse, principio á temer que halle mayores dificultades para ello que las que habiamos previsto. Este pensamiento nos aflige muy sinceramente; ha caido el velo para el Marqués; vé en su verdadera forma los honores, las riquezas y los placeres, y no acaba de admirarse de que su falso brillo haya podido seducirle durante un tan gran número de años. Creo á nuestro querido Conde en la misma disposicion, aunque su complacencia por mi hermana no le permita explicarse tan claramente como nosotros sobre este punto; la córte parece ser el elemento de mi pobre hermana, y será otro tanto mas dificil curarla de su amor al gran mundo, cuanto le justifica con un pretexto tan plausible como es el adelantamiento de su familia; nada olvida para hacernos entrar en sus intentos, sin confesarse á sí misma los verdaderos motivos que creo poder descubrir. Por segura que afecte estar del favor de su Soberano, quisiera fortificar su partido con la presencia de mi esposo, á quien ha vuelto el Rey

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

toda su confianza. Ella ha hecho entrar al Conde en la especie de conspiracion que forma contra nosotros, y con este motivo experimentamos persecuciones diarias. Mi esposo, no obstante, está dispuesto á pedir licencia para retirarse luego que buenamente pueda hacerlo, y el deseo que tenemos de retirarnos, nos alucina algunas veces con la posibilidad de obtenerla: sabremos dentro de poco lo que hay que esperar ó temer en este particular. No os recomiendo mi estimado hijo; conozco demasiado vuestra ternura por él para que me pueda quedar la menor inquietud por los contínuos cuidados que exige; en cuanto á esa gota, ó llámese reumatismo, que me parecia como á vos una bagatela cuando estaba en parage de saber de ella á todas horas, os aseguro que me parece algo formidable en la ausencia. Solo hay un medio de aliviarme, querida madre mia, que es decirme sinceramente el estado en que estais; me fiaré en vuestra palabra, si me prometeis ser sincera.

CARTA XIII.

RESPUESTA DE MADAMA DE MONTIER A LA MARQUESA.

Querida hija mia: He recibido por el mismo correo tu carta, y la del Marqués; supongo que la suya se ha atrasado por las tempestades del Monte Cenis; y á pesar de todo mi valor, y mis bellas resoluciones, no podia ménos de tener algunas inquietudes sobre las causas de este atraso. Habia previsto tus fatigas y tus temores; pero pregunto, querida hija mia, ¿de qué te turbas? ¿Es acaso preciso que la Providencia mude sus adorables y eternos decretos, para acomodarlos á tus gustos y á tus repugnancias? Somos pobres ciegos, que no comprenderémos jamás que una sabiduría infinita, una bondad sin límites preside á todos los acontecimientos de nuestra vida, y que son dirigidos para la mayor gloria del Criador y ventaja de la criatura, que sabe someterse con confianza. Fíjate bien en la imaginacion que uno que se salvaria en la corte, á donde el órden de Dios le llama, se perderia en la soledad á que su gusto le condujese. Da enhorabuena todos aquellos pasos que la prudencia te permita para obtener tu licencia, y está

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dispuesta al mismo tiempo á hacer á Dios el sacrificio de tu soledad, si su Providencia ordena otra cosa. Mil veces te he dicho que el gran mundo, ese pais de las ilusiones y de los encantos, no tiene peligros para los que no encuentran atractivo en él. ¿Qué seria éste, Dios mio, si todos los buenos en este punto se dejasen llevar de sus repugnancias? Es muy necesario que las almas débiles encuentren en él algunos recursos en sus buenos ejemplos. Estoy de tal modo persuadida á que la voluntad de Dios se manifiesta en nosotros, por los acontecimientos diarios que están unidos á los estados en que nos ha puesto, que no querria, sin haber hecho las mas largas reflexiones sobre ello, aconsejar á tu hermana el partido de retirarse. Es no obstante cierto que la corte tiene muchos mas peligros para ella que para tí; sin embargo, á nosotros no nos pertenece sondear los juicios del Altísimo para saber cuales han sido sus miras al conducirla allí. Dejémosle el cuidado de arrancarla cuando sea tiempo, contentémonos con pedir por ella, y no procuremos con nuestra pequeña industria precipitar estos momentos, porque nos expondriamos á echarlo todo á perder. Soy de tu dictámen en cuanto á la mudanza de esa pobre niña; su orgullo nada está menos que ven-

cido; es menester esperar una desgracia ruidosa, y quiero pensar que la misericordia de Dios se la prepara. Ella no está actualmente en situacion de recibir consejo; dejémosla lisonjearse de su victoria, hasta que el Señor tenga á bien el abrirla los ojos. Aplaudo tus precauciones y tus temores respecto á Mastrilli, con tal de que no hagas nada en el exterior que pueda ser reparado. Estas son las ocasiones en que es menester decir con el proverbio, la desconfianza es la madre de la seguridad. La salud de tu hijo está mucho mejor despues de tu partida; aquellas calenturillas que le daban por la noche, han desaparecido; tiene mas apetito, mas sueño, mas fuerzas, y si contra lo que pensabais, estais forzados alargar vuestra mansion en Turin, me lisonjeo que si esto continúa, se hallará en estado de irse con vosotros este Estío: pongo una condicion que me parece no romperá el ajuste, y es el que yo seré del viage, á no ser que me digas que no quieres recibirme; esto es anunciarte que no se trata ya de aquellos dolores que no tenian nombre determinado, y de los cuales triunfo: la gota no se vá tan fácilmente. Adios, hija mia querida, no me escasees tus cartas, porque hacen todo el placer de mi vida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARTA XIV.

DE LA MARQUESA D.**** A MADAMA DE MONTIER.

Querida madre mia: ¡Cuán cruelmente se han verificado mis temores! La repugnancia que tenia en dejar mi amada soledad, era seguramente una advertencia del cielo. ¿Por qué no escuché su voz? No estaria si la hubiera obedecido en la situacion mas dolorosa que se puede imaginar. Perdonad, Señor, mis quejas; disminuid mis males, ó hacedme la gracia de aumentar mi valor. ¿Pero para qué teneros mas tiempo suspensa, querida madre mia? Retardar algunos instantes la relacion de nuestras comunes desgracias, nada puede disminuir la viva afliccion que no puede menos de causaros. Si no quereis poner el colmo á la mia, armaos de aquel valor que toma su orígen en vuestra fé, vivimos todos, y el cielo, que nos ha salvado como por milagro, puede aun detener las tristes resultas del terrible accidente que voy á contaros.

Se habia en fin determinado el Marqués á pedir su licencia, y se presentó con esta intencion al levantarse el Rey. S. M. que estaba prevenido, no escuchó su peticion, y le mandó que no pensase en dejar la corte donde tenia necesidad de sus servicios. Concedióle, con una bondad mucho mayor que el beneficio, una pension considerable, y una plaza en su consejo: y al mismo tiempo me hizo expedir el título de aya de las Princesas, y ha aumentado en ni favor los emolumentos de este empleo. Esta noticia fué para mí desde luego un rayo, y estuve mas de una hora como sin facultad de pensar; tan aterrada estaba. En fin, á pesar de mi repugnancia á empleo semejante, fundada sobre todo en mi incapacidad, traje á la memoria lo que me deciais en vuestra última carta, y creí descubrir una órden de la Providencia en ofrecerme un honor que no hubiera podido buscar ni preveer. Me sometí, y para suavizar lo que este sacrificio tenia de duro, me lisonjeé de teneros aquí por guia en un empleo de esta importancia, y tan superior á mis débiles talentos. Inmediatamente que se esparció la voz de estos favores, tuvimos á toda la corte, y á los principales de la ciudad, que se esforzaban en ocultar los transportes de una envidia desesperada, bajo los falsos exteriores de un gozo sincero. Cansada de un dia tan molesto, propuse al Marqués que pidiese permiso al Rey para ir á pasar una temporada en el campo;

nesecitaba recogerme, y esperar vuestros consejos ántes de encargarme del enorme peso que acababan de imponerme. Una señora, que tenia por menos enemiga mia que las otras, y que sin duda lo es en efecto, me suplicó que aceptase una bonita casa que está situada en las riberas del Pó, á cuatro leguas de Turin; solamente me pidió que la diese un dia para ponerlo todo en estado de recibirnos.

No penseis, querida madre mia, que sospeche que esta señora ha entrado de algun modo en la horrible trama que ha estado para ocasionar nuestra pérdida; ella es á lo mas la causa inocente: habrá hablado de esta partida, y de la dilacion que nos pidió, y algun diablo en figura humana se habrá servido de esta ocasion para hacernos perecer. Verdaderamente que la empresa estaba tan bien concertada, que no hubiéramos podido escapar sino por milagro. Nos embarcamos en una bonita barca que pertenecia á la señora á cuya casa ibamos: un corto número de nuestros criados nos seguia en otro barco; pero siendo muchos mas nuestros remeros, los habiamos dejado muy atrás. Estábamos en medio del rio, frente por frente del Valentino, cuando descubrimos que nuestra barca hacia agua por todas partes. No podiamos con razon atribuir



Pag.ª 78.

Tom. 2.º

esto sino á la casualidad, y el Marqués mandó á los remeros ganar tierra á fuerza de remos. Al instante se echaron al agua estos miserables, y ganaron nadando la orilla opuesta al Valentino. Supe despues que habian encontrado prevenidos caballos de posta, que habian seguido desde Turin nuestro navío para favorecer su huida. Mientras tanto se anegaba nuestra barca, y antes que el Conde y el Marqués se desnudasen, fuímos sumergidos. No me preguntеis lo que fué de mí entonces; perdí enteramente el sentido, y cuando volví en mí, me hallé sobre la ribera entre los brazos ¿de quién? de Mastrilli. Un leon, una serpiente, ó algun animal mucho mas terrible, me hubiera asustado menos: dí un grito penetrante y sin hacerme cargo de mi debilidad, me levanté, y me huí con una ligereza admirable. Es cierto que la vivacidad de mi carrera se debilitó bien pronto; mis fuerzas me faltaron segunda vez, caí sobre la yerba, y viendo que Mastrilli me seguia, le grité juntando las manos: por Dios no os acerqueis. Este pobre jóven, que no podia adivinar el motivo del horror que le demostraba en una circunstancia en que le debia la vida; este pobre jóven, vuelvo á decir, se detuvo algunos minutos con los brazos cruzados, mirando lo que despues pasaba como una debi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lidad de espíritu, motivada por el grande espanto que habia yo tenido, y así se acercó á pesar de mis gritos. Animaos, señora, me dijo; vuestro esposo está seguro igualmente que el Conde; permitidme que os conduzca á donde los he hecho llevar. ¡Ay Dios mio! exclamé ¿qué se ha hecho mi desgraciada hermana? La creo libre, respondió Mastrilli con un aire un poco embarazado, á lo menos estoy cierto de que vuestras gentes que seguian vuestro barco, la han vuelto á sacar del agua; pero como han desembarcado á la otra parte, á una distancia bastante grande de aquí, no tengo mas noticia; he enviado á un criado mio para informarme, porque no quise abandonaros en el estado en que estábais. A estas palabras, que parecian anunciarme la muerte de mi pobre hermana, volví á caer en un desmayo tan profundo, que duró muchas horas. Me hicieron llevar en este estado á un cuarto de la casa, y cuando abrí los ojos se dieron prisa á decirme que mi pobre hermana estaba viva. Mastrilli no dejó á mi esposo, al que contó con ingenuidad la especie de espanto que me habia acometido cuando se acercó á mí; queria retirarse inmediatamente que me creyó fuera de peligro; pero el Marqués no se lo permitió, y me le presentó diciéndome, que todos le debiamos

la vida; y ved aquí la relacion de lo que ha sucedido.

Habia tenido mi esposo desde que está en Turin algunos accesos de fiebre que le habian debilitado mucho, y de los que no os habia hablado por temor de inquietaros; el me lo habia prohibido expresamente, con la esperanza de que esto no seguiria, como en efecto ha sucedido, y así estaba en una especie de convalecencia. Supo perfectamente nadar en su juventud, pero hacia treinta años que habia abandonado enteramente este ejercicio; por otra parte, están tan sumamente frias las aguas del Pó en esta estacion, en que crecen por el torrente de las nieves que caen de los montes, que se pasmaron sus sentidos. Iba á perecer, si por la mayor felicidad del mundo, ó por mejor decir, si por una bondad particular de la Providencia, no se hubiese Mastrilli hallado en el borde del rio. Como se pierde absolutamente la cabeza en esta suerte de ocasiones, creyendo el Conde asir á su esposa, me habia tomado por mi vestido, que era semejante al de su muger, y nadaba lo mejor que podia con el otro brazo. Mi desgraciada hermana, á quien nadie socorria, habia desaparecido; el Marqués, despues de haber forcejado algun tiempo, principiaba á tragar agua; con que así, Mastrilli no pudo hacer eleccion de

los que queria socorrer; viéndome en manos del Conde, se echó en el rio, asió el Marqués, y le condujo á la ribera; y aunque nosotros estábamos aun distantes, no temió exponerse segunda vez para poner en seguridad mi vida, y la de mi cuñado. Era ya tiempo, pues las fuerzas principiaban á faltar al Conde, y confiesa que estaba á punto de caer. Apénas estuvo en tierra, cuando reconociendo su error, quiso echarse en el agua para socorrer á su esposa; ¡ay de mí! Si el cielo no hubiese velado en su conservacion, sus cuidados hubieran sido absolutamente inútiles. Le hicieron reparar que no parecia, y el Marqués y él me abandonaron á Mastrilli para ir cada uno por su lado á hacer diligencias de encontrar un barco. No se habian aun separado, cuando descubrieron uno de sus criados que abordaba en la lancha que los habia traido de Turin, y que les tranquilizó mucho, diciéndoles que mi hermana estaba viva al otro lado; pasaron allá inmediatamente, y el Marqués volvió sobre la marcha para traerme esta buena noticia.

Tengo por preciso haceros la descripcion de lo que sucedió á mi hermana. Mas valerosa que yo habia conservado su serenidad en un peligro tan grande; ella sigue la moda de llevar cotilla, y con este socorro se mantuvo derecha algun

tiempo; pero como era llevada por la corriente, las aguas, que eran fuertes en un estrecho formado por dos islas, las aguas vuelvo á decir, la hicieron caer hácia atrás: estuvo dos veces en el fondo del rio, y otras dos volvió á parecer; á la segunda permitió la Providencia que se remontase hasta la superficie del agua, en un lugar en que gruesas raices de árboles se adelantaban en el rio: se asio de una, y lo que hay mas digno de admiracion, es que se desmayó sin soltar la presa. Dicen que este desmayo la salvó la vida, porque interceptándosela la respiracion, no tragó el agua con que las olas la cubrian de cuando en cuando; esta es la disposicion en que la hallaron nuestras gentes, habiendo dirigido el cielo su barca hácia aquel parage; porque estando muy distantes de nosotros para distinguirnos, ignoraban la cruel desgracia que nos habia sucedido. Como estaban al otro lado frente de una casería, la han trasladado allá: los médicos que han enviado á buscar á Turin, aseguran que está fuera de peligro, aunque tenga un poco de calentura, lo cual no es estraño despues del susto y fatiga que experimentó luchando con las olas. Dicen que tambien tengo yo un poco, lo que siento mucho, porque me impide el que me lleven al lado de esta querida hermana, que miro como

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

resucitada, y que tengo muchos deseos de ver.

Apénas haria una hora que habia pasado todo esto, cuando fué instruido el Rey de nuestra desgraciada aventura, y mostró los mas vivos transportes de indignacion al saber un atentado tan horrible, casi ejecutado á su vista. Mandó que siguiesen á nuestros remeros, y ha prometido una buena recompensa á los que pudiesen alcanzarlos y prenderlos. Todas estas señales de bondad no le parecieron suficientes; vino él mismo al Valentino, quiso verme, y me demostró con mucha afabilidad la parte que tomaba en el riesgo que habíamos corrido. Al mismo tiempo la señora que nos habia prestado su barco, llegó de tal modo, que nos dió mucha lástima. Está en la última desesperacion, y se echó á los piés del Rey conjurándole que la permitiese confinarse en la ciudadela, hasta que se hayan aclarado los autores de esta traicion. Promete mil escudos al que pueda dar algunas luces, ó traer á un solo remero; pero sin duda estaban demasiado bien tomadas sus precauciones, y la ventaja que tienen les libertará de las pesquisas. Todo lo que acabo de referiros ha pasado en poco tiempo, y me doy prisa á escribíroslo, á pesar del abatimimiento en que estoy, por temor de que al saberlo por las noticias públicas,

creais ser mayor el mal que lo que es en efecto.

Antes de hacer partir esta carta, me traen noticias de mi hermana; ha vuelto en sí enteramente, y se la vá á llevar á Turin, donde estaré yo en estado de ir dentro de algunas horas. Apénas la haya visto, haré partir un propio, que tal vez llegará ántes que mi carta, que pongo en el correo á toda contingencia. Libre de las inquietudes que me causaba el riesgo de esta querida Condesa, estoy en estado de reflexionar sobre las terribles resultas, que todo esto puede tener respecto á mí. Vos debeis, amada madre mia, conocer mis temores; este cruel acontecimiento nos pone necesariamente en la mas estrecha comunicacion con Mastrilli; no puedo, sin esponerme á descubrir mis motivos, oponerme á la voluntad del Marqués, que deseará sin duda que le mire como un amigo á quien todos nosotros debemos la vida. La huida es el único medio que me queda para evitar el disgusto, y tal vez el peligro de verle todos los dias; espero vuestras órdenes en este particular.

Se me olvidaba deciros que Mastrilli se habia presentado igualmente que los otros á darme la enhorabuena de mi nuevo empleo; y que no puede ser bastante dueña de mí misma para recibirle como debia esperarlo; me puse encarnada, pá-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lida, y le retire la mano, que queria coger como los otros. Esto es mucha tontería, convengo en ello, pero es involuntaria. El solo nombre de este hombre me hace estremecer de los piés á la cabeza; no sé si reparó la impresion que hizo en mí su vista, casi lo desearia: creria que le aborrezco, y tal vez creria la verdad; á lo ménos le aborreceré bien pronto; estoy segura, y esto me tranquilizará.

CARTA XV.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

QUERIDA MADRE MIA: principio por suplicaros en el nombre de Dios, que no os asusteis de lo que os voy á escribir respecto á mi hermana, pues los médicos nos aseguran que su estado no es peligroso; fiaos de mí en esto, y persuadios bien que yo no querria engañaros. Para aquietaros en este particular, os doy mi palabra de honor de que no os ocultaré ninguna de las circunstancias en que se halla, y en que se pueda hallar en el discurso de su enfermedad, si es mas larga de lo que se cree; os consta que por todas las cosas de este mundo no querria violar el juramento que os he hecho. Mi sinceridad en esta carta

y en las siguientes, deben fijar vuestra imaginacion precisamente á lo que os diré, é impedirla que se adelante á mas. No me han permitido ver á esta pobre muger el dia de su desmayo; á la verdad, ella tenia una violenta calentura, y yo no estaba muy buena; si os escribí alguna cosa menos temible, fué porque me habian engañado á mí misma para engañaros á vos mas seguramente; esta es una atencion del Marqués, que me ha jurado no tendrá mas. Le he hecho conocer que era de la última consecuencia el deciros francamente el estado de las cosas, á fin que pudieseis vos juzgar de ellas. Os insinué tambien que la habian llevado á su casa; así lo querian al principio; pero los médicos se opusieron á ello, y no me instruyeron de esta mudanza hasta despues de la partida de mi carta, porque si no os lo hubiera dicho. Despues de haber pasado una noche bastante tranquila para la situacion en que estaba, declaré que absolutamente queria verla, y esta mañana me llevaron á la casa donde se ha quedado. Acababa de quitársela enteramente la calentura; á lo ménos en lo exterior no la queda sino una grande debilidad, y una profunda melancolía, cuyo motivo se obstina en ocultarnos, y que aseguran los médicos, que es un resto del susto que tuvo; nos piden por favor que la aban-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

donémos á sus cuidados, y verdaderamente parece que tiene ella alguna repugnancia en vernos, es decir, al Conde y á mí; sufre de mejor gana al Marqués. Dicen que aun tiene algo de calentura interna que la coge el cerebro, y que le pinta de un modo siniestro todo lo que se ofrece á sus ojos. Nos prometen que dos dias de reposo la repondrán enteramente, y vos debeis fiaros en esta promesa, pues nos la hacen los mas hábiles médicos de Turin, que el mismo Rey envió cuando supo nuestro accidente, y á quienes se la recomendó con la mayor eficacia. Fiaos de mí, ó por mejor decir, de todos nosotros en cuanto al cuidado de esta querida hermana; os reitero la promesa de escribiros exactamente su situacion, y hablaros siempre con sinceridad. Tranquila sobre el estado de esta pobre niña, no lo estoy en cuanto al mio, ó para hablar mas adecuadamente me causa mortales angustias. Mastrilli no se separa ya de nosotros: penetrado el Marqués de reconocimiento, se queja de mi tibieza para con él, pues esta se descubre á mi pesar; ¿cómo me libraré de una situacion tan cruel? Toda mi esperanza está en que apenas se restablezca mi hermana, dejarémos á Turin; me he esplicado en este tono con el Marqués, y le he declarado con una firmeza que le ha sorprendido, porque no me

es natural, que me era imposible vivir, y que yo no tendria aquí un momento de tranquilidad; que me creia siempre rodeada de puñales, de venenos, y de asesinos. Bendigo al cielo porque me ofrece un pretesto tan plausible para ocultar el verdadero motivo de mi repugnancia á permanecer aquí, y el deseo de apresurar mi partida. Vos lo aprobareis sin duda, querida madre mia; presumiria demasiadamente de mí, si consintiese en quedarme en un lugar en que mi débil virtud estaria demasiado espuesta. La funesta pasion que experimenté en otro tiempo, está pronta á renacer de sus cenizas: lo conozco por el horror que me inspira la presencia de Mastrilli, que llega hasta faltarme poco para desmayarme cuando entra en mi casa; esta es sin duda una inspiracion que me viene del cielo, y que no debo despreciar.

Cuando acababa mi carta, vino el médico á decirme, que habiendo mi hermana dormido cinco horas seguidas, se ha despertado tan sosegada, que está en disposicion de poder sufrir la mudanza; nos la van á traer en una litera, y no cerraré esta carta hasta despues de haberla visto.

Mi hermana ha sostenido perfectamente la mudanza; y mi esposo, que ha venido en su litera, asegura que ha estado tranquila en el camino;

queria yo irla á recibir, pero me suplicaron que la evitase esta emocion, y que omitiese mi visita hasta mañana. No la he visto pues sino por la ventana; tiene muy buen semblante; creo que no me ha visto, porque al bajar de la litera volvió la cabeza á otra parte; apenas queria que la sostuviesen; en una palabra, me parece que pronto convalecerá.

CARTA XVI.

RESPUESTA DE MADAMA DE MONTIER A LA MARQUESA.

QUERIDA HIJA MIA: tu tranquilidad no me engaña; te han ocultado y continúan ocultándote la enfermedad de tu pobre hermana. Adivino la triste situacion de esa desgraciada, y en vano seria el esforzarse á ocultármela. Si el cielo no hubiese puesto un obstáculo invencible á mi partida, volaria á su socorro; pero la Providencia me intima sus órdenes. Aquel mal que de cuando en cuando me retentaba un poco, se ha declarado en fin; es una gota ciática, que aunque no es muy dolorosa, me tiene clavada en la cama. Hágase la santísima voluntad de Dios; no es á pobres criaturas como nosotros á quienes pertenece sondear sus decretos, que es menester adorar si-

lenciosamente. No te queda para tranquilizarme otra cosa que cumplirme la palabra que me has dado. Esta es el no ocultarme ninguna de las circunstancias de la enfermedad de esa querida hija, ó mas bien de su locura; porque de lo poco que me dices, he inferido lo que no te atreves á confesarme, ó lo que tal vez ignoras tú aun; es tambien esencial que sea exacta la relacion que me hagas: estoy vivamente asaltada de un pensamiento que podrás tú confirmar ó destruir. Para trabajar eficazmente en volver la razon á nuestra condesita, es menester saber á qué atribuir el trastorno de ella: la conozco demasiado para creer que el temor de la muerte haya sido bastante para transtornar su cerebro; tiene mucho valor, y además habia conservado la esperanza de escaparse del peligro. Puede ser que sin pensar en ello me hayas tú insinuado la causa de su mal. Su orgullo ha sido cruelmente herido en ciertas circunstancias, que hablando humanamente, no son sino efecto de la casualidad, y que miro yo con otros ojos. El abandono en que se halló mientras que todos los cuidados se dirigian á tí, ha ofendido mortalmente su vanidad, y es suficiente para producir en ella un efecto tan terrible. Si perdiese yo de vista un instante la ciega sumision que debe la criatura á su Soberano

queria yo irla á recibir, pero me suplicaron que la evitase esta emocion, y que omitiese mi visita hasta mañana. No la he visto pues sino por la ventana; tiene muy buen semblante; creo que no me ha visto, porque al bajar de la litera volvió la cabeza á otra parte; apenas queria que la sostuviesen; en una palabra, me parece que pronto convalecerá.

CARTA XVI.

RESPUESTA DE MADAMA DE MONTIER A LA MARQUESA.

QUERIDA HIJA MIA: tu tranquilidad no me engaña; te han ocultado y continúan ocultándote la enfermedad de tu pobre hermana. Adivino la triste situacion de esa desgraciada, y en vano seria el esforzarse á ocultármela. Si el cielo no hubiese puesto un obstáculo invencible á mi partida, volaria á su socorro; pero la Providencia me intima sus órdenes. Aquel mal que de cuando en cuando me retentaba un poco, se ha declarado en fin; es una gota ciática, que aunque no es muy dolorosa, me tiene clavada en la cama. Hágase la santísima voluntad de Dios; no es á pobres criaturas como nosotros á quienes pertenece sondear sus decretos, que es menester adorar si-

lenciosamente. No te queda para tranquilizarme otra cosa que cumplirme la palabra que me has dado. Esta es el no ocultarme ninguna de las circunstancias de la enfermedad de esa querida hija, ó mas bien de su locura; porque de lo poco que me dices, he inferido lo que no te atreves á confesarme, ó lo que tal vez ignoras tú aun; es tambien esencial que sea exacta la relacion que me hagas: estoy vivamente asaltada de un pensamiento que podrás tú confirmar ó destruir. Para trabajar eficazmente en volver la razon á nuestra condesita, es menester saber á qué atribuir el trastorno de ella: la conozco demasiado para creer que el temor de la muerte haya sido bastante para transtornar su cerebro; tiene mucho valor, y además habia conservado la esperanza de escaparse del peligro. Puede ser que sin pensar en ello me hayas tú insinuado la causa de su mal. Su orgullo ha sido cruelmente herido en ciertas circunstancias, que hablando humanamente, no son sino efecto de la casualidad, y que miro yo con otros ojos. El abandono en que se halló mientras que todos los cuidados se dirigian á tí, ha ofendido mortalmente su vanidad, y es suficiente para producir en ella un efecto tan terrible. Si perdiese yo de vista un instante la ciega sumision que debe la criatura á su Soberano

Señor, no sostendria un minuto este pensamiento. ¡Qué desgracia el haberse puesto en una situacion que se tenga necesidad de un remedio tan amargo! Sin embargo, por dolorosa que sea esta reflexion, me ofrece un punto de vista que me sostiene: y una voz secreta parece anunciarme que este acontecimiento no será para ella tan triste como parece. Dios no ha abandonado enteramente á los que castiga aun. Una prosperidad continua era el castigo mayor que temia yo para esa desgraciada.

Su Divina Magestad quiere salvarla, pues la castiga de un modo tan terrible, y todo era menester para confundir su soberbia. No te recomiendo que pidas sin cesar por ella, porque la religion te impone esta ley, aun cuando no te incitase á ello el tierno afecto que has tenido siempre á esa pobre niña, que es acreedora á él por un gran número de buenas cualidades que tiene por otra parte. Estoy íntimamente persuadida que á Dios solo es menester dirigirse para ver el fin de todo esto, y que esta humillante enfermedad, es al mismo tiempo el castigo, y el remedio que su Divina Magestad habia preparado en su misericordia, y desde toda la eternidad para curar esa llaga profunda que el orgullo ha hecho en el alma de esa hija de mi dolor. Ojalá sirva

este pensamiento, que sostiene mi valor, para reanimar el tuyo: guardémonos de irritar al Señor con nuestras quejas, y adorémos su sabiduría, que sabe sacar de los mayores males, bienes que no hubiéramos podido preveer, ni aun nos atreveriamos á esperar. Te repito sin cesar esta máxima, mi amada Marquesa, porque es la única que creo propia para conservarnos en la paz. ¡Qué hariamos nosotros en el mundo, si pudiese ella debilitarse en nuestra alma! ¡Ay de mí! Estamos en él como sitiados por un tropel de males y peligros. No hay para criaturas como nosotros manantial alguno de felicidad, que no lleve en sí la semilla de los mas crueles disgustos, porque siendo por su naturaleza perecederos los objetos sobre los cuales fundamos nuestra satisfaccion, nos los pueden arrebatar á cada instante. El medio, segun esto, para gozar con tranquilidad de ellos, es el descansar en la Providencia. ¡Oh, que bien podemos nosotros exclamar con el sábio! Vanidad de vanidades, y todo vanidad, fuera de amar y servir á Dios. Este divino amor es nuestro bien, nuestro único bien, porque nadie sino él nos le puede quitar, si nosotros no queremos. De todas las desgracias que tenia que temer tu pobre hermana, la que experimenta parecia la menos verosímil; su espíritu era firme, animoso, é inacce-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sible al temor. ¿Cuántas veces la he oido alabarse de esta cualidad? ¿Por cuán superior se tenia á las de su sexo, cuyas flaquezas la hacian avergonzar? Insensata, que no sabia que aquel genio superior que admiraba en sí, era prestado, y que el que se lo dada era dueño de privarla de él en un instante. Por lo demás, hija mia, seria una barbarie, de que no te creo capaz, abandonar á tu hermana en la cruel situacion en que está. Conozco que las presentes circunstancias te suministran fuertes razones para dejar un lugar donde tal vez tu virtud tendrá que sostener duros combates; pero esta ocasion, distante, y muy distante de pecar, no la has buscado tú; la Providencia te dará fuerzas á proporcion de los peligros, á que te expone. No conviene del todo que dejes percibir al Marqués tus temores, y tu repugnancia por Mastrilli: como no son regulares, sospecharia que habia algun misterio, que tal vez querria profundizar: si llegasen las cosas á cierto extremo, podrias recurrir al Conde; me lisonjeo aun que no esperaria que le rogases, pues su afecto por tí, y el conocimiento que tiene de tus disposiciones, le harán sentir lo penoso de tu estado. En medio de todas nuestras penas, nos ha enviado el Señor un gran motivo de consuelo; la salud de tu hijo se restablece insensiblemente; su

temperamento se fortifica, y principio á lisonjearme de que Dios, que conoce tu debilidad y la mia, nos dispensará de beber el cáliz que, por decirlo así, casi hemos tenido en los labios. No obstante, es menester ponerle en sus manos como todo lo demás.

CARTA XVII.

DE LA MARQUESA D*** A MADAMA DE MONTIER.

Querida madre mia: Tengo necesidad de volver á leer vuestra última carta en todos los instantes para mantenerme en la sumision que debo á las órdenes del Todopoderoso. Es tan espantosa y tan terrible para mi la situacion á que me veo reducida, que estoy en peligro de olvidar á cada paso que nada sucede sino por una sábia disposicion del Ser infinitamente sabio, é infinitamente bueno. Habeis bien adivinado el estado de mi desgraciada hermana; está loca, y lo mas terrible para mí es, que tengo motivo para creer que soy la causa inocente de su enfermedad. La aversion que nos tiene á mí, al Conde y á Mastrilli, son pruebas indudables de que habeis acertado la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

causa de su locura; no puede sufrir sino al Marqués, el cual casi no la deja, y se agita de un modo tan espantoso cuando nos acercamos á ella, que los médicos nos han prohibido el entrar en su cuarto; de suerte que estoy tan separada de ella en la misma casa, como si estuviésemos cien leguas una de otra. No creais que sea este un pretexto para irme con vos y abandonarla; no, querida madre mia, mi corazon no me permitiria una crueldad semejante; por otro lado me queda aquí el débil consuelo de saber de ella á cada instante; molesto á sus guardas, y voy cien veces cada dia á la puerta de su cuarto. Se lamenta sin cesar de la desgracia que tiene de haber encontrado en una hermana que únicamente queria, una rival que la roba todos los corazones. Hace desde por la mañana hasta la noche la comparacion de lo mucho que ella vale con lo poco que merezco, y acaba por asegurar que no me perdonará nunca. Vedme cargada con el ódio de mi pobre hermana, y en la realidad ella tiene algun motivo de quejarse: yo no valgo nada. Fatal viage, Dios le habia determinado en su cólera. Ademas de mi dolor, tengo que sufrir el del Conde, que desechado del cuarto de su esposa, no deja el mio: no tiene alivio sino en poner su dolor en mi seno, y está en un abátimiento que no es posible pintaros. En

cuanto á Mastrilli, no viene á mi casa sino con mi esposo, y tengo que dar muchas gracias al Señor en este particular. Sea que me haya su Divina Magestad premiado con una victoria completa los esfuerzos que hice en otro tiempo para arrancarle de mi corazon, sea que la penosa situacion en que me hallo, haya disipado todos mis demas sentimientos, lo cierto es que le veo sin emocion, y con una especie de indiferecia que me asegura. El Señor, que conoce mi debilidad, no ha permitido el nuevo género de penas que hubiera experimentado, si hubiese sido menester combatir sin cesar contra mi propio corazon. A la verdad creo que hubiera caído, porque la sola idea de un pensamiento contrario á mi deber, y á lo que debo al mas respetable de todos los hombres, esta sola idea, vuelvo á decir, me hace erizar los cabellos.

Mi hermana está en manos de uno de los médicos mas hábiles del mundo; conocedlo por lo que sigue. Decidió desde luego, y sin ser prevenido, que la enfermedad de mi hermana provenia de una violenta pasion, y en consecuencia de esto dijo que era menester renunciar á los métodos usados, para seguir uno particular que nos asegura debe ser infalible. Se ha asociado al Marqués para asistir á la enferma, y nos da su pala-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bra de que verémos bien pronto el mas feliz suceso de ella. Yo creo mas vuestros presentimientos que sus promesas; Dios no podrá rehusaros la curacion de esta querida hija: esta curacion será completa; y cuanto mas amargo sea el remedio de que se sirve, será mas eficaz. Admito como vos el consuelo que me procura la Providencia con el restablecimiento de la salud de mi hijo; si me vuelve á mi hermana y á mi querida soledad, no me queda mas que apetecer. El Marqués entra actualmente, y no cerraré mi carta hasta despues de haber recibido noticias positivas de mi hermana.

¡Ah, querida madre mia! ¿qué nueva infelicidad tengo que temer? Mi hermana está mucho mejor; todo el mundo lo asegura; lo creo por el gozo que descubro en el semblante de todos los que la ven, y sin embargo, el Marqués tiene una tristeza que me hiela de espanto. Se ha mudado tanto su fisonomía, que el Conde se quedó inmoble al mirarle. Por mas que le he preguntado la causa de una mudanza tan desagradable, no lo ha querido decir; tan imposible es hacerle hablar, como poder adivinar lo que tiene; me mira tristemente y vierte lágrimas, que quiere en vano esforzarse á detener. El Conde que le habló á solas, se ha valido inútilmente del poder que tiene sobre él, para empeñarle á que le abra su corazon; pero se obstina en guardar un silencio que me mata. Despues de haber estado mas de una hora en su gabinete, donde le oímos pasearse con pasos como de un hombre muy agitado, entró en mi cuarto para decirme que tenia necesidad de tomar el aire y suplicarme que si acaso venia Mastrilli durante su ausencia, que le detuviese á comer: tenia yo una grande repugnancia en encargarme de este convite, y creo que me puse encarnada; sin embargo, me serené pronto, y no pude rehusarle este acto de condescendencia. El Conde queria acompañarle, pero él le suplicó que le dejase salir solo, y fué obedecido.

La presencia de Mastrilli parece que volvió al Marquéss algo de tranquilidad, y estuvo tan alegre como podia permitírselo nuestra situacion. Ya me lisongeaba de que no seguiria en el estado en que le habiamos visto; pero esta esperanza no me duró mucho tiempo. Ha pasado una noche muy agitada, y no se me pudo quitar del pensamiento que soy la causa de su afliccion. ¿Habrá él descubierto la desgraciada inclinacion que tuve en otro tiempo á Mastrilli? No faltaria ya mas que esta circunstancia á mi infelicidad. Sin duda me sobresalto fuera de tiempo; solo el Conde descubrió una inclinacion que no conocia yo misma,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y tengo bien exprimentada su probidad para permitirme dudar de su prudencia. Al primer movimiento que me ocasionó este temor, estuve tentada á echarme á los piés de mi esposo, hacerle una confesion sincera de mis pasadas disposiciones, y de las que tengo ahora: el Marqués es demasiado justo para hacerme un crímen de una involuntaria inclinacion que combatí inmediatamente que vos me la hicísteis conocer, y de la que me ha hecho Dios la gracia de triunfar. Estoy bien distante de temer actualmente la recaida de mi debilidad respecto á esta. Os aseguro que aborrezco á Mastrilli, y le aborreceria mucho mas, si pudiese creer que tenia él alguna culpa de las penas é inquietudes que experimenta mi esposo. Sin duda me equivoco en mis recelos: ¿pero cuáles pueden ser las causas de estas lágrimas y de estos suspiros? Decidme lo que conjeturais de esto, y dictadme la conducta que debo observar si por desgracia se verifican mis presentimentos.

Me habeis mandado que no os oculte nada respecto á mi hermana; yo he jurado obedeceros, y necesito todo el temor de faltar á mi juramento para determinarme á descubriros el estraño remedio de que se sirven para curar su espíritu; una especie de moza de cámara acaba de instruirme

de él fuera de tiempo. Esta simple, que habian puesto para guardar á la enferma, se ha escapado para venirme á decir, con las lágrimas en los ojos, que no podia estar mas en un parage en que se murmuraba de mí sin cesar. Vuestro esposo, y el médico, me dijo, se unen para decir mal de vos, y no tienen vergüenza de asegurar á la Condesa que su hermosura es mucho mayor que la vuestra y que tiene mil veces mas talento que vos. No solamente os ultrajan á vos, señora, sino que venden tambien al Conde: pues quieren persuadir á su muger, que el Rey esta enamorado de ella, y que no espera sino su perfecta curacion para hacerla la primera dama de la córte. En cualquiera otro tiempo me hubiera reido yo de la simplicidad de esta muger, y de la cólera que la sugiere su afecto por mí. He procurado hacerla conocer la razon de esto lo mejor que he podido, y empeñarla al silencio ofreciéndola hacer su fortuna si podia callar. Está tan enfada contra mi hermana, como contra mi esposo, por que parece que tiene mucho placer en el mal que le dicen de mí. ¿Cuál será la confusion de esta pobre muger si la llegan alguna vez á informar del gran número de personas que han sido testigos de sus debilidades? Nada olvidaré para ocultarla este conocimiento, y si el cielo es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cucha los votos que hacemos por su salud, haré partir á esta muger, y la estableceré ventajosamente en una de nuestras tierras por precio de su discrecion. Mi hermana duerme al presente con un sueño muy tranquilo; la han vuelto las ganas de comer, y baja á tomar el aire al jardin: yo la veo desde mi ventana, se entiende, por entre las celosías, porque es necesario que no me vea. De algunos dias á esta parte no tiene calentura; esto es lo que el médico acaba de decirme, y lo que asegura ser presagio de un próximo restablecimiento; y me hace aun esperar que la podré ver bien pronto sin precauciones. A todas mis inquietudes se juntan las que me dá el estado de vuestra salud: temo que vos no la cuideis. El Marqués ha escrito á Mr. M.... á Ginebra para poneros en sus manos, pues tiene mucha confianza en él; plegue al cielo que tengais tambien alguna. Traed por Dios á la memoria, querida madre mia, la necesidad que tengo de vuestros consejos igualmente que mi pobre hermana. ¿Qué seria de nosotros, si tuviésemos la desgracia de perderos?

CARTA XVIII.

DE MADAMA DE MONTIER A LA MARQUESA.

Querida hija mia: Te conjuro que repases todas las circunstancias de tu vida; trae á la memoria el cuidado con que te ha conducido la Providencia, y los milagros que ha hecho para justificarte. Díte á tí misma lo que te he repetido tantas veces: que los juicios de Dios, y sus intenciones, son impenetrables á nuestros débiles ojos; que no se puede sondearlos sin temeridad; y vé aquí el único remedio que puedo ofrecerte en la penosa situacion en que estás. La tristeza de tu esposo es un laberinto en que me pierdo, y poco ha faltado para que adoptase yo tus ideas respeto á su causa. Tampoco debo disimularte lo que he creido descubrir; me pareció que habian abierto tu última carta. Tal vez me habré engañado, y podria muy bien suceder, que sea trabajo de mi imaginacion. De cualquier modo que sea, no me escribas ya directamente cuando tengas alguna cosa secreta que preguntarme; da tu carta al Conde, que sabrá hacérmela recibir seguramente, y yo le dirigiré mis respuestas. Hablémos de tu pobre hermana, cuya situacion me hubiera agoviado, á no darme el cielo un recurso

en el pensamiento de que te hablaba en mi última carta. Vuelvo á repetirte que temblé mas por ella en el tiempo de su prosperidad, que al presente. Dios que la castiga quiere salvarla. La contínua felicidad en el crímen, es el mas terrible castigo, y una señal de reprobacion; siempre he creido que este era el castigo que temia el Rey Profeta, cuando decia al Señor: no me castigues en la fuerza de vuestra cólera. Espero que castiga y humilla á mi hija en su misericordia; pídele sin cesar que este castigo sea momentáneo y saludable. ¡Ay de mi! querida mia, no ha principiado ahora su delirio; el exceso de su orgullo lo era realmente aunque no estuviese tan visible. Cuando reflexiono en esta suerte de tranquilidad en que estoy respecto á ella, me falta poco para acusarme de barbarie; sin embargo, conozco que me es mas querida que nunca. Pero una voz secreta parece decirme á cada instante: ¿de qué te quejas? ¿No has deseado, y pedido del fondo de tu corazon este acontecimiento tan terrible? La conversion de esta pobre hija estaba ligada á esa humillante aventura; y no era necesario ménos para abrirla los ojos, y mostrarla hasta dónde la podia llevar su soberbia. Vé aqui lo que me sostiene, querida hija mia, y que no me quita sin embargo el tener despedazado el corazon por su situacion y la tuya. No obstante, no querria mudarlas, porque respeto la conducta de la Providencia sobre mis queridas hijas. Repito á todos los instantes la oracion de Jesucristo en el huerto de las olivas; yo no pido al Señor sino la salvacion de mis hijos: ¿qué importa el camino por que se digne conducirlos á ella? Mi gota continúa en quitarme el uso de mis miembros, á pesar de los remedios, los baños &c.... No temas que desprecie alguna cosa de las que crean necesaria para mi alivio. Dios me ha encargado el cuidado de mi cuerpo, seria ofenderle adelantar el momento de su disolucion; respetaré pues al médico, porque la Escritura lo ordena. En cuanto al suceso de los remedios, me es mucho mas fácil de decir *fiat*, que en lo que te pertenece. Da gracias al Marqués por la atencion que ha tenido por mí, y cree firmemente, que esta especie de males no tienen riesgo, y que no hay mas remedio que tener paciencia. Tu hijo está tan mejorado, que te costaria trabajo el conocerle; el corazon me dice que le salvarémos. No admires los obstáculos que Dios habia preparado de antemano para impedir un viaje que haria el objeto de mis deseos, si yo pudiese desear alguna cosa; debemos creer que te seria inútil en Turin, y tal vez perjudicial, por-

que su divina Magestad hace siempre lo que mas conviene.

CARTA XIX.

DEL MARQUES D.*** A MADAMA DE MONTIER.

SEÑORA Y QUERIDA MADRE MIA: Juzgad de la confianza que tengo en vos por la humilde confesion que voy á haceros. Juzgadlo tambien por la súplica que seguirá á esta confesion; pero ántes de todo permitidme, Señora, que os advierta que serian inútiles todas las preguntas que podríais hacerme para descubrir el orígen de las funestas luces que van á emponzoñar el resto de mi miserable vida.

No he podido interesar el único corazon, cuya posesion deseo; solo el deber me ha unido á vuestra encantadora y virtuosa hija; otro ha hecho nacer en ella los sentimientos que hubieran hecho toda mi felicidad. ¡Ay de mí! Señora, para conocer toda la violencia de los movimientos que me agitan, debo aun confesaros otra cosa. He estimado siempre á la Marquesa como á la mas virtuosa y respetable de todas las mugeres; la he respetado y querido como á mi hermana; pero estos sentimientos no tenian nada de aquellas

pasiones tumultuosas que me agitaron en mi juventud; en una palabra, no estaba enamorado, y á esta desdichada tranquilidad debo atribuir la causa de mi desgracia. ¿Cómo habia yo de inspirar á mi esposa una pasion de que no tenia idea, y que ella no veia en mí? Me hade vuelto el equivalente de lo que yo sentia por ella, y por insípida que fuese una union tal, estos sentimientos bastaban á mi felicidad. Este dichoso tiempo no existe ya; los celos son por lo regular hijos del amor, y ellos son los que han hecho nacer el mio. Apénas supe que habia amado á otro, cuando se encendieron en mi corazon todas las llamas del amor, sin esperanzas de hacerlas pasar á su alma. ¿Os confesaré todos mis crímenes? En los primeros transportes me atreví á acusarla de injusticia. Hice aun mas; gradué de disimulo el desvío que mostraba á Mastrilli; creí que era afectado, mi situacion era demasiado violenta para poder dudar largo tiempo, y creo que la desesperacion hubiera terminado mi vida, si no hubiese creido tener un medio seguro de conocer á fondo sus sentimientos. Sé la entera confianza que tiene en vos, y estando seguro de que su virtud es sublime y pura, pensé que ella buscaria consuelo y socorro en vuestros consejos, en el supuesto de que tuviese que com-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que su divina Magestad hace siempre lo que mas conviene.

CARTA XIX.

DEL MARQUES D.*** A MADAMA DE MONTIER.

SEÑORA Y QUERIDA MADRE MIA: Juzgad de la confianza que tengo en vos por la humilde confesion que voy á haceros. Juzgadlo tambien por la súplica que seguirá á esta confesion; pero ántes de todo permitidme, Señora, que os advierta que serian inútiles todas las preguntas que podríais hacerme para descubrir el orígen de las funestas luces que van á emponzoñar el resto de mi miserable vida.

No he podido interesar el único corazon, cuya posesion deseo; solo el deber me ha unido á vuestra encantadora y virtuosa hija; otro ha hecho nacer en ella los sentimientos que hubieran hecho toda mi felicidad. ¡Ay de mí! Señora, para conocer toda la violencia de los movimientos que me agitan, debo aun confesaros otra cosa. He estimado siempre á la Marquesa como á la mas virtuosa y respetable de todas las mugeres; la he respetado y querido como á mi hermana; pero estos sentimientos no tenian nada de aquellas

pasiones tumultuosas que me agitaron en mi juventud; en una palabra, no estaba enamorado, y á esta desdichada tranquilidad debo atribuir la causa de mi desgracia. ¿Cómo habia yo de inspirar á mi esposa una pasion de que no tenia idea, y que ella no veia en mí? Me hade vuelto el equivalente de lo que yo sentia por ella, y por insípida que fuese una union tal, estos sentimientos bastaban á mi felicidad. Este dichoso tiempo no existe ya; los celos son por lo regular hijos del amor, y ellos son los que han hecho nacer el mio. Apénas supe que habia amado á otro, cuando se encendieron en mi corazon todas las llamas del amor, sin esperanzas de hacerlas pasar á su alma. ¿Os confesaré todos mis crímenes? En los primeros transportes me atreví á acusarla de injusticia. Hice aun mas; gradué de disimulo el desvío que mostraba á Mastrilli; creí que era afectado, mi situacion era demasiado violenta para poder dudar largo tiempo, y creo que la desesperacion hubiera terminado mi vida, si no hubiese creido tener un medio seguro de conocer á fondo sus sentimientos. Sé la entera confianza que tiene en vos, y estando seguro de que su virtud es sublime y pura, pensé que ella buscaria consuelo y socorro en vuestros consejos, en el supuesto de que tuviese que com-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

batir alguna inclinacion involuntaria. Es, pues, en la carta que os escribo inmediatamente despues de haber descubierto la turbacion de mi alma, donde busqué luces; seduje al criado que la llevaba al correo, exigí de él que me la diese, pagué el silencio que le pedí de un paso tan opuesto á todos mis principios, y verdaderamente la lectura de esta carta me dió algun consuelo. Me habian asustado con un amor que yo creia que subsistia aun: he descubierto que ha largo tiempo que mi virtuosa esposa le ha combatido; que ella misma ignoraba su existencia, y que fueron vuestros sábios consejos los que se la hicieron conocer. Si un descubrimiento semejante era propio para que mi respeto á ella se redoblase, debia tambien aumentar mi amor, y produjo este efecto. Recobré durante algunas horas un poco de tranquilidad; pero muy pronto vinieron nuevas turbaciones á despedazar mi corazon. ¿Mi feliz rival ha ignorado su fortuna? ¿Tuvo la virtud por principio su repentina ausencia? Y seguro de ser amado, ¿no consintió él en una ausencia tan rigurosa, sino por obedecer á una amante, cuya tímida inocencia estaba justamente alarmada? ¿A quién me dirigiré, Señora, sino á vos, para aclarar estas dudas tan terribles? Sé que conservais cuidadosamente las cartas de

vuestra encantadora hija, que son las que pueden convencerme de que ha sido semejante á sí misma, y no dudo que encontraré en ellas con que curar sospechas que creo injustas, y que me atormentan tanto como si se hubiesen mudado en pruebas. Si me concediéseis esta gracia, os deberé mi reposo; pero si la prudencia os obliga á negármela, no me restará mas que morir, pues que esta recusacion me obligará á creerla mas culpable, que lo que tal vez es en efecto.

Aun me queda otra pena, que siento tanto como la que acabo de deciros. Despues de mi esposa, jamás he amado á nadie tanto como al Conde: nunca la menor nube alteró nuestra amistad, excepto aquel momento fatal en que creí que se burlaba de mí, respecto á la miserable Rosa. Me aseguran que este amigo me hacia traicion, que se abrasaba de amor por la Marquesa, y que debí menos á su amistad que á su amor los esfuerzos que hizo para ponerla al lado de la Reina. Por mas que yo me haya dicho á mi mismo para escusarle que no es posible ver á mí esposa sin adorarla, no por eso deja de parecer á mis ojos un pérfido indigno de mi amistad. Me persuado que si este amor ha existido alguna vez, no es probable que se lo haya dejado de manifestar á vuestra hija, y que encontraré en sus car-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tas con que arreglar los sentimientos que debo tener por él lo restante de mi vida. Sentiria mucho tenerle que aborrecer los pocos dias que me quedan que vivir; por Dios, Señora, justificadle si es posible.

Al leer mi carta, la hallo tan extravagante que me veria obligado á hacerla pedazos si quedase otro recurso á mis males; pero tal es mi situacion, que es menester que perezca, ó que salga de dudas. Encontrareis en el buró de la Marquesa un cofrecito, donde sé que cerró todas vuestras cartas ántes de su partida; no temais forzar la cerradura para tener este cofre, y enviármelo con un propio. Que no se apée aquí, sino que baje al meson; porque me moriria de vergüenza y de confusion, si vuestra virtuosa hija pudiese descubrir mis sospechas.

CARTA XX.

DE MADAMA DE MONTIER AL MARQUES.

¡Cuánto te compadezco, mi querido Marqués! ¡y cómo te echarás en cara el paso irregular á que me obligas por tus injustas sospechas! ¿No podria suceder que tu esposa hubiera tenido que comunicarme secretos de familia, que nadie debiese saber sino yo, y que me obligarias no obstante á descubrirte? Por fortuna, nuestra querida y virtuosa Marquesa no me ha escrito jamás nada de que tenga que avergonzarse, y te encontrarás el mas culpable de todos los hombres despues de haber leido sus cartas. Crees que en tí los celos han precedido al amor; ¡pobre Marqués! es menester que una muger, bastante feliz por no haber jamás conocido las pasiones por experiencia, te instruya de sus efectos, á tí que has sido tantas veces la víctima de ellas. Perdonadme, querido Marqués, esta injuria; estoy verdaderamente irritada de la injusticia que te haces á tí mismo. ¿Dónde has soñado tú que no has estado jamás enamorado de tu esposa? Porque no te ha inquietado el temor de no obtenerla; porque siempre te has creido seguro de su corazon; porque no has temido jamás perderle; y tu amor ha estado tranquilo en el fondo de tu pecho; ¿se debe concluir de aquí que no existia? ¿De qué se hubiera él alarmado? En las circunstancias mas críticas (permíteme que te las recuerde) ¿no has visto tú en tu esposa las señales del amor ménos equívoco? Te quejas de no deber los sentimientos que tiene por tí, sino á su virtud; verás en sus cartas que el despecho la hizo tener una vez el mismo lenguage; pero la circunstancia en que creia ella no tener

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por tí sino un amor de pura obligacion, era una prueba constante de un amor mucho mas tierno. Educada por mis cuidados en el hábito de moderar sus pasiones, aunque fuesen tan arregladas que casi daba tentacion de decir que no habia pecado en Adan; no se puede esperar hallar en ella movimientos muy vivos, aun para las mismas cosas que mas la agradan; la razon, la sabiduría, la modestia, la decencia reglan todos sus pasos. ¿Sabes tú lo que solo es capaz de hacerla salir de esta feliz moderacion? El temor del crímen. Sola su sombra la pone fuera de sí: todo lo teme entónces, todo lo exagera, y quien la oyese hablar de sí misma, podria creerla muy culpable. Sin embargo, se hizo justicia á sí propia respecto á la inclinacion que sin saberlo tenia á Mastrilli: verás que no creyó su voluntad cómplice del error de sus sentidos. Pero no quiero prevenirte; la lectura de sus cartas te convencerá mejor de su inocencia, que lo harian los mas largos discursos. Tambien conocerás por ellas el precio de la tierna amistad del Conde para contigo. Es cierto que al principio sospeché yo que él habia proporcionado la ocasion de hacer conocer á la Marquesa el afecto que la tenia; este juicio era perdonable, yo no le conocia, y su perfeccion es tal, que no se puede

creer hallarla mayor en un hombre del gran mundo. Esta que es una escusa legítima para mí, no puede servirte á tí, mi querido Marqués; no se puede sin injusticia quejarse de los sentimientos de un hombre que expone su vida por salvar la de su rival, y aun es mas la de un rival feliz. ¿A dónde hallarás tú un amante que ponga todos sus cuidados en volver un esposo inconstante al objeto de su ternura? Mira, mi querido amigo; mejor te perdonaria yo tus sospechas contra la mas virtuosa de todas las mugeres, que las que has formado en perjuicio de un amigo tan perfecto. No te pregunto de dónde has sacado estas luces, que tú mismo llamas funestas. Ya llegará algun dia, y espero de la misericordia de Dios, que llegará muy pronto, en que tendré necesidad de todo el ascendiente que este Señor me ha dado sobre la culpable, para asegurarla contra los remordimientos que la dará su indiscrecion, aunque haya sido involuntaria. Adios querido Marqués, recobra sobre mi palabra toda tu tranquilidad; serias el mas ingrato de todos los hombres, si no te creyeses el mas feliz, y hay pocos que puedan esperar hallar como tú, una muger que se pueda proponer por modelo á todas las demás, y un amigo que ha hecho revivir en tu favor aquellos milagros

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la amistad que se hacen increibles cuando se leen. Cree tambien sobre mi palabra que siempre has estado enamorado de la Marquesa. Lo mas que puedo concederte, es que tu amor estaba dormido en una bonanza demasiado contínua, y que era menester un viento de celos para despertarle. Mira; estoy tan segura del corazon de mi hija que no solicito que alejes á Mastrilli: puede verle impunemente, te lo aseguro; á ella no se lo diré; porque una muger debe tomar cien precauciones inútiles ántes que faltar á una que seria necesaria; me alegro infinito de que tenga terrores pánicos en este particular, y no procuraré jamás acostumbrarla, no digo al peligro, pero ni aun á la sombra de él. Hubiera debido principiar esta carta por darte gracias de la confianza que me has hecho; pero maliciosamente pienso que estás como una pobre alma en pena, y que es por pura necesidad por lo que me has hecho tu confidente: no trato esto aquí, como ves, con mucha gravedad, porque no temo que siga tu enfermedad, y el cofrecito que te envío donde he metido mis respuestas, te curará radicalmente, á no ser que estés en un estado semejante al de mi pobre Condesa. Forcé el buró de buena gana, y no tengo el mas ligero escrúpulo de la traicion que hago á la Marquesa.

CARTA XXI.

DE MADAMA DE MONTIER AL CONDE DE.****

Recibirás esta carta por un camino extraordinario, mi querido Conde, porque es de la última consecuencia que nadie sepa que te he escrito. He descubierto, en fin, el orígen de la tristeza que hace algunos dias agobia á nuestro querido Marqués, y creo haber encontrado un remedio eficaz: sin embargo, en la incertidumbre en que estoy del efecto que producirá, (porque las violentas pasiones se irritan algunas veces con lo que deberia curarlas) en esta incertidumbre, digo, me veo en la necesidad de prevenirte. El Marqués no ignora ya los sentimientos que has tenido en otro tiempo por su esposa, está instruido además de otro secreto mucho mas fatal á su reposo. Si por una desgracia que yo no me atrevo á preveer, los medios que empleo para volverle su tranquilidad, produjesen un efecto contrario, ármate de una paciencia á toda prueba, y de una dulzura inalterable; es una cabeza enferma, y un corazon herido que piden el mayor cuidado. Como él no ignora ninguna de las cosas que han sido la resulta de tus antiguos sentimientos por la Mar-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quesa, si te pregunta algo sobre esto, no uses de restriccion alguna, y confiésale francamente la aventura del baile del mismo modo que me la contaste á mí; él hallará en la conformidad de nuestros testimonios con que asegurar su delicadeza alarmada; sobre todo, nada olvides para que no llegue á saber todo esto la Marquesa, porque su corazon se despedazaria, si pudiese sospechar ciertos pasos que he tenido precision de dar. ¡Ay de mí! El mio está sumergido por el dolor, y me ha sido necesario, escribiendo á nuestro querido Marqués, aparentar desembarazo. Todas vuestras penas diversas se han reunido en mí, y creo que no me seria posible llevar mas: ¿qué digo yo? Si una fuerza estraña, y que me viene de lo alto, no fortaleciese mi alma, sin duda se rendiria. Si solo se tratase de mi ceática, no me impediria ponerme en camino para ir á mezclar mis lágrimas con las vuestras, pero me detiene el Marquesito; no está en estado de seguirme aunque se halle infinitamente mejor, y no debo abandonarle. Espero siempre que el correo que aguardo contando los minutos, me traerá noticias consolatorias, y desde el fracaso que os acaeció, no he recibido carta que no haya agravado mi pena. Sé que las tuyas no son chicas, y conozco todo el

precio de la discrecion que te ha impedido procurar aliviarlas diciéndomelas á mí: esto es, no obstante, llevarla demasiado léjos, querido hijo mio; usemos del solo alivio que Dios nos ha dejado, y cesa de temer causarme nuevos tormentos, confiándome los que te oprimen. La medida está llena: no obstante, me atrevo á prometerme que aun le cabe algo sin que se derrame. La filosofía por sí sola no puede obrar este milagro; si yo no tuviese mas que su apoyo, te diria, basta, y pienso haberlo dicho así al principio de esta carta; pero fué una ingratitud de mi parte, pues el que fortifica mi alma puede dar lo mas como lo ménos, y si aumenta mis penas, tambien aumentará mi valor.

CARTA XXII.

DE LA MARQUESA A MADAMA DE MONTIER.

Cuando os escribí mi última carta, querida madre mia, creía que mis males habian llegado á su último periodo, y estaba tan oprimido mi corazon, que no pensaba pudiese soportar mas sin dividirse; pero ¡oh Dios mio! ¡cuánta capacidad tiene él para sufrir! Parece que se dilata, y se extiende para prestarse al dolor, y diria que ca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quesa, si te pregunta algo sobre esto, no uses de restriccion alguna, y confiésale francamente la aventura del baile del mismo modo que me la contaste á mí; él hallará en la conformidad de nuestros testimonios con que asegurar su delicadeza alarmada; sobre todo, nada olvides para que no llegue á saber todo esto la Marquesa, porque su corazon se despedazaria, si pudiese sospechar ciertos pasos que he tenido precision de dar. ¡Ay de mí! El mio está sumergido por el dolor, y me ha sido necesario, escribiendo á nuestro querido Marqués, aparentar desembarazo. Todas vuestras penas diversas se han reunido en mí, y creo que no me seria posible llevar mas: ¿qué digo yo? Si una fuerza estraña, y que me viene de lo alto, no fortaleciese mi alma, sin duda se rendiria. Si solo se tratase de mi ceática, no me impediria ponerme en camino para ir á mezclar mis lágrimas con las vuestras, pero me detiene el Marquesito; no está en estado de seguirme aunque se halle infinitamente mejor, y no debo abandonarle. Espero siempre que el correo que aguardo contando los minutos, me traerá noticias consolatorias, y desde el fracaso que os acaeció, no he recibido carta que no haya agravado mi pena. Sé que las tuyas no son chicas, y conozco todo el

precio de la discrecion que te ha impedido procurar aliviarlas diciéndomelas á mí: esto es, no obstante, llevarla demasiado léjos, querido hijo mio; usemos del solo alivio que Dios nos ha dejado, y cesa de temer causarme nuevos tormentos, confiándome los que te oprimen. La medida está llena: no obstante, me atrevo á prometerme que aun le cabe algo sin que se derrame. La filosofía por sí sola no puede obrar este milagro; si yo no tuviese mas que su apoyo, te diria, basta, y pienso haberlo dicho así al principio de esta carta; pero fué una ingratitud de mi parte, pues el que fortifica mi alma puede dar lo mas como lo ménos, y si aumenta mis penas, tambien aumentará mi valor.

CARTA XXII.

DE LA MARQUESA A MADAMA DE MONTIER.

Cuando os escribí mi última carta, querida madre mia, creía que mis males habian llegado á su último periodo, y estaba tan oprimido mi corazon, que no pensaba pudiese soportar mas sin dividirse; pero ¡oh Dios mio! ¡cuánta capacidad tiene él para sufrir! Parece que se dilata, y se extiende para prestarse al dolor, y diria que ca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

si llega á ser inmenso. Apénas puedo dudar que el Marqués esté instruido de la funesta inclinacion que tuve en otro tiempo á Mastrilli. Las ojeadas atentas, curiosas y tristes que echa sobre mí como á hurtadillas, siempre que este caballero está en mi casa, me dan una especie de certidumbre, que ya no me es posible eludir. Vanamente procuro asegurarme con la probidad del Conde, que es solo el que puede haberle instruido de ella; sin embargo...es menester suspender mi juicio, por temor de formar uno temerario, y llena de confianza en su honor, á él es á quien voy á dirigirme para saber lo que debo esperar ó temer. Os escribo inmediatamente despues de haber recibido vuestra carta, y no tengo cónsuelo sino en haceros relacion de mis penas, y cuento tanto con vuestra bondad, que no temo importunaros con repeticiones que fastidiarian á cualquiera otra que á mi tierna madre. El Marqués nos es conocido, y por mas que haga no puede ocultarnos el humor negro que le devora; no para en casa sino instantes que procura abreviar; se pasea desde la mañana á la noche y aun rehusa para esto la compañía del Conde, que eran para él en otro tiempo sus mas caras delicias; salió esta mañana, y nos anunció que no volveria hasta la noche. Su ayuda de cámara que me vé morir á

fuego lento por la inquietud que me causa su estado, me dijo, sin duda para consolarme, esta mañana, que pensaba tenia su amo algunos árduos negocios en Francia, y ved aquí en lo que funda su conjetura. Le ha mandado que se ponga de centinela en la estafeta, para que inmediatamente que llegue el correo, vea si hay carta para él, y le ha dado órden para que en tal caso, parta sobre la marcha á llevársela á la *Meute*, donde el Marqués debe estar todo el dia. Efectivamente, las palabras de este hombre me han dado algun consuelo; me es muy doloroso ver triste á mi marido, pero si yo no soy la causa, llegaré á descubrir su secreto, y tal vez á consolarle. ¡Ah, cuál seria mi gozo, si su pena no tuviese otro orígen que alguna pérdida de bienes, ú otra cosa semejante!... El ayuda de cámara no ha vuelto, y actualmente mi esposo tiene sus cartas, porque yo he recibido la vuestra. Os decia que el mas doloroso de todos mis pesares era el poder temer ocasionar los suyos; ¿mas de qué podria él legítimamente quejarse? Registro sin cesar los espacios mas escondidos de mi corazon para procurar descubrir si oculta algun sentimiento que le pueda ofender, y este exámen no produce en mí sino la certidumbre de ser para mi esposo todo lo que él puede desear. El tiempo que lo destruye

todo, aumenta el amor que le profeso; y creo que cada dia le amo mas que el anterior, y aun conozco que su estado me le hace mas querido que nunca. Os puedo asegurar que mis temores por Mastrilli eran imaginarios; él seria para mí como el hombre que ménos hubiera conocido, si no me le hiciesen odioso las penas que de algunos dias á esta parte me ocasiona: este ódio es una injusticia, lo confieso, pero tan involuntario es en mi corazon este movimiento, como el que me le hizo distinguir de los demás hombres. No puedo, sin extremecerme, pronunciar estas palabras; ellas me recuerdan el cruel momento en que vos me abrísteis los ojos de lo que pasaba en mi corazon sin saber yo nada. Por penosa que sea para mí la memoria de este terrible momento, no puedo separarla cuando se presenta: ella me anonada, me penetra de reconocimiento á la bondad Divina, que me dió fuerza para destruir esta inclinacion, apénas la conocí. No ceso de darla mis humildes gracias por esto, igualmente que por todos los socorros que me presta á cada instante; experimento bien la realidad de las promesas que vos me habeis hecho en nombre del Todopoderoso; este Señor proporciona mis fuerzas á los males que me envia. El estado de mi hermana es uno bien sensible; me aseguran que está mucho me-

jor, pero no me tranquilizo, porque he descubierto repetidas veces que no hacen escrúpulo de engañarme, y hasta que me sea permitido verla.....Me entran recado del Conde; me extremezco....

¡Ay de mí! Querida madre mia, con que es cierto, que el Marqués conoce mi debilidad, y que este querido esposo por quien daria yo mil veces la vida, está espuesto á perder la suya por lo convencido que se halla de que mi corazon ha podido dejarse sorprender de sentimientos que solo á él debia, y que me harian infiel; si es que se puede llamar infidelidad á movimientos en que jamás tuvo parte mi voluntad, y que no eran sino un error de mis sentidos. Si el Conde no me detuviese en vuestro nombre, no dudaria un momento en echarme á los piés de este querido esposo, le ofreceria toda mi sangre para expiar un error que me ha costado ya tantas lágrimas; pero pues que él lo exige, aguardaré vuestras órdenes á este efecto, que espero serán conformes á mis deseos, además de que éste seria un medio de expiar mi falta (si se puede cometer alguna sin querer.) Esto le empeñaria sin duda á libertarme de la vista de un objeto odioso. Aunque os digo que el Marqués lo sabe todo, no es deciros que tenemos una certidumbre absoluta, pues

hasta ahora no hay mas que violentas sospechas. El Conde acaba de confesarme con desesperacion, que deseoso de obligar á mi hermana á hacer algunos esfuerzos para vencer su altivez, la habia citado mi ejemplo, instruyéndola del violento combate que me habia visto sostener para sofocar en sus principios un amor que no sobrevivió veinticuatro horas despues que le conocí; y él sospecha que este funesto secreto ha podido escapársela en su delirio. A nada es comparable el dolor de este respetable amigo; de suerte, que en lugar de echarle en cara su indiscrecion, como yo queria, he tenido precision de consolarle, y de defender la causa de mi pobre hermana; él está muy enojado con ella, y verdaderamente no podríais imaginaros lo que ha sufrido de su altivez desde su matrimonio; le ha indispuesto con todos sus amigos, y le ha ocasionado muchas pesadumbres. Yo me guardaria de instruiros de una cosa que no puede ménos de afligiros muy sensiblemente; pero dos razones me obligan á ello. La primera que os he ofrecido no ocultaros nada de lo que la pertenezca; la segunda, porque no conozco otra persona que vos, que pueda volverla el corazon de su esposo, suponiendo que el cielo escuche los votos que hacemos por su salud. Jura que solo vuestro respeto le detiene á su

lado, pero que jamás podrá mirarla sin horror. Eran menester motivos tan poderosos para obligarme á descubriros el exceso de los males que esta pobre muger se ha atraido por su falta. Mi corazon ignora absolutamente el ódio y la venganza; y Dios me es testigo de que á pesar del daño que me ha hecho, no solamente no tengo ni aun la sombra de resentimiento contra ella, sino que no ceso de quererla de veras. A todas mis penas se junta la inquietud que me da vuestra situacion; vos estais distante de los socorros, y Mr. M.... no puede veros mas que rara vez: vuestra vivacidad os hará insoportable la inaccion á que os veis sujeta. ¡Qué suplicio es el estar dividida por deberes tan opuestos, cuando no se puede llenar uno sin faltar al otro! Yo caeria si no fuese sostenida por una vista constante del órden de Dios en las cosas que parecen grandes, en las pequeñas, en las que se creen penosas, en los acontecimientos tristes, en los agradables, en una palabra, en todo y por todo. Ved lo que me obliga á permanecer en mi lugar, y á pensar que es el mejor, porque es en el que su Divina Magestad me ha colocado. Esta idea de que tengo tanta necesidad, está grabada por mi mano en muchos de nuestros árboles donde se lee. En unos *fiat*, en otros *ha hecho bien todas las cosas.*

Lo que es, es lo mejor. Lo he escrito en mi cuarto, y pido sin cesar á Dios que lo ponga en mi corazon. Esta Divina sabiduría me concede aun otro alivio, mi querida madre; esto es, el consuelo de recibir cartas vuestras. Os aseguro que puedo serviime bien de esta comparacion: mi pobre corazon como una tierra seca y sin agua, está todo desecado, marchito; y los dias de correo se abre con ansia para recibir un rocío que le refresca y le fortifica. Tengo que dar infinitas acciones de gracias al Señor, porque no ha permitido á la gota que ataque á vuestras manos como á vuestros piés; las cosas de que tratamos no son de naturaleza que puedan fiarse á un tercero: ¿seria pues necesario renunciar al solo bien que me resta? Es menester que aparte rápidamente este pensamiento que me hace extremecer. Me cuesta trabajo el creer que mi esposo haya querido buscar en mis cartas la confirmacion de sus sospechas, si acaso le han dejado alguna; pues es una cosa opuesta enteramente á su carácter. Es cierto que una violenta pasion nos hace salir de nosotros mismos, pero tiene mejor modo de pensar, y no creo que se baje á tanto; porque si mi hermana le ha hablado de esto, lo habrá hecho de modo que no le haya dejado alguna duda, y como en la situacion en que se halla no es probable que haya

sido dueña de escoger sus términos, sabe Dios si habrá exagerado mucho.

CARTA XXIII.

DEL MARQUES A MADAMA DE MONTIER.

¡Cuán confuso estoy, querida y respetable amiga, madre dignísima de tener otro hijo! ¡Cuán confuso estoy, vuelvo á decir, por todos los dolores que mi extravagante pasion ha debido causaros! Esta confusion y mi reconocimiento hácia vos, están en igual grado; vuestra carta calmó como por milagro las crueles agitaciones que turban mi razon y mi alma. Mi curacion es entera, perfecta, y estoy en estado de daros una prueba nada equívoca. Vuestro propio os volverá el cofrecito como me lo habeis enviado; no ha salido de sus manos, y no he tenido que hacer ningun esfuerzo para privarme de la lectura de esas cartas que habia deseado con un ardor tan vivo, que parecia que mi vida estaba pendiente de esta satisfaccion. Yo mismo me admiré de sentir espirar mi curiosidad al leer vuestra carta; me prometia yo una recusacion de vuestra parte, y la fuerte persuasion en que estaba de que jamás consentiríais en confiarme papeles en que suponia yo pruebas ciertas de una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

infidelidad de corazon en mi esposa, causaba en parte la horrible turbacion, en la que he sufrido mucho mas de lo que se puede explicar. La noble franqueza con que vos me las abandonasteis, me convenció de la injusticia de mis sospechas, y me hubiera avergonzado de querer otro fiador de vuestra palabra, que vuestra palabra misma. Me esplico mal, lo conozco; pero no atribuyais el mal órden de esta carta á un resto de embarazo ocasionado por los celos, sino al gozo de verme libre de un mal tan humillante y tan cruel. Estoy como un reo de quien se acaban de romper las cadenas; él se agita, él vá, el viene, y en los transportes de su satisfaccion no puede hacer ver lo que siente sino con un desórden que demuestra el de su alma. No dudo que vuestra encantadora hija os escribirá mi curacion; parece que ha recobrado una nueva vida desde que me ha visto libre del enorme peso que me oprimia, y cuyo orígen no ha podido sospechar, á Dios gracias. ¡Cómo me echo en cara los males que he causado á esta querida y respetable esposa! Soy verdaderamente para ella un esposo de sangre y de dolor. En el momento en que se abrieron mis ojos, se vinieron á mi memoria todas las penas que la he causado; mi corazon estaba despedazado, y por la primera vez de mi

vida ví correr mis lágrimas, y á la verdad que no me hubiera creido capaz de un enternecimiento semejante á los cincuenta años. Me dí á mí mismo todas las represiones que omitís por pura generosidad. ¡Qué injustos somos, exclamé maquinalmente! Tratamos de bagatela los desórdenes mas reales, y nos atrevemos á hacer un crímen á nuestras esposas por sus menores distracciones; sucede así, porque hemos hecho nosotros las leyes, y la equidad no presidió á su establecimiento. ¿Con qué derecho podria quejarme, si mi querida Marquesa hubiese buscado en la leve inclinacion que sin saberlo tuvo á Mastrilli, un desquite de la injusticia de que me hice reo para con ella, atreviéndome á darla una rival? Su virtud me ha salvado de esta desgracia, y yo debo pagarla este sacrificio con tener en ella una confianza sin límites. Me acuerdo del violento estado en que estuvo las veinticuatro horas ántes de la partida de Mastrilli; me acuerdo muy bien que su dolor no podia ser por el temor de perderle. Aquel mismo dia por la tarde este caballero estaba determinado á permanecer en Turin; su mudanza fué repentina, y no podia haber sido prevista por la Marquesa. Os confieso que solo en este artículo me queda una curiosidad, que no me atrevo á suplicaros satisfa-

gais: creo no obstante que hallaré en la conducta que mi esposa tuvo entónces, nuevos motivos de admiracion. Me abandono á vuestra prudencia, y quedaré satisfecho con todo aquello que vos juzgueis á propósito hacer en este particular; no siento ménos la injusticia que he hecho al Condo, cuando es el modelo de la perfeccion de la amistad. Veo claramente que el cielo me ha favorecido con los bienes mas preciosos; un verdadero amigo se dice que es el presente mas estimable y mas raro, que se puede hacer á los hombres para templar las amarguras que no pueden ménos de experimentar en este valle de lágrimas y de miserias; y por un privilegio especial ha doblado en mí esta ventaja exquisita y digna de todo aprecio, concediéndome un segundo amigo en una madre que no puedo suficientemente respetar. No acabaria tan pronto si quisiese explicaros los deliciosos sentimientos que esta idea hizo nacer en mi alma; pero temeria pintarlos mal; hay cosas que no pueden ser mas que sentidas, y que pierden mucho en ser dichas.

Ved aquí una segunda ausencia de Mastrilli, que yo no preveía, y que no sé á qué atribuir; el gozo de la Marquesa no es equívoco, y no he observado en él ni la mas ligera sombra de ficcion. ¿Creeríais vos que despues de todo lo que os he

escrito, estuve por algunos instantes expuesto á una recaida? Es seguro que mi esposa no ama á Mastrilli; pero se teme á sí misma, y este medio me parecia un resto de inclinacion; aun he hallado en vuestra carta la curacion de esta vuelta de los celos, y veo que no es su propio fondo donde ha hallado ella razon legítima de temer; sino que vos se la habeis dado, y el cielo sobre todo inspirándoos que me lo dijéseis, habia preparado de antemano el remedio para un mal que no existia tampoco. Plegue á su bondad que sea éste el último ataque de celos que yo experimente; me atreveria á prometéroslo, si los crueles males que esta pasion ocasiona, pudiesen servir de preservativo.

Nada os digo de la Condesa, porque mi esposa se encarga de escribiros sobre su estado: de algunos dias á esta parte la he visto poco, necesitaba distraerme; y por otro lado dicen que está bastante buena para poder escribiros ella misma; vos juzgaréis mucho mejor por su estilo del estado de su cabeza que nosotros, porque guarda un silencio que apénas interrumpe para pronunciar algunos monosílabos. Soy con un respeto que iguala á mi reconocimiento, &c.

CARTA XXIV.

DEL CONDE A MADAMA DE MONTIER (1).

Me obligais á romper el silencio, mi muy amada madre y Señora; ¿no podiais conocer las razones que me obligaban á ello? Me decís que la medida está llena, y que no obstante nada podrá hacerla verter; esta protesta no puede forzarme á descubriros mi corazon, y mi pluma se resiste á pintaros los sentimientos que le agitan. Perdí para siempre toda esperanza de paz y tranquilidad. Nada podrá reparar los males que mi indiscrecion ha causado; nada podrá hacérmelos olvidar.... pero respeto en vos la causa de todas mis penas; no me pidais mas, porque es cuanto puedo sobre mi corazon, al que han herido de un modo demasiado sensible, para que esta llaga pueda cerrar-

(1) Para la mejor inteligencia de estas cartas, se debe advertir que la Marquesa, su esposo y el Conde escribian por el mismo correo. El Marqués anuncia que está curado de los celos, y su esposa se queja aun; lo que consiste en que él escribe desde la posada en que estaba el propio que le trajo las cartas prometidas, y no se ha presentado todavia á la Marquesa, que ignora su mudanza. Del mismo modo caminando la posta con mas velocidad que el propio que trae la carta del Conde, responde Madama de Montier á su hija y al Conde, ántes de saber el feliz efecto que en el Marqués ha hecho su carta.

se jamás. El afecto que profeso á la familia en que me habeis hecho el honor de admitirme, me hace evitar un escándalo, porque si no me iria á lo último del mundo.... Me detengo: nada de lo que pasa en mi alma se traslucirá; haré con el Marqués lo que me mandais, y me hallareis siempre pronto á obedeceros con tal que no exijais un imposible, como seria pedirme que estimase y amase á quien no puedo ya ver sino con un ódio que llega hasta el horror, y un desprecio demasiado bien merecido para que nunca cese.

RESPUESTAS

á estas tres cartas, por Madama de Montier.

CARTA XXV.

PARA LA MARQUESA.

Bendigo á Dios, mi querida hija, por las abundantes gracias que derrama sobre tí, que eres verdaderamente para mí una hija de consuelo. Las contradicciones, las duplicadas penas que experimentas de algunos años á esta parte, principian á producir su efecto en tu alma; ella se afirma, se fortifica, y se desnaturaliza por decirlo así; porque tú que eras naturalmente débil y pusilánime, tú serás muy pronto superior á todos los

CARTA XXIV.

DEL CONDE A MADAMA DE MONTIER (1).

Me obligais á romper el silencio, mi muy amada madre y Señora; ¿no podiais conocer las razones que me obligaban á ello? Me decís que la medida está llena, y que no obstante nada podrá hacerla verter; esta protesta no puede forzarme á descubriros mi corazon, y mi pluma se resiste á pintaros los sentimientos que le agitan. Perdí para siempre toda esperanza de paz y tranquilidad. Nada podrá reparar los males que mi indiscrecion ha causado; nada podrá hacérmelos olvidar.... pero respeto en vos la causa de todas mis penas; no me pidais mas, porque es cuanto puedo sobre mi corazon, al que han herido de un modo demasiado sensible, para que esta llaga pueda cerrar-

(1) Para la mejor inteligencia de estas cartas, se debe advertir que la Marquesa, su esposo y el Conde escribian por el mismo correo. El Marqués anuncia que está curado de los celos, y su esposa se queja aun; lo que consiste en que él escribe desde la posada en que estaba el propio que le trajo las cartas prometidas, y no se ha presentado todavia á la Marquesa, que ignora su mudanza. Del mismo modo caminando la posta con mas velocidad que el propio que trae la carta del Conde, responde Madama de Montier á su hija y al Conde, ántes de saber el feliz efecto que en el Marqués ha hecho su carta.

se jamás. El afecto que profeso á la familia en que me habeis hecho el honor de admitirme, me hace evitar un escándalo, porque si no me iria á lo último del mundo.... Me detengo: nada de lo que pasa en mi alma se traslucirá; haré con el Marqués lo que me mandais, y me hallareis siempre pronto á obedeceros con tal que no exijais un imposible, como seria pedirme que estimase y amase á quien no puedo ya ver sino con un ódio que llega hasta el horror, y un desprecio demasiado bien merecido para que nunca cese.

RESPUESTAS

á estas tres cartas, por Madama de Montier.

CARTA XXV.

PARA LA MARQUESA.

Bendigo á Dios, mi querida hija, por las abundantes gracias que derrama sobre tí, que eres verdaderamente para mí una hija de consuelo. Las contradicciones, las duplicadas penas que experimentas de algunos años á esta parte, principian á producir su efecto en tu alma; ella se afirma, se fortifica, y se desnaturaliza por decirlo así; porque tú que eras naturalmente débil y pusilánime, tú serás muy pronto superior á todos los

acontecimientos, sean los que quieran, mientras que mis héroes estén trastornados. No creas sin embargo que llegarás hasta ser insensible, no lo permita Dios; esta disposicion que miro como monstruosa, me causa horror. La virtud sólida no endurece el corazon, y no disminuye en nosotros nada de la facultad que tenemos de sufrir: al contrario, una verdadera cristiana ama todo lo que debe amar mil veces mas tiernamente que ninguna otra, y por consecuencia siente mucho mas el contra-golpe de las penas de las personas á que está unida; pero se aflige de ellas sin turbacion, sin abatimiento, y como me lo demostrabas en tu última carta, no pierde de vista la mano que la hiere, y que lo conduce todo para nuestro mayor bien. Estoy tan persuadida de tu perfecta sumision á las órdenes de Dios, que haria escrúpulo de disminuir el mérito de esta sumision, disimulándote que tus penas pueden aumentarla aun. La habilidad del Todopoderoso (si puedo servirme de esta expresion) no tiene límites; cuando quiere conducir un alma á la perfeccion, sabe crearla ocasiones de sufrir en el seno mismo de la felicidad, y muda para ella las rosas en espinas. Humíllate considerando cuán poco digna eres de que Dios te haya escogido para obrar en tí tan grandes cosas; no pongas límites á tu resignacion, y sin permitirte ver nada de positivo en lo futuro, baja la cabeza, y prepárate á todo. He aquí la disposicion en que me ha puesto la Divina Providencia. Digo que no debemos preveer nada de positivo, porque no nos da Dios valor para soportar los males sino conforme van sucediendo. Si hubiese podido reunir bajo un solo punto de vista todo lo que he tenido que sufrir de un año á esta parte, á saber, la locura de tu hermana, la quebrantada salud de tu hijo &c.... la naturaleza no hubiera podido con este peso. A cada nueva desdicha la miro como la última, y me parece imposible que pase mas adelante: sin embargo, hay otra mayor ínterin que estemos sobre la tierra; preparémos á ella nuestro corazon, y si nuestra fé es viva, caminarémos sin sumergirnos en las aguas de la tribulacion, como Pedro que no estuvo en peligro hasta el momento crítico en que principió á temer. No tengas, te suplico, ninguna inquietud por mi salud, que es perfecta, excepto esta ceática que me entorpece las piernas, por lo que ando un poco arrastrándolas. El médico del Marqués me vé dos veces á la semana, y yo le obedezco por pura complacencia; estoy persuadida á que el cirujano de la aldea hubiera bastado para lo que yo queria hacer, que á la verdad no era gran co-

sa: es menester que estos males sigan sus trámites.

Por lo que me dices no puedo formar un juicio positivo sobre el estado de nuestro querido Marqués, y casi creeria que algunos discursos de tu infeliz hermana han levantado las nubes que te espantan. Creeme, querida hija mia, para no engañarte, ponte en lo peor: persúadete que tu esposo conoce tu flaqueza, y entrégate de buena gana á la humillacion que esta idea debe causarte, la cual te será tanto mas saludable, cuanto no la has merecido; no ha sido eleccion tuya, sino que te viene directamente de la mano de Dios. El amor propio es tan sutil y astuto, que en todo se mezcla, aun en las buenas obras que son de nuestra eleccion. Para saber si nuestra virtud no es imaginaria, es menester examinar atentamente cómo nos portamos en las penas que la Providencia nos envia, y que nos cojen, por decirlo así, de sorpresa. ¿No es verdad, hija querida, que de todos los modos de ser humillada, el que hoy temes te parece mas terrible, y el que ménos hubieras escogido? La fé no obstante igualmente que la razon, te enseñan que es el mejor, y el mas ventajoso para tí, supuesto es el que Dios te envia. Estoy persuadida á que en todo hubiera consentido tu pobre hermana antes que en la horrible situacion á que se vé reducida; y sin embargo, esta es el único remedio que podia curarla radicalmente, pues es de él que su Divina Magestad se sirve. No sé si lo que preveo tocante á ella, se debe atribuir á mi imaginacion, que con facilidad se persuade las cosas que ardientemente desea, ó si es un presentimiento que Dios me envia para sostener mi valor. De cualquier modo que sea, me persuado que el fin de todo esto será la mudanza absoluta de esa querida hija: su orgullo y su soberbia serán del todo quebrantadas, confundidas, y la verémos convertirse sinceramente. Si tiene esta felicidad, te advierto que adelantará mucho en el bien, y que solo tendré que detenerla. Este pensamiento no me deja un instante, y vivo con esta alegre esperanza. Así es como este Dios de bondad nos da consuelos proporcionados á los males que hemos sufrido. Qué dulce es para mí, pongo por ejemplo, ver á tu hijo en un estado de salud que no parecia verosímil despues de la debilidad á que estaba reducido. Este niño hace para mí una pequeña sociedad que toda me encanta. El talento preside á todos sus discursos; nada de brillante, ninguna sal, pero un aire siempre igual, siempre mesurado, que agrada sin sorprender. Me parece que podria formar su horóscopo; si Dios nos le

conserva, será el hombre mas de bien que haya segun toda la fuerza de esta voz: no pido su vida sino con esta condicion. Adios, hija mia, confianza, abandono, resignacion: esto es lo que deseo con mayor ansia, no solo para tí, sino tambien para mí, porque debo confesar que lo necesito en extremo.

CARTA XXVI.

RESPUESTA DE MADAMA MONTIER AL CONDE.

¿Y llamas á tu carta una atencion, querido Conde mio? ¡Cuán cruel es! ¿Y qué podrias tú decirme que pudiese afligirme mas? No procuraré excusar la desgraciada causa de todos tus pesares, confieso que un matrimonio que hubiera hecho tu felicidad si mis votos hubiesen sido oídos, ha sido para tí un manantial abundante de los males mas terribles; ¿pero no tenias tú nada que reparar, y espiar á los ojos de Dios? Tu confianza me permite hablarte con el corazon descubierto. Trae á la memoria una conversacion que tuvimos los dos algunos dias ántes de que partieses á Turin; en ella me confesaste que bajo la capa de hombre de bien, segun el mundo, ocultabas un corazon anti-cristiano; que jamás habias apreciado sino los bienes perecederos, y

que indiferente en las cosas de la salvacion, helado para con tu Dios, no habias jamás cumplido con las obligaciones que te imponia el cristianismo, sino por el bien parecer y costumbre, sin que ni el espíritu ni el corazon tuviesen en ello la menor parte. Acuérdate de que esta vida del todo pagana, te parecia entonces, como en efecto lo era, una vida verdaderamente criminal á los ojos de aquel que no nos ha hecho sino para sí. Te extremecias con razon de lo que tenias que temer de su justicia; conocias la necesidad de aplacarla, no solamente con una vida mas cristiana, sino con una penitencia austera; gemias por estar atado con lazos que no te permitian entregarte á ella; pedias con lágrimas al Señor que te castigase en esta vida, con tal que tuviese misericordia de tí en la otra. ¿Qué se han hecho estas felices disposiciones? Principia el Señor á escuchar tus súplicas, y te revelas contra sus órdenes: tu esposa por una negra ingratitud ha olvidado todo lo que has hecho por ella; ¿y no ha hecho mas por tí el Señor criándote, rescatándote, colmándote de sus bienes? Sin embargo, todo esto no te ha impedido ser ingrato; ¿cómo podrás esperar que te perdone? ¿cómo te atreverás á pedírselo? tú que cierras tu corazon á la misericordia para con una pobre criatura, actualmente debajo de la

mano de la justicia, y tal vez pronta á ser el objeto de sus complacencias por una conversion sincéra; tú la aborreces, tú la desprecias; persuádete á que estos sentimientos te ponen á nivel con ella, y te quitan el derecho de tratarla como culpable. ¿Pero al cabo de qué lo es? ¿De haberse dejado llevar del orgullo? Tú te dejas arrastrar del ódio. Su edad la ofrece grandes recursos, y un tiempo considerable para reparar sus excesos. ¿Cuándo pretendes tú reparar los tuyos, pues que en el corto espacio que te queda no piensas mas que en aumentarlos? ¡Ah! mi querido Conde, mucho ménos pena me causaria la pérdida de tu fortuna, de tu reputacion, de tu salud, de tu misma vida, que el conocimiento de tus desgraciadas disposiciones. Será pues cierto que el dolor debe terminar una vida que la enfermedad habia perdonado, porque tú no debes esperar que pueda yo sobrevivir á semejantes golpes, Vas á conducir mi vejez al sepulcron en la afliccion y las lágrimas. ¡Ay de mi! querido Conde, contaba contigo tanto como con la Marquesa. ¡Qué modelo mas digno de tí, que el que ella ofrece á tu vista! Cuenta si puedes todas las cruces con que la ha favorecido Dios desde su matrimonio. Si me quisiese valer del lenguage de la carne, podria decir que ella no estaba hecha para experimentar tales

infortunios. La alta clase á que se ha visto elevada, sin haberlo siquiera deseado; las grandes riquezas de que goza; en una palabra, todas esas frívolas ventajas que el mundo estima, no han sido para ella otra cosa que fecundo orígen de los males mas acerbos que hubiera siempre ignorado en su situacion primera. Esta reflexion que te presento no la ha hecho ella; tranquila en las manos de Dios, ni una sola queja alteró su absoluta sumision. ¡Oh Dios! podrias tú exclamar con San Agustin, los ignorantes arrebatan el Cielo, y nosotros, con todo nuestro valor y nuestra ciencia; permanecémos detrás. Tendrías por un insulto que te dijesen que tenias ménos valor que una muger, y no sé hasta dónde llevarias tu resentimiento contra un hombre que tuviese la temeridad de decírtelo en tu propia cara. Si esta reconvencion te pareceria una afrenta, avergüenzate de merecerla. Elévate sobre tí mismo y muéstrate verdaderamente cristiano. Si solo amais á los que os hacen bien, dice nuestro Divino Maestro, ¿qué recompensa mereceis? Los paganos y publicanos hacen otro tanto. Pero yo os digo, amad á los que os aborrecen, á los que os persiguen; porque el Padre celestial hace salir el sol igualmente para los malos que para los buenos. No te niega estas luces

á tí que le desobedeces actualmente; y se sirve de mí, pobre miserable, para reducirte al amor y á la observancia de su Ley santa, y ponerte en estado de recibir su misericordia; ¿podrás tú negársela á una pecadora ménos culpable para contigo que lo eres tú á los Divinos ojos? No, querido Conde mio, tu corazon no se hizo para el ódio; tú podrás mas que ese movimiento pasagero que te ha vencido, y merecerás por este sacrificio que Dios te perdone; porque su Divina Magestad se servirá para contigo de la misma medida de que vas á servirte con mi desgraciada hija. Eres el dueño del juicio que te formará algun dia; vas á ofrecerle el modelo de tu propia sentencia. Si estás sin misericordia, no la esperes de su parte. ¿Cómo podria subsistir tu resentimiento á la vista de esta verdad? No te creo capaz de una dureza semejante. ¡Qué abundancia de gracias no va á traer sobre tí este sacrificio! ¿Quién sabe si aun en esta vida recibirás la recompensa de él? Tal vez llegarás, por decirlo así, a obligar á la justicia de Dios á que ceda á su clemeneia, tal vez te deberé yo el doble milagro de la curacion del alma y cuerpo de tu esposa; que sea así, querido hijo mio; te conjuro á ello por la amistad que me has jurado, ó por mejor decir, te lo suplico por el nombre de Jesus. Tu respuesta decidirá, ó mi vida, ó mi muerte.

CARTA XXVII.

DE MADAMA DE MONTIER AL MARQUES.

Tenia yo, querido Marqués, una grande opinion de tu fuerza y de tu virtud; sin embargo, te confesaré francamente que no esperaba verte llevar el heroismo tan lejos; digo el heroismo, y no creo envilecer este término empleándole en una ocasion que á los ojos del vulgo parecería de poca importancia. Entre los que componen esta clase se necesitan acciones ruidosas para merecer el nombre de héroe; y á la verdad hay mil ocasiones en que pueden ser hechas por gentes que no tienen sino muy poco valor. Lo brillante de la accion, los aplausos y la gloria, que son sus resultas, embriagan al llamado héroe, que despues de recobrado en su estado antiguo, y puesto á sangre fria, seria el mas humilde siervo del heroismo, y absolutamente incapaz de elevarse sobre la pusilanimidad natural para llegar á él. La grandeza de la accion no constituye á mis ojos el grado de gloria que se adquiere al hacerla, sino su dificultad; es menester tambien que esta gloria no sea su motivo, y que solo el amor de lo bello, de lo bueno, y de lo justo, haya animado al que la ha hecho: de suerte que con tanto gusto

se incline á hacerla cuando únicamente tiene á Dios por testigo, como cuando fija los ojos de una multitud pronta aplaudirle. Segun esta definicion del heroismo (que es la única que creo verdadera) juzgo de tu accion, que sin duda te ha costado mas que el exponerte á ser llevado de un cañonazo, como cien veces lo has hecho sin reflexionar en el peligro. Estoy segura de que gustas actualmen te frutos bien dulces de tu victoria. La paz del corazon, tesoro inestimable y tan poco conocido, la paz del corazon, vuelvo á decir, te recompensa absolutamente de todo lo que has sufrido, y yo, que nada he sacrificado, participo del fruto de tu victoria. ¡Con qué sobresalto esperaba yo el dia de correo despues que recibí tu primera carta! Yo me hallaba en el estado de un reo, pronto á recibir su sentencia de muerte; estoy en el dia en una disposicion muy contraria, y hasta que disfrute los transportes de gozo de mi querida Marquesa, cada hora me va á parecer un siglo. Comprendo que me escribió la última vez en el tiempo de tu ausencia, y ántes de haber podido reparar la feliz mudanza que me anuncias. Deseas conocer los motivos de la ausencia repentina de Mastrilli; voy á decírtelos. Tú sabes que este señor, que segun dicen es muy amable, estaba desesperado con el desaire de la Condesa, y no tenia otra satisfaccion que hablar de su desgracia, y de su amor á tu esposa. La compasion que la inspiró, causó en su corazon una especie de enternecimento, que me pintó sin hacer atencion en él, y que me llegó á ser sospechoso, atendidas las críticas circunstancias en que entónces se hallaba. Aquel era precisamente el tiempo en que la pobre Marquesa sentia los primeros golpes de los celos, y en que un delirio, porque tú has llorado, te habia enfriado extraordinariamente con ella. La comparacion del fuego de Mastrilli con su hermana y de tu tibieza, la arrancó suspiros y quejas; conocí todo el riesgo de su estado, y quise mas alarmarla fuera de propósito, que dejarla expuesta á un peligro que no preveía; su amor propio se hallaba cruelmente herido, su ternura por tí vivamente ultrajada, y el despecho es un consejero peligroso. Me asusté verdaderamente del efecto que produjo mi carta; la sombra de un sentimiento contrario al deber, aterró esta alma pura y temerosa, y estuvo para causarla la muerte. Determinada á todo para arrancarse de un riesgo que yo la exageré, como ya te he dicho, se dirigió al Conde, y contando por nada el juicio que él iba á formar de sus motivos, le conjuró á que hiciese de modo que Mastrilli jamás volviese á parecer á su vista. El Conde se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo prometió, y para no comprometer á la Marquesa, habló en nombre de su hermana, contra la que tú estabas entónces muy irritado, é hizo saber á este señorito, que el único medio de no ser aborrecido, era el hacer cesar por su ausencia la especie de persecucion, á que sin querer la exponia. Vé aquí, querido mio, lo que ocasionó esa ausencia, cuyos motivos no pudo adivinar Mastrilli; hubieras visto todo este detalle en las cartas que me has devuelto, y cuya lectura no hubiera producido otro efecto, que el aumentar tu admiracion y respeto á tu virtuosa esposa: estoy tan persuadida de esto, que pienso ocupar el tiempo que tengo en copiar estas cartas ántes de guardarlas, y quiero absolutamente que las leamos juntos en el primer momento que nos reunamos. Pero no puedo esperar hasta entónces á darte una prueba nada equívoca del amor que te tiene mi querida Marquesa; te envio la carta que acaba de escribirme, y no te pido por precio de mi infidelidad, sino un gran secreto respecto á ella. No habria consuelo para esa pobre muger si pudiese sospechar mi traicion, y hablando francamente ha tenido bastantes penas sin añadirla ésta, y es menester dejarla respirar.

Bien conoces que no puedo ignorar la causa de tus sospechas, y te convencerás bien al leer

la carta de tu esposa, que tampoco ella lo ignora. Imítala en la generosidad con que ha perdonado á su hermana; todos teneis motivos de quejaros de esa pobre desgraciada, y el Conde sobre todo siente su indiscrecion de un modo tan terrible, que en una alma comun tendria yo que temer las mas funestas resultas; espero amortiguar su resentimiento por la idea del terrible estado á que me reduciria si permaneciese inflexible. Dale el ejemplo de un generoso perdon, y tenga yo la dicha de ver reunida mi familia por los vínculos de una viva y tierna caridad, que producirá la gloria de Dios, y nuestra comun ventaja Quedo, &c.

CARTA XXVIII.

DE LA MARQUESA D.**** A MADAMA DE MONTIER.

Querida madre mia: Acepto de buena gana la receta que me habeis enviado; no preveer nada y esperarlo todo. ¿Qué riesgo puede tener un hijo dócil en abandonarse á los cuidados de un padre tan tierno como sábio y poderoso? Se ha impreso de tal modo esta idea en mi espíritu, que ha penetrado hasta mi corazon, y me parece que

lo prometió, y para no comprometer á la Marquesa, habló en nombre de su hermana, contra la que tú estabas entónces muy irritado, é hizo saber á este señorito, que el único medio de no ser aborrecido, era el hacer cesar por su ausencia la especie de persecucion, á que sin querer la exponia. Vé aquí, querido mio, lo que ocasionó esa ausencia, cuyos motivos no pudo adivinar Mastrilli; hubieras visto todo este detalle en las cartas que me has devuelto, y cuya lectura no hubiera producido otro efecto, que el aumentar tu admiracion y respeto á tu virtuosa esposa: estoy tan persuadida de esto, que pienso ocupar el tiempo que tengo en copiar estas cartas ántes de guardarlas, y quiero absolutamente que las leamos juntos en el primer momento que nos reunamos. Pero no puedo esperar hasta entónces á darte una prueba nada equívoca del amor que te tiene mi querida Marquesa; te envio la carta que acaba de escribirme, y no te pido por precio de mi infidelidad, sino un gran secreto respecto á ella. No habria consuelo para esa pobre muger si pudiese sospechar mi traicion, y hablando francamente ha tenido bastantes penas sin añadirla ésta, y es menester dejarla respirar.

Bien conoces que no puedo ignorar la causa de tus sospechas, y te convencerás bien al leer

la carta de tu esposa, que tampoco ella lo ignora. Imítala en la generosidad con que ha perdonado á su hermana; todos teneis motivos de quejaros de esa pobre desgraciada, y el Conde sobre todo siente su indiscrecion de un modo tan terrible, que en una alma comun tendria yo que temer las mas funestas resultas; espero amortiguar su resentimiento por la idea del terrible estado á que me reduciria si permaneciese inflexible. Dale el ejemplo de un generoso perdon, y tenga yo la dicha de ver reunida mi familia por los vínculos de una viva y tierna caridad, que producirá la gloria de Dios, y nuestra comun ventaja Quedo, &c.

CARTA XXVIII.

DE LA MARQUESA D.**** A MADAMA DE MONTIER.

Querida madre mia: Acepto de buena gana la receta que me habeis enviado; no preveer nada y esperarlo todo. ¿Qué riesgo puede tener un hijo dócil en abandonarse á los cuidados de un padre tan tierno como sábio y poderoso? Se ha impreso de tal modo esta idea en mi espíritu, que ha penetrado hasta mi corazon, y me parece que

á excepcion del deseo de amarle, cualquiera otro que quisiese formar, seria faltar á lo que debe. Me habeis tambien descubierto una ilusion de que he sido víctima hasta hoy, y á la que debo atribuir todas las turbaciones que me han agitado; Dios me ha concedido la gracia de no desear jamás sino su gloria, mi salvacion, y la de todas las personas que estimo. Estos deseos son buenos en sí mismo, y su objeto me impedia desconfiarme de la viveza con que aprovechaba los medios de efectuarlos. Ved aquí, querida madre mia, en lo que jamás hubiera yo pensado sin vos. Consiste en que mi corta prudencia queria escoger estos medios, y que inmediatamente que no tenian el suceso que me habia prometido, me desanimaba y desfallecia como si se hubiese perdido todo, y como si Dios hubiese debido sujetar sus miras á mis luces. Tambien conozco que la voluntad propia me domina mucho; un acto de virtud que haya practicado por mi eleccion, pierde la mitad de su amargura, en lugar que tengo la mayor repugnancia á las que Dios ha escogido por mí. Espero con el socorro de la bondad Divina evitar este escollo en adelante. Abandono de buena gana á la sabiduría eterna mis mas justos deseos, los medios de cumplirlos, y el género de expiacion que tenga por conveniente á su gloria y mi salvacion. En este instante en que me resigno sin restriccion, no puedo negarme á una luz de que os quiero dar parte: mi amor propio es de buena composicion, y mi obediencia muy perfecta, cuando todo ha salido á medida de mis deseos, y cuando mis penas tienen algun alivio. Entónces me siento pronta á hacerlo todo, y disgustos que no veo sino en perspectiva, y cuya misma probabilidad es equívoca; estos disgustos, digo, me parecen bagatelas, que estoy pronta á sacrificar á la primera señal de la voluntad del Señor. La calma que disfruto ahora, es la que funda toda mi virtud; á lo ménos tengo motivo de temerlo. Mi situacion se ha mudado desde mi última carta; y si yo hubiera dado oidos á mis transportes, hubiera principiado ésta por anunciaros mi feliz mudanza; pero he querido preparar los vuestros, y traeros por grados á la buena noticia que tengo que deciros, y que vos habeis debido adivinar por el principio de mi carta, que es de un estilo muy diferente de todas las que la han precedido. Mi esposo ha vuelto á recobrar toda su tranquilidad, y me asegura que el deplorable estado en que veía á mi hermana, era la sola causa de su tristeza; no me cuesta dificultad el persuadírmelo, se separaba poco de ella, y esto podria muy bien ocasionarle

vapores meláncolicos. Sabeis que siempre ha amado á esta niña, aunque confiesa que le ha causado infinitos males. Redobla no obstante sus visitas, y me dice que está tan flaca y pálida, que cuesta trabajo conocerla. El Médico me prohibe que entre en su cuarto hasta que ella demuestre desearlo; me asegura que su enfermedad ha mudado de naturaleza, y degenera en una profunda melancolía, en cuya situacion es menester cuidarla muchísimo. Ella come como ántes, duerme tranquilamente, y mantiene algunas conversaciones seguidas. El único régimen que con ella observan, es procurar divertirla, lo cual es muy dificil; sin embargo, principia á mostrarse agradecida á los cuidados que se toman para conseguirlo, y dá pruebas de su reconocimiento. Ella pidió ayer que la dejasen ver á Mastrilli, y quiso hablarle á solas. Este pobre muchacho salió de su cuarto tan pálido y tan abatido, que parecia que se levantaba de una grande enfermedad, y nos declaró cenando, que le hizo tal impresion su tristeza, que tenia necesidad de ausentarse por algun tiempo para disipar las ideas melancólicas que este accidente ha dejado en su imaginacion. Mi esposo desde luego se opuso á la partida de su libertador; pero por lo que toca á mí, le dije que si amabamos á Mastrilli, debiamos dejarle ausentar por temor de que no cayese malo en Turin. Mi viveza se descubrió demasiado en esta ocasion, y no fuí dueña de mí misma; se me proponia quitarme de encima un peso enorme, que en cierto modo me agoviaba, y he contribuido á la buena voluntad que tenian conmigo. Mastrilli no reparó, segun creo, mis vivos deseos de verle bien léjos, y que tenia la impolítica de dejar percibir: el Marqués me dió quejas, y no sé lo que hubiera respondido si este caballero, como si adivinara mi apuro, no hubiese mudado de conversacion. Vá á Venecia con ánimo de distraerse, para lo que es muy á proposito el tiempo de carnaval, que está ya próximo. El Marqués le instó á que abreviase el tiempo de su ausencia; él no respondió al pronto sino por un suspiro; y algunos instantes despues añadió, que Turin le habia sido tan favorable y tan funesto, que temeria siempre igualmente alejarse ó volver á él; pero que creía no obstante que tendria precision de ir á pasar algun tiempo á Nápoles, donde negocios de importancia pedian su presencia. Si he de decir lo que siento, creo que la compasion ha despertado en él sentimientos demasiado tiernos por nuestra pobre enferma, y en este caso seria obrar como hombre de bien el alejarse. De cualquier modo que

sea me veo enteramente libre, y es probable que ayer haya sido la última vez de mi vida que le vuelvo á ver, porque me lisonjeo siempre, con que inmediatamente que mi hermana convalezca, podrémos volver á pasar los Alpes; el peligro á que hemos estado expuestos en este pais, autoriza la repugnancia que siempre le he tenido. Estoy sin embargo enteramente sumisa á lo que ordene la Providencia en este particular; no temais que yo quiera mudar nada: he dicho mis razones al Marqués, parece que las ha aprobado, y me he impuesto la ley de no decirle una palabra mas, temerosa de que él haga ceder su voluntad al deseo de satisfacerme. Desde que ha recobrado su alegría, parece que su complacencia por mí se aumenta á cada instante, tanto como en mí el amor que le tengo.

Se me olvidaba deciros que en el momento que estuve segura de la partida de Mastrilli, cesé de aborrecerle, y que tengo por él todos los movimientos del mas vivo reconocimiento. El temor del peligro á que su vista podia exponerme, los habia disipado, ó por mejor decir suspendido; me parece que estaba pronta á decirle á cada instante, ¿por qué os metísteis en sacarme del rio? Yo queria ser anegada. Esta locura se me fijó muy sériamente en la imaginacion; pero ahora me alegro infinito de deberle la vida de dos personas que quiero en extremo.

Era tanta la confusion que le causaba al pobre Conde la memoria de su imprudencia, que ha estado muchos dias sin atreverse á mirarme á la cara. No he olvidado nada para persuadirle que yo le habia perdonado todo absolutamente; él no puede perdonarse á sí mismo; en fin, la mudanza del Marqués ha sido mas eficaz que mis palabras; y él está bastante inclinado á creer que nos hemos alarmado fuera de tiempo. Parece que este pensamiento le ha suavizado en favor de mi pobre hermana; ha entrado muchas veces en su cuarto, y habiéndose acabado la repugnancia que tenia ella á sus cuidados, demostró sensibilidad al verle. Creo que no han contribuido poco las buenas noticias que dais al Marqués de su hijo al recobro de su salud y buen humor: él tiene no obstante una inquietud, de que yo no participo. Desearia que se le pudiese aplicar al estudio, y le parece poco apto para esto el lugar en que estais por la falta de maestros. Yo le pregunto si se contentará con que su hijo llegue á ser tan hábil como mis hermanos; me responde no pide mas, é inmediatamente le tranquilizo recordándole que hasta la edad de catorce años no han tenido otros maestros que á vos.

Ya que hablamos de mis hermanos, el mayor queria pedir su licencia para venirnos á ver á Turin; como sé lo muchísimo que quiere á mi hermana, temí que sintiese demasiado verla en la situacion en que está; le he dado pues mis razones para suplicarle que difiera su viage; pero podria muy bien suceder que mi carta haya llegado muy tarde, y que hubiese tomado ya sus medidas; es menester ponerlo todo en manos de la Providencia.

CARTA XXIX.

RESPUESTA DEL CONDE A MADAMA DE MONTIER.

Señora: Si no fuera por el temor de que interpretáseis mi silencio como una prueba de la dureza y de la inflexibibidad de mi corazon, no hubiera podido vencer el sentimiento de vergüenza y de confusion que me impedia escribiros: porque á la verdad, me reconozco enteramente indigno de este honor. No espereis el detalle de los efectos que ha producido en mí vuestra carta; todo lo que puedo distinguir, es que estoy anonadado, confundido. ¡Muger verdaderamente fuerte! ¡Lazo sagrado que destinó Dios para reunir una familia que castigaba en su cólera, y por la que habeis presentado lágrimas y oraciones que han detenido su rayo! Vuestra carta ha hecho revivir en mí aquellos sentimientos que me recordais, y que no habian hecho en mi alma sino una impresion demasiada ligera y momentánea para poder producir frutos durables. Lo conozco; á todos mis crímenes he añadido el de una conversion fingida; os engañaba, y me engañaba á mí mismo: mis sentimientos virtuosos no estaban sino en mi idea, y no nacian de mi corazon; yo me alucinaba.... Pero no; he abjurado bien sinceramente mis errores pasados, y prometo repararlos con toda la extension de mi voluntad: aun debo convenir con vos en que he hecho esfuerzos sinceros para unirme al bien que quiero, y separarme del mal que aun cometiéndolo detesto. Mi débil virtud me presta fuerzas en las bagatelas, en las ocasiones que no importan nada; pero cuando se trata de un esfuerzo un poco penoso, me abandona y caigo. Yo me lisonjeaba con que no era menester mas que querer ser virtuoso para conseguirlo; Señora, desenredarme este caos. Estoy en el estado de un hombre atado por todas partes, y echado en el suelo, que arde en el deseo de recobrar su libertad; se agita y fatiga en vano; sus esfuerzos llegan á romper los hilos delicados; pero cuando

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cree haber hecho mucho, se halla con cadenas pesadas que no habia descubierto, y que son tales que abaten su valor, y que ni aun se le pasa por la imaginacion el procurar romperlas. ¡Oh pobre filosofía! ¡Miserable razon, honor del mundo! ¡Cuán bien conozco tu debilidad y tu insuficiencia! A un socorro estraño, y á una fuerza que no está dentro de mí, es á lo que debo la victoria que acabo de conseguir sobre el ódio que se habia apoderado de mi corazon; sin duda que soy deudor á vuestras oraciones de este socorro. Entre todas las pasiones que tiranizan al hombre desde su degradacion, ninguna me parecia tan odiosa, ni tan contraria á la humanidad en general, y particularmente á mi carácter, como aquella cuya víctima he sido, y de la que me siento libre casi por milagro. ¿De qué peso me habeis libertado, querida y respetable amiga? Al paso que leia los caracteres escritos mas por vuestro corazon que por vuestra mano, regados, y casi borrados por vuestras lágrimas, sentia yo desvanecerse esta horrible pasion; pero cuando llegué al parage en que me decís que me voy á dictar á mi Dios la sentencia que pronunciará algun dia contra mí, que me medirá su Divina Magestad con la misma medida que yo mida á mi esposa, no fuí dueño de acabar mi lectura;

un sudor frio se apoderó do todo mi cuerpo, mis rodillas temblaban á pesar mio, y postrado en tierra, como otro Pablo, no me levanté hasta despues de haber asegurado mi juicio, como decís. Sí; dije de buena gana; perdonadme, Dios mio, como yo perdono á mi desgraciada compañera; por grandes que sean los males que ella me ha hecho, no se acercan á los que vos teneis que perdonarme. Aun cuando me hubiese hecho mas, todo lo recompensa el bien que me ha hecho dándome, Señora, una madre como vos. Apénas acabé mi súplica, cuando corrí al cuarto de la Condesa, á quien no habia visto desde el primer dia de su enfermedad, y como se temia que mi vista la causase alguna revolucion, se la previno de ella; y solo por una seña dijo que sí. La encontré triste, suspira muchas veces, y cuando la dije que esperabamos verla bien pronto enteramente restablecida, me apretó la mano sin mirarme, é hizo una inclinacion muy profunda; pero no he podido sacarla una palabra ni ésta ni las demás veces que he vuelto; es verdad que está casi siempre dormida, y que no he querido que la dispertasen; con que puede muy bien no haberme visto. Se entra y sale en su cuarto sin que parezca que haçe atencion á ello, y me parece que esta mudanza da cuidado al médico-

aunque no nos lo dice, pero se le conoce no obstante por su gesto que queria mas su primer estado, por que teme que esto degenere en quedarse simple. Yo tengo mas esperanza, porque confio mucho en vuestras oraciones; si las mias pueden contribuir á ello las ofrezco con un ardor que tocaria al cielo; pero es menester creer que mi indignidad detiene su efecto. Honradme muchas veces con vuestras cartas; servidme de guia en el camino de la virtud en que sinceramente quiero entrar, y estad persuadida á que la ternura y la compasion, han tomado el lugar de los sentimientos que yo tenia ántes por mi esposa, que detesto, y de los que el Señor se ha dignado librarme.

Reflexionando en mi estado, salí de un error en que incurren muchos. Dicen que se necesita muy poco para hacer un buen cristiano de un hombre de bien; todo el mundo me da este último título, que os confieso que creo merecer; sin embargo, no me puedo disimular que estoy muy distante del cristianismo.

CARTA XXX.

DEL MARQUES A MADAMA DE MONTIER.

La Marquesa acaba de decirme que os habia

escrito un discurso vago que hice algunos dias ha respecto á mi hijo, y que me parece que ella hubiera debido dejaros ignorar; esto os atraerá aun la inoportunidad, ó por mejor decir, la fatiga de una carta, con la condicion de que no respondereis á ella; sé que estais quebrantada, y que además de nuestra correspondencia, manteneis otra con todos vuestros hijos; y esto podia alterar una salud que nos es muy preciosa para no procurar todos los medios de restablecerla, y los médicos mas hábiles que tenemos aquí, aseguran que una agitacion de espíritu demasiado grande os haria enfermar, y haria inútiles todos los remedios que hagais, ó que debeis hacer, porque en este particular desconfio de vos sériamente, y acordandome que cuando sufríais cruelísimos dolores de dientes nos decíais burlandoos de nuestras inquietudes; hijos mios, *esto no es mas que un dolor sin peligro.* Cuando me acuerdo, vuelvo á decir, de estas palabras, me persuado á que tratareis de friolera ese reumatismo con el pretesto de que *no es mas que dolor.* Pero dejo este artículo, sobre el que os conozco muy incorregible para deciros que yo no lo soy, y que me habeis librado de todas las preocupaciones que tenia sobre la educacion. Por una vieja costumbre se me ha escapado de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sear maestros para mi hijo: en las ciudades grandes se encuentran de éstos para todas las ciencias, excepto para la moral, y ninguno se encarga de enseñar ésta á los niños, ni de poner freno á sus pasiones, porque este seria un oficio muy ingrato. Estoy seguro de que el mio se instruirá á vuestro lado, de lo que no aprenderia en los colegios; os le abandono, pues, por todo el tiempo que tengais por conveniente, y estaré contento de verle con un espíritu y corazon formados por vuestra direccion. Pluguiese á Dios que hubiesen sacrificado para mí todas las demás ventajas á ésta; esto os hubiera libertado de muchas penas, y á mí de muchísimas mas, porque toda mi vida he sido mártir de las pasiones. A la verdad, que en el último ataque que he sufrido, me han hecho traicion; creí ser dueño de ellas, y no me hubiera creido jamás capaz de semejante debilidad. Parece que la córte es un lugar que miran como su dominio, porque ellas habian respetado nuestra querida soledad. No son ménos vivos mis deseos de vernos juntos, que los que tiene vuestra querida hija; sin embargo, no sé si debemos escuchar nuestro gusto en este particular; tenemos aquí obligaciones que cumplir, y las órdenes del mejor de todos los amos me parecen algunas veces una vocacion.

Decidid, Señora, este punto como todos los demas; vos sois nuestra, guia y siempre será para mí de honor, gusto y obligacion, seguir ciegamente vuestros consejos, que me han sido demasiado ventajosos para apartarme de ellos jamás.

CARTA XXXI.

DE MADAMA DE MONTIER A LA MARQUESA.

Ánimo, hija mia, que ya comienzas á cojer el fruto de tus sacrificios; de aquí en adelante, como creo hábertelo dicho en mi última carta, te serán inútiles mis lecciones, y Dios te conducirá por sí mismo sin que yo me meta á gobernarte: Me insinúas que la tranquilidad que ha sucedido en tu casa á la tormenta, podria tal vez ser el único fundamento de tu resignacion. Esto es demasiado decir, Marquesa mia; porque no era menor en el tiempo de la turbacion; y esto es lo que te debe asegurar algun tanto. Sin embargo, siempre tendremos motivos de desconfiar de lo que parece mejor en nosotros; nuestra perfeccion es una mercancía que tiene mucha mezcla, y la corrupcion natural es un gusano cuyas picaduras es casi imposible evitar. Humillémonos, pues, por el mal que hacemos, humillémonos por el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bien que no hacemos, y humillémonos tambien por lo que hacemos de un modo muy imperfecto: es decir, que debemos humillarnos en todo tiempo ó mas bien ponernos en nuestro lugar, que no es sino un poco mas arriba de la nada; pero es menester hacerlo tranquilamente, y de manera que en nada disminuya el agradecimiento que debemos á Dios, por la calma que se digna volvernos despues de una borrasca tan terrible. Su Divina Magestad conoce nuestra flaqueza; no somos ni dignos, ni capaces de llevar su cruz sin alivio; nos da tiempo de respirar para que renovemos nuestro valor y nuestras fuerzas para sobrellevar los muchos trabajos que se digne enviarnos, y á los que debemos preparar nuestro corazon. Esta es, mi querida Marquesa, la herencia de los predestinados, y al acercarse á la Cruz, debemos decir con mucho respeto: *Domine non sum dignus*: Señor, yo no soy digno.

Te doy la enhorabuena de la partida de Mastrilli, no porque temiese para tí su permanencia en Turin. Estoy íntimamente persuadida á que la recompensa del sacrificio que hiciste de la semilla de inclinacion que notastes tenerle, fué la entera extincion de este sentimiento demasiado tierno. Tú creias aborrecerle ántes de que te hubiese declarado su próxima partida: no,

hija mia, tu corazon es demasiado justo para dar tan mal pago á los servicios que te ha hecho; temias, aborrecias el crímen y luego que has creido no tener nada que temer, el reconocimiento ha recobrado todos sus derechos; no te opongas á la justa estimacion que debes á sus virtudes, todos los que le conocen aseguran que es muy hombre de bien; por lo que hace á mí, le compadezco sinceramente, pues infiero de las palabras que se le han escapado, que ama aun á tu hermana, y su partida aumenta en mí la buena opinion que tenia yo de él; porque en este combate solo la huida puede asegurar la victoria. Tú te lisonjeas de que dejarás á Turin ántes que él vuelva: el corazon no me dice que he de veros tan pronto; parece que la Providencia te destina á hacer grandes bienes donde estás: es menester seguir sus miras: abandona todo este negocio á la prudencia de nuestro querido Marqués, y pongamos tambien en las manos de Dios á tu pobre hermana. Te confieso que actualmente necesito tener mi confianza con las dos manos; la trizteza en que ella ha caido es uno de los peores síntomas, y me haria temerlo todo, sino la hubiese puesto absolutamente en las manos del Señor. ¿Qué querria ella á Mastrilli? Se diria que esta visita ha ocasionado su marcha. Es menester

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

acordarse á cada momento que somos ciegos, y que solo las miras del Altísimo son justas y sábias. He recibido una carta del Marqués, en que me dice me abandona su hijo de muy buena gana; me parece que si se me hubiese quitado este niño, me hubiera visto bien desconsolada. Te aseguro no obstante, que hubiera sacrificado con todo mi corazon su buena compañía á sus adelantos, si pudiese creer que pierde aquí el tiempo; me parece que tu esposo está convencido de que le emplea útilmente, y que hace caudal para lo restante de su vida. Te alegrarias infinito de ver la facilidad que tiene para hacer todo lo que es bueno; su corazon vuela delante de mis lecciones, y yo parezco ménos enseñarle, que convenir con las cosas que él sabe ya, y aplaudir tanto sus luces como sus inclinaciones. No tiene ninguna que no sea loable, aunque la vuelta de su salud haya descubierto en él una especie de vivacidad que tú no le conocias, y que me ha causado un placer infinito, porque temo á los corazones lentos y parados. Esta salud se fortifica cada dia mas; pero acordándote del estado en que le dejaste, comprenderás que le queda una grande delicadeza. Yo sigo los progresos de su espíritu, de su corazon y de su cuerpo, para dar á cada una de estas cosas el ejercicio conveniente, y el suceso justifica mi método. Le insinúo al Marqués, y os lo digo á los dos que no se deben turbar las béneficas intenciones de la naturaleza, que trabaja en restablecerse; y estoy persuadida á que no se le podria mudar de aquí sin arriesgarle. Te convencerás de esto cuando sepas que mis piernas están en tan buen estado, que aunque con un poco de trabajo me permitirian pasar los montes. Tú debes conocer los ardientes deseos que me llaman á vuestro lado, sobre todo en las circunstancias que se halla tu pobre hermana; sin embargo sacrifico estos violentos deseos á la voluntad de Dios, que se me manifiesta por el estado de este niño á quien ni quiero dejar ni llevar á experimentar una mudanza de clima que podria muy bien llegarle á ser funesta, particularmente en esta estacion que está mucho mas fria que lo que acostumbra.

CARTA XXXII.

DE MADAMA DE MONTIER AL CONDE.

Dios oculta á los grandes y á los sábios lo que se digna manifestar á los pequeños y á los ignorantes, queriendo que se le reconozca por el orígen de toda luz y sabiduría; vé aquí, querido Conde mio, lo que me anima á responder á tus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

acordarse á cada momento que somos ciegos, y que solo las miras del Altísimo son justas y sábias. He recibido una carta del Marqués, en que me dice me abandona su hijo de muy buena gana; me parece que si se me hubiese quitado este niño, me hubiera visto bien desconsolada. Te aseguro no obstante, que hubiera sacrificado con todo mi corazon su buena compañía á sus adelantos, si pudiese creer que pierde aquí el tiempo; me parece que tu esposo está convencido de que le emplea útilmente, y que hace caudal para lo restante de su vida. Te alegrarias infinito de ver la facilidad que tiene para hacer todo lo que es bueno; su corazon vuela delante de mis lecciones, y yo parezco ménos enseñarle, que convenir con las cosas que él sabe ya, y aplaudir tanto sus luces como sus inclinaciones. No tiene ninguna que no sea loable, aunque la vuelta de su salud haya descubierto en él una especie de vivacidad que tú no le conocias, y que me ha causado un placer infinito, porque temo á los corazones lentos y parados. Esta salud se fortifica cada dia mas; pero acordándote del estado en que le dejaste, comprenderás que le queda una grande delicadeza. Yo sigo los progresos de su espíritu, de su corazon y de su cuerpo, para dar á cada una de estas cosas el ejercicio conveniente, y el suceso justifica mi método. Le insinúo al Marqués, y os lo digo á los dos que no se deben turbar las béneficas intenciones de la naturaleza, que trabaja en restablecerse; y estoy persuadida á que no se le podria mudar de aquí sin arriesgarle. Te convencerás de esto cuando sepas que mis piernas están en tan buen estado, que aunque con un poco de trabajo me permitirian pasar los montes. Tú debes conocer los ardientes deseos que me llaman á vuestro lado, sobre todo en las circunstancias que se halla tu pobre hermana; sin embargo sacrifico estos violentos deseos á la voluntad de Dios, que se me manifiesta por el estado de este niño á quien ni quiero dejar ni llevar á experimentar una mudanza de clima que podria muy bien llegarle á ser funesta, particularmente en esta estacion que está mucho mas fria que lo que acostumbra.

CARTA XXXII.

DE MADAMA DE MONTIER AL CONDE.

Dios oculta á los grandes y á los sábios lo que se digna manifestar á los pequeños y á los ignorantes, queriendo que se le reconozca por el orígen de toda luz y sabiduría; vé aquí, querido Conde mio, lo que me anima á responder á tus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

preguntas, sin lo cual me avergonzaria de ser consultada, siendo tan incapaz de resolver tus dudas. Te lisonjeabas de que no era menester mas que querer llegar á ser virtuoso para serlo en efecto, esta persuacion es uno de los mayores obstáculos para la virtud, porque nace de la confianza que tenemos en nuestras propias fuerzas. Podemos depravarnos á nuestro gusto; vé aquí el desgraciado patrimonio de nuestra naturaleza; pero cuando se trata de reparar los males que nuestra perversa voluntad nos ha causado; cuando es menester curar las heridas que nos ha hecho, y consolidar nuestras llagas, permanece sin poder y necesitamos del socorro de un médico mas hábil que nosotros, y que nunca nos falta, si deveras le buscamos. Te lo juro, querido mio, y lo sé por experiencia, la filosofía no cura de nada. En vista de nuestras propias flaquezas, nos indignamos contra nosotros mismos, nos revolvemos en los lazos que nos aprisionan, y esto es todo lo que podemos hacer. El primer paso que es menester dar para romperlos, es convencernos bien de nuestra insuficiencia; este conocimiento nos lleva naturalmente á implorar el socorro de Dios, que jamás nos le rehusa; no obstante se puede decir que su sabiduría pone límites á su bondad y beneficencia. Si por socorros poderosos consiguiésemos de repente una victoria completa, olvidariamos bien pronto á quien se la debiamos; nos la atribuiriamos con insolencia, y el orgullo remplazaria á los otros vicios que habiamos vencido. Bueno es que me hayais humillado, decia el Santo Rey Profeta, el cual despues de haber recibido la palabra de su perdon, experimentó por tan largo tiempo las tristes resultas de sus miserias; lee en los Salmos sus expresiones: *la podredumbre y corrupcion se ha formado en mis llagas por causa de mi locura; mis cicatrices se han envejecido y por culpa mia han degenerado en una corrupcion irremediable.* Mira nuestro estado, querido hijo mio, nosotros no podriamos poner remedio á nuestra corrupcion; pero nos debe consolar, que jamás nos faltará el socorro mientras que confesemos humildemente nuestra insuficiencia, y que la perseverancia de nuestros gritos haga violencia á la justicia de Dios. Es muy justo que se haga de rogar querido amigo mio; le habemos desairado por espacio de tantos años, y quisiéramos que á la primera palabra se rindiese á nuestros deseos; esta es una presuncion que no puede ménos de dilatar su gracia. Me dices que hasta ahora habias creido, como otros muchos, que se necesitaba poco para hacer un buen cristiano de un hombre de bien;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aun puedes creerlo sin temor de engañarte, con tal que sepas definir lo que es un hombre de bien; todo el mundo tiene esta palabra en la boca, y si se ha de decir la verdad, casi nadie conoce su significacion.

Un hombre de bien es el que estima el honor y la probidad, hasta el punto de dar su vida por ella si fuese necesario. Segun esta definicion, no hemos adelantado mas que ántes porque no se tienen justas nociones del honor. Tú y otras gentes de distincion, lo haceis consistir en despreciar el peligro, y en estar siempre en disposicion de dejaros romper en el ejército los brazos y las piernas, ó degollaros por una bagatela. Creeis que este honor os obliga á cumplir inviolablemente la palabra que dísteis á un amigo; á absteneros de tocar la hacienda del prójimo, que podríais robar por violencia, á pagar las deudas del juego, á respetar la verdad hasta cierto punto. Entre un hombre de bien de esta especie y un buen cristiano, hay una diferencia muy notable. Aquel que se tendria por indigno de ver la luz, si se hubiese envilecido hasta tomar un escudo del bolsillo de otro, no hace escrúpulo de arruinar los mercaderes, y los artesanos, reteniéndoles su hacienda y salarios años enteros. Sé que al llegar aquí dirás: ¡Oh! esto no habla conmigo, siempre he sido exácto en pagar mis deudas; muy bien y á pesar de todo esto no dejas de ser ladron; permíteme esta palabra. La inocencia que robaste á aquella doncella, el honor que marchitaste á aquel esposo, la fortuna que disminuíste á aquellos hijos poniendo á uno de los tuyos en derecho de participarla, siendo estraño; ese disimulo, que se llama política, y que se dirige sordamente á derribar todo lo que nos hace sombra para elevarnos sobre sus ruinas: vé aquí lo que se permiten sin escrúpulo los que se llaman hombres de bien á lo del mundo. El mio es el que sigue las reglas de la ley natural en general y particular, y que en ningun caso querria hacer á los otros lo que sentiria que le hiciesen á él. De éste á un buen cristiano, no hay sino una cosa que hacer, que es purificar la intencion, obrando por motivos sobrenaturales. Examínate en esta forma, querido Conde mio, y hallarás mucho que descontar. Por lo demas te diré para tu consuelo, que hay ciertos pasos que hacen adelantar mucho camino sea en el bien ó en el mal. El sacrificio de tu ódio te traerá por lo mucho que te ha costado una gran facilidad para los demas; ya no se trata sino de sostener este paso. Pongo á tu esposa en manos de Dios, pide por ella; pues tan fácil le es al Todopoderoso disipar su

tristeza, como le ha sido calmar sus furores.

CARTA XXXIII.

BILLETE DE MADAMA DE MONTIER AL MARQUES.

¿Sabes, querido Marqués mio, que miro la súplica que me haces de que no te responda, como un puro cumplimiento? Es cierto que escribo mucho, y que mi correspondencia es muy dilatada; pero no lo es, que esto me debilita, porque aun seria muy digna de lástima si me faltase esta diversion, que me pone en el seno de mi familia en el dia tan dispersa. Esto me lo dirás para prevenirte políticamente del deseo que tienes tú de no escribir, porque dicen, sin hacerte agravio, que eres muy perezoso cuando se trata de tomar la pluma, y si no hubieras tenido pena, no hubiera visto letra tuya. La Marquesa es tu secretaria, y solo te obligó á vencerte la imposibilidad de hacer pasar por su conducto lo que tenias que decirme. No te asustes de un comercio, que mi amor por vosotros me hace apreciable; soy buen juez, y sé compadecerme de las debilidades de mis amigos; he aquí la prueba en la precaucion que tomo de poner esto en una esquelita, á fin de que puedas comunicar

mi carta á tu esposa, y encargarla de tu respuesta. Espero que no volverá jamás el caso de tener nada que ocultarla.

CARTA XXXIV.

DE MADAMA DE MONTIER AL MARQUES.

QUERIDO MARQUÉS MIO: Estoy contenta en extremo del abandono que me haces de nuestro querido hijo; puedes fiarte de mi ternura para con él; es verdad que podrias con razon desconfiar de mis talentos, pero sin embargo lo es tambien que Dios nos los concede á proporcion de los empleos á que nos destina. Esta es mi respuesta para tu esposa, que se inquieta por su incapacidad para el empleo á que el Rey la hace el honor de destinarla; ella debe pensar que S. M. es el órgano de que Dios se sirve para declararla su voluntad, y en esta persuacion bajar la cabeza y someterse humildemente, sin mirarse á sí misma, porque una humildad que la desanimase, no vendria del cielo, que no puede ser contrario á sí mismo en las órdenes que nos intima.

No considero á tu hijo en estado de mudar de país, y esto es lo que me detiene aquí; yo tengo para con él el lugar de madre, con que es me-

nester que mi querida marquesa tome el mio para con su pobre hermana, sobre cuyo estado voy tambien á discurrir. La soledad no la es útil para nada; es preciso alegrarla, y tener sobre todo con ella una dulzura inalterable.

Acabo de recibir una carta de la tercera de mis hijas, en la que solicita que abrevie el término que la he dicho para tomar el hábito; convengo en ello de buena gana, con tal que esté seis años de novicia; porque seguramente no consentiré en que ella se empeñe para siempre, antes que tenga los veinticinco. Lo que la ha empeñado á aumentar sus solicitudes para ser religiosa, es que una de mis hermanas la ha proporcionado un partido muy bueno; es un hombre de treinta años, amable en su figura, buen caballero, en posesion de doce mil libras de renta, y que es generalmente estimado en nuestra provincia. Mi hija conviene en las grandes ventajas de semejante establecimiento, y las exagera para concluir, que pues que ellas no la han tentado, no se tentará jamás. Niego la consecuencia, y sostengo que Dios contará su empeño desde el dia que tuvo designio de tomarlo, que puede vivir como religiosa, y que por consiguiente nada le insta. La hago ver que el Señor no bendeciria un empeño formado contra la voluntad

de los que tienen para ella su lugar: y como la prohibo expresamente ligarse por ningun voto, la digo que si falta á mis órdenes, su ofrenda seria desechada de aquel que quiere mas la obediencia que el sacrificio.

CARTA XXXV.

DE LA MARQUESA A MADAMA DE MONTIER.

No sé cómo mi corazon ha podido bastar para contener los sentimientos mas vivos, y los mas opuestos, que he experimentado despues de mi última carta; la vista de mi pobre hermana ha sido la causa. Dijo que queria verme cuando iba yo á solicitar este permiso, pues que vos decidíais que la compañía podia mas bien darla alivio que perjudicarla. Como el médico se ha impuesto la ley de no contradecirla en nada, cedió á su deseo, aunque temiese que esta visita tuviese tristes resultas, por las razones que cree él que ignoro; me parece haber observado en su semblante que él lo hubiera rehusado abiertamente si no hubiese temido hacer nacer mis sospechas. Volé al cuarto de esta querida enferma, ¡y con qué ardor no pedí al Señor en el camino que apartase de su corazon y de su mente las funestas memorias, que serian capaces de retar-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dar su convalecencia! Mi primer movimiento fué precipitarme en sus brazos: ella me detuvo poco á poco con su mano; y sin que yo pudiese ni preverlo ni impedirlo, se echó á mis piés, y me apretó de tal modo en sus brazos, que me fué imposible hacerla dejar esta humilde postura. No me pregunteis qué hacia yo entónces; gritaba, lloraba, la estrechaba la cabeza contra mi seno, la conjuraba á que se levantase, dirigia votos al Señor sin saber que palabras salian de mi boca. Al fin, sus criadas me ayudaron á volverla á sentar en su silla: permaneció allí tranquila en la apariencia, los ojos bajos; pero el movimiento de sus lábios, y las diversas mudanzas que se veían en su semblante, me mostraban que estaba sumamente melancólica, y distraida en extremo. Despues de haber estado así algunos momentos, me dijo, aunque sin mirarme, ruega por mí, querida hermana mia; ruega á Dios por mí. Sí, querida hermana, querida amiga, la dije abrazándola, á pesar de sus esfuerzos; no he cesado un solo instante de ofrecerte al Señor, y nuestra digna madre ha importunado tanto al cielo con sus clamores, que sin duda llegará á escucharlos y te volverá una salud perfecta. Has salir á mis criadas, me dijo con voz baja, y permite me postre á tus piés,

porque esta es la única situacion en que puedo sufrir tu presencia. Propuse á su guarda principal que pasase al cuarto próximo; pero esta muger se negó absolutamente á dejarme sola con ella; teme, dice, que la vuelvan sus furores contra mí; los locos son malignos, añadió: esta calma aparente podia muy bien presagiarnos una recaida, y quién sabe si ella se reprime para cumplir la gana que tiene de ahogaros, como lo ha jurado tantas veces. Que palabras querida madre mia, y cuan bárbara era en asesinarme con ellas; creo que esta muger obraba así por bestialidad; esta especie de gentes son groseras, y así la perdono el mal que me ha hecho. Lo mas cruel que hubo en esto, fué que afectando que hablaba bajo, lo hizo de modo que la oyese la pobre enferma. La ví temblar, levantar los ojos al cielo, y recogerse algunos instantes dentro de sí misma; volviéndose despues hácia su guarda con un aire muy dulce y muy sumiso: teneis razon, la dijo, no se debe esponer á mi hermana; despues dirigiéndose á mí añadió; concédeme la satisfaccion de dejarme escribir á tu madre, y aguardarás mi carta para dirigírsela. ¡Tu madre! replicó la guarda con un aire burlesco, y como aplaudiéndose de haber adivinado; como si vuestra madre no fuese la suya; ya veis que su cere-

bro todo está, ménos sano. ¡Oh! exclamé inmediatamente, esta muger me impacienta, salid del cuarto de mi hermana, en el que os prohibo volver entrar. Es menester perdonarla, replicó la enferma, no sabes tú lo que yo la he hecho sufrir, por otra parte, me es muy necesaria; ten pues á bien que vuelva luego que haya yo escrito. Me dí prisa á dar á mi hermana todo lo que pedia; permanecí en su gabinete hora y media, que pasé orando con tanto ardor que parecia que mi corazon se rasgaba y salia fuera de mí para volar á los piés del trono del Padre de las misericordias. Me volvió á llamar; y me entregó una carta con sobrescrito para vos que recibireis con ésta. Entónces la hallé con un aire mas sosegado, pero estremamente abatido. Todo iba bien hasta aquí, aun á gusto de la guarda; pero me olvidé por desgracia del estado en que se hallaba, y la dije que toda la familia iba á alegrarse muchísimo de su restablecimiento; que al Conde y al Marqués les habia dado tanto cuidado su situacion, que temí les costase la vida. A estas palabras se la arrazaron los ojos de lágrimas sollozaba tanto, que temí que la faltase la respiracion: me sacaron de su cuarto sin que diese muestras de percibirlo; ved en pocas palabras el mal que ocasioné por mi imprudencia..... El médico de mi

hermana, á quien contaron lo afligida que yo estaba por el desgraciado accidente, que sin querer la habia causado, vino á mi cuarto cuando os estaba escribiendo para aliviar mi dolor, el que acaba él de mudar en un gozo sin igual; canta victoria, y mira como una crisis favorable la abundancia de lágrimas que ha derramado nuestra querida enferma; igualmente que á vos le ponia en mas cuidado su tristeza, que sus furores, y nos lo disimulaba por temor de no inquietarnos, dice que en la actualidad los espíritus han vuelto á tomar su curso, y que toca ya el momento de una curacion perfecta. Yo me lisonjeo, querida madre mia, y hablandoos sinceramente, me persuado que está mucho mejor de lo que creen. Nada he notado en ella que muestre la mas ligera locura: su misma tristeza, léjos de asustarme, me parece una prueba de la vuelta de su juicio; ella no puede reflexionar en el estado de que sale sin experimentar sentimientos muy propios para fomentar su melancolía. Su carta os dirá la situacion en que se halla de un modo mas cierto que todo lo que podria yo deciros: estoy tan penetrada del estado en que la he visto, que no puedo hablaros de otra cosa, y dejo para otra ocasion el tratar de lo que me pertenece. Convido al Marqués para que me acompañe á dar un pa-

seo por el lado de la ciudadela; aun no he tenido valor de ir al cuartel del Valentino; no obstante lo intentaré porque esta es una debilidad de que me avergüenzo.

CARTA XXXVI.

DE LA CONDESA A MADAMA DE MONTIER.

Señora, ¿Por dónde principiaré esta carta? La abundancia de mis sentimientos pone en confusion mis ideas, y la atrocidad de lo que tengo que confesaros las turba tanto, que no sé como explicároslas, aunque se dejan sentir con tanta viveza, que me tienen como aterrada. Sin embargo, es menester resolverme á desenredar este caos, ó por mejor decir, á revolver este cenagal. Esta voz aun no da toda la idea que tengo formada de mi alma; me veo, y conozco que estoy inferior á todos, y sin embargo sé ciertamente que no comprendo sino la menor parte de mi miseria. Entre este tropel de sentimientos que sitian mi alma, hay dos sobre todo, que la llenarán toda entera, y que ni aun el tiempo podrá debilitar. Estos son el pesar y la vergüenza de haber abusado tanto de la misericordia de Dios, despreciando vuestros saludables consejos, y el reconocimiento á la vista de los milagros que su

divina bondad ha hecho en mi favor en el mismo tiempo en que mi endurecimiento, y el horrible abuso que yo habia hecho de sus gracias, hubiera debido empeñarle aniquilarme. Mis ideas se han mudado, Señora, (porque me hallo absolutamente indigna de daros otro nombre mas tierno). ¿Qué velo es el que acaba de romperse á mi vista? ¿Y cómo podrá bastar toda la eternidad para dar gracias á la mano benéfica del Todopoderoso que lo ha arrancado de delante de mis ojos? Os lo repito, Señora, necesito de una gracia superior para sostener mis nuevas luces, y sin esta gracia moriria por el horror que me causo á mí misma. Hija ingrata, hermana desnaturalizada, esposa pérfida, amiga infiel, he faltado, he pisado todos los deberes que me habian impuesto la religion, el honor y la naturaleza; soy verdaderamente un monstruo, de que seria menester purgar la tierra. ¡Cuánto no he sufrido en presencia de mi virtuosa hermana! ¡Con qué vergüenza y confusion la he visto colmar de caricias á la furia que nada ha perdonado para emponzoñar la felicidad de su vida, y que en los transportes de su furiosa envidia deseó quitarla el honor, la vida, y aun la virtud, que es todavia una joya mas preciosa! ¿Cómo repararé el mal que la he causado, igualmente que á todo lo que debia serme mas queri-

seo por el lado de la ciudadela; aun no he tenido valor de ir al cuartel del Valentino; no obstante lo intentaré porque esta es una debilidad de que me avergüenzo.

CARTA XXXVI.

DE LA CONDESA A MADAMA DE MONTIER.

Señora, ¿Por dónde principiaré esta carta? La abundancia de mis sentimientos pone en confusion mis ideas, y la atrocidad de lo que tengo que confesaros las turba tanto, que no sé como explicároslas, aunque se dejan sentir con tanta viveza, que me tienen como aterrada. Sin embargo, es menester resolverme á desenredar este caos, ó por mejor decir, á revolver este cenagal. Esta voz aun no da toda la idea que tengo formada de mi alma; me veo, y conozco que estoy inferior á todos, y sin embargo sé ciertamente que no comprendo sino la menor parte de mi miseria. Entre este tropel de sentimientos que sitian mi alma, hay dos sobre todo, que la llenarán toda entera, y que ni aun el tiempo podrá debilitar. Estos son el pesar y la vergüenza de haber abusado tanto de la misericordia de Dios, despreciando vuestros saludables consejos, y el reconocimiento á la vista de los milagros que su

divina bondad ha hecho en mi favor en el mismo tiempo en que mi endurecimiento, y el horrible abuso que yo habia hecho de sus gracias, hubiera debido empeñarle aniquilarme. Mis ideas se han mudado, Señora, (porque me hallo absolutamente indigna de daros otro nombre mas tierno). ¿Qué velo es el que acaba de romperse á mi vista? ¿Y cómo podrá bastar toda la eternidad para dar gracias á la mano benéfica del Todopoderoso que lo ha arrancado de delante de mis ojos? Os lo repito, Señora, necesito de una gracia superior para sostener mis nuevas luces, y sin esta gracia moriria por el horror que me causo á mí misma. Hija ingrata, hermana desnaturalizada, esposa pérfida, amiga infiel, he faltado, he pisado todos los deberes que me habian impuesto la religion, el honor y la naturaleza; soy verdaderamente un monstruo, de que seria menester purgar la tierra. ¡Cuánto no he sufrido en presencia de mi virtuosa hermana! ¡Con qué vergüenza y confusion la he visto colmar de caricias á la furia que nada ha perdonado para emponzoñar la felicidad de su vida, y que en los transportes de su furiosa envidia deseó quitarla el honor, la vida, y aun la virtud, que es todavia una joya mas preciosa! ¿Cómo repararé el mal que la he causado, igualmente que á todo lo que debia serme mas queri-

do? ¡Ay de mí! Señora, si para esto no fuese necesario sino declarar mis crímenes delante de todo el universo, el cielo me es testigo de que ni un solo instante dudaria en hacerlo. Ya hubiera dicho á todos los que me rodean, cuán indigna soy de los cuidados que se toman por mí, si no temiera escandalizarlos. Permítaseme á lo ménos avergonzarme á vuestros ojos, y mostraros el fondo de mi corrupcion, y la atrocidad de mis excesos.

He parecido loca despues del feliz accidente de que se ha servido Dios para llamarme á sí por un camino bien incomprensible. ¡Ah! que ya lo estaba de un modo mucho mas funesto. Los aplausos generales que daban á mi hermana, las sinceras caricias, las alabanzas naturales que la prodigaban, principiaron á hacérmela odiosa; me fatigaba en hallar en ella defectos, y la inutilidad de mis cuidados en este particular aumentaba mi rabia. Llegó á tal punto que mi marido principió á serme odioso, é insoportable por la justa admiracion que tenia por ella, y por los tiernos elogios que hacia de su buena conducta: me persuadí á que se habia vuelto á encender el amor que la habia tenido en otro tiempo, me atreví á echárselo en cara, y la dulzura con que procuró justificarse, me pare-

ció una prueba del crímen que le imputaba. En fin, el ódio que la tenia llegó hasta lo último, cuando el Rey la demostró lo mucho que la estimaba escogiéndola para aya de sus hijas. No debí sino á mi orgullo el secreto impenetrable de mis sentimientos. Mártir de mi soberbia, cuántos esfuerzos tuve que hacerme para encerrar dentro de mí misma los horribles efectos de una pasion vergonzosa, á la cual abandonaba mi alma, y cuya bajeza no podia disimular. Ella me inspiró el horrible proyecto de arruinar la virtud de mi hermana, y hacerla tan despreciable como yo, si podia ser. Me habia confesado el Conde que ella tuvo un principio de inclinacion á Mastrilli, y para excitar mi valor me contó el heróico esfuerzo que para vencerla hizo. Léjos de causarme admiracion esta confianza, fué para mí un nuevo motivo de envidia, y un socorro para ejecutar la horrorosa trama que habia formado contra ella. Un dia que Mastrilli me parecia estar muy rendido al lado de una señorita que desechaba sus obsequios, aunque no excediesen los límites de una mera atencion, fingí creerle muy apasionado, y le dije: vuestro corazon os sirve mal, y no ha podido descubriros el solo objeto digno de interesarle, y del que podríais esperar ser correspondido. La Marquesa valia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas que nosotras, y hubiera sido sensible; yo no os temia tanto que desease vuestra partida, y si mi esposo os suplicó que dejáseis á Turin, fué precisamente porque ella lo solicitó. En una muger como ella, el temer amar es una prueba de amor. No bien hube pronunciado estas odiosas palabras, cuando conocí todo lo malo que en ellas habia, y lo sentí mucho ménos, que el horror que se pintó en el semblante de Mastrilli; se levantó mirándome con una indignacion, que me aterró, y que me le hizo tan odioso como á mi rival. Para alejarle de mi vista hice presente al Conde que la prudencia no nos permitia que viniese á nuestra casa, y siguió mi consejo, sin duda mas por mi hermana que por mí: porque él principiaba ya á dejar conocer su tibieza conmigo, lo que atribuia yo á haberse renovado una pasion mal extinguida. Pienso que la súplica del Conde á Mastrilli hizo en él mas impresion que lo que yo le habia dicho de mi hermana, y descubrí con gozo que iba cuidadosamente á todos los sitios en que esperaba encontrarla, que la miraba con una atencion enteramente nueva, como pretendiendo leer en su alma la confirmacion de mi discurso. La tímida virtud de mi hermana servia perfectamente á mi maldad; ella se ponia colorada siempre que sorprendia las miradas de este señor sobre ella, y su precipitacion en mirar á otra parte, le podia dar bastante fundamento para creer que yo no le habia engañado, y que ella le temia aun. Ved aquí, Señora, la situacion en que estaba cuando la misericordia de Dios me aterró. Juzgad del exceso de mi ceguedad: á dos pasos de la muerte, próxima á entrar en una eternidad desgraciada, estaba menos asustada del temor de perder mi alma, que ocupada del despecho y de la rabia de verme abandonada de todo el mundo, mientras que mi odiosa rival se llevaba todas las atenciones; y en este terrible extremo me abandoné á la justicia de Dios, sin ni aun procurar mover su misericordia. La fuerza y la violencia de las pasiones, á que yo me habia entregado, enagenó mi espíritu; pero no tan absolutamente, que no me quedase un conocimiento superficial de lo que pasaba al rededor de mí. He permanecido en este terrible estado hasta que vuestras oraciones han forzado por decirlo así, á la Divina bondad, á hacer en mi favor uno de los mayores milagros, y se ha servido para obrarlo de la virtud de mi hermana. Hace ya cerca de quince dias que mis ideas han vuelto á tomar algun órden. El primer rayo de mi razon me descubrió toda la humillacion del estado de que apénas habia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

salido. Mi primer movimiento fué el huir, y andar incógnita por los lugares en que se ignorasen mi vergüenza y mis excesos: yo no podia soportar la vista de las que estaban encargadas de guardarme, y para libertarme de sus miradas insultantes, y alejarlas de mí, fingia dar al sueño un tiempo en que me entregaba á todos los excesos de la desesperacion. Yo no veía ningun recurso en mis infelicidades. Mis crímenes me parecian tan grandes, que veía era temeridad esperar el perdon de ellos; y mis pasiones habian tomado tal imperio sobre mi alma, que ni aun se me pasó por la imaginacion procurar hacer para vencerlas esfuerzos que miraba como inútiles. Habia llegado á ser odiosa á todos los que me rodeaban. Creí no tener en este extremo otro recurso que la muerte y resolví recurrir á ella. La empresa era dificil; me velaban exáctamente, y mi guarda, por decirlo así, no me perdia de vista. La desesperacion me hizo imaginar un medio de engañar su vigilancia: Fingí tener una gran gana de dormir, é hice cerrar enteramente las cortinas de mi cama, determinada á servirme del cordon de mi campanilla para quitarme la respiracion. Esperando el momento de ejecutar mi horrible designio, quedé inmóvil. Mi guarda, que me creia sepultada en un profundo

sueño, hablaba libremente con una de las doncellas de mi hermana, que no me ha dejado desde el principio de mi enfermedad, y estaban tan cerca de mi cama, que no perdí ni una palabra de su conversacion. Dios mio, ¡cuán vivas son las pasiones de la señora Condesa! ¡Y qué imperioso é insoportable es su humor, decia mi guarda! ¡Cuánto disgusto ha debido causar á su hermana la Marquesa, que es tan dulce! Estoy segura de que esta Señora y toda la familia se alegraria de verse libre de un génio tan expuesto. ¿Qué decís, respondió la doncella? Vos conoceis muy mal á mi ama; quiere á su hermana con una ternura, que jamás ha tenido semejante. Me resolví á referirla todas las conversaciones que esta loca ha tenido de ella; me riñó mucho esta indiscrecion, y me prometió que haria mi fortuna, si callaba todas las extravagancias de su hermana. Estas palabras fueron como un rayo de luz que traspasó mi corazon; sentí desvanecerse toda mi sobervia á la vista de una virtud tan pura, tan heróica; y el horror que concebí contra mí misma, me hizo dar un grito, que se atribuyó á alguna pesadilla; porque habiéndose acercado mi guarda, fingí que dormia. No queria perder ningun rayo de esta preciosa claridad, que acababa felizmente de disipar mis tinieblas.

La vista de este fondo inmenso de corrupcion que descubria en mí, no fué acompañado de aquella rebelion que produce el orgullo cuando se quita la máscara; me hallaba la mas criminal de todas las criaturas, y al mismo tiempo que detestaba los crímenes que me habian reducido á este deplorable estado, me parece que amaba la confusion que de ellos me quedaria para toda mi vida. Mi primer movimiento fué un acto de accion de gracias á la bondad Divina, y un ardiente deseo de hacer todo cuanto pudiese para probarla mi gratitud. Al pronto me causó una agonía terrible la vista de los combates á que tendria que entregarme para la ejecucion del voto que formaba de hacer una vida nueva: todo se reveló en mí. El considerar un poco en las promesas que Jesucristo hace á los pecadores arrepentidos, afirmó mi alma; se calmó la tempestad que se levantaba en mí, y tomé una firme resolucion de pedir sin cesar un socorro que no se me negaría. Desde aquel dia feliz no he cesado de mirar los excesos en que me ha precipitado mi orgullo, como el primer castigo de este mismo orgullo; y me parece que me he sometido de buena gana al desprecio de toda la tierra. Ya desapareció aquel miedo que tenia de ser humillada, y siento al contrario un deseo tan ardiente de ser envilecida, como de tomar un remedio que debiese impedir mi muerte; y si no fuese por temor de cometer una indiscrecion, ya hubiera procurado parecer en público, para tragar hasta las heces el cáliz de ignomia que me está preparado. Espero para esto vuestras órdenes, Señora, una obediencia ciega debe reparar mis rebeliones pasadas; me atrebo á prometéroslo con la asistencia del Señor. Hasta que reciba vuestros preceptos continuaré en dejar creer á todo el mundo que aun no es tiempo de fiarse en la vuelta de mi juicio; acaba de costarme infinito para no hacer conocer á mi hermana las disposiciones de mi alma: creo que en el supuesto de que no haya cometido algun crímen irreparable, respecto á ella, adelantaria el momento de su perfecta felicidad. Me dijo que mi esposo y el Marqués habian sentido tanto mi situacion, que habian estado para perder la vida. Yo sé que ciertamente no merecia ya serles bastante querida para que el temor de perderme, pudiese producir en ellos tal efecto, y este discurso confirmó las horribles sospechas que yo tenia.

A medida que he examinado lo ocurrido en mi enfermedad, temo que se me haya escapado el secreto que el Conde me confió respecto á ella y Mastrilli; tengo aun motivo para creer que he

instruido al Marqués de la inclinacion de mi esposo á la Marquesa, y sin duda es obra mia el triste estado de dos personas á quienes lo debo todo. ¡Oh Dios mio! Preservadme de esta horrible desgracia. No puedo aseguraros que exista: juzgad vos misma de ello, y nada me oculteis de lo que seria menester hacer para repararla si fuese posible. Creí poder dar esperando vuestras órdenes, un paso que no se podia retardar. Dije que queria ver á solas á Mastrilli; le confesé que mi enfermedad se habia acabado enteramente; pero le aseguré que habia principiado mucho tiempo ántes de nuestro acaecimento, y le dí por prueba de ello la insensata conversacion que con él habia tenido á costa de mi hermana, y que no tenia el mas ligero fundamento: le participé la duda en que estaba de haber dicho al Marqués las mismas especies, y le hice observar que suponiendo que hubiese levantado una calumnia semejante, importaba al reposo de una familia que él amaba, perderlo de vista por algun tiempo. ¡Ay de mi! Querida madre mia, este desgraciado señor, es una nueva víctima de mi malignidad. Mi discurso hizo nacer en su corazon una pasion que va á hacer la desgracia de su vida: bien me lo echó él en cara sin disimulo, y yo merecia demasiado estas reconvenciones para no

concederle que debia llenarme de ellas. Pero no obstante, mi confusion hizo cesar su cólera, pues se enterneció al verme en aquel estado, y me dejó sin señal alguna de aborrecerme. Gracias al Cielo siguió mi consejo, aunque sin parecer desengañado de las ideas lisonjeras que le habia hecho concebir.

Hubiera querido comunicar esta carta á mi hermana, para poderme hartar de oprobios en su presencia. Cuando la leais, vereis que solo mirando á ella he resistido á este deseo; pero no quiero tener conmigo el mismo miramiento, hecha cargo de que una criatura que se ha hecho tan despreciable á los ojos de Dios, no puede ser demasiado despreciada de los hombres.

CARTA XXXVII.

RESPUESTA DE MADAMA DE MONTIER

A LA CONDESA.

Cuando una muger está de parto, dice San Pablo, tiene dolores, pero apenas ha parido cuando el gozo de haber dado un hombre al mundo, la hace olvidar todos sus males. Vé aquí, querida hija mia, el fiel retrato de lo que ha pasado en mí. Seis meses he estado verdaderamente de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

parto; ya hoy no temo decírtelo. De todos mis hijos, tú sola pusiste mi vida en peligro al nacer; sin embargo, si hubiese consistido en mí, hubiera escogido ver renovar cada dia los dolores que sufrí entónces, mejor que experimentar la milésima parte de las penas me causó tu desvío de Dios. Actualmente todos mis males se pasaron, se olvidaron, y se convirtieron en un gozo tan puro y tan vivo, que es superior á toda expresion. Golpes tuyos, misericordia del Señor; solo á tí pertenece mudar en triaca el veneno. ¿Qué no le debes tú, querida hija mia, por las grandes cosas que se ha dignado hacer en tu favor? ¡Ah, como muy bien dices, toda la eternidad será sumamente corta para demostrarle tu agradecimiento! Esa feliz mudanza, que á no creer mas que á las apariencias, no parece verosímil; esa feliz mudanza, vuelvo á decir, contaba yo con ella, querida hija mia; un siervo de Dios me la habia prometido y si no me hubiera animado esta esperanza, tendrias ahora que echarte la culpa de mi muerte. En lo mas fuerte de los dolores que me causaba tu cegedad, fuí, á pesar de mi ceática, á la Parroquia. Allí como otra Ana, oré con tanto ardor, que se hubiera podida sospechar, como de ella, que estaba borracha, tan extraordinarios eran los movimientos de mi cara y todo mi

cuerpo. Nuestro buen Cura, que es un santo, no me injurió de esta suerte, pero creyó firmemente que estaba mala, y me lo preguntó muy asustado. ¡Ay de mí, le dije! No sufro en cuanto al cuerpo, pero soy una pobre muger, crucificada en mi corazon: pedid al Señor me conceda lo que le pido; no son mis ruegos para que me vuelva una de mis hijas, sino para consagrársela enteramente. Ya os la volverá, señora, me respondió este hombre santo; pues no tiene su Magestad valor, permitidme este término, para resistirse á votos tan ardientes como los que le ofreceis. Recibí la sencilla seguridad que me daba este digno Pastor, como una promesa del Cielo; y desde entónces he esperado siempre, y no he esperado en vano pues que mi querida hija está en la firme resolucion de ratificar el voto que formé entónces por ella, y no quiere vivir sino para consagrarse al Señor.

No me ha cogido de nuevo la pintura que me haces de tu anterior estado, y de los diferentes grados que has corrido para llegar hasta el fondo del abismo. ¡Ay de mi! querida mia, preveia estos excesos, y los lloré desde la primera carta que me escribiste en mi convalecencia. Conocí desde entonces que la curacion de tu orgullo era una cura, para la cual no bastaba el poder de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

razon; lo repito, era necesario un milagro, y necesitas que los multiplique Dios á cada momento, para que te sostengas en los combates que debes prometerte. No se debe mirar á tu enemigo como vencido absolutamente; Dios le ha postrado en tierra, y tiene en la actualidad el pié sobre su garganta, si puedo explicarme así; pero vendrá tiempo en que le permitirá volverse á levantar, y que emplee contra tí todas sus fuerzas. Vé aquí la materia de tu penitencia, de tus combates, y de tu corona: esta es aquella corona de justicia de que habla San Pablo, y que solo se concede al que combatió hasta el fin. Nada temeria por tí si se tratase de emprender algunas de aquellas cosas que los hombres llaman grandes, árduas, heróicas: la firmeza es el temperamento de tu alma, y el peligro no podria detenerte. Mas aquí todo ese valor es debilidad: es menester combatir á Goliat, y no se puede ir hácia él sino en el nombre del Señor, y armado con su fuerza. Si estás bien persuadida de tu insuficiencia, y de la eficacia de los socorros que te destina, tú triunfarás, y adelantarás tanto en la virtud como adelantaste en el vicio. Andarás con pasos agigantados por la nueva carrera que te abre Dios si eres fiel á la gracia; para las personas de tu carácter no hay medios; pasiones violentas

las conducen á grandes crímenes, ó á heróicas virtudes. Por lo que hace al Señor, estoy segura de que se acabará esta obra: te confieso que tengo algun escrúpulo de darte consejos, pues me parece, que te conduce por sí mismo. Si me rindo á la súplica que me haces de que te dirija, es únicamente para darte un medio de unir el mérito de la obediencia al de las otras virtudes que vas á practicar.

No olvides tu situacion pasada; continúa en amar la vista de la corrupcion de tu naturaleza; estremécete considerando donde estarias ahora sin una grandísima misericordia de Dios: yo misma tiemblo al decírtelo; estarias en el número de los réprobos. Sométete de buena gana á las humillantes resultas de tu enfermedad, y léjos de evitar las conversaciones que podrian tener alguna relacion con ella, síguelas libremente, y de manera que persuadas que no te ofenderás, si te las traen á la memoria. Nada te digo respecto á tu guarda: el espíritu de Dios te ha dictado ya la conducta que con ella has de tener; la debes mucho, con que así obra en atencion á esto.

No se puede imaginar lo culpable que eres para con tu esposo, y cuán obligada estás á darle completa satisfaccion. Has hecho toda la infelicidad de su vida, y solo el cristianismo es el que

puede empeñarle á perdonarte. No debes dudar un momento de echarte á sus piés, confesarle tus excesos respecto á él, y hacerle ver cuanto los detestas. Le conozco suficientemente para asegurarte que este es un medio infalible de volver á ganar su afecto y su corazon. Creo tambien podrias confesar á tu hermana la horrible envidia que habias concebido contra ella; ocúltala solamente lo perteneciente á Mastrilli, porque no sostendria el pensamiento de saber que estaba instruido de su debilidad respecto á él. Sé lo duro que es para la soberbia hacer semejantes confesiones; pero si tu conversion es sincera, no tendrás alivio hasta hacerte despreciar, siempre que la prudencia te lo permita sin ostentacion. Reflexiona en esta última palabra, querida hija mia; este es uno de los escollos que deben evitar los que principian á volverse á Dios; ellos encuentran un gusto en la confesion de sus miserias, que toca ya en amor propio. Evita el peligro; no hagas nada de extraordinario que te pueda hacer visible; deja á la Providencia el cuidado de suministrarte las ocasiones de ser aniquilada y despreciada; no las busques: conténtate con no evitarlas jamás. Escríbeme á menudo, y dime con sinceridad tus progresos en el bien, igualmente que tus debilidades. Escoge una guia ilustrada de que puedas sacar socorro, y que esto sea sin afectacion ni publicidad. Obra segun el cristianismo, y no segun lo que se llama fuera de propósito, devocion que no pertenece mas que al exterior, y á cuya sombra se alimentan las pasiones.

Apruebo tu conducta respecto á Mastrilli; su vista no podia menos de ser desagradable á tu hermana, aunque ella no tenga la menor sospecha de los sentimientos que tú le supones. Temo mucho que sea fundado el recelo que tienes de tu imprudencia, y este es un nuevo motivo de humillacion, de que debes aprovecharte bien. Si es cierto este mal, no tienes otro medio de repararle que el orar mucho; hazlo sin cesar, que yo me uniré á tí. Si diese yo oidos á los movimientos de mi corazon, volaria á Turin para abrazar á mi amada hija, que estaba muerta, y que ha resucitado; pero es preciso moderar este deseo: la Providencia me fija aquí, donde voy á gozar de una nueva existencia, pensando en el feliz estado en que Dios te ha puesto. Digo de buena gana con el viejo Simeon: Señor, desde hoy podeis dejar morir á vuestra sierva en paz. Mi corazon no desea ya nada, todos mis votos están cumplidos, y si añade á todos los favores que te ha hecho el de hacerte perseverar en el bien, podré

darme justamente el nombre de la mas dichosa de todas las madres, despues de haber sido muchos meses la mas desgraciada. Adios, querida hija mia, vuélveme el nombre que la naturaleza me dió respecto á tí; el de Señora me disgusta, aunque venero el sentimiento que te empeña á servirte de él.

CARTA XXXVIII.

DE MADAMA DE MONTIER A LA MARQUESA.

QUERIDA MARQUESA MIA: Solo voy á escribirte cuatro palabras, pues mi corazon está tan lleno de gozo, que mi pluma se niega á toda otra idea. Verificáronse mis pronósticos; tu hermana está curada perfectamente en lo que hace al cuerpo, y entra de un modo tan heróico en la carrera de la virtud, que espero llegue á una eminente perfeccion; no te encargo nada respecto á ella, pues la caridad te dictará mejor que á mí lo que convendrá hacer. Emplea todo el ascendiente que tienes con el Conde y el Marqués para empeñarlos á disminuir el peso de la humillada situacion de nuestra querida penitente; ó yo me engaño mucho, ó ella no me agradeceria nada esta súplica; pero es menester dejarla el cuidado de abatirse, y por otra parte tendrá bastantes ocasiones de hacerlo sin procurárselas nosotros. Por lo que hace á mí, querida mia, he hecho matar el ternero gordo; es decir, que he dado de comer á todos los pobres de la Parroquia en reconocimiento del gran beneficio que hemos recibido de la misericordia del Señor. Hubieras llorado de gozo, si hubieses visto con la gracia que nuestro marquesito sirvió á los pobres, con la cabeza desnuda, y con tal respeto, que se hubiera podido decir que servia á aquel de quien son imágenes. Tuve necesidad de moderar su celo, temerosa de fatigarle demasiado; y despues de haber empleado el primer medio cuarto de hora en este acto de caridad, le llevé á mi gabinete, donde me dijo con gracia, que me habia rejuvenecido, y que estaba tan hermosa como su mamá. Bien conocerás que este cumplimiento no me envaneció; pero es no obstante cierto que mi cara de hoy y la de ayer en nada se parecen. ¡Oh! la alegría es un precioso adorno. Pongo tu humildad en una terrible prueba, Marquesa mia; permito á tu hermana que te diga, que Dios se ha servido de la caridad que has tenido con ella para obrar su conversion: lo hago, porque estoy persuadida á que atribuirás á Dios toda la gloria de esta feliz mudanza, y que léjos de envanecerte, no experimentarás otro afecto que el de darle gracias por

darme justamente el nombre de la mas dichosa de todas las madres, despues de haber sido muchos meses la mas desgraciada. Adios, querida hija mia, vuélveme el nombre que la naturaleza me dió respecto á tí; el de Señora me disgusta, aunque venero el sentimiento que te empeña á servirte de él.

CARTA XXXVIII.

DE MADAMA DE MONTIER A LA MARQUESA.

QUERIDA MARQUESA MIA: Solo voy á escribirte cuatro palabras, pues mi corazon está tan lleno de gozo, que mi pluma se niega á toda otra idea. Verificáronse mis pronósticos; tu hermana está curada perfectamente en lo que hace al cuerpo, y entra de un modo tan heróico en la carrera de la virtud, que espero llegue á una eminente perfeccion; no te encargo nada respecto á ella, pues la caridad te dictará mejor que á mí lo que convendrá hacer. Emplea todo el ascendiente que tienes con el Conde y el Marqués para empeñarlos á disminuir el peso de la humillada situacion de nuestra querida penitente; ó yo me engaño mucho, ó ella no me agradeceria nada esta súplica; pero es menester dejarla el cuidado de abatirse, y por otra parte tendrá bastantes ocasiones de hacerlo sin procurárselas nosotros. Por lo que hace á mí, querida mia, he hecho matar el ternero gordo; es decir, que he dado de comer á todos los pobres de la Parroquia en reconocimiento del gran beneficio que hemos recibido de la misericordia del Señor. Hubieras llorado de gozo, si hubieses visto con la gracia que nuestro marquesito sirvió á los pobres, con la cabeza desnuda, y con tal respeto, que se hubiera podido decir que servia á aquel de quien son imágenes. Tuve necesidad de moderar su celo, temerosa de fatigarle demasiado; y despues de haber empleado el primer medio cuarto de hora en este acto de caridad, le llevé á mi gabinete, donde me dijo con gracia, que me habia rejuvenecido, y que estaba tan hermosa como su mamá. Bien conocerás que este cumplimiento no me envaneció; pero es no obstante cierto que mi cara de hoy y la de ayer en nada se parecen. ¡Oh! la alegría es un precioso adorno. Pongo tu humildad en una terrible prueba, Marquesa mia; permito á tu hermana que te diga, que Dios se ha servido de la caridad que has tenido con ella para obrar su conversion: lo hago, porque estoy persuadida á que atribuirás á Dios toda la gloria de esta feliz mudanza, y que léjos de envanecerte, no experimentarás otro afecto que el de darle gracias por

el favor que te ha hecho, empleando un instrumento tan débil para obrar tan grandes cosas. Adios, pues no puedo estár en mi cuarto, y le dejo á cada instante para ir al Oratorio; por lo que va á pasar en vuestra casa, adivinarás en lo que me ocupo.

CARTA XXXIX.

DE LA MARQUESA D.**** A MADAMA DE MONTIER.

QUERIDA MADRE MIA: ¡Cuán tierna es la escena que tengo que pintaros! Nuestros guerreros están abatidos, y aseguran que son inútiles para deciros lo que han sentido, y lo que sienten aun; cuantas explicaciones puedan idearse: semejantes impresiones no se borran en un dia; sin embargo, á mí es pues á quien se refieren para participaros sus sentimientos y su gozo. ¿Cómo os diré el mio? No tengo otro modo de hacéroslo conocer, que recordaros el que tuve cuando me dijeron los médicos que aquella crisis que creyeron os llevase, os volvia la vida en fuerza de nuestras oraciones.

Poco tiempo despues de haber recibido vuestra carta, me hizo mi hermana llamar á su cuarto, y mostró deseo de estár sola conmigo. Por esta vez

interpuse mi autoridad con su terrible guarda, y la mandé retirarse. Si hubiese yo previsto lo que iba á suceder, me hubiera librado de alejar los testigos. Postrada en tierra mi pobre hermana, me hizo, á pesar de mis esfuerzos, una confesion que sin duda su humildad la obligó á exagerar. Jamás he visto un aspecto tan penetrado de dolor como el de esta pobre muchacha: me conjuró previniese á mi esposo y al suyo, que habia ya recobrado su razon; y que los llevase á su cuarto, donde luego que los vió renovó en su presencia los actos de humillacion que habia practicado á solas conmigo. Mas que todo me sorprendió el aire dulce y tranquilo con que confiesa sus faltas. Se diria al verla que toma una especie de placer en envilecerse, y en mostrarse bajo el aspecto mas propio para hacerse despreciar; lo cual es tan ageno de su carácter, que mi esposo y el Conde me confesaron despues, que si yo no les hubiera asegurado su curacion, hubieran sospechado que aun estaba trastornada su cabeza. Ya hacia algunos dias que habia enviado á llamar al Padre D.... excelente Religioso: segun parece ha hecho con él una confesion general. Suplicó á su esposo que la permitiese salir al dia siguiente para ir á la iglesia á dar gracias al Altísimo, lo que se la concedió bajo mi palabra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Conoce muy bien que se duda aun de su curacion, se avergüenza de cuando en cuando, y noto entra inmediatamente en sí misma para reprimir este movimiento. Apénas volvió de la iglesia cuando pidió como un favor á su esposo, que tomase por criada la muger que la habia guardado en su enfermedad: acto verdaderamente heróico. Sé por mi doncella que la tal muger es una verdadera Megera, y que la ha tratado con mucha crueldad. Al principio me ví tentada á descubrírselo á su esposo, pero despues pensé que era mejor respetar en ella los movimientos del Espíritu Santo, y que debia consultaros ántes. Apénas se supo en la ciudad que habia estado en el templo, cuando se apresuraron las gentes á venir á darla la enhorabuena de su convalecencia. Como no la aman, y ella no lo ignora, conoció desde luego que este apresuramiento ocultaba una curiosidad maligna, y que querian divertirse con su semblante, porque á pesar de nuestros cuidados, por la indiscrecion de esta vil muger que quiere retener consigo, se ha sabido el género de su enfermedad. Esto no la impidió mandar que dejasen entrar á todos los que viniesen. Nada se puede añadir al aire de política y agradecimiento con que los recibió: acompañó á todos al despedirlos, lo que admiró á muchas mugeres, á las cuales habia rehusado este honor, y á las que en realidad no se les debia. Esta mañana correspondia ser para ella un dia terrible; pues era preciso dar gracias al Rey por el interes que tomó por su enfermedad, y exponerse á la vista de la corte, en donde muchos pensaban divertirse malignamente con su turbacion ó visages. Confundió su malignidad, é hizo una cosa verdaderamente heróica. Estás un poco mudada, la dijo el Rey, y no es extraño despues de haber padecido una calentura tan obstinada. V. M. me permitirá le diga, respondió, que mi enfermedad no era calentura; ha sido una verdadera demencia; que ya debia esperarse. Mi combate con el Baron fué una extravagancia que prometia otras muchas. ¿Cómo pues? la dijo el Rey; hablas tan mal de una accion que ha sido una prueba de que tienes un valor heróico. El valor, replicó modestamente mi hermana, no es una virtud propia de mi sexo, sino la dulzura, la decencia y la humildad, y por desgracia solo el nombre conocia estas virtudes. Ha sido para mí una verdadera fortuna este terrible golpe que trastornó mi razon, porque en su vuelta no podia ménos de salir gananciosa. Y has ganado en efecto, respondió el Rey, presentándola segunda vez la mano para que la besa-

se, y encuentro mas heroismo en la confesion que acabas de hacer, que en tu combate. Os confieso, querida madre mia, que me regocijó una mirada que eché sobre el concurso: ¡cuántos semblantes mudados! Esperaban irritar á esta pobre muchacha con proposiciones equívocas sobre su estado, y tuvieron que renunciar á tan maligno placer. Estoy bien segura de que no tuvo en esto mi hermana otra mira que la de humillarse: yo que la conozco perfectamente, veía cuanto tenia que sufrir su naturaleza; pero es evidente que un orgullo bien entendido no debia obrar de otro modo; dió un mal rato á los que pretendian mortificarla, con lo que es preciso abandonen para siempre su proyecto burlesco.

Despues de haber dado el Rey muchos elogios á la ingenuidad de mi hermana, se volvió hácia mí, y me dijo con mucha espresion, que no habia querido distraerme del cuidado que hasta entónces me pedia la enferma; pero que supuesto que gozaba de una perfecta salud, esperaba querria coresponder á la confianza que habia hecho de mí. Ya conoceis mi timidez, querida madre mia; pero no sé qué se hizo en aquel momento: pues sintiendo en mí una fuerza extraordinaria, me tomé la libertad de echarme á los piés del mejor de todos los amos. Se-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ñor, le dije: Dios me es testigo de que segun el vivo reconocimiento que excita en mí la bondad de V. M. creeria hacer poco sacrificio dandoos mi vida; este sacrificio, me atrevo á decirlo, seria ménos efecto de la obligacion que del respetuoso amor que tengo á mi Rey; amor que me dicta las objeciones que me voy á tomar la libertad de haceros. Vuestra bondad no os deja conocer mis débiles talentos; ignorais mi incapacidad, porque á no ser así no me hubierais elevado á un honor que ciertamente no merezco. Mi conciencia me obliga suplicar humildemente á V. M. que no se deje llevar de algunas apariencias de virtud que contra mi voluntad han promulgado mis parientes, y debo dar á la verdad el testimonio de que lo poco bueno que halla en mí, es debido á los consejos de una madre digna de formar los maestros del mundo. Permitid, pues, que os suplique recaiga en ella el honor que me habeis destinado. No me niego, ínterin su salud la permita venir á ofreceros lo restante de su vida, no me niego vuelvo á decir, á ocupar su plaza. No obstante, tengo aun el atrevimiento de pedir otra gracia á mi Rey; y es, que me permita esperar sus consejos ántes de tomar la posesion de un empleo que temo, porque conozco su importancia, y que rehusaria absolutamente,

si no contase con el socorro del cielo, que me le dará por medio de una madre que ha sido siempre su órgano respecto á mí.

El Rey me escuchó sin interrumpirme, ni dar señales de que le fastidiase una arenga que debia parecer larga por mi dificultad en enlazar mis ideas; pero por fortuna mia entendió el lenguaje de mi corazon, y me perdonó mis representaciones: me concedió quince dias para escribiros, y recibir vuestros consejos; me preguntó qué era lo que os impedia venir á estar con nosotros, y habiendo sabido que era miramiento por la delicadeza de mi hijo, me respondió con bondad, que deseaba que la salud de ese niño se restableciese lo bastante para permitiros pasar los montes, y proporcionarle la vista de una maestra, capaz de formar una discípula como yo. Me veo, querida madre mia, obligada á repetiros estos términos, porque á la verdad S. M. se engaña en el concepto que ha formado de mí; y vos sabeis tambien como yo, que cualquiera otra hubiera hecho mas honor á vuestras lecciones. Estoy sumamente humillada por la buena opinion que se empeñan en tener de mí, porque mi conciencia me advierte que no la merezco. Si quiero decir alguna cosa, se toma por humildad lo que no es sino un acto de justicia. No

tengo otro recurso que la esperanza de llegar á ser lo que creen que soy, si puedo tener la felicidad de poseeros. Vos reglareis mi conducta, mis pensamientos, mis deseos, y hasta la menor de mis acciones; entónces sí que mereceré un poco mas las alabanzas que me prodigan.

Os escribo al salir de palacio, y me doy prisa á pediros algunos consejos sobre el modo con que me debo conducir. Emplearé los quince dias que me han concedido en pedir socorro al cielo; uníos á mí para esto. Se me olvidaba deciros que ántes de ir mi hermana á la córte, hizo llamar á mi doncella, á la que pidió humildemente perdon de todo el escándalo que la habia dado durante su enfermedad; despues la abrazó, y la dió un bolsillo con trescientos ducados, diciéndola que tenia para ello licencia de su esposo, y añadió: yo no hubiera podido, sin su permiso, daros esta ligera prueba de mi reconocimiento; nada tengo propio, querida mia, y el Conde se casó conmigo, sin siquiera un sueldo de dote, porque yo era una pobre señorita. Esta muchacha corrió á mi cuarto tan asombrada de la escusa del presente como de la noble confesion de mi hermana, que estaba como loca. ¿Pero no os parece que lleva demasiado léjos la virtud en querer conservar la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muger que tanto la ha ultrajado? Decidme lo que pensais en este particular.

CARTA XL.

RESPUESTA DE MADAMA DE MONTIER A LA MARQUESA.

QUERIDA MARQUESA MIA. Estoy sumamente contenta y edificada de la conducta de tu hermana; te aseguro que adelantará mucho en el camino de la virtud. Me obligarás siempre á hacerte largas observaciones en cuanto á su conducta; porque lo que hace la parece tampoco, que ni siquiera se dignará decirlo. Conozco, como tú, que tendrá mucho que sufrir de la doncella que ha tomado: pero sería amarla muy poco quererla quitar este medio de reparar sus faltas. Hay virtudes brillantes que pueden muy bien servir de adorno al amor propio, y en éstas es en lo que la deseo una grande circunspeccion. Por lo que hace á estas pequeñas virtudes diarias de soportar los defectos del prójimo en que nadie pone atencion, puede ejercitar las que quiera, y yo me guardare de oponerme á ello. En un cierto rango, querida mia, está una rodeada de viles aduladores; los criados se esmeran en aplaudir las faltas, de los

amos, porque esto es por lo regular un medio de conseguir su benevolencia, y de abrir sus bolsillos. ¡Qué fortuna para el mundo espiritual, la de tener por criado á uno de aquellos génios altivos, obstinados é impolíticamente sinceros! Escucha el caso siguiente referido por San Atanasio de Alejandria.

Una señora de alta clase, que aspiraba á la perfeccion, suplicó al Santo que la diese para acompañarla una de las viudas que mantenia la Iglesia. El Santo Obispo, que estimaba mucho á esta señora, escogió entre las viudas aquella en que habia observado mas piedad, dulzura, y mejor educacion. Al cabo de algunos meses, la preguntó el Obispo, ¿como la iba con su compañera? Muy mal, le respondió. ¡Cómo es eso! la dijo San Atanasio muy admirado; ¿me habré engañado en su carácter? ¿ha tenido la imprudencia de faltaros en algo? Todo lo contrario, respondió la señora: no me quejo sino de su dulzura y deferencia: ¿qué medio hay de adelantar en la virtud con una persona tan respetuosa y sumisa? Ya os entiendo, la dijo el Santo, y tengo con que satisfaceros. Conocia entre las viudas á una de aquellas mugeres que no hablan sin ofender y que creen hacer favor no diciendo sino injurias, tanta es la disposicion en que es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muger que tanto la ha ultrajado? Decidme lo que pensais en este particular.

CARTA XL.

RESPUESTA DE MADAMA DE MONTIER A LA MARQUESA.

QUERIDA MARQUESA MIA. Estoy sumamente contenta y edificada de la conducta de tu hermana; te aseguro que adelantará mucho en el camino de la virtud. Me obligarás siempre á hacerte largas observaciones en cuanto á su conducta; porque lo que hace la parece tampoco, que ni siquiera se dignará decirlo. Conozco, como tú, que tendrá mucho que sufrir de la doncella que ha tomado: pero sería amarla muy poco quererla quitar este medio de reparar sus faltas. Hay virtudes brillantes que pueden muy bien servir de adorno al amor propio, y en éstas es en lo que la deseo una grande circunspeccion. Por lo que hace á estas pequeñas virtudes diarias de soportar los defectos del prójimo en que nadie pone atencion, puede ejercitar las que quiera, y yo me guardare de oponerme á ello. En un cierto rango, querida mia, está una rodeada de viles aduladores; los criados se esmeran en aplaudir las faltas, de los

amos, porque esto es por lo regular un medio de conseguir su benevolencia, y de abrir sus bolsillos. ¡Qué fortuna para el mundo espiritual, la de tener por criado á uno de aquellos génios altivos, obstinados é impolíticamente sinceros! Escucha el caso siguiente referido por San Atanasio de Alejandria.

Una señora de alta clase, que aspiraba á la perfeccion, suplicó al Santo que la diese para acompañarla una de las viudas que mantenia la Iglesia. El Santo Obispo, que estimaba mucho á esta señora, escogió entre las viudas aquella en que habia observado mas piedad, dulzura, y mejor educacion. Al cabo de algunos meses, la preguntó el Obispo, ¿como la iba con su compañera? Muy mal, le respondió. ¡Cómo es eso! la dijo San Atanasio muy admirado; ¿me habré engañado en su carácter? ¿ha tenido la imprudencia de faltaros en algo? Todo lo contrario, respondió la señora: no me quejo sino de su dulzura y deferencia: ¿qué medio hay de adelantar en la virtud con una persona tan respetuosa y sumisa? Ya os entiendo, la dijo el Santo, y tengo con que satisfaceros. Conocia entre las viudas á una de aquellas mugeres que no hablan sin ofender y que creen hacer favor no diciendo sino injurias, tanta es la disposicion en que es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tán para reñir. Se la dió á esta señora, y preguntándola despues de algun tiempo como se hallaba con aquel dragon, respondió, perfectamente: con el socorro de la gracia de Dios y de esta muger, espero llegar á hacer algun progreso en la paciencia. Estoy segura de que tu hermana te responderá lo mismo; pero por respeto á su virtud, hagamos como que no conocemos lo que tendrá que sufrir. Si no conociese y escusase el motivo que te ha hecho hablar al Rey de mi vieja figura, te reñiria por ello con mucha seriedad. ¿Cómo creiste que á mi edad quisiese establecerme en la córte? No, querida hija mia; la Providencia te ha colocado á tí en ella, y á mi me manda que permanezca donde estoy. Jamás te negaré mis consejos, y no desconfio aun de ir á pasar algun tiempo con vosotros, despues de lo cual me volveré á mi retiro con mi familia. Acuérdate, querida mia, de que aun me quedan tres hijas: la mayor estará en el convento hasta que tome el hábito, si su vocacion no se desmiente; por lo que toca á las otras dos, me creo obligada á educarlas yo misma. Vas á responderme, que podria llevarlas conmigo, y no las perderia de vista; pero ve aquí las razones que me lo impiden, y que tu buen talento no podrá ménos de aprobar.

Nadie mejor que tú conoce la medianía de nuestra fortuna; sé que la generosidad de mis yernos ha mejorado nuestra situacion, y que ellos no se limitarian á lo que han hecho si yo olvidase que tienen hijos. El Marqués y el Conde han renunciado vuestras cortas dotes en tus dos hermanas. Tus hermanos ventajosamente colocados, las acaban de ceder todos los derechos que puedan tener á la herencia de su padre; me queda pues una renta suficiente para establecerlas con decencia en la provincia, y darlas una suerte de la que podrán quedar satisfechas, con tal que puedan olvidar la fortuna de vosotras. Su felicidad depende de la moderacion de sus deseos, y yo tendria que temerlo todo para ellas si pudiesen ser testigos del estado que á la Condesa y á tí os rodea, por eso no quiero dejarlas acercar demasiado. Tú me crees necesaria á tu hijo; la educacion que le quiero dar, no tendria suceso en el gran mundo; es necesario antes de exponerle en él, que tenga yo tiempo de dar á su entendimiento y á su corazon una tintura de cristianismo y de razon bastante fuerte para resistir á la seduccion del ejemplo. Si tú lo exiges, te le llevaré al instante que su salud pueda permitírselo; pero no estaré allí por mucho tiempo, y me daré prisa á volver aquí adonde haré traer mis hijas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En las cartas de tus hermanas menores observo que se las llena de soberbia en un lugar en que no debian aprender sino á ser humildes; y cuanto mas las deje allí, mas trabajo me costará á mí y á ellas disipar el humo de que han llenado su cerebro. Preveo la respuesta que me vas á dar; un empleo que me haria visible en la córte, me suministraria medios para presentarlas en el mundo, y establecerlas tal vez de un modo mas brillante. Pero quiero hablarte con el corazon abierto, querida Marquesa mia: respeté el órden de la Providencia en su establecimiento, porque no tuve parte en él; mas te confieso que no le hubiera deseado ni escogido para tí: la razon es, porque son muy raros los hombres como el Conde y el Marqués, y seria temeridad esperar otros semejantes para tus hermanas. Sin embargo, estos fenómenos de probidad y religion, tan raros en la córte, son mas comunes en nuestros retiros; lo cual consiste en que la felicidad es del todo independiente de las grandes riquezas, y se halla con mas facilidad en una condicion mediana, que en un puesto elevado. Llamo aquí, querida hija mia por testigos á tu experiencia, y á la de tu hermana. El cielo os favoreció con dos esposos escogidos entre mil, nada os faltaba de aquellas cosas que se discurre pueden hacer la

felicidad; y sin embargo, ¡cuán pocos dias serenos habeis tenido! Los negros cuidados, el veneno de la ambicion, de la envidia, las desgracias, y la infelicidad, jamás se acercaron á tí en nuestro feliz hogar, que era, como sabes, la mansion de la paz y del sosiego; y vosotras la hubierais hallado en establecimientos mas proporcionados á vuestra fortuna. Bien sé que todo lo funesto que os ha sucedido, estaba en el órden de una Providencia misericordiosa, pues teníais necesidad de un contrapeso; que las adversidades han sido la medicina de vuestro estado; medicina que no os hubiera sido precisa en vuestra primitiva condicion; pero no quiero poner á tus hermanas en necesidad de remedios tan amargos. Si se las presentase un príncipe sin tener yo en ello parte, cerraria los ojos sobre el peligro de su estado, como lo hice en el tuyo; excitaria mi fé para creer que Dios, que las habia colocado, las sostendria: en una palabra, soportaria su elevacion; pero me guardaré bien de buscarla.

Me pides consejos para el importante empleo de que vas á encargarte; no te disimularé que lo miro como muy penoso; solo una cosa le endulzará: y es que segun las noticias que tengo de tu Rey, le miro como un hombre superior á

los defectos de los de su clase, superioridad que debe tanto á su religion como á su feliz carácter. En general, una persona encargada de formar el corazon de los grandes, no debe esperar que la aplaudan ínterin no se haga indigna de su empleo; que es un manantial de pesares para las que son dignas de él, y el ódio de sus educandos es el salario mas comun, y el sueldo con que deben contar. Sé que tus Princesas tienen un natural muy bello, y esto haria tu trabajo muy fácil si no escuchasen mas que á tí: ¿pero cómo se ha de apartar de su lado aquella tropa de aduladores, atentos á hacer inútil el mejor carácter? A pesar de todos los disgustos que preveo para tí, hay una satisfaccion que no te podrán quitar; que es la de haber cumplido con tu obligacion, y esta será á la verdad suficiente para recompensarte de todas las penas por grandes que sean.

La primera leccion que importa inculcar á los Príncipes, es una idea adecuada de lo que son respecto á Dios y respecto á los hombres. Los justos honores que se les rinden desde la cuna, y las pruebas que siempre debemos darles de respeto y sumision, no deben ser tales que crean que su clase merece atenciones hasta del Ser Supremo. Jamás olvidaré una sandez blasfema que oyó proferir tu padre á una Duquesa, y que

entre un concurso numeroso no chocó sino á él y á otra persona. Esta, que era una señora piadosa, se lamentaba de la suerte eterna de un gran Príncipe, que habia muerto tan repentinamente que no tuvo tiempo para pedir misericordia de una vida muy libre. Creedme, Señora, la dijo la Duquesa, Dios se mirará muy bien en ello antes de condenar á un hombre de esa importancia; y todos fueron de su dictámen. ¿No hemos visto nosotros á un Rey muy sorprendido de que un confesor habia tenido la temeridad de negar la absolucion á su manceba? y sobre todo no siendo mas que un simple cura de aldea. Consultó á Mr. Bosuet, y Mr. Beauviller, para saber si el cura tenia este derecho; es verdad que aquel Príncipe se rindió á los dictámenes conformes de aquellos dos hombres grandes, y no quiso desaprobar la conducta del ministro de los altares, cuando supo que no se habia excedido en nada del poder que tenia. Ignoraba pues que los grandes no tienen por el lustre de su nacimiento ninguna cosa que los distinga á los ojos del Rey de los Reyes; y habia creido hasta entónces que el trono le dispensaba de someterse á las leyes que debian sujetar á los otros. Es menester pues aprovecharse de todo para convencer á tus princesas, que formadas del mismo lodo que el último

de los vasallos del Rey su padre, no tienen nada que las distinga de aquel en el órden de la naturaleza. El frio, el calor, el dolor, la enfermedad y la muerte, no respetan su dignidad; están sujetas á las miserias comunes: luego en este punto son iguales al resto de los hombres, y dependen, como ellos, absolutamente del Ser Supremo, á cuyos ojos toda su grandeza no es ni siquiera un átomo; tampoco son distinguidas de los demás en el órden de la gracia. Los mendigos que trabajan en las profesiones mas viles, han sido igualmente que ellas hechos hijos de Dios en el Bautismo, miembros de Jesucristo, y templos del Espíritu Santo. Tienen lo mismo que ellas la palabra de Dios para instruirse, la penitencia para purificarse, la santa Eucaristía para alimentarse. Están como ellas, destinados al cielo donde serán sus iguales ó quizá sus superiores. Si Dios muestra alguna preferencia entre los grandes y los pobres, es siempre á favor de los últimos, á quienes parece estima de un modo muy particular. Ha depuesto, dice David, á los soberbios de su trono, y exaltado á los pequeños y humildes. Todos los Salmos de este Rey profeta están llenos de exclamaciones sobre la desgracia de los grandes que se ensoberbecen; los cuales se deben copiar, y hacer los aprendan de memoria tus

jóvenes princesas. Recuérdalas tambien aquellas palabras de Nathan al mismo Rey cuando le reprendió la transgresion de la ley de Dios; son las siguientes: *Yo te habia colmado de bienes y me hallaba dispuesto á concederte todavia mas si hubiera sido necesario: yo te habia elevado sobre los otros, y sin embargo violaste mi ley.* No debes cansarte de repetirles que la cualidad de Reyes no les da privilegio alguno ni excencion cuando se trata de observar la Ley de Dios. Nada puede debilitar sus deberes en este punto, y aun tienen motivos, que faltan á los que han nacido en las condiciones comunes, para observar rigurosamente esta ley santa. Dios castiga muchas veces las faltas de los Príncipes con castigos públicos y extraordinarios; de modo que casi se puede decir usa de mas indulgencia con los pobres y pequeñuelos. Haslas observar como castigó la desobediencia de Saul, la presuncion de David, la vanidad de Ezequias &c..... Despues de haberlas instruido de lo que son respecto á Dios, será tambien necesario instruirlas de lo que deben ser para con los hombres.

¡Cuán pocos son los Príncipes á quienes se inculcan estas grandes verdades! Si se les preguntase cuando principian á conocerse, y que salen de las manos de los que estaban encarga-

dos de instruirlos, y que no han hecho otra cosa que adularles: si les preguntasen vuelvo á decir, ¿es una grande felicidad haber nacido Príncipes? Responderian, segun lo que se les ha instruido, ya por palabras, ya por acciones, sí, que es grande dicha. Un Príncipe es rico, tiene hermosos vestidos, buena comida, se le respeta, nadie se atreve á contradecirle, no se humilla á nadie, y todo el mundo se humilla á él; y aunque haga faltas, aquellos que son jueces de los otros hombres, no le pueden castigar.

Enseña á tus princesas, las cuales tal vez llegarán á ser reinas, de modo que puedan decir si las hiciesen la misma pregunta: sin duda hay alguna ventaja en poseer el soberano poder, porque pone en estado de hacer grandes bienes; pero esta ventaja es una corta recompensa de los inseparables males del imperio. Los grandes no hacen todo el bien que quieren, y muchas veces hacen el mal que no quieren. La adulacion forma una nube espesa que los rodea, de modo que no pueden descubrir la verdad. No se ama en ellos sino á sus beneficios, y no pueden esperar tener un solo amigo verdadero; todos lo son de su dignidad, de sus beneficios, y nadie de su persona. No hacen pequeñas faltas: todo se sabe, todo se exagera, y se hallarán cargados en el juicio de Dios de una multitud de crímenes que han ocasionado con sus malos ejemplos, descuidos é ignorancias. La ley divina les cuesta mucho mas trabajo de observar que al resto de los demás hombres. ¡Que violencia no tienen ellos que hacerse en todos los instantes, para conservar la humildad en medio de los honores y adulaciones; para permanecer pobres de espíritu en medio de las riquezas; para guardar la templanza en continuos festines! Si tienen nociones claras de los deberes de cristianos, están verdaderamente como Tántalo en medio de todos los falsos bienes, sin atreverse á tocarlos por el temor de mancharse perdiendo su alma si se sumergen en este goce. Repítelas que el único medio de desquitarse de la infelicidad de haber nacido princesas, es, aprovecharse de esta funesta ventaja para hacer bien, explícalas las diferentes buenas obras que están obligadas á practicar, y que pueden hacer en efecto.

El primero y el mas importante es el buen ejemplo. Se puede decir con verdad, que las costumbres del pueblo dependen de la de los Grandes; deben edificar en la casa de Dios. Si están con el mas profundo respeto, si jamás hablan en ella, si oran con fervor, ¿quién se atreverá á cometer allí irreverencias? Deben edificar en las conver-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

saciones. Si jamás se permiten una palabra que pueda herir la caridad y la decencia, si niegan su estimacion y sus bondades á los que se aparten de las reglas que ellas mismas se prescriben respecto á esto, bien pronto aniquilarán la maledicencia, la calumnia, y las palabras libres. Deben dar en sus vestidos el ejemplo de la moderacion y de la modestia. Si su rango las obliga á la magnificencia, no puede enpeñarlas á seguir las modas que hieren el pudor. Las corresponde dar el tono, y lo darán en efecto. Si demuestran en su tertulia que no pueden ménos de despreciar á una muger que descubre su seno, sino miran á las que se atrevan á ponerse en su presencia en este estado, pronto harán desaparacer aquellas desnudeces indignas de la santidad del cristianismo, y del pudor, que debe ser el distintivo carácter de nuestro sexo.

Enseña á tus educandas á cerrar los oidos á los aduladores; házlas conocer bien que la adulacion es un insulto: que los que mas vilmente adulan á los Reyes, son los mayores enemigos del trono; y que no las alabarán con exceso, sino porque las creerán bastante estúpidas y vanas para gustar de este humo, y pagarle con su confianza ó con sus beneficios. Si muestran desde el principio una aversion decidida á esta bajeza,

reducirán á las personas que las rodean á que busquen agradarlas por medios honrados. Que cierren los oidos á los chismes, y que si descubren que quieren engañarlas para perder á alguno, despidan con enfado al calumniador para intimidar á los otros.

Inculca bien á tus princesas, que un alto nacimiento, un gran empleo, es una vocacion para las virtudes grandes, y para la santidad; pero procura darlas una idea completa de las practicas cristianas, que convienen á una Reina. Ha habido mas de una que por haber tomado una devocion aparente (y lo es siempre cuando las aleja de las obligaciones de su estado) ha habido, vuelvo á decir, algunas que por este motivo han enagenado el corazon de sus esposos.

Seria estenderme demasiado, querida hija mia, si quisiese entrar en todos los detalles que convienen á tu empleo; me remito á tu prudencia y mas que todo al socorro del Espíritu Santo, á quien no cesarás de pedir luces en todos los instantes. El, y no tu industria y manejo, será lo que hará pasar lo que digas á tus Princesas desde sus oidos hasta su corazon, á fin de que sembrando en ellas este buen grano, produzca ciento por uno. Adios, querida mia.

———

CARTA XLI.

DE LA CONDESA A MADA DE MONTIER.

No sé dónde hallar fuerzas para instruiros del terrible y funesto accidente con que la mano de Dios acaba de castigarnos. Demasiado agoviada mi hermana con su desgracia, para poder instruiros de ella, me encarga esta triste comision. Hemos perdido al Marqués, querida madre mia; pero el funesto momento que nos le arrebató, fué precedido de circunstancias muy propias para haceros hallar su muerte preciosa á los ojos de la fé. No faltaba ya á la virtud de mi hermana mas que ésta última prueba. Si no fuese por la perfecta resignacion de que se ha hecho una dichosa costumbre, tendríais que llorar su muerte igualmente que la de su esposo; pero la religion la sostiene.

Es dificil creer que no haya tenido nuestro querido Marqués algun presentimiento de su próximo fin, pues de algunos meses á esta parte nos hablaba libremente de él, aunque confesase que gozaba de la mejor salud: salió estas tres últimas tardes sin que nosotros, ni remotamente sospechásemos lo que le ocupaba. Ha cuatro dias que su criado le llevó el caldo que tenia costumbre

de tomar todas las mañanas; vos sabeis que siempre tuvo mucha confianza en este hombre: le dijo que no queria tomar nada, porque iba á concluir aquella mañana una confesion general que habia tenido fuertes inspiraciones de hacer; que esperaba comulgar, y despues pasar en casa de su escribano para firmar su testamento, que habia mudado la víspera. ¡Ay Dios mio, le dijo este ayuda de cámara con las lágrimas en los ojos! ¿A qué fin, señor, esta triste precaucion? ¿Estais malo? Te juro, le respondió, que estoy perfectamente bueno; pero el Profeta nos enseña que la vida toca á la muerte, y estoy resuelto á no principiar ningun dia en lo por venir sin pensar que podrá ser el último de mi vida; precaucion que no da la muerte, y es un medio seguro para vivir bien. Por lo demas, añadió, advierte á la familia que no puedo ir hoy á comer á donde están convidados; se come allí demasiado tarde para un hombre que estará en ayunas, y por otra parte he consagrado todo este dia al recogimiento y á la oracion. Dirás á la Marquesa que exijo absolutamente que no falte á su convite, y que me agraviaría mucho si pensase en ello. Me harás preparar mi sopa, y solo un pollo. Mi hermana habia ido á cumplir sus obligaciones con las princesas; este hombre fué á buscarla allá, y la

dijo tan positivamente que el Marqués deseaba que fuese en casa del Conde D... donde estábamos convidados, que la persuadió á que se fuese allá en derechura. Yo me vestí con la misma intencion, y habiendo entrado en el cuarto de nuestro querido Marqués, le hallé en los postres. Sorprendida de la mudanza que habia hecho en nuestro convite, le pregunté la razon, y le dije que temia estuviese desazonado. No tengas ninguna inquietud, me respondió: hace algunos dias que duermo ocho horas sin dispertarme: tengo mi apetito ordinario, y despues de haberme comido mi sopa y mi pollo, tengo un pulso como el de un niño. Acabando estas palabras alargó el brazo, cae en el mismo instante en su canapé, y espira. Mis gritos trajeron toda la casa; fueron corriendo á buscar sacerdotes y médicos; pero ¡ay! todo era inútil, pues ya no vivia. Mi esposo, presente á este triste espectáculo, cae en un estado poco diferente del muerto, y agoviada yo, aterrada con semejante vista, fué menester que el interés de mi pobre hermana sostuviese mis espíritus, prontos á abandonarme. Hago llevar al Conde á mi cuarto, y despacho un lacayo á mi hermana para suplicarla que se vuelva, diciéndola que mi esposo ha tenido una congoja que no nos permite ir á compañarla. En este intervalo, el

Conde volvió en sí, y le hice conocer lo que importaba preparar por grados á la Marquesa para el conocimiento de su pérdida: ella entró en este mismo instante; y como el ayuda de cámara del Marqués la habia dicho de parte de su amo que estaria fuera toda la tarde, no se asustó de no verle allí; pero insistió en que se le advirtiese prontamente del estado en que estaba su amigo. ¿Luego ha estado muy malo? nos dijo, viéndonos á todos llorar, y descubriendo á su confesor, que es el de toda la familia? El médico, que estaba prevenido, la dijo que aun no estaba enteramente fuera de riesgo; lo que causó á la pobre Marquesa terrores, que no se pueden explicar, y que solo eran preludio de los que la quedaban que sufrir. ¡Ay de mí! Mi dolor sobrepujaba al suyo; la quedaba aun alguna esperanza en la desgracia que sentia de mi esposo, y la pérdida que me arrancaba lágrimas, no tenia remedio. Habiéndola su confesor llamado aparte, la dijo: Señora, no debemos lisongearnos; el médico me asegura que esto se terminará con la muerte. Por Dios os pido que hagais uso de vuestro valor y religion para consolar á vuestra pobre hermana. Es menester mostrar en este momento, como dice San Pablo, que los cristianos no pueden afligirse como los paganos por la muerte de sus pa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

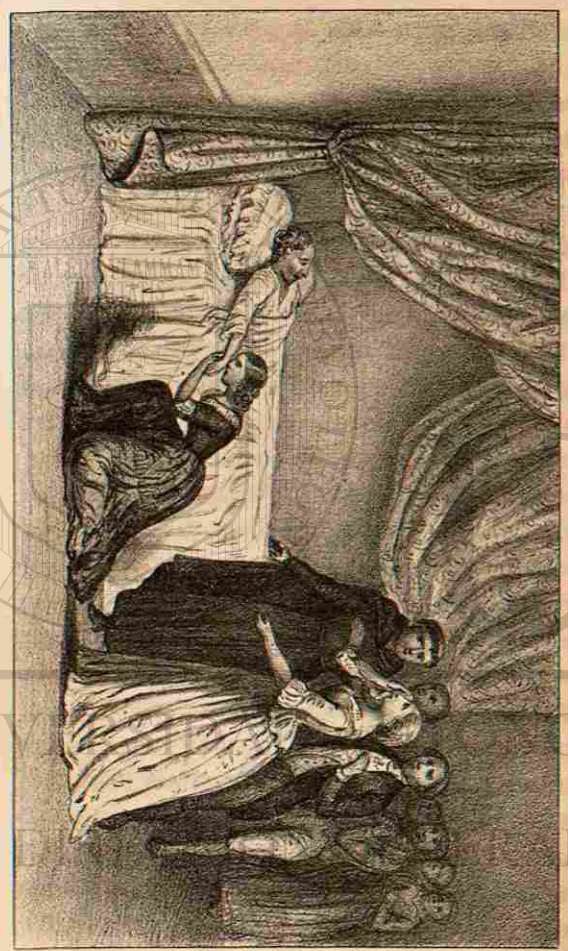
rientes, por la certidumbre en que están de que lo que es verdaderamente una muerte para los infieles, no es para ellos mas que un sueño, y el paso á una mejor vida. Quiero quedarme solo con el enfermo, pasaos al gabinete de la Condesa, y forzad vuestro dolor al silencio para proponerla á la vista todos los motivos de sumision á la voluntad divina que vuestra fé podrá sugeriros. Mi hermana no respondió sino con un suspiro, levantando los ojos y las manos al cielo; se dejó llevar al gabinete, donde la seguí, y durante una hora que estuvimos allí juntas, me habló de la sumision que debia yo á Dios, de un modo tan sublime, que parecia inspirada de lo alto. ¡Qué pensamientos eran entónces los mios! Vos podeis representároslos. El ensayo que haciamos nosotros de la sensibilidad de este corazon demasiado tierno, nos hacia estremecer con el temor de lo que iba á experimentar cuando conociese su pérdida. Bien conoceréis que se habian dejado médicos y cirujanos cerca del cuerpo de mi pobre cuñado. Algunas veces una especie de letargo tiene todas las apariencias de la muerte; me lisonjeaba en secreto á pesar mio, y solo pensaba en los medios de detener á mi hermana todo el tiempo que pudiese, para dejar á los que estaban cerca del Marqués el de experimentar por

todos los caminos posibles si nos quedaba alguna esperanza. Habiéndome propuesto el médico que tomase un cordial para sostener mis espíritus, la Marquesa para empeñarme á ello, consintió en darme ejemplo; á cada instante preguntaba si habian vuelto los que ella habia enviado para buscar á su esposo, y se lastimaba de la impresion que haria en él semejante noticia. Yo pedia á Dios que me inspirase los medios de descubrirla la verdad, cuando oí por toda la casa grandes gritos, y entre muchas voces confusas, discerní ésta: el Marqués no ha muerto, pues ha hecho algun movimiento. Mi hermana, que la oyó tambien, echó á correr á la puerta con tanta aceleracion, que no pude detenerla; y atropellando la tropa de criados que rodeaban la cama en que estaba tendido su esposo, se precipita sobre él, y queda sin conocimiento. Se la llevó á mi cuarto; se la acostó sin que volviese en sí, y de este modo estuvo algunas horas. Vuelve á su acuerdo y se la sostuvo con la idea de que su esposo vivia aun; y que un violento ataque de apoplegía nos habia hecho creer que estaba muerto. Sus primeras inquietudes fueron por el alma del Marqués; su confesor, que no la habia dejado, la aseguró haciéndola la relacion que os he hecho al principio de esta carta. Se extendió mucho

sobre la piedad con que su esposo habia llenado sus obligaciones, sin preveer la necesidad tan próxima. Este discurso pareció divertir el dolor de mi hermana, y como vió que no podia esperar la libertad de hacerse llevar al lado del Marqués, cerró los ojos, y se recogió para orar con un ardor, que hubiera movido á los mas bárbaros. No se interrumpia sino para preguntar de cuando en cuando como estaba el enfermo. El Conde creyó que era menester aprovecharse del momento en que su fervorosa oracion habia fortificado su alma, para darla el golpe, fatal. Nuestro silencio á la última pregunta que nos hizo sobre su estado, la instruyó de su pérdida. Yo temblaba por el temor de lo que iba á seguir: conocia yo poco el poder de la fé; á Dios fué á quien se dirigió mi afligida hermana, y durante un cuarto de hora sacrificó al cielo lo que tenia de mas querido sobre la tierra con tan enérgicas palabras, que hubiera enternecido á las mismas piedras. Todos se anegaban en lágrimas, hasta los mismos médicos. Decidieron que era menester sangrarla; ella presentó su brazo sin hacer ninguna resistencia. Sus ojos estaban enjutos, y parecia tan tranquila, que se hubiera podido dudar que conocia su desgracia. Despues que se la vendó el brazo, se dirigió á mi esposo, y le dijo: querido Conde, tengo dos gracias que pedirte, y te prevengo que no podrás negármelas sin quitarme los únicos medios de consuelo que están en tu poder. La primera es decirme todas las circunstancias de mi pérdida, y las últimas palabras de mi esposo. La segunda permitidme acercar á lo que me queda de un esposo tan querido: no temas para mí las resultas de esta condescendencia; persuadida á que mi esposo está actualmente en el seno de Dios, me avergonzaria de mostrarme indigna con los extremos de mi dolor de haber sido la esposa de un predestinado. No veré su cadáver bajo el funesto aspecto de la muerte; le miraré glorioso, resucitado, y tal como le espero ver en el dia del juicio final; solo este punto de vista es capaz de volver la paz á mi alma. Dudamos algun tiempo en rendirnos á sus deseos; pero al fin, el Conde y su confesor fueron de dictámen de darla este gusto, y el suceso justificó el partido que se tomó. Se llamó al ayudante de cámara, y anegándose en lágrimas, refirió á su ama la conversacion que habia tenido con su amo aquella misma mañana. Yo me esforcé á decirla las últimas palabras que habian salido de su boca. Ella escuchaba con una atencion tranquila, pero ansiosa; pareciendo que buscaba unir en el fondo de su corazon por un

lado todos los motivos de afligirse, y por el otro todos los de consolarse. Despues se levantó, y fué con un paso firme hácia el cuarto del Marqués; se arrodilló al lado de su cama, besándole respetuosamente la mano; y fijós los ojos en aquel rostro, que parece que habian respetado los horrores de la muerte; oró en silencio con tanto fervor, que no dudo que sus oraciones hayan abierto el Cielo al Marqués. Ella misma pareció persuadida de esto; su cara pálida y moribunda se animó por grados, y volviéndose despues hácia nosotros, con ojos en que brillaba todo el fuego de la esperanza; es bienaventurado, nos dijo, no profanemos con indiscretas quejas el dia de su triunfo. Dió de comer á Jesucristo cuando tenia hambre, le vistió cuando estaba desnudo, le asistió en su enfermedad, y el Dios de toda magnificencia, á quien no se puede sobrepujar ni igualar en generosidad, le ha vuelto el ciento por uno de lo que habia dado en esta vida, inspirándole que se reconciliase con él en los pocos dias que le dejaba, é inmediatamente que su alma ha dejado su cuerpo, le dijo: *Ven bendito de mi Padre, ven á poseer el reino que te estaba preparado desde toda la eternidad.* ¡Oh felicidad! ¡Oh gloria sin medida! Señor, completad vuestra obra; no habeis coronado sino á la mitad,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Pag.ª 226

la otra permanece aun en este valle de lágrimas; abreviad los dias de su destierro, ó si vuestra sabiduría quiere alargarlos, haced que esté yo unida sin distraccion á la parte de mí misma, que no tiene otra ocupacion que amaros, y cantar vuestras alabanzas. Y tú querido esposo mio, tranquilo en el seno de tu Dios, no olvides á tu afligida esposa, que has dejado espuesta en una mar tempestuosa, y llena de peligros. Tú conoces al presente que no ha deseado jámas para tí sino la gloria de que te veo poseedor; la salvacion de mi alma no me era mas querida que la tuya; este era el fin de todos mis deseos, de todas mis palabras, de todas mis acciones, y de todos mis pensamientos.

Ya me conoceis, querida madre mia, que no soy llevada á creer las cosas estraordinarias; sin embargo, sea que obrâse mi imaginacion inflamada por el discurso de mi hermana, sea que Dios haya querido por una señal visible consolar á esta heroina cristiana, lo cierto es, que nosotros hemos creido ver un movimiento en aquella mano fria y helada, sobre la cual mi hermana ponia sus lábios, como para demostrarla el consentimiento que él daba á la fervorosa súplica que acababa de dirigirle. Mi hermana está persuadida de este milagro; y lo que yo miro como

otro, y que parecerá tambien grande á los que la conocen, es que aquella muger tan débil, tan tímida, tan reservada, haya hablado con tanta fuerza y magestad cerca de una hora, porque no os digo sino la mas mínima parte de su discurso. Fué interrumpida por el escribano, á quien la voz pública habia dicho nuestra pérdida, y que venia á proponer la abertura del testamento. Os envio cópia de él, madre mia; porque es una pieza digna de pasar á nuestros descendientes. Hemos conservado tres dias el cuerpo del Marqués, á causa de haber sido su muerte repentina, y los hemos pasado al lado de su cama, de donde no se ha separado mi hermana sino para tomar algunas horas de reposo. Algunos amigos que habian venido para consolarla, se han vuelto llenos de admiracion de su firmeza, de su fé y de su dolor respetuoso. El Rey tuvo la bondad de enviar á visitar á mi hermana en los primeros momentos. El Conde, inmediatamente despues de la pompa fúnebre, fué en nombre de la Marquesa á darle las gracias y á pedirle el permiso de conducirla á vuestra soledad, donde quiere pasar el tiempo de su luto, y por evitaros la sorpresa, es por lo que venzo la pena en que me hallo, para haceros esta relacion. No he insistido mucho en acompañar á mi hermana; mi

adelantado embarazo me impone la ley de cuidarme, y por otra parte, este pais me procura ventajas, qué me seria dificil hallar á vuestro lado. Estoy completamente abatida, y no se pasa un solo dia en que no encuentre los medios mas eficaces para destruir mi orgullo; parace que todo el mundoha olvidado las leyes de la humanidad en mi favor, y se complace en anonadarme. Cuán peligroso es, ¡Dios mio! haber estado embarazada en las tristes circunstancias en que vos lo habeis estado, me decia una señora hay mucho que temer para vuestro hijo, y seria cosa bien triste que su mente se resintiese de vuestro mal Al primer movimiento hubiera yo saltado á la cara de esta muger; pero Dios me tuvo de su mano.

No temais, Señora, la dije: mi enfermedad no procedia de un desórden de los órganos, sino de la violencia de mis pasiones, y espero de la divina bondad que no permitiria que la cabeza de mi hijo padezca semejante dolencia. La gracia me dió tal fuerza en esta tentacion, que habiendo alabado esta pobre muger una pieza de china que habia en mi cuarto, tuve un verdadero placer regalándosela en reconocimiento del bien que me habia procurado. Hablando de los últimos deberes que hicimos al Marqués, me he servido de la palabra pompa fúnebre, y esta voz no fué

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jamás peor empleada, habiendo querido mi hermana que se siguiese respecto á esto la última voluntad de su esposo.

COPIA DEL TESTAMENTO DEL MARQUES D.***

En el nombre de la Santísima Trinidad, á quien adoro, y á quien amo de todo mi corazon, declaro que muero en la fé de la iglesia, que es una, Santa, Católica, Apostólica Romana, creyendo con el corazon y espíritu todo lo que ella enseña, porque es el órgano del Espíritu Santo.

Dejo á Madama de Montier, mi muy amada suegra, veinte mil libras pagadas por una vez, en agradecimiento del bien que me ha hecho en todo el espacio de mi vida, particularmente abriéndome los ojos sobre una pasion, cuya víctima iba á ser.

Dejo á cada una de mis cuñadas solteras, cinco mil libras; á mi ayuda de cámara, trescientas de renta, y se lo recomiendo á la Marquesa; á cada uno de los otros criados una recompensa, que dejo á la disposicion de mi esposa, á quien hago universal heredera de todo lo que pueda pertenecerme en el dia de mi fallecimiento, queriendo que mi hijo dependa absolutamente de sus bondades. Estoy tranquilo por la suerte de

este querido hijo, y no puedo asegurar mejor su fortuna, que poniéndola en manos de su madre.

Habiendo hecho reflexion en aquel precepto, *dad mucho si teneis mucho*, no he podido ménos de reconocer que hasta este dia mis limosnas han sido demasiado cortas. Por esto desde hoy destino la mitad de mi renta para los pobres. Si perdiese esta mitad por un accidente, seria menester minorar mi gasto; haré pues en lo futuro por el amor de Dios, lo que haria entónces por necesidad.

Si muero, quiero que la Marquesa tome de mis bienes con que alimentar y mantener su casa con decencia, y deseo que lo sobrante se emplee en obras pías, sin querer atesorar. Mi renta, tal como es en el dia, bastará á mi hijo si es hombre de bien, y será demasiado considerable si no lo es; exhorto á mi esposa á que no le deje sino la parte que crea empleará bien.

Pido que se me entierre como los pobres, y que no se emplee mas de cincuenta libras á este efecto. Que no esperen hallar dinero contante al tiempo de mi muerte. He dispuesto hoy de veinticinco mil libras que me quedaban para restituciones, y siempre será distribuido en lo porvenir lo que me sobre, á excepcion de cuarenta doblones que reservaré para las necesidades urgentes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Recomiendo al Conde, mi esposa y mi hijo, que les sirva, despues de Dios, de protector y de padre. No le dejo nada, como tampoco á su esposa, porque no lo podria hacer sin quitárselo á los pobres, para los que me da Dios tal ternura, que desearia poderme quitar todo lo que no es absolutamente necesario á la naturaleza; y no reservo lo preciso para la decencia de mi estado, sino por obedecer á mi director.

Exhorto á mi hijo á que conserve á su madre y á su abuela el profundo respeto que he procurado inspirarle; que se acuerde de que todo es vanidad y afliccion de espíritu, fuera de amar y servir á Dios: que yo querria borrar con mi sangre aquel gran número de años sacrificados á la vanidad, á la inutilidad, y al pecado. He pasado por un hombre de bien, y he llenado la idea que, segun el mundo, se aplica á esta palabra, pero conozco que á los ojos de Dios, solo he sido un miserable; sin embargo, espero en su misericordia. Me habia faltado la educacion cristiana; mi hijo no tendrá esta escusa; si fuese tan desgraciado que se apartase alguna vez de los principios que se le han dado, le abandono enteramente, y echo mi bendicion sobre él, segun la obediencia que tenga á su virtuosa madre, y á su respetable abuela.

Como espero, querida madre mia, que la lectura de este testamento hará en vos la misma impresion que en mi hermana, me doy prisa á enviárosle, aunque ella lleva una cópia. Ved aquí cuales eran las disposiciones del Marqués la víspera de su muerte, y lo que estaba resuelto á hacer. ¿Podreis vos no decir con mi hermana que está en el seno de Dios?

CARTA XLII.

DEL CONDE D.*** A LA CONDESA.

No te escribo, querida mia, mas que dos letras, porque estoy resuelto á no permanecer aquí sino dos dias. Nuestra digna madre me insta á que la deje á ella mirando la situacion en que te hallas. Lleva nuestra pérdida con aquel valor cristiano que nada disminuye de la sensibilidad, pero que da fuerza para soportarla. Nuestro viage ha sido feliz, y nuestra querida Marquesa me ha ofrecido en él, igualmente que en Turin, el espectáculo de una virtud mas que humana. Nuestra madre, muger consumada en la virtud, nada ve superior á ella; y no cesa de levantar las manos al cielo en reconocimiento de las gracias que le ha hecho, dándole tal hija y tal yerno.

Recomiendo al Conde, mi esposa y mi hijo, que les sirva, despues de Dios, de protector y de padre. No le dejo nada, como tampoco á su esposa, porque no lo podria hacer sin quitárselo á los pobres, para los que me da Dios tal ternura, que desearia poderme quitar todo lo que no es absolutamente necesario á la naturaleza; y no reservo lo preciso para la decencia de mi estado, sino por obedecer á mi director.

Exhorto á mi hijo á que conserve á su madre y á su abuela el profundo respeto que he procurado inspirarle; que se acuerde de que todo es vanidad y afliccion de espíritu, fuera de amar y servir á Dios: que yo querria borrar con mi sangre aquel gran número de años sacrificados á la vanidad, á la inutilidad, y al pecado. He pasado por un hombre de bien, y he llenado la idea que, segun el mundo, se aplica á esta palabra, pero conozco que á los ojos de Dios, solo he sido un miserable; sin embargo, espero en su misericordia. Me habia faltado la educacion cristiana; mi hijo no tendrá esta escusa; si fuese tan desgraciado que se apartase alguna vez de los principios que se le han dado, le abandono enteramente, y echo mi bendicion sobre él, segun la obediencia que tenga á su virtuosa madre, y á su respetable abuela.

Como espero, querida madre mia, que la lectura de este testamento hará en vos la misma impresion que en mi hermana, me doy prisa á enviárosle, aunque ella lleva una cópia. Ved aquí cuales eran las disposiciones del Marqués la víspera de su muerte, y lo que estaba resuelto á hacer. ¿Podreis vos no decir con mi hermana que está en el seno de Dios?

CARTA XLII.

DEL CONDE D.*** A LA CONDESA.

No te escribo, querida mia, mas que dos letras, porque estoy resuelto á no permanecer aquí sino dos dias. Nuestra digna madre me insta á que la deje á ella mirando la situacion en que te hallas. Lleva nuestra pérdida con aquel valor cristiano que nada disminuye de la sensibilidad, pero que da fuerza para soportarla. Nuestro viage ha sido feliz, y nuestra querida Marquesa me ha ofrecido en él, igualmente que en Turin, el espectáculo de una virtud mas que humana. Nuestra madre, muger consumada en la virtud, nada ve superior á ella; y no cesa de levantar las manos al cielo en reconocimiento de las gracias que le ha hecho, dándole tal hija y tal yerno.

CARTA XLIII.

DE MADAMA DE MONTIER A LA CONDESA.

Querida condesa mia: Dios quiere hacer de nuestra querida Marquesa una muger de dolores; apénas se principiaban á enjugar sus lágrimas por la muerte del Marqués, cuando ha sido necesario que vuelva á derramarlas por la pérdida de su hijo. Este niño parecia que estaba enteramente restablecido de las enfermedades que por tanto tiempo nos habian dado cuidado; siendo la viva imágen de su padre, mi pobre hija creia hallarle en él, y no tenia otro consuelo que en verlo; pero hay almas privilegiadas, á quienes Dios tiene gusto en quitar todos los apoyos humanos, y una de éstas es tu hermana, que vió perecer á su hijo en sus mismos brazos por las horribles convulsiones que años atrás le atacaron, y de las que le creíamos enteramente libre. ¿Sabes lo que hizo inmediatamente que espiró? Corrió al Oratorio, y puso aquel cuerpo sin vida sobre el altar, como una hóstia pura y sin mancha que ofrecia al Señor. No se puede imaginar una virtud tan perfecta en una alma que por su naturaleza es tan tierna y tan débil.

Es verdad que su cuerpo no ha podido seguir el esfuerzo de esta alma tan heróica; la han agoviado sus males, y está peligrosamente enferma; esto retarda el viage de tu esposo, que no quiere abandonarme en esta circunstancia, y que se persuade que tú le acusarias de cruel si nos hubiese dejado en una ocasion tan triste. En este momento es, querida amiga, cuando estoy verdaderamente viuda y desnuda de todo; todos mis apoyos me faltan; tu hermana Emilia está con una ictericia que da cuidado; me pide por gracia que la permita morir religiosa, esto es, hacer sus votos si los médicos deciden que no puede vivir, y en esta obediencia tan perfecta reconozco lo cierto de su vocacion, y la permito hacer todo lo que quiera, bien muera, ó bien viva. Golpes tan consecutivos me debian agoviar; pero Dios para sostenerme permite que mis pérdidas no se ofrezcan á mi vista sino por el lado mas consolatorio. Me trae á la memoria aquella espartana que diciéndola que su hijo habia muerto peleando por la patria, respondió: no le he parido ni criado para otra cosa. No podia yo decir con mas razon que ella; no habia parido mis hijos sino para ir al cielo; se van allá: ¿no es esto lo que he deseado siempre para ellos? mis lágrimas corren en abundancia y mi cuerpo que quer-

ria seguirlos, está obligado á quedarse en esta tierra de destierro. Tú serás en ella todo mi consuelo, querida Condesa mia; tú te mostrarás digna de tus hermanas y cuñado; creeria cometer un crímen si dudase un instante de la gloria de este último, y así le dirijo mis súplicas igualmente que á mi querido nieto, para que me alcance del Señor la fuerza que necesito; y á tu hermana no diré la continuacion de su vida, porque temeria no mirar mas que á mi interés haciendo tal súplica; pido, sí, la consumacion de su santidad, y nada mas; esta moderacion es para mí un suplicio superior á toda expresion. Te escribo esto á la cabecera de nuestra querida enferma, que abrasada de una ardiente calentura, está con tal tranquilidad, que haria creer que no padece nada, si la agitacion de su pulso, y el encendido color de su rostro, no nos mostrasen su estado. Toma indiferentemente todo lo que la dan, y no forma un deseo, ni por la vida ni por la muerte. Detengo mis lágrimas en su presencia, no por el temor de aumentar sus penas; pero sí por vergüenza de mostrar tanta debilidad al lado de una virtud semejante. Esta querida hija me suplica con instancias que te asegure de toda su ternura, y que te pida perdon de todas las faltas que ha cometido respecto á tí. Va á recibir los

Sacramentos; entramos en el quinto dia de su enfermedad, y los médicos la hallan muy débil para sostener una crisis, y nos dicen que el primer crecimiento se la llevará. La corresponde á las tres de la mañana, y ahora son las nueve de la noche; juzga del estado en que voy á pasar estas fatales horas. Estoy de rodillas al lado de esta cama, que miro como la leña sobre que está mi querido Isaac atado, y pronto á recibir el golpe de muerte. ¡Dios quiera darme la fé de Abraham!

Mira ya pasada esta cruel noche, y mi querida Marquesa vive aun. Mi Isaac bajará de la montaña en que iba á ser inmolado; el ángel del Señor mandó á la calentura que se detuviese. Ya te dije ayer por la noche que estaba de rodillas al lado de la cama de mi santa hija; el Conde estaba á mis espaldas, y á la verdad, que en este estado representábamos dos reos que esperan su sentencia. Nuestros ojos, levantados hácia el cielo, no se movian de allí sino para contar los males de nuestra querida enferma. No habia necesidad de tomarla el pulso para conocer su estado; se podian ver los progresos de la calentura en los movimientos de sus venas yugulares, y yo no ponia en ella la vista sin estremecerme. Cada minuto comparaba estos movi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mientos con los del precedente; porque mi relox estaba sobre una silla delante de mí, y me veía obligada á apoyarme en ella de cuando en cuando por miedo de que me diese un desmayo. A las dos me sentí cubierta de un sudor frio, y en un estado tan cerca de la muerte como mi pobre hija. El Conde queria absolutamente hacerme retirar; no pude resolverme á ello, y tomé, para sostener mis fuerzas un cordial, cuyo nombre ignoro. A las tres menos cuarto, cuando mis ojos fijos en el cuello de mi querida Marquesa, observaba con espanto los redoblados movimientos de sus arterias, que debian aumentarse poco mas ó menos á esta hora, descubrí con sumo consuelo que principiaban á minorarse; se lo hice observar al Conde, y cuando dieron las tres, apenas se notaba en él un movimiento imperceptible. Corrieron á avisar al médico que se habia quedado en casa, y cuando examinó á la enferma, nos transportó de gozo, diciéndonos que no tenia calentura, y que á no ser que sobreviniese algun nuevo accidente, podiamos esperarlo todo. Yo habia soportado mi dolor, pero me vencieron los sentimientos contrarios, y fué menester sangrarme sobre la marcha. Tu hermana se azorró, y ha dormido cinco horas con un sueño apacible; no temieron despertarme para darme esta buena noticia, y la palidez de su rostro me regocijó tanto, como hubiera podido hacerlo su salud. Ha pasado todo el dia muy tranquilamente, de manera que el Conde partirá mañana por la mañana, y seguirá inmediatamene á esta carta. Consérvate, mi querida Condesa, no solo en cuanto al cuerpo, sino tambien en cuanto al alma; aprovéchate con ansia de todas las ocasiones de humillarte, y cree te apruebo mucho el regalo del vaso de china.

CARTA XLIV.

DEL CONDE D.*** A MADAMA DE MONTIER.

Os aseguro señora, que necesito recurrir sin cesar á lo que la fé me enseña en cuanto al precio de los trabajos para someterme sin murmurar á los decretos de una Providencia, que de buena gana llamaria rigurosa respecto á nuestra querida Marquesa. Los golpes que la hieren, se suceden tan rápidamente, que no la dejan respirar. El nuevo que tengo que anunciaros no puede entrar en comparacion con los que há experimentado, y que su grande alma y la vuestra, no se dignarán tal vez de contarle por un mal; al mismo tiempo me atrevo á prometerme que tendreis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á bien ponerme en estado de detener el curso de una injusticia que están para haceros. Ya sabeis que los parientes mas inmediatos del Marqués eran dos primos, que descienden de un hermano de su abuelo. Estas gentes, que disfrutan de una descente renta, no han podido sin despecho ver escapar la rica herencia de su primo, y pretenden que los bienes que ha dejado estaban substituidos; no sé en qué fundan esta substitucion, de que jamás hemos oído hablar. Sé muy bien que el bisabuelo del Marqués, en una temporada que estuvo enfadado con su hijo, que se habia casado contra su voluntad, tuvo algun deseo de hacer este acto; pero habiéndose reconciliado inmediatamente, no se trató mas de esto. Señora, en esta ocasion no se debe dar oídos á vuestro desinterés; tened presente que la Marquesa quedaria sin un sueldo de renta si llegasen á probar lo que dicen, y como esta consideracion la importaria poco, porque desprecia las riquezas, y está segura de ser siempre dueña de mi hacienda, os suplico considereis que no es sino una depositaria de la del Marqués, que contó con dejársela segura á su hijo, y á los pobres, dejándola á ella la propiedad. El amor que les tiene, y la justicia la imponen, pues, la ley de defender las últimas disposiciones de su esposo. La hacienda que

abandonase, seria un manantial de maldiciones para los que injustamente la poseyesen, y les ahorra un delito: lo que podrá hacer con tanta mayor felicidad, por cuanto yo me encargo de todo el trabajo del pleito. El Marqués me ha declarado por su protector, y yo cumpliré las obligaciones anexas á este título. Os suplico pues, que apénas recibais ésta, me envieis un poder en su nombre; y es la única vez que oirá hablar de este negocio, que tomo por mi cuenta. Mi esposa dió felizmente á luz una niña, seis horas despues de mi llegada. Un momento antes de escribir ésta, me hallé por causualidad á la cabecera de la cama de la Condesa cuando la llevaban un caldo; puse los ojos en él; tenia tan mala cara, que me dió la gana de probarle, y me pareció malísimo. Sorprehendido y enfadado extremamente, pregunté cuánto tiempo hacia que tomaba de aquel caldo; y supe que era el último de los que habia tomado toda la noche.

Mi esposa, que no se atrevia á decirme que era bueno, me aseguraba que se podia tomar; y viendo que yo no queria convenir en ello, me dijo. sonriéndose, que tenia un temperamento tan bueno, que estas bagatelas no podian hacerla daño; y sobre todo, que estaba mucho mejor servida de lo que merecia. Una de las criadas, que es

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

taba presente, me advirtió al salir del cuarto, que yo no veía mas que una mínima parte de lo que su ama tenia que sufrir, y que aquella furia de guarda que habia mantenido en su servicio, la trataba como á un perro; que muchas veces la sopa estaba helada, y cubierta de grasa. ¡Oh! señora, á vos es á quien me quejo de este exceso de virtud, y hareis de modo que vuestras hijas llegarán á ser santas. Consiento en ello de buena gana: sin embargo, como no la tengo de quedar viudo, permitidme que modere un celo que podria privarme de una esposa, que en nada se parece á la que vos me disteis al principio. La primera era un leon, esta es un cordero; toda su casa la adora al presente, y os aseguro que he causado una alegria universal cuando me han visto usar de mi autoridad para despedir á la Megera, que tan horriblemente abusaba del deseo que la Condesa tenia de sufrir. Ha sentido, segun parece, la expulsion de esta muger, que dice la servia á su gusto. Ya no he querido ser el jugente de esta expresion, y como me ha visto determinado á no permitir que se acerque mas á ella, la ha enviado con otra de sus criadas, una buena gratificacion, asegurándola además que siempre encontraria en ella una protectora y una amiga. ¡Oh! Por lo que toca á esto, será dueña

de hacer lo que guste; pues yo respetaré sus motivos, pero no permitiré un abuso de esta naturaleza. No me riñais, os suplico, por haber quitado á mi muger este verdugo: en todo lo que no pueda hacer daño á su salud, la doy letra abierta: por lo demas espero que tendreis á bien insinuarla que la mortificacion por obediencia, es una gran virtud. Conocereis muy bien dos cosas al leer esta carta; la primera, que he recibido aquella en que me anunciais el perfecto restablecimiento de la Marquesa, á excepcion de su debilidad, que no se la debe quitar sino por grados. La segunda, que la trampa que os quieren hacer es una friolera, pues que á mí me conmueve tan poco. Nuestra recien nacida se parece como dos gotas de agua á su querida tia; discurrid cuanto la querré.

CARTA XLV.

DE MADAMA DE MONTIER AL CONDE D.***

No faltaba ya mas que esta prueba á mi querida Marquesa; un pleito es para ella un monstruo tan terrible, que á la primera palabra decidió, que queria mas perderlo todo, que pleitear.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aunque no sea yo enteramente de su dictámen, y convenga contigo en que la justicia la manda defender su hacienda, sobre todo, porque es el patrimonio de los pobres, te confieso que el pleito mas pequeño es siempre un mal muy grande, y que ántes de emprenderle es menester apurar todos los medios de composicion, y no temer dar todas las ventajas posibles á los que aun sin razon quieren disputarnos nuestro derecho. Solo con esta condicion he arrancado el consentimiento de mi hija para dar ese poder, que ha firmado llorando. Te suplica que primero te informes exáctamente del estado de las familias de nuestras partes contrarias; tú les has llamado ricos, y tal vez esas gentes tienen necesidad sin que el público lo sepa. La pobreza que no está acompañada de virtud, es una mala consejera; lleva á las almas débiles á estremos á que jamás hubieran llegado en un estado ménos estrecho.

No permita Dios que yo acuse su Providencia: siempre es falta del pobre si hace mal uso de un estado bien meritorio; pero en fin, él hace muchas veces esta falta, y á los ricos corresponde quitarles, si pueden, esta violenta tentacion. En esta inteligencia, si descubres que la necesidad tiene alguna parte en la trampa que nos quieren

armar, mi hija te suplica con instancia que repares la falta de fortuna de esas personas. Digo la trampa que se nos quiere formar, suponiendo que lo sea: porque en fin, ó es ó no cierta la substitucion; si no lo es, el pleito se decidirá por sí mismo, ó por mejor decir, no puede haberle; pero si contra tus esperanzas se hallase la dicha substitucion, nosotras no pretenderiamos seguir el pleito, ni mi hija por la herencia, ni yo por los legados. La pobreza no se presenta á nuestros ojos con aquella figura odiosa que á los que están entregados al mundo; la miramosal contrario, como la madre de la moderacion y de otras mil virtudes; por otra parte, mi hija nunca puede ser pobre: tiene cien mil libras en diamantes y plata labrada, y dice con alegría que vendiendo estas alhajas aun la quedará con que asistir á los miserables. El suceso, pues, no puede afligirla, ni á mí tampoco; la casa paterna la ofrece un asilo si la echan de este hermoso palacio, y tal vez encontrará debajo de nuestros humildes techos la tranquilidad que ha huido léjos de ella mientras ha vivido debajo de artesones dorados.

Apruebo mucho el cuidado que tienes de conservar á tu esposa todo el tiempo que puedas. Esta hizo lo que debia en mantener aquella mu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ger, y debia tambien someterse cuando tú la has despedido; todo vá segun órden, y yo lo aplaudo. No puedo decir otro tanto de un paso que me has ocultado, y que prueba la bondad de tu corazon. Mi hija Emilia acaba de enviarme sin cerrar la adjunta carta; tomó el hábito estos dias pasados, y me dice que, segun las apariencias, su ectiricia estaba metida entre los pliegues de su vestido mundano, pues que sanó casi al despojarse de él; es decir, para quitar todo hipérbole, que pareceria anunciar un milagro, que el gozo de haber abreviado el tiempo que yo la habia prefinido, ha hecho mas que todas las recetas del Esculapio. Abraza en mi nombre á tu enferma, á quien deseo mucha virtud; en cuanto á felicidad, tiene bastante con ser querida de su esposo. Presenta por mí al Señor, la niña, cuyo nombre no me has dicho, y suplícale que la saque de este mundo si ha de perder en él los preciosos dones que ha recibido en el Bautismo.

CARTA XLVI.

DE EMILIA, HIJA TERCERA DE MADAMA DE MONTIER ESCRITA AL CONDE D.***

Señor, y muy venerado hermano: Recibid á un mismo tiempo las gracias y renuncia por la pension de trescientas libras que me habeis querido señalar. No podria deciros que esta oferta me ha enojado, nó; ella ha sido para mí una prueba de vuestro cariño, y ha aumentado la idea de felicidad que tendré en estar asociada á las santas que componen nuestra comunidad. No he estado tentada de aprovecharme de esta pension, y si lo hubiera estado, hubiera hallado aquí el socorro necesario para vencer este movimiento de codicia. Nuestra comunidad es muy pobre, y esta es una de las razones que me la han hecho escoger. ¿Hubiera procurado buscar en la casa de Dios una abundancia, que no podia esperar en el mundo? No dejaré sino redes como Pedro y los demás apóstoles, y quiero abandonarlas de tan buena gana, que pueda decir como ellos el dia del juicio: Señor, todo lo dejé; lo sabe el que penetra el fondo de los corazones, y que no vé en el mio sino lo que me hizo el favor de poner en él: yo renunciaria del mismo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

modo una corona si me la presentasen. La casa nos mantiene, querido hermano mio, y trabajamos para vestirnos, pero se tiene horror á la sombra de propiedad. Nuestra labor, que nos es distribuida por la superiora, y que hacemos silenciosamente en una sala comun, pasa de nuestras manos á las de la depositaria, que la hace vender, y que forma de lo que saca una masa comun, sin que la mas diestra tenga derecho de pedir un ochavo, y pretender mas que la ínfima ó la inhábil. Si hay ocasiones en que no podemos rehusar un presente, no mancha nuestras manos, porque si es dinero, inmediatamente se le entrega á la superiora, y si son dulces, se llevan á la enfermería, sin que aquella á quien se le ha hecho, sepa en qué se emplea. Hace veinte años que nuestra digna abadesa ha puesto la casa en este pié, y como ella da el ejemplo de la pobreza mas exacta, algunas antiguas que tenian pension, han renunciado el uso de ella, y no querian tener un alfiler mas que la última de las novicias. Os he dicho que algunas veces recibimos presentes, y me alegro infinito de mostraros ántes de mi profesion lo mucho que aprecio los vuestros. Nuestra iglesia está descubierta por la parte en que se juntan nuestros aldeanos vecinos, que vienen á oir misa, lo que

la hace poco sana para estas pobres gentes: acepto pues, el primer año de la pension que me habéis ofrecido para ponerla como lo restante. Seréis contado en el número de nuestros bienhechores, y participaréis de las oraciones que ofrecémos todos los dias por ellos. Abrazo respetuosamente á mi hermana, y á su pequeña familia, y quedo, &c.

Mis hermanas menores me encargan que os ofrezca sus muy humildes respetos; y aunque no estaban aquí disgustadas, parten con gozo, porque van á unirse con la mejor y mas perfecta de todas las madres, y con una hermana, cuya heróica virtud deja muy atrás á las mas perfectas religiosas.

CARTA XLVII.

DEL CONDE D.*** A MADAMA DE MONTIER.

Y vos tambien, Señora, os juntais á esta melindrosa, que con mucha política me habla de tentacion, y me da á entender que soy el tentador. ¡Par diez! no lo entiendo, ni en mil años se me hubiera pasado por la imaginacion, que una novicia, y lo que es mas, su comunidad, rehusasen una pension y regalo. Tuve sobrinas, de quienes era tutor, y que se entraron religiosas; y

modo una corona si me la presentasen. La casa nos mantiene, querido hermano mio, y trabajamos para vestirnos, pero se tiene horror á la sombra de propiedad. Nuestra labor, que nos es distribuida por la superiora, y que hacemos silenciosamente en una sala comun, pasa de nuestras manos á las de la depositaria, que la hace vender, y que forma de lo que saca una masa comun, sin que la mas diestra tenga derecho de pedir un ochavo, y pretender mas que la ínfima ó la inhábil. Si hay ocasiones en que no podemos rehusar un presente, no mancha nuestras manos, porque si es dinero, inmediatamente se le entrega á la superiora, y si son dulces, se llevan á la enfermería, sin que aquella á quien se le ha hecho, sepa en qué se emplea. Hace veinte años que nuestra digna abadesa ha puesto la casa en este pié, y como ella da el ejemplo de la pobreza mas exacta, algunas antiguas que tenian pension, han renunciado el uso de ella, y no querian tener un alfiler mas que la última de las novicias. Os he dicho que algunas veces recibimos presentes, y me alegro infinito de mostraros ántes de mi profesion lo mucho que aprecio los vuestros. Nuestra iglesia está descubierta por la parte en que se juntan nuestros aldeanos vecinos, que vienen á oir misa, lo que

la hace poco sana para estas pobres gentes: acepto pues, el primer año de la pension que me habéis ofrecido para ponerla como lo restante. Seréis contado en el número de nuestros bienhechores, y participaréis de las oraciones que ofrecémos todos los dias por ellos. Abrazo respetuosamente á mi hermana, y á su pequeña familia, y quedo, &c.

Mis hermanas menores me encargan que os ofrezca sus muy humildes respetos; y aunque no estaban aquí disgustadas, parten con gozo, porque van á unirse con la mejor y mas perfecta de todas las madres, y con una hermana, cuya heróica virtud deja muy atrás á las mas perfectas religiosas.

CARTA XLVII.

DEL CONDE D.*** A MADAMA DE MONTIER.

Y vos tambien, Señora, os juntais á esta melindrosa, que con mucha política me habla de tentacion, y me da á entender que soy el tentador. ¡Par diez! no lo entiendo, ni en mil años se me hubiera pasado por la imaginacion, que una novicia, y lo que es mas, su comunidad, rehusasen una pension y regalo. Tuve sobrinas, de quienes era tutor, y que se entraron religiosas; y

hubiera dicho de buena gana con el padre Surin, que tanto hubiera costado equipar un navio para las indias, como á una religiosa. Aunque os cito á este padre, no es porque sea yo de su dictámen; la vida religiosa tiene tantos disgustos para una señorita de distincion y talento, que es muy justo proporcionarla una corta compensacion en mil gustos pequeños, para los cuales necesita no depender de su comunidad. Lo que yo quisiera es, que supiesen limitarse, y guardar un cierto medio entre un perfecto deshacimiento demasiado imposible al hombre, y una codicia que nada puede saciar: porque es verdad que los conventos en que están mis sobrinas son como los palacios de algunos monarcas de Asia; á nadie se le permite llegar con las manos vacías, sin perjuicio de los papelillos que andan todo el año para pedir café, azúcar, &c. Bien conoceis que no pretendo negar estas miserias á pobres reclusas; lo que encuentro reprehensible es una cierta codicia que en ellas se nota, é inmediatamente que descubro en mí este sentimiento, me acuso de dureza. No os perdonaré, señora, este epíteto, si no obligais á la pequeña novicia á que admita mi ofrenda, tan escasa, que no puede interesar el espíritu de pobreza. La buena abadeza, que dice ella da á las otras el ejemplo de esta virtud evangélica, está sin embargo, bien segura de que no la faltará nada, y ciertamente en una casa pobre; los inferiores no pueden decir otro tanto; permitid á vuestra hija este corto alivio; las religiosas no podrán negaros esta gracia si se la pedís. Ella está ahora en el tiempo de su primer fervor, pero la vida es bien larga, la flaqueza humana es la herencia de las religiosas, como del resto del genero humano y vendra tiempo en que nuestra querida novicia echará ménos los alivios que un exceso de celo la habrá hecho rehusar; por otra parte, esto atrae consideracion á una monja en su convento: mis sobrinas son estimadas en los suyos, porque están en estado de hacer algunos cortos favores á las que no tienen recursos por el lado de sus familias; este es un placer inocente, que no se las debe quitar.

No he oido hablar aun de que los primos del difunto Marqués hayan dado algun paso, y principio á penetrar los motivos que los habian empeñado á hacer ruido. El admirable carácter de nuestra querida Marquesa es conocido aquí; pero lo que no conoceis, es que para con las tres partes de hombres, esa excesiva caridad, de que ha dado tantas pruebas, pasa por una debilidad, de la cual es menester sacar partido. Se persuadieron, pues, que con solo el nombre de pleito

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

alarmarian tanto á mi cuñada, que la harian convenir en todo lo que quisiesen, y vos confesareis que no se equivocaban en su juicio. Me han hecho el honor de creerme á mí un poco mas firme, y como he tenido gran cuidado de publicar que la Marquesa no se mezclaria para nada en este negocio, dando por prueba de ello su poder, que he enseñado á todos; nuestras gentes han conocido bien que no ganarian nada en inquietarla, y se han estado quietos. Mi esposa llevó ayer á su hija á la iglesia, y yo la acompañé para cumplir la comision que me habiais dado, sin embargo, seria gran lástima que esta niña se muriese; ¡es tan bonita! Vos teneis una especie de virtud, que yo no puedo seguir sino de muy lejos.

CARTA XLVIII.

RESPUESTA DE MADAMA DE MONTIER AL CONDE D.***

Te manejas perfectamente, querido Conde, para hallar un abogado á la relajacion de las casas religiosas; sabe que jamás hubiera obtenido mi hija mi consentimiento para entrar en un convento como ese en que están tus sobrinas, que si quieres son unas santas, pero no deseo para ninguna que me pertenezca una santidad de la misma especie, ó por mejor decir, ¿por qué haria yo de hipócrita? Hay pocas circunstancias en que se pueda escusar á las religiosas de.... Si he de decir verdad, yo no podria aprobar esta excusa, que no está ni en mi entendimiento ni en mi corazon; permite, pues, que deje allí á las otras, y que no te hable sino de mi Emilia. Mejor querria verla muerta, que saber que habia cercenado alguna cosa del sacrificio que ha hecho ó que va á hacer al Señor; ha tomado mis ideas sobre la perfeccion del estado que abraza, y no temo que me recargue en el dia del juicio por habérselas dado demasiado sublimes. Una religiosa, la dije inmediatamente que descubrí en ella las primicias de su vocacion, es una persona que previniendo la hora de su muerte, renuncia tan enteramente al mundo, como se verá obligada á hacerlo en aquel dia terrible. La condicion de un muerto es el modelo de la suya; absolutamente separado del mundo, nada vé, nada oye de lo que pasa en él; todos los bienes reunidos no podrian inspirarle un solo deseo; le despojan de todo, y no toma ningun interés en que se repartan sus bienes. Ve aquí lo que debe ser una persona religiosa, sin lo cual la ceremonia de ponerla bajo el paño mortuorio, seria un juego de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

niños, un acto de hipocresía, y una mentira. ¡Ay de aquellas que suspiran por una sola de las cosas que acaban de renunciar de boca! Su ofrenda, semejante á la de Ananías y Safira su muger es un sacrilegio; han mentido al Espíritu Santo, y yo las diria como San Pedro á aquellos culpables esposos: vuestra tierra era vuestra, y teníais facultad para guardarla toda entera; vuestros cuerpos, vuestra libertad, vuestros bienes, eran vuestros ántes de la profesion religiosa, y podíais no hacerla; pero no podeis sin sacrilegio reservaros parte alguna de lo que habeis renunciado. Hemos sacrificado de buena gana, dice el jesuita Rodriguez, establecimientos considerables en el siglo, y venimos á tomar asimiento á un libro, á una pluma, á una caña, y á semejantes bagatelas, á las cuales, tenemos tanto apego, como las gentes del mundo á todo lo que poseen: qué mas tiene que estemos atados á la tierra por una cuerda, que por un hilo, uno y otra nos impide tomar el vuelo hácia el cielo. Podria contarte la historia de una religiosa, que no comprendió esta verdad.

Es cierto que por perfecto que sea el sacrificio que se hace en los cláustros, no destruye en nosotros las desgraciadas raices de la codicia y de todos los demas vicios, porque se lleva una así

misma dentro de las rejas y los cerrojos, y la única ventaja que se saca del retiro, es una facilidad mayor para evitar los funestos efectos de las pasiones por la substraccion de las cosas propias para servirlas de alimento. Cuanto mas perfecta es la separacion de los objetos de las tres concupisencias de que habla San Pablo, la salvacion llega á ser mas fácil, y la vida dulce y tranquila; pero si se deja á los deseos una sola puerta abierta, vienen en tropa, y hacen el último estado de esta persona peor que el primero. Supongo en mi hija la pension de trescientas libras que la habias destinado; ella tendria tantos deseos, que necesitaria de mil escudos. ¿Y qué seria entónces de su voto de pobreza? Tus sobrinas me dirian que su dinero le tiene la depositaria, y que no pueden pedírsele sin licencia de su priora; pero está puesto en uso no negar jamás esta licencia, y la que la pide cuenta tanto con ella, que se daria por agraviada si se la negasen. ¡Cuántas distracciones en la oracion sobre el empleo de esta pension que se querria multiplicar, y alargar para hacerla equivalente á los caprichos! ¡Cuántos pequeños artificios, bajos y rateros para aumentar su comodidad! Una religiosa, dicen comunmente, da un bizcocho para obtener una carga de harina; hacen algunas frioleras

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que regalan á los que conocen pueden pagárselas bien; llega el azúcar, el café, los dulces, lo encierran y hacen de ello un pequeño tesoro, en que tienen puesto su corazon. ¡Qué ocasiones de envidia para una religiosa pobre é imperfecta, que no puede ver sin una secreta indignacion la desigualdad que hay entre ella y sus hermanas! ¿Qué se ha de hacer, pues, de estas frioleras? ¿No tienen la racion que las de la comunidad? Solo á las enfermas se pueden dar estos alivios, y los hayan en la enfermería, en que los reciben de la mano de la obediencia, que jamás da nada que pueda ofender la pobreza religiosa, en lugar que la voluntad propia siempre la destruye. Me dirás que una religiosa se alegra mucho de regalar algunas veces á las amigas que tiene en el convento, ó las que vienen de fuera; lo hacen con permiso: y la obediencia es la que la concede esta pequeña satisfaccion. Infelices las casas en que se dan tales permisos; infelices las monjas que de ellos se aprovechan. ¡Amigas particulares, una religiosa! He aquí el veneno de las comunidades, la fuente fecunda de los ódios, de las murmuraciones, y de las quejas. Pero añadirás, en la mayor parte de las casas no dan sino lo absolutamente necesario, y algunas veces aun esto falta; y no se puede negar que

en mil ocasiones llega á ser necesario lo superfluo. Hacen muy mal en esos conventos si por dureza, avaricia, ó economía, dejan que falte algo á las religiosas; pero esto no justifica á las particulares. Ser pobre es no tener lo necesario en muchas ocasiones; de consiguiente una buena religiosa se alegra de poder efectuar realmente su voto de pobreza. A cada acto que hace de esta virtud, arranca una de las raices de la codicia, y llega á libertarse absolutamente de su tiranía; entónces es cuando vuela por el estrecho sendero en que entró. No pongas grillos, Conde mio, á los piés de mi Emilia; deja que esté desnuda de todo, pues que escogió el estarlo, y va á prometer á Dios, que lo estará siempre. Si tuviese yo inmensas riquezas, no emprenderia, quiero valerme de su espresion, manchar sus manos con presentes; daria á su comunidad, y no á ella; la amo demasiado para poner piedras de escándalo en el camino que tiene que andar.

Me alegro que el pleito que temias no haya tenido efecto; la Marquesa insiste igualmente en suplicarte te informes exáctamente de la situacion de esas gentes. Los parientes de su esposo tienen derecho á sus beneficios, y la justicia les da el primer lugar entre los pobres que quiere asistir. Goza de una perfecta salud; pero la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tranquilidad de su esterior no puede engañarme. La muerte de su esposo y la de su hijo, han hecho dos llagas en su corazon, que destilarán sangre por mucho tiempo. Mis dos chicas llegan esta tarde, y su vista divertirá nuestro dolor: la Marquesa desea mucho el verlas.

CARTA XLIX.

DE MADAMA D.*** RELIGIOSA BENEDICTINA, A MADAMA DE MONTIER.

Señora: mi tio el Conde D.*** me ha hablado de una carta que vos le habeis hecho el honor de escribirle, y en la que tratábais de las obligaciones de la vida religiosa. La curiosidad de saber cómo una señora del mundo se explicaba sobre nuestras obligaciones, nos hizo desear verla, y os confieso francamente que habeis hecho encoger de hombros á mas de cuatro de nosotras, y yo misma he hallado vuestra moral llena de una severidad insoportable. Sin embargo, habiéndome permitido mi tio copiar esta carta, y la de una de vuestras hijas, las he vuelto á leer, y os confieso que han excitado una grande turbacion en mi alma. Yo no soy feliz á pesar de tantos medios como pongo para llegar á serlo, y veo que lo seré ahora ménos que nunca, porque habeis desterrado una especie de paz y seguridad, que compensaba todos los disgustos de mi estado. Acabad si gustais de turbarme ó aseguradme: porque conozco que tengo necesidad de lo uno ó de lo otro. Para poneros en estado de ejecutarlo, es menester haceros una breve relacion de mi historia.

Nosotros fuimos cinco hermanos, cuatro mugeres y un hombre. Nuestra suerte se fijó en el momento de nuestro nacimiento. Mi hermano y mi hermana mayor, fueron destinados para el mundo, y mis dos hermanas y yo para el cláustro. Nos pusieron en el convento en que estamos desde la edad de tres años, y yo no tuve por conveniente pasar jámas la puerta. Mis dos hermanas estuvieron seis meses en la familia ántes de tomar el hábito, y yo me obstiné en no seguirlas; no queria aumentar mi repugnancia al estado que nos obligaban á tomar; y el suceso me probó que hice muy bien; soy ménos infeliz que mis hermanas. Nuestro convento está gobernado por una abadesa que tiene la misma vocacion que nosotras; y de cuarenta religiosas que somos, no se hallan diez que tengan una verdadera vocacion. La política de los parientes ha metido á unas: la infamia ú otros motivos que no tienen ninguna relacion con Dios, ha hecho á las otras. La se-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ñora Abadesa no lo ignora, y como tiene el mejor carácter del mundo, procura suavizar nuestra situacion, concediéndonos todos los alivios que dependen de ella. Nuestra casa es rica, pero incómoda; se han esmerado mucho en la magnificencia del edeficio, y padeceríamos mucho si cada una de nosotras no tuviese sus cortos recursos. Nos dan de comer medianemente; nos vestimos nosotras mismas mediante una corta cantidad, que casi no nos alcanza. Tenemos mucho coro, y somos exáctas en ir á él, á no ser que estemos malas; y no es necesario que la enfermedad sea notable para obtener dispensa. Lo demás del tiempo somos dueñas de nuestras acciones, y cada una se divierte segun su gusto. Las unas, que son las mas, residen en el locutorio, donde tienen libertad de comer con sus parientes ó amigas. Las otras han formado una tertulia en la casa, bien entre sí, ó bien entre las pensionistas ya grandes; las otras no se separan de la señora, de quien son las favoritas, sin que se la pueda, no obstante, acusar de falta de bonbad para ninguna de nosotras. En nadie sino en mí ha consistido no ser del número de estas últimas; pero he preferido la libertad de disfrutar un poco de todo. La pequeña ciudad en que está nuestro convento, tiene mucha nobleza, á la que no falta

talento; entre ella tengo algunas amigas, que veo muy á menudo. Habiendo muerto sin hijos mis hermanos, mi madre, que los sobrevivió, y que se arrepentia de habernos sacrificado, nada perdonó para suavizar nuestro estado. Cada una de nosotras tenemos un cuarto bonitamente amueblado; pagó el dote de tres conversas, que son nuestras criadas; nos ha suministrado ropa interior y exterior para toda nuestra vida; tenemos plata labrada, y una buena suma de dinero, que la abadesa nos ha permitido guardar, y á la cual no tocamos. Nuestro tio, que suministra generosamente para todas nuestras necesidades, no es inmortal, y es menester procurarse algun recurso.

Despues de haberos hecho la relacion de mi vida, tal vez creeréis que soy feliz: nada ménos que eso, señora; vivo como una secular honesta, y me acuerdo muchas veces, á pesar mio, de que soy religiosa. En los principios este pensamiento me causaba mucha pena; me han tranquilizado un poco diciéndome, que cuando tomé el velo se vivia en esta Abadía, como se vive al presente. Cuando pronuncié mis votos, no pretendia obligarme á nada mas perfecto. Yo no he hecho profesion de la regla de San Benito, porque aquí no se vé vestigio de ella; siendo así, no seré juzgada por esta regla. Mis costumbres son puras, mis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

amistades aprobadas por las reglas de la mas austera sabiduría; las tengo sin embargo: ¿podrá Dios hacerme un crímen de ellas? Por lo demas no puedo disimularme que cumplo mis obligaciones por hábito, costumbre y necesidad; si hiciese mi gusto, me acercaria ménos á los Sacramentos; pero la regla lo exige. ¿Qué dirian las otras si me alejase de ellos? Me creerian culpable de algun crímen, y no lo soy sino de una tibieza; y de un disgusto involuntario. Vuestra carta ha turbado la seguridad que me habian inspirado; decidme, señora, cuanto ántes, si lo teneis á bien que las obligaciones de las Benedictinas, en que vuestra hija va á tomar el hábito, son absolutamente diversas de las que obligan á unas pobres muchachas, que jamás tuvieron designio de obligarse á tanta perfeccion; ó mas bien tened la bondad de hablarme sinceramente sobre mi estado, pues sería cosa triste el comprar una eternidad infeliz, con una vida tan insípida como la que yo llevo.

Vuestra respuesta me la podeis dirigir en derechura. Nuestra Abadesa, á la cual se la entregan por ceremonia todas las cartas, nos las vuelve sin abrir. A cualquiera otra que á vos, acabaria esta carta, prometiéndola mis oraciones; pero leyendo ésta, debeis comprender lo que valen;

con que así tengo por mejor encomendarme á las vuestras.

CARTA L.

RESPUESTA DE MADAMA DE MONTIER A MADAMA D.*** RELIGIOSA BENEDICTINA.

Señora, me poneis en una grande confusion por la repeticion que me haceis; y si no fuera por la fuerte confianza que tengo de que Dios sacará su gloria de mi respuesta, y que recompensará la humildad que os empeña á dirigiros á una persona que os es muy inferior en virtud, me guardaria bien de obedeceros, diciéndoos mi sentir sobre lo que os dignais comunicarme. ¡Bendito sea eternamente aquel Autor de todo bien y de toda luz, que pone muchas veces su palabra en la boca de los niños y de los débiles! Voy, pues, señora, á responderos en nombre suyo, despues de haber invocado al Espíritu Santo para que me comunique sus luces.

Es evidente que la profesion religiosa es el estado mas elevado del cristianismo, y que entrar en él sin vocacion es una temeridad castigada muchas veces con las penas mas terribles; pero, señora, hay muchas especies de vocaciones. La

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

amistades aprobadas por las reglas de la mas austera sabiduría; las tengo sin embargo: ¿podrá Dios hacerme un crímen de ellas? Por lo demas no puedo disimularme que cumplo mis obligaciones por hábito, costumbre y necesidad; si hiciese mi gusto, me acercaria ménos á los Sacramentos; pero la regla lo exige. ¿Qué dirian las otras si me alejase de ellos? Me creerian culpable de algun crímen, y no lo soy sino de una tibieza; y de un disgusto involuntario. Vuestra carta ha turbado la seguridad que me habian inspirado; decidme, señora, cuanto ántes, si lo teneis á bien que las obligaciones de las Benedictinas, en que vuestra hija va á tomar el hábito, son absolutamente diversas de las que obligan á unas pobres muchachas, que jamás tuvieron designio de obligarse á tanta perfeccion; ó mas bien tened la bondad de hablarme sinceramente sobre mi estado, pues sería cosa triste el comprar una eternidad infeliz, con una vida tan insípida como la que yo llevo.

Vuestra respuesta me la podeis dirigir en derechura. Nuestra Abadesa, á la cual se la entregan por ceremonia todas las cartas, nos las vuelve sin abrir. A cualquiera otra que á vos, acabaria esta carta, prometiéndola mis oraciones; pero leyendo ésta, debeis comprender lo que valen;

con que así tengo por mejor encomendarme á las vuestras.

CARTA L.

RESPUESTA DE MADAMA DE MONTIER A MADAMA D.*** RELIGIOSA BENEDICTINA.

Señora, me poneis en una grande confusion por la repeticion que me haceis; y si no fuera por la fuerte confianza que tengo de que Dios sacará su gloria de mi respuesta, y que recompensará la humildad que os empeña á dirigiros á una persona que os es muy inferior en virtud, me guardaria bien de obedeceros, diciéndoos mi sentir sobre lo que os dignais comunicarme. ¡Bendito sea eternamente aquel Autor de todo bien y de toda luz, que pone muchas veces su palabra en la boca de los niños y de los débiles! Voy, pues, señora, á responderos en nombre suyo, despues de haber invocado al Espíritu Santo para que me comunique sus luces.

Es evidente que la profesion religiosa es el estado mas elevado del cristianismo, y que entrar en él sin vocacion es una temeridad castigada muchas veces con las penas mas terribles; pero, señora, hay muchas especies de vocaciones. La

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

primera es la que se llama de inclinacion; las que son favorecidas con ésta, tienen una gracia tan conocida, que al ver lo fácil que las es su sacrificio, podria decirse que tiene poco de meritorio; verian á sus piés todas las coronas del mundo, sin tener tentacion ni aun de mirarlas. A esta especie de vocacion, sigue ordinariamente el peligro de la tibieza; el fervor sensible se disminuye despues de haber hecho los votos, las penas del estado en que no habia reparado, aparecen entónces, y á ménos que una alma no sea extremadamente fiel, cae en la languidez y en el disgusto, porque ella habia contado con una satisfaccion que, si fuese durable, haria gustar en la tierra una parte de la felicidad, que es el patrimonio de los bienaventurados.

La segunda vocacion es la que se llama de fé. Despues de haber sondeado una persona cuidadosamente su propio corazon, conoce que será muy débil para resistir á las seducciones del mundo á quien ama; se estremece por la necesidad de abandonarle, y no piensa sino con horror en los trabajos de la vida religiosa: sin embargo, la alternativa de ser desgraciada en esta ó en la otra vida, la determina abrazarla: sacrifica la dicha presente por asegurar la de la eternidad. Esta vé que se ha equivocado igualmeute que la que se

hizo religiosa por una vocacion verdadera; ella se prometia una vida miserable, y halla dulzuras que no habia previsto. Estas por lo comun hacen muy buenas religiosas, sobre todo si viven en una casa regular, y no escogen nada de otra.

En fin, la tercera vocacion es la de la necesidad y la razon; la que debe su nacimiento al crímen de los padres, que sacrifican víctimas inocentes á la avaricia, á los afectos particulares por hijos mas queridos que desean establecer mas ventajosamente: esta es la vuestra, señora, y la de otras muchas. No sois vos la que os habeis sacrificado: os llevaron al Altar en una edad en que no teníais bastante firmeza y luces para reclamar contra la violencia que os hacian; vuestros votos irrevocables delante de los hombres, os dejan libre á los ojos de Dios, pues es necesaria la voluntad para empeñarse. Si la vuestra no consintió jamás en los votos que pronunciaron vuestros lábios, estais libre delante de aquel que sondea los corazones, y vuestra vocacion ha de llegar á ser el fruto de las reflexiones que deben nacer de una razon sana é ilustrada: examinad el partido que la vuestra os aconseja tomar.

Si vuestro empeño exterior es una desgracia, lo es sin remedio; si vos no estais muerta para el mundo, el mundo lo está para vos, sois mirada

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en él como una cosa que ya no exíste, y nada puede volveros los derechos de familia y de ciudadana, á que os obligaron á renunciar.

Pero por otra parte, este mundo de que estais excluida, ¿tiene tantos atractivos como los que os figurais? Véamos, pues, á qué se reducen sus ventajas. A gozar de unos bienes que mil accidentes pueden quitar, y que no son nunca á proporcion de los deseos que se reproducen á cada instante, necesidades de lujo, de la moda, y de necios estilos, sobre las cuales no tenemos derecho á tomar sino lo necesario: y no lo que las pasiones hacen parecer tal, sino lo que está reglado por el cristianismo. Es cierto que se cree gozar en él de libertad, ventaja que una religiosa estima mas que todas las otras; pero creedme, señora, esta libertad no es mas que un vano nombre, que nada tiene de sólido: los mundanos están en una sujecion real. Sujecion en el celibato. ¡A cuántos miramientos está reducida una soltera para conservar su reputacion! No basta para esto ser juiciosa, es menester tambien evitar dar el menor motivo de hablar á los enemigos, á los envidiosos, á los desocupados, á los mal intencionados, gentes todas que tienen un maligno placer en investigar la conducta de aquellos á quienes quieren hacer daño, y que miran las mas ligeras

faltas con un microscopio que las muda en crímenes. Sujecion en la sociedad. Para estar bien quisto en ella, es menester sujetarse á cada paso á los caprichos, y á las fantasías de los otros; vivir para ellos, y no para sí. Sujecion en el matrimonio. Los mas felices son aquellos en que hay ménos pesares, porque no hay ninguno que esté exénto de ellos. Creedme, señora, si el matrimonio tuviera noviciado, pocos habria que profesasen. Sujecion en los placeres. Es menester, ó bien renunciar á la salvacion si nos entregamos á ellos, ó bien estar mortificados como Tántalo, si nos arrancamos de su atractivo; es fácil privarse de ellos enteramente, y muy dificil moderarse en su uso. No habeis, pues, perdido mucho cuando os obligaron á renunciarlos, y seguramente habeis ganado. Sois cristiana, y por consecuencia estais convencida de que no dirige los acontecimientos una ciega casualidad; Dios los dirige siempre para un fin útil á la criatura. La intencion de vuestros padres, haciendoos religiosa, era enriquecer á dos de sus hijos; y el designio de Dios, permitiéndoles cometer esta injusticia, fué salvaros. Habia previsto que os perderíais en el mundo, y que resistiríais en una edad madura á las instancias que os harian para salir de ahí; ¿qué es lo que ha hecho su sabiduría y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bondad? Estas han permitido la injusticia de vuestros padres, y os ocultaron el derecho que teníais á reclamar contra esta injusticia, á fin de poneros en la dichosa necesidad de daros á él. Este es el solo partido que la razon os ofrece de concierto con la fé; pero para sacar de este sacrificio, que va á ser voluntario, todo el fruto que podeis pretender, es necesario que sea entero. No perdais el fruto de lo que el Criador ha hecho por vos con una destreza (permitidme este término) que no podeis admirar bastante. Estais en la senda estrecha, y lo será siempre, hasta que andeis por ella á pié firme, entónces se ensanchará el camino, y bien pronto bendecireis la mano benéfica que os ha puesto en él. ¿Qué es menester hacer para pasar con rapidez este mal pedazo de camino? Hacer de corazon esos votos, que solo pronunciaron vuestros lábios; escoger á Dios con una entera voluntad por vuestro único patrimonio. ¡Ah, señora, seríais muy avara si este bien infinito no os bastase! No mireis la observancia de estos votos, como una cosa muy penosa: sobre poco mas ó ménos, lo mismo obligan á todos los cristianos.

Por el de la castidad haceis al Señor el sacrificio de vuestro cuerpo y corazon; este último les es necesario aun á las casadas; no pueden amar

á sus esposos sino despues de Dios, y es menester que este amor esté siempre pronto á ceder á lo que deben al Criador; ahora, este amor así purificado, y que es preciso para la salvacion, es mas penoso que renunciarle enteramente: ¡y cuántas penas le acompañan! ¿Halla acaso una muger de juicio en el corazon de su esposo la correspondencia que debia esperar? Cuántas veces es sacrificada su ternura á una criatura despreciable, que la deja en lugar del amor que tenia derecho de pretender, frias atenciones. El mas tierno esposo tiene sus caprichos, sus manías, que eclipsan sus sentimientos, y por decirlo en una palabra, el mas tierno nunca lo es tanto como su esposa, lo cual pone en una situacion tan triste, que es menester haberla experimentado para podérsela figurar. Nada de esto teneis que temer del que quiere ser vuestro esposo: no solamente os volverá amor por amor, sino que el que él os tiene será siempre infinito, y el vuestro no será mas que una chispa comparada con el sol. Es cierto que es celoso, y que no se comunica sino á las que se entregan á él enteramente; y en esto consiste el que haya tan pocas religiosas, tan felices como deberian serlo. Usan de reserva con un Dios que lo quiere todo, y por esta reserva ponen límites á las muestras de ter-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nura que quisiera darlas. No os lo disimularé, señora: su amor es tan delicado, que el mas ligero afecto le hiere. Ahora, es muy difícil á una religiosa que quiere tener un pié en el mundo, y otro en el cláustro, no hallar en el camino algun objeto que la divida haciendo en su corazon alguna impresion; y despues nada de dulzura, nada de seguridad en el estado monástico. El primer sacrificio que debeis hacer al Señor, es pues, el del locutorio para las gentes de fuera, y el de las amistades particulares dentro del convento. La observancia del voto de pobreza no se os hará penosa si cumplís bien el primero. Viendo á vuestro esposo desnudo, pobre y despojado por vos, tendreis un santo horror á vuestro lujo; perdonadme, os suplico, esta palabra. Una religiosa que se permite muebles distinguidos, plata labrada, y sumas de reserva, es ménos pobre que uno que tiene millones; echad prontamente de vuestro corazon el amor á esas criminales bagatelas, como las llama mi querida Marquesa, y bien pronto las echaréis léjos de vos. Ponedlas, señora, en una balanza con la gloria eterna, y ved cual pesa mas, porque es menester optar una de estas dos cosas. Nada os digo de la obediencia, porque me parece que bajo vuestra abadesa nada tiene de penosa; y además lo largo de esta

carta me asusta. Me ocurre un pensamiento. Sin duda habeis oido hablar de mi hija mayor; el Conde, su perpétuo admirador, seguramente os habrá hecho su elogio, y aunque parezca mal en la boca de una madre, puedo aseguraros que ella toca de muy cerca á la perfeccion: ¡pero cuánto la ha costado! Creo que la relacion de lo que ha sufrido os hará hallar muy dulce vuestra situacion; la pongo en las manos de mi querido Conde, y dejo á su discrecion la libertad de comunicárosla; demasiado feliz si en esto ó en cualquiera otra cosa puedo probaros, señora, que quedo, &c.

CARTA LI.

DEL CONDE A MADAMA DE MONTIER.

No os sobresalteis, señora, por lo que os voy á decir. Los pretendidos herederos del Marqués principian á hablar de una substitucion que sostienen existe en el protocolo de un escribano de aldea, al extremo de los estados de nuestro Rey por la parte del Milanés. La impostura no puede ser mas grosera; ninguno de los antepasados del Marqués vivió en aquellos parages, y puede ser que ni aun pasase por ellos. Me amenazan con hacerme notificar esta pieza, como espero á

pié firme á estas gentes, y creo que la resolucion en que saben que estoy de defender este negocio con vigor, los detiene, ya sabremos lo que resulta. Mi sobrina está encantada de una carta que la habeis escrito, y dice que la habeis convertido: y á la verdad principio á creerla alguna cosa, porque ya no frecuenta el locutorio. Me ha escrito que la prometíais la vida de nuestra querida Marquesa; señora, ¿la habreis vos escrito? Ella merece ciertamente serlo, y aun de vuestra mano. Como debe pasar por las mias, participo de la viva impaciencia de mi sobrina. Semejante vida, una historiadora tal, ved dos motivos suficientes para hacerme esta obra muy preciosa. Espero que ántes de poco tendreis otra ocupacion digna de vuestra pluma, y es la historia de mi amada esposa que no será ménos interesante. La mudanza que ha habido en ella, tiene algo de prodigio, y bien pronto no podrá nadie persuadirse á que en algun tiempo de su vida no haya sido dulce, y humilde, es.... Cuando os estaba dando las gracias por la dichosa mudanza de la Condesa, fuí interrumpido por un hombre, á quien desde luego tuve por curial, que pidiéndome mil perdones por la necesidad en que le ponia su profesion de faltar al respeto debido á mi persona, venia á hacerme saber la sustitucion

indicada. Yo le aseguré que podia cumplir con su obligacion sin temer mi resentimiento. Algunos amigos, hombres inteligentes en la materia, me aseguran que esta pieza tiene un carácter de falsedad tan manifiesto, que no nos será dificil de confundir la impostura; será no obstante necesario entrar en pleito, pero estoy determinado á perecer ántes que permitir el triunfo de la iniquidad. Me hallo convencido de que ántes de poco tendré el gusto de ver en la horca á los falsarios que han inventado esta pieza, y á los que les han prestado su auxilio. El interés público pide que se exterminen estos hombres vendidos á la iniquidad, y yo daria la mitad de mis bienes por verlos espirar en el cadalso. Estoy tan alterado, que no me es posible continuar escribiendo, y apenas tengo fuerza para deciros, que quedo, &c.

P. D. El convencimiento que tengo de la falsedad de la mencionada sustitucion me hace desechar los caminos de conciliacion; por que esto seria dar fundamento á las pretensiones de nuestros contrarios. Tened á bien, señora, no me dé por entendido de su aviso respecto á este punto, porque difiero de vuestra opinion; me atrevo tambien á suplicaros, que no vayais á romper á la Marquesa la cabeza con ninguna de estas especies; pues ántes de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que llegue vuestra respuesta, ya habré triunfado de sus adversarios.

CARTA LII.

RESPUESTA DE MADAMA DE MONTIER AL CONDE D.****

A fé mia, querido Conde, me anuncias un valor que no tienes; ó si es real, tengo derecho para decirte que no sabes nada de pleitos. Estuve obligada á seguir, ó por mejor decir, á terminar uno en mi vida, que hacia treinta años que duraba, y que ganamos: era una hidra. Duró todavia mas de dos años á pesar del violento deseo que tenia yo de finalizarle, y del permiso de mi difunto esposo para sacrificar todo lo que juzgase á propósito para concluirle. Nuestros contrarios lo querian todo ó nada, y yo no podia en conciencia consentir en ver á mis hijos pidiendo limosna: porque si se hubiera tratado solo de mí, en verdad que lo hubiera preferido mas bien que ser la causa inocente del ódio, de las invectivas, y de los otros pecados que este villano pleito ocasionaba á mis contrarios. Tú me responderás otro tanto, querido Conde mio, si este pleito no mirase mas que á mí, le abandonaria, pero pertenece al interés de la viuda y de los pobres, con que debo sostenerle. En horabuena; has respecto á esto todo lo que la conciencia te permita; pero por justificada que sea la causa que defiendes, esta justicia no te da libertad de aborrecer á tu prójimo: ¿y cómo te atreverias á decir que amas á ese prójimo que querias ver en la horca? Mira, querido amigo mio, el diablo está atento á hacerte perder el mérito de una buena obra: porque lo es seguramente el reprimir la violencia y el fraude. ¿Qué hace para esto? Se reviste del amor disimulado de la justicia, el que es el padre de todo desórden, y bajo esta respetable forma le da fé tu espíritu. Vuelve este lazo contra él mismo; pelea, pues es necesario; con tal que el ódio no se mezcle, Dios no será ofendido por tu parte. ¿Y por qué aborrecerias á nuestros contrarios? En primer lugar puede muy bien suceder que la justicia, como ya te he dicho esté de su parte, ó que si no lo está, lo ignoren ellos mismos, y sean la burla de algun escribano de mala fé. Supongamos, en fin, que tienen parte en la iniquidad. ¡Ah! No puedes menos de tener compasion de ellos. Si llegasen á despojarnos, no se debia tener lástima de nosotros, sino de los miserables que comprasen el infierno á costa nuestra. Te suplico que no participes de su iniquidad, aborreciéndolos: perdónales la inquie-

tud que te van á causar, como quieres que Dios te perdone; este es mi antiguo estrivillo; ó por mejor decir el del Evangelio. Seguiré tu consejo en cuanto á la Marquesa, cuya nobleza de corazon conozco tan perfectamente, que no me tomaré el trabajo de prevenirla del peligro en que está de ser menos rica: se tendria por muy honrada si pudiese llegar á ser enteramente pobre.

CARTA LIII.

DEL CONDE D.**** A MADAMA DE MONTIER.

Señora: He creido que debia preveniros sobre una visita bastante extraordinaria que vais á recibir; y de las tristes circunstancias que la ocasionan. En vano os querria disimular la horrible injusticia que se acaba de hacer á nuestra respetable Marquesa, seria menester decírosla tarde ó temprano, y yo debo aun evitar ciertas formalidades que precisamente agravarian su pena. Un acto notoriamente falso, acaba de ser declarado válido; y como la dote de nuestra querida viuda, consiste en estos bienes que pretenden son sustituidos, queda precisamente perdida. Setenta y seis mil libras que el Marqués pidió prestadas tres años hace para mejorar sus tierras, las han perdido igualmente tres familias que

las adelantaron; lo que las ha dejado pidiendo limosna. No hay fondo alguno para recompensar los criados del difunto Marqués; y las pensiones que les asignó, seguramente no las pagarán sus inícuos herederos. Ya conoceis mi corazon, querida y respetable madre mia, ya sabeis cuales son mis rentas; lo uno os asegura de lo otro; y no os empeñeis en que mi numerosa familia debe ser un obstáculo á las justas obligaciones que me impone vuestra situacion y la de mi cuñada. Vais á decirme que teneis mas de lo que precisamente necesitais; yo os daré la misma respuesta por lo que hace á mis hijos. Cediendoos una parte de mi hacienda, aun les quedará bastante sobrante, de que no serian dignos si fuesen capaces de tener una alma tan baja que se quejasen alguna vez de lo que quiero hacer hoy, consintais ó no en ello. Esta carta solo precederá un dia á la llegada de Mastrilli: éste se encarga de hacer mis veces en los apuros que no puede ménos de haber en una mudanza tan precipitada, y de acompañaros: porque es preciso desocupar inmediatamente el palacio en que estais. No le cederia una comision, que es para mí tan preciosa, si no me detuviesen aquí dos razones. La primera es la mala salud de la Condesa; en su adelantado embarazo. La segunda

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que Mastrilli quiere aprovecharse de esta ocasion para daros parte de un designio que me confió inmediatamente que volví de esa, y del que no ha querido que os hable ántes de cumplir la Marquesa el año de viuda. Solo á él no ha causado ningun pesar la pérdida de nuestro pleito: al contrario se alegra muy deveras de poder ofrecer á la Marquesa una fortuna capaz de compensarla cumplidamente de las injusticias que acaba de experimentar. Da este paso temblando, y le confieso que le costará trabajo determinar á mi cuñada á casarse otra vez, sin poderle declarar que el mayor obstáculo que tiene para su dicha, aseguraria la de otro. La delicadeza de la Marquesa la recordará como un crímen los sentimientos que tuvo por él, y yo desesperaria del suceso de su empresa si no contase con vos, señora; y para obligaros á ayudarnos ventajosamente, me atrevo á suplicaros que consideréis las ventajas de esta alianza. Mastrilli goza de sesenta mil libras de renta; tiene docientas mil en dinero contante, que ofrece para pagar las deudas del Marqués, y cumplir sus mandas. El motivo de la justicia debe obligaros á determinar á la Marquesa. Se trata de volver su hacienda á tres honradas familias, de cuya ruina ha sido su esposo, inocentemente, la causa. Se trata tambien

de establecer las dos hijas que os quedan, y de sostener muchos establecimientos útiles para los pobres. La Marquesa no tiene mas que treinta años, y en esta edad no chocan unas segundas nupcias. Además el que la ofrece la mano le salvó la vida; era estimado particularmente de su esposo, y puedo jurar que aquel querido Marqués me dijo muchas veces, que si se moria pronto deseaba que su viuda le diese otro padre á su hijo, casándose con Mastrilli, á quien hallaba digno de ella. Considerad bien todas estas razones, señora, y hacédselas considerar á la Marquesa. Estoy convencido de que este negocio depende absolutamente de vos, y esto es lo que me empeña á hacer partir á mi amigo; vos que distinguís el mérito, no podreis negarle vuestra estimacion, y estoy seguro de que desearéis tenerle por hijo. Mi esposa junta sus súplicas á las mias, y á pesar de su estado, me insta á que la deje para dar mas fuerza á mis ruegos en favor de un hombre de quien conoce todo el mérito; y para mí es de tanto que no puedo admirarme bastante de que ella me haya preferido á mí, que estoy tan distante de parecerme á él.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARTA LIII.

RESPUESTA DE MADAMA DE MONTIER AL CONDE D.***

Serias muy injusto, mi querido Conde, si sospechases que no he hecho todos mis esfuerzos para determinar á mi hija en favor de Mastrilli, no porque me asustase la situacion en que se halla, ni porque me deslumbrase la que se le ofrece. Solo el mérito de este señor es lo que me hace sentir no tenerle por hijo. Si escuchase á la sangre y á la carne, diria que nuestra querida Marquesa no fué feliz en su primer matrimonio. Tú sabes, como yo, que las nubes que turbaron sus hermosos dias, se sucedieron tan rápidamente, que apenas logró algunos intervalos de reposo: pero soy cristiana, y segun esta cualidad, no puedo mirar lo que ha sufrido con otros ojos que con los de la fé. Sus trabajos eran necesarios para su santificacion, y tal vez perderia en una vida mas feliz, los tesoros que ha adquirido por estos trabajos. Para ponerte en estado de hacerme justicia en este negocio, voy á pintarte la conducta que he observado en él, y estoy segura de que tu amigo te dirá que no ha consistido en mí el que no sea feliz: él está bien convencido de ello.

Aunque la virtud de mi hija no tenia necesidad de ninguna precaucion para decirla que está absolutamente arruinada, y que sin la circunstancia de la venida y designio de Mastrilli, no hubiera yo usado de ningun rodeo para anunciarla la pérdida de su pleito; no obstante, despues de haberlo maduramente pensado, creí que era preciso diferir el hacerlo hasta que yo hubiera hablado con tu amigo. Inmediatamente que recibí tu carta, dije á la Marquesa que teniendo este Señor un negocio de mucha consecuencia en Francia, le habias encargado que al pasar nos hiciese una visita, y que llegaria al dia siguiente. Miré, pero con un aire como distraido, la cara de la Marquesa al pronunciar estas palabras, y no me pareció que esta visita la causase ninguna inquietud: al contrario, me dijo que tendria alguna satisfaccion en verle, porque estaba bien segura de que habia sentido la muerte del Marqués, y que tendria algun alivio en mezclar sus lágrimas con las suyas. Esta respuesta me hizo conjeturar bien del suceso de nuestra empresa, y confieso que discurria muy mal; yo hubiera debido al contrario pensar que no existia ya en el corazon de mi hija una sola centella del fuego que habia temido abrasarse; de otro modo, la próxima visita de Mastrilli, la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hubiera causado conmocion ó cortedad. Aquella misma noche me habló de él cenando, y ponderó sus buenas cualidades con un ardor, que me engañó. Llegó, como me decías, al dia siguiente, y su visita hizo en mí la mas favorable impresion; no te diré que me encantó su talento; el hombre que mas tiene representa siempre un ridículo personaje cuando ama y está incierto de su suerte, y nuestro enamorado no se condujo mejor que otro. Fingió que no podia detenerse mucho tiempo en casa, y al ver mi grande admiracion, mi hija le dijo que á lo ménos nos debia acompañar quince dias. No te repito el asunto de la conversacion; los dos primeros dias lloramos nuestra pérdida como si estuviera reciente, y la amistad que este jóven conserva al Marqués, me da la mejor opinion de su corazon. Al otro dia de su llegada procuró tener conmigo una conversacion á solas, donde fué mas elocuente que al lado de la Marquesa; y despues de haberle prometido ayudar con todo mi poder, me dijo que ya era tiempo de desocupar la quinta, ántes que nos obligasen á hacerlo; y queriéndole proporcionar una ocasion favorable para declarar sus sentimientos, convine en decir á mi hija en su presencia la pérdida de su fortuna. Se quedó admirado de la tranquilidad con que me escuchó,

solamente mostró una viva alteracion cuando la hablé de las tres familias que se hallaban envueltas en su ruina. No lo permita Dios, exclamó; calló un instante, y despues me dijo: seguramente, madre mia, que no perderán un sueldo. Podrias prometerselos, la dije, si quisieras aceptar el recurso que la Providencia te proporciona. En este instante, Mastrilli se echa á sus piés, y esplicándola bastante de qué naturaleza eran los socorros de que yo le hablaba, se puso en estremo encendida mientras este señor la ofrecia con voz trémula su persona y sus bienes. Habiendo vuelto mi hija un poco en sí, me miró con un aire que parecia reprenderme la especie de traicion que yo la hacia; y suplicando á Mastrilli que se levantase, le agradeció con mucha gracia la generosidad de sus ofertas; pero añadió que se habia hecho ánimo firme de permanecer fiel á las cenizas de su esposo, y que era inflexible en esta resolucion. Me serví entónces de las razones que tú me habias dicho, é inmediatamente me respondió de un modo que me cerro la boca. Esperaba perder su pleito, y en consecuencia de esto habia arreglado sus negocios. El fiel ayuda de cámara del Marqués, que mantiene en su servicio, habia por su órden llevado los diamantes á Ginebra con la minuta de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su plata, y la ofrecen ciento y ochenta mil libras por todo, entrando en estos, ciertos muebles preciosos, de que puede disponer. En un instante nos probó, que pagando la deuda de su esposo, y reembolsando lo que ella misma ha pedido prestado para pagar á los criados, la quedaban seiscientas libras de renta; lo que le parece suficiente para vivir á mi lado ó en un convento. De suerte, la dije, ¿qué nadie perderá mas que los pobres? Eso es lo que me parte el corazon, me respondió: pero Dios no me pedirá respecto á esto mas que lo que pueda; y sin hacer pasar por mis manos los socorros que les habia destinado desde toda la eternidad, no permitirá que sean tentados por la pobreza mas allá de sus fuerzas. No me quedaba ya mas que una razon, que tú no me habias alegado, y que yo miraba como mi último recurso. Has perdido el pleito con costas, la dije; te quedan grandes sumas que pagar, ademas de las que el Conde ha adelantado, y de las cuales tiene la generosidad de no hablarte. Hubiera deseado, me respondió, no deber nada á nadie, y tal vez mi orgullo tendria que sufrir en recibir socorros de cualquiera otro que de mi respetable cuñado; pero os confieso que de buena gana tomaré de su mano una pension mucho mas corta que la que me queda-

ba, y las catorce mil libras sobre que estaba fundada, servirán para pagar los gastos. Levantándose despues inmediatamente con una suerte de gozo, os doy gracias, Dios mio, exclamó: entraré en el seno de la tierra como salí del de mi madre, despojada de todo. Al acabar estas palabras nos dejó llenos de admiracion, y se fué á su gabinete. Mastrilli me preguntó llorando si no podria yo hacerla mudar sus heróicas disposiciones. No le lisonjee; mi hija no ha tomado derepente la resolucion de permanecer viuda; este sin duda es un designio formado muy de antemano, y yo no tendria valor para combatir los motivos religiosos que la han determinado á ello. Lo he intentado no obstante, y no he sacado de mis esfuerzos otra cosa, que la conviccion de que serian inútiles. Se ha ocupado lo restante del dia en prepararlo todo para acompañarme á la casa paterna, y me suplicó obligase á Mastrilli á que se retirase, asegurándole de su parte, que ella conservaria toda su vida los sentimientos de gratitud que su noble proceder ha añadido á los que tenia ya por los favores que la habia hecho, y que le profesaba la estimacion mas verdadera. ¿Y nada mas? la pregunté sonriéndome. No debo, querida madre mia, respondió, disimularos á vos nada; me alteré por un momento

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuando ví á Mastrilli á mis piés; pero pasó mi sorpresa como un relámpago, porque mi corazon está lleno de otro amor, para el cual es demasiado estrecho, y no procuraré disminuir con mis esfuerzos su corta capacidad. La que no está casada, dice San Pablo, no tiene otro cuidado, que agradar á Dios; en lugar que una esposa está dividida entre el Señor y su esposo. Sé que hablaba el Santo con las vírgenes, y creo que esto se puede aplicar á las viudas. Escogí la mejor parte, madre querida; pedid que no me sea quitada, mas bien que solicitarme á que la renuncie yo misma. Esta es la única cosa en que creo tendré vigor para resistirme á vuestros consejos. No permita Dios que te los dé yo contrarios á lo que crees deberle, la respondí; sigue el camino que su Divina Magestad te señala; yo te prometo no apartarte jamás de él: pero permíteme te suplique que no hagas partir á Mastrilli tan repentinamente. Le diré todas tus resoluciones de modo que le quite toda esperanza, y te aseguro que no te importunará mas con sus solicitudes. Despues de esta promesa, ten á bien te haga presente que el Conde le ha encargado nos acompañe á Sens, y que yo he admitido sus ofertas. Bien veo, me respondió la Marquesa, que mi madre habia entrado en la cons-

piracion que contra mí se fraguaba. Mastrilli la habia enternecido, y siente la pérdida de un tal hijo: pero yo hallaré un medio de poneros de acuerdo. Supongo por decontado, que Mastrilli sin hacerle agravio, tiene un corazon susceptible de ternura, sin que se pueda sospechar en él una de aquellas constancias que duran muchas veces hasta el sepulcro. Amaba muy sinceramente á la Condesa, y le curó la desesperacion. El estado en que me vió al salir de mi naufragio, le enterneció, y en un corazon dispuesto á la ternura, la lástima conduce al amor. Estoy firmemente persuadida, de que mis últimas desgracias, pues las quieren dar este nombre, han producido en él sentimientos que no son demasiado violentos; y así no temo se desespere ni por un instante. Podria tambien suceder que para consolarse llegase á quedar enamorado de una de mis hermanas, y hablando francamente no tendré lástima de aquella á quien él ofreciese su corazon, aunque sea ya la tercera á quien se lo ofrece. Estas niñas jamás han bebido en la lectura de las novelas la falsa delicadeza que hace rehusar un homenage, porque no es la primera á la que se lo ha ofrecido. Consiento por lo tanto en que sea nuestra guia, pues cuento mucho con vuestra palabra para temer sus importunidades.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dije palabra por palabra á Mastrilli la conversacion que habia tenido con mi hija, excepto el artículo que tocaba á sus hermanas. Le hice comprender que seria impiedad pretender le prefiriese á Dios, á quien la Marquesa quiere consagrar el resto de su vida. Le aseguré que le estimaba mucho, y no temí añadir que si mi hija hubiese pensado en pasar á segundas nupcias, no hubiera tenido que temer otro rival, porque hacia justicia á su mérito; y para darle pruebas de la realidad con que hablamos, acepté la oferta que hacia de conducirnos hasta nuestros dioses penates. Partirémos dentro de tres dias; porque mi hija necesita de todo este tiempo para hacer vender sus efectos. Mastrilli se ha alegrado mucho de tener este término, porque dice que tiene un negocio en Leon que le obliga á tomar la posta; y como le bastan dos horas para concluir el asunto que allí le lleva, promete volver á tiempo.

Hallándome retirada en mi cuarto para acostarme, Mastrilli, que se habia despedido porque tenia que partir muy de madrugada, pidió permiso para decirme una palabra. Me admiré muchísimo de verle á mis piés, y todavía mas cuando me dijo no dejaria aquella postura, ínterin no le otorgase yo una gracia que tenia que pedirme. Como no podia tratarse ya de la

Marquesa, le aseguré que me daria el mayor gusto que podria yo tener en vida, si me indicaba en qué podria servirle. Se levantó fuera de sí, y me obligó á admirar su generosidad, sin poder persuadirme á admitid sus ofertas. Se trataba de una friolera: era preciso aceptar solamente docientos mil francos para terminar todos los asuntos de mi hija. Un movimiento indeliberado, y que es una verdadera imprudencia, me hizo decir por única respuesta; ¿qué no daria yo por tener un hijo tal? El respondió sin detenerse: ¿qué no daria yo por tener una tal madre? Yo le abrazo, le juro, y le protesto, que ofenderia mortalmente á la Marquesa y aun á mí misma, si pudiese rendirme á sus deseos. En verdad, se mostró mas sensible á esta última recusacion que á la primera, y salió desesperado de mi cuarto.

Me tienes en la mayor inquietud con lo que me dices de mi querida Condesa, y te ruego me digas si su mal es efecto de su embarazo, ó si tiene otro orígen. Yo soy verdaderamente la prueba de que los objetos mas propios para procurarnos la felicidad, llegan á ser tal vez fuente fecunda de mil inquietudes. ¿Qué madre fué jamás mas feliz que yo en sus hijos? Y sin embargo, ¿á qué madre han causado mas dolor?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tu carta no podrá hallarme aquí, con que es preciso dirigirla á Sens para el correo siguiente.

CARTA LIV.

DEL CONDE A MADAMA DE MONTIER.

Señora: Me cerrais la boca, anunciándome los motivos que empeñaron á la Marquesa á rehusar su consentimiento á una cosa que yo deseaba con la mas viva pasion. Es verdad que no ha sido feliz en su primer matrimonio; pero segun todas las apariencias, hubiera encontrado con Mastrilli toda la felicidad que prudentemente se puede esperar en esta vida; mas conozco que su ambicion no es tan limitada, ella quiere otra dicha que no tenga mezcla alguna de inquietud, y ésta solo se puede encontrar en el cielo. Si conociese menos la superioridad de su virtud, temeria pudiese llevar adelante la animosa resolucion que acaba de tomar. Jóven aun, bella, sin hijos y pobre, parece que todo aspiraba á que se rindiese á nuestros deseos; sin embargo, ella desecha una ocasion que mirarian otras mil como el *non plus ultra* de la felicidad. Quiere, semejante á los hijos de Leví, no tener porcion alguna sobre la tierra, porque el Señor es su todo; respetemos su resolucion. Hay sin embargo un

artículo en que no puedo halabarla, y perdóneme su bella alma, en cualquiera otra sospecharia un grande orgullo. El sistema que ha tomado es á lo estóico, y esto me choca mucho. ¡Admirable idea la de vivir con cuatrocientas ó quinientas libras de renta! ¡Pues qué! No gozo yo deveinte mil, cuya mitad basta para mi gasto, ¿y me quitará una hermana el indecible consuelo de mantenerla con lo que á mi me sobra? Me impaciento, á la verdad, cuando pienso en ello y mi esposa no está menos ofendida. Dejo aparte la humildad cristiana, que no permite avergonzarse de los beneficios que se reciben. Hablo solo de los deberes de la amistad. Se dice comunmente que no hay mejor papel que el que hace aquel que da, y que el de los que reciben es estremamente penoso; he aquí en lo que jamás convendré. Yo sé que la perfeccion de la amistad consiste en recibir sin repugnancia los beneficios del amigo. Esta es la piedra de toque para juzgar del precio y realidad del respetable sentimiento que une á los que se aman. No se necesita mas que una amistad comun para partir sus bienes con un amigo que se halla en indigencia, siendo tan vivo el placer, que de esto resulta que recompensa con un cien doblado. Os pregunto ahora, si la Marquesa tiene para con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

migo la correspondencia que tengo derecho de prometerme de su amistad; despues de lo que me ha prometido, ¿no podrá adivinar la satisfaccion que es para mí poder serla útil á tan poca costa? ¡Pues qué! ¿se llamará mi amiga, y me privará por una nimia delicadeza del mas delicioso de todos los placeres? nunca lo creeré. Rehusar tales bagatelas, es poner en duda la felicidad que se halla en ofrecerlas; es hacer una injuria enorme á un amigo. Os advierto que no podria perdonar á la Marquesa la sola proposicion de pagarme la cortísima cantidad que adelanté por ella para los gastos de su pleito.

Mi esposa está absolutamente recobrada de una desazon que hacia temer un mal parto; y los médicos aseguran que completará su tiempo. Al instante que salga de su apuro, cuenta en ir conmigo á Sens, y hemos conseguido seis meses de licencia para haceros una visita. Si vuestros deseos, por lo que hace á Mastrilli, tuviesen efecto, seria para nosotros un aumento de gozo, porque es difícil hallar un mérito mas completo que el de este jóven. No os disimularé que le escribo en este sentido; tengo muy buena opinion de él para creer que pueda atribuir á sus riquezas lo mucho que deseo verle entrar en nuestra familia.

CARTA LV.

DEL CONDE AL SEÑOR MASTRILLI.

Suspende tu juicio, querido amigo, hasta el fin de mi carta, para ver si estoy loco ó cuerdo. He deseado sincerísimamente que el fuego destruyese tus palacios; que los torrentes se llevasen tus tierras, que tus administradores hiciesen bancarrota, que los ladrones te hubiesen despojado y te dejasen en camisa. ¿Y sabes lo que haria. mos nosotros si te viéramos reducido á tan miserable estado? Iriamos alegres á ofrecerte una muger que te daria lo necesario filosófico, y bienes que no tienen precio, por añadidura. Atiende no obstante; entre las buenas y excelentes cosas que este matrimonio te proporcionaria, hallarias un poco de mercancía falsa, y que seria preciso recibir con todo lo demás: esta seria un pícaro de un cuñado que hace mala figura con el resto de la familia. *Este excelentísimo Señor, soy yo.* Es decir, querido amigo mio, que en lugar de aconsejarte que te ahorques, porque la Marquesa no quiere ser tu esposa, te exhorto á que tomes el único medio de vengarte emparentando con ella, casándote con una de sus hermanas. No me vengas con la cantinela de una eter-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

na constancia, que no se halla sino en los libros, y que si existiese, seria la pasion de los tontos. Yo hablo de una constancia sin esperanza bien entendida. Todos se cansan de amar sin interés, y mudan de objeto; pero he aquí un peligro que tú no prevees. Siete años ha, que amas sin esperanza; desde tu primera pasion me juraste que jamás te incomodaria nada el amor, y desde luego me dirias ahora otro tanto, aunque con tan poca verdad. La ociosidad es un estado demasiado violento para un hombre de tus años, acostumbrado á llevar desaires; le es necesaria una pasion, y la falta que esta le hace, le impide mirar muy de cerca el objeto, de que espera el socorro para salir del tédio que experimenta, y de que se vé vencido. Tú podrias muy bien por pura necesidad hacer una eleccion que no fuese digna de los primeros fuegos que han ennoblecido, nuestros corazones. Digo, nuestros corazones querido amigo. Conocí á la Marquesa ántes que tú; esto es, la amé ántes de que la hubieses visto; y mi deplorable historia no tiene sino esta proporcion con la tuya. Yo respetaba los vínculos que la unian al Marqués, y la virtud de nuestra querida Marquesa me era tan preciosa, que creo me hubiera muerto de pesar, si ella hubiese sido capaz de dejar de ser virtuosa, aun en

favor mio; esto siente el amadis á boca llena y no es ménos verdadero. Arrastraba, pues, mis cadenas como un miserable forzado, sin esperanza de romperlas, cuando mi nueva estrella me inspiró buscar socorro en un nuevo amor. Me fué tan bien con esta receta, que creo deber á la amistad que nos une descubrirte este secreto. Todo lo que hace dificil la oferta que te presento de una de mis cuñadas, es que tú eres muy rico, y ella no tiene nada. Sabiendo, pues, esta circunstancia, te deseaba yo todos aquellos contratiempos que te dije al principio de mi carta, á fin de poder encontrar un poco mas de igualdad; has la prueba de mi remedio. Dicen que las dos pequeñas son en extremo hermosas: por lo que hace al carácter, nada puede salir de esta familia que no sea excelente: y si el que en ella entra no se hace bueno, á lo ménos concibe un gran deseo de llegar á serlo.

CARTA LVI.

RESPUESTA DE LA MARQUESA D.*** AL CONDE D.***

Mi estimadísimo conde: Tu carta es un tejido de calumnias y de juicios temerarios. Que yo tengo un gran fondo de orgullo, es una ver-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

na constancia, que no se halla sino en los libros, y que si existiese, seria la pasion de los tontos. Yo hablo de una constancia sin esperanza bien entendida. Todos se cansan de amar sin interés, y mudan de objeto; pero he aquí un peligro que tú no prevees. Siete años ha, que amas sin esperanza; desde tu primera pasion me juraste que jamás te incomodaria nada el amor, y desde luego me dirias ahora otro tanto, aunque con tan poca verdad. La ociosidad es un estado demasiado violento para un hombre de tus años, acostumbrado á llevar desaires; le es necesaria una pasion, y la falta que esta le hace, le impide mirar muy de cerca el objeto, de que espera el socorro para salir del tédio que experimenta, y de que se vé vencido. Tú podrias muy bien por pura necesidad hacer una eleccion que no fuese digna de los primeros fuegos que han ennoblecido, nuestros corazones. Digo, nuestros corazones querido amigo. Conocí á la Marquesa ántes que tú; esto es, la amé ántes de que la hubieses visto; y mi deplorable historia no tiene sino esta proporcion con la tuya. Yo respetaba los vínculos que la unian al Marqués, y la virtud de nuestra querida Marquesa me era tan preciosa, que creo me hubiera muerto de pesar, si ella hubiese sido capaz de dejar de ser virtuosa, aun en

favor mio; esto siente el amadis á boca llena y no es ménos verdadero. Arrastraba, pues, mis cadenas como un miserable forzado, sin esperanza de romperlas, cuando mi nueva estrella me inspiró buscar socorro en un nuevo amor. Me fué tan bien con esta receta, que creo deber á la amistad que nos une descubrirte este secreto. Todo lo que hace dificil la oferta que te presento de una de mis cuñadas, es que tú eres muy rico, y ella no tiene nada. Sabiendo, pues, esta circunstancia, te deseaba yo todos aquellos contratiempos que te dije al principio de mi carta, á fin de poder encontrar un poco mas de igualdad; has la prueba de mi remedio. Dicen que las dos pequeñas son en extremo hermosas: por lo que hace al carácter, nada puede salir de esta familia que no sea excelente: y si el que en ella entra no se hace bueno, á lo ménos concibe un gran deseo de llegar á serlo.

CARTA LVI.

RESPUESTA DE LA MARQUESA D.*** AL CONDE D.***

Mi estimadísimo conde: Tu carta es un tejido de calumnias y de juicios temerarios. Que yo tengo un gran fondo de orgullo, es una ver-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dad en que convendré; pero que por él rehuso tus beneficios, es una calumnia. La razon es clara. No hallo que sea cosa vergonzosa y humillante recibir lo que es puramente necesario, cuando no se puede procurar por sí mismo. Confieso que seria una bajeza criminal recibir lo que no hace falta; y vé aquí cómo te lo pruebo. Los bienes supérfluos pertenecen á los pobres; como tal tengo derecho á ellos, y con tal que no pase de lo necesario en los beneficios que consiento aceptar, no veo por donde pueda ser humillada. Tendria razon de serlo si tomase algo que á esto excediese, porque se lo quitaria á los pobres á quienes debes todo lo que no te es preciso. Sé muy bien lo que me replicarás. La obligacion de partir los bienes con los pobres, tiene por primer objeto á nuestros parientes; y asistirlos es agradar á Dios. En segundo lugar dices me falta lo necesario: falsa suposicion. Porque Conde mio, si me hubiera quedado en posesion de los bienes del Marqués, hubiera sentido mucho que mi gasto hubiera excedido de dos ó trecientas libras. Además sabes que en la feliz mansion que voy á habitar, no se conocen las necesidades facticias, y que solo quedan las reales, que se reducen á poquísima cosa. Sabes tambien que he sufrido mas de lo que se puede decir por espacio

de diez años, con el fausto que me rodeaba, y que suspiraba por la feliz sencillez en que voy á vivir. Debes pues no quitarme el tesoro de la pobreza, de que voy á gozar. Si por una disposicion de la Providencia perdiese lo que me queda y me da lo necesario, te aseguro que no te dejaria tiempo para ofrecérmela, pues te lo pediria sin repugnancia, y aun con gusto, persuadida del que te daria obrando con esta franqueza. Luego es un mal juicio el que me haces acusándome de poner en duda el gusto que tienes en ofrecerme todas tus facultades. Creo que es grandísimo, y sin embargo no es superior al que yo tendria en aceptarlas. Pasemos á otra calumnia, de que te quiero hacer cargo. No he sido feliz dices, en mi primer matrimonio: ¿y en qué fundas tú este bello discurso? ¿En qué he tenido algo que sufrir? Jamás me hubiera imaginado que un cristiano pudiese mirar el tener alguna cosa que padecer como un obstáculo para la felicidad. ¡Pues qué, habrán podido los paganos mirar los tormentos con indiferencia, y aun con gozo, cuando era menester exponerse por el amor de la patria, y una muger cristiana no sufrirá con gusto, cuando piensa que sufre para agradar á Dios! No lo puedo comprender. Reforma pues tu juicio, querido Conde, y permíteme obrar se-

gun mis luces. Yo estaba determinada á no hablarte de los gastos del pleito, y á permitir que me hicieses de ellos un regalo, pero la Providencia no quiere que tengamos, tú el gusto de hacerme ese favor, y yo el de quedarte obligada. Acaba de enviarme mas de lo que es menester para pagar esta deuda. Me ofrecian en Ginebra ciento ochenta mil libras por mis efectos, y he hallado un honrado armenio, que ha dado doscientas doce mil: mírame ya con treinta y dos mil libras que he encontrado como en la calle, y que me constituyen en una alta y poderosa señora. Déjame gozar de mi opulencia, querido Conde mío; pues una de las mayores ventajas que me puede proporcionar, es la de pagar mis deudas.

Apruebo mucho tus intentos por lo que hace á Mastrilli, al cual he cobrado mucha mas estimacion en el discurso de este viage. No soy la única en la familia que conoce su mérito; madre está enamorada de él, y no creo se despreciase la oferta de su corazon, aunque sea de tercera mano, sobre todo si se dirigiese á la mas jóven de mis hermanas, que es algun tanto mi favorita. Esto es sin duda porque se me parece mucho, segun todos públicamente lo dicen. La otra es tambien muy amable en su línea; sin embargo agrada

ménos, aunque es completamente hermosa. Es en extremo séria, y por otra parte teme tanto ligarse con ningun empeño, que limita sus deseos á permanecer siempre dueña de sí misma. Me alegro de que se halla restablecido la salud de mi hermana y aguardo con impaciencia el momento de que salga de su embarazo, y el de daros á tí y á ella, Conde mio, un millon de abrazos.

CARTA LVII.

DE MADAMA DE MONTIER AL CONDE D.***

Mastrilli me ha venido á buscar con tu carta en la mano, y me causó mucha risa tu discurso. Te suplica reprimas tus deseos; pues dice no hay necesidad de quedarse en camisa para querer ser admitido en la familia. Convengo en ello, le respondí; pero nosotros tendríamos necesidad de que estuviéseis en ese estado para atrevernos á proponéroslo. No me contestó sino poniendo una rodilla en tierra, y besándome la mano. ¿Cómo, añadió algunos momentos despues, me he de atrever á ofrecer un corazon despreciado ya por dos de vuestras hijas? ¿Y qué opinion tendríais vos misma de este corazon, si... pudiese...? Le interrumpí echándole los brazos al cuello; porque mis sesenta años me dan grandes privile-

gios. Mi opinion, le dije, es la misma que el Conde expone en su discurso: una constancia sin esperanza es una virtud de romance. Mas os diria sobre este asunto si estuvieseis vos en nuestra situacion, y nosotros en la vuestra, ó si no estuviese yo personalmente interesada en este negocio. Sois demasiado delicada, señora, me respondió Mastrilli; y aun cuando poseyese una corona, no podria compensar la dicha que conseguiria en teneros por madre. Conozco que no podria con gusto llegar á ser hijo de otra, habiendo tenido la esperanza de serlo vuestro; y si la encantadora Enriqueta no me halla indigno de su mano, limitaré mis deseos á la ventaja de darla la miá. Confieso que su perfecta semejanza con la Marquesa, no ha contribuido poco á hacerme segunda vez inconstante. No quise disimular el gozo que esta declaracion me causó, y la Marquesa, á quien acabo de participársela, no ha podido dilatar un momento el gusto de dar á su hermana la enhorabuena. La he encargado sondeé á esta muchacha sobre su inclinacion á este enlace y en el ínterin que me trae su respuesta, me divierto en escribirte.

Enriqueta no ha tenido necesidad de hacer ningun esfuerzo para obedecerme gustosa en esta ocasion, por lo que nos hallamos aquí en una

situacion bastante feliz. La humilde apariencia de la casa, que ha sido la cuna de mis hijos, no produjo en Mastrilli impresion alguna desagradable: es verdad que se ven en ella tantas pruebas de nuestra antigua nobleza, como de la escasez de nuestras facultades, y de tal modo ha ocupado á mi futuro yerno la primera de estas dos cosas, que parece no ha reparado en la segunda.

Acabamos de tener una escena digna de la pluma de Moliere: pero para que la entiendas necesito hacerte observar que La Forest, ayuda de cámara del difunto Marqués, y el hombre de las confianzas de mi hija, no conocia á Mastrilli, pues cuando este estaba en la quinta, La Forest se hallaba ocupado fuera de ella, y á continuacion tuvo que salir para Ginebra para negociar la venta de las alhajas segun te lo hemos escrito antes. La Forest á su vuelta nos contó que luego que llegó á Ginebra, se fué, segun su costumbre, á apear á la posada del caballo blanco, y apenas tuvo tiempo para quitarse las botas, cuando una persona le enseñó algunas sortijas, que queria vender. A La-Forest le parecieron muy buenas; pero le dijo que él tenia otras mejores, y abriendo un cofrecito, en que estaban las de mi hija, mostrándoselas le preguntó que le parecian. El sugeto, despues de haberlas examinado, le

confesó que eran infinitamente superiores á las suyas y le preguntó si estaban de venta, porque mi padre, añadió, que es judio armenio está encargado de hacer una compra considerable de brillantes, y con este objeto nos dirigimos á París; sin embargo, como vuestras alhajas son de todo mérito, puede ser que se interese por ellas, y aun os las pague mejor que ninguno de los señores de esta ciudad. De buena gana se las mostraria replicó La Forest; pero tengo una bajilla de plata de mucho valor de que quiero desaserme á un mismo tiempo. ¿Está hecha á la moderna preguntó el hijo del Judío? ¡Oh! dijo La Forest, por lo que hace á eso, podeis contar que es de la última moda; y los señores de Ginebra, que conocen lo que son estas cosas, me pagan hasta la hechura, bajándoles un doce por ciento. Bien lo creo, respondió el Judío; y si es como me decis, nos contentarémos nosotros con la mitad de esa rebaja. La Forest daba oidos gustosos á estas proposiciones pero no podia acomodar la posibilidad de pagar una cantidad tan crecida con el vestido del que le hablaba, que estaba bastante deteriorado. El Judío lo notó, y le dijo: no os admireis de verme tan mal vestido, porque esta es una precaucion prudente que deben observar los viageros que llevan tesoros; por lo demas, mi padre

está alojado en esta posada, no hay sino mostrarle vuestros efectos, que quedarán en vuestro poder hasta que hayais recibido el pago. Como esta proporcion quitó á La Forest toda desconfianza, siguió gustoso al judío á un cuarto inmediato, en el que su padre estaba en la cama, cubierto el rostro de parches, porque habiéndose caido del caballo á una legua de Ginebra, le habia herido en varias partes. Todo lo examinó el Armenio con cuidadosa atencion, y ofreció desde luego doscientas mil libras, despues de haber hecho pesar la vajilla en su presencia. La Forest pidió mil luises mas; pero en fin, despues de algunas dificultades, se convinieron en doscientas doce mil libras. Lo primero que hizo el Judío, fué hacer traer un cofrecito que estaba bajo su cama, del cual sacó una gran bolsa de cuero, en que tenia tres mil luices, y esto era á lo que subia el precio de la bajilla; restaba pagar los diamantes, y para esto suplicó á La Forest que siguiese á su hijo á casa de uno de los comerciantes de mas credito de la ciudad, quien le entregaria el resto de la suma. Como La Forest conocia al banquero, no puso dificultad en seguirle. Amigo mio, le dijo el banquero, estoy desesperado por no poder buscaros la cantidad que me pedis, porque contando con vuestro viaje á París, he hecho pa-

sar mis fondos; pero decidme, ¿por qué no seguis vuestra ruta? El jóven le respondió, que no dejaria de pasar á Francia, donde todavía tenia que emplear pero que habiendo hallado en Ginebra ocasion de comprar una parte de las cosas que iban á comprar á Francia, se habian querido aprovechar de ella. ¿Con que es el Señor, replicó el banquero, á quien habeis comprado? Seguramente estos son los diamantes de la Señora Marquesa d.... Habiéndole dicho La Forest que no se engañaba, añadió el banquero: yo hallaré medio de componer este negocio. Por ahora no puedo dar mas que mil y quinientos luises; para el resto de la cantidad daré letras de cambio que deberan pagarse en todo el mes próximo, y en el ínterin que no esten completamente pagadas guardará este buen hombre los diamantes, de los que yo responderé á vuestro padre; tan seguros estarán en manos de la Señora Marquesa como en las mias; y cuando volvais de Paris, los tomareis al paso. La Forest dijo entónces al banquero, que nos ibamos á Sens, lo que no causó obstáculo al contrato, y al dia siguiente nos trajo La Forest el dinero, las letras de cambio y los diamantes. Nos maravillamos de hallar un Judío tan hombre de bien, y un mercader tan lleno de confianza. La Forest partio en posta un dia

ántes que nosotros para prevenirnos la casa, y hemos llegado esta mañana con toda felicidad. Lo muy ocupado que ha estado La Forest, le ha hecho no poder emprender sus acostumbradas funciones hasta la hora de cenar: estas son velar sobre los criados al tiempo de la mesa, en que sabes se pone siempre tras de la silla de la Marquesa. Mastrilli estaba sentado entre ella y Enriqueta: comenzó una pequeña relacion sobre una aventura del viage; y ví que La Forest aplica el oído, como quien quiere acordarse de alguna cosa. Mudó de lugar, vino á ponerse tras de mí, y frente á Mastrilli, á quien de tal modo alteraron sus miradas, que se puso estraordinariamente encarnado. ¿Estais malo, le pregunté? No Señora, es un bochorno que me ha venido, pero que ha pasado pronto; y despues de esto volvió La Forest á tomar su puesto acostumbrado. A continuacion reiteró la misma mudanza de lugar, y todas las veces que hablaba Mastrilli, se adelantaba para mirarle, y siempre con aire de inquietud; y haciendo luego un pequeño rodeo, cuando ya le habia mirado, se volvia á poner en su sitio. Al cabo de algun tiempo noté este manejo, y le dije: ¿qué teneis, amigo mio? no podeis estaros quieto; ¿quieres alguna cosa á ese caballero? No Señora, me respondió La Forest; solamente creia

conocer su voz: pero su rostro me hace ver que me engaño. Estas palabras alteraron de tal suerte á Mastrilli, que sospeché algun misterio sin poder adivinar cual seria, y aguardaba con impaciencia se concluyese la mesa, para salir de dudas, cuando habiendo alargado Mastrilli la mano para tomar una cosa de un plato bastante distante, le cogió el brazo La Forest, y mirando atentamente su mano se hizo cargo de su sortija. Perdonad Señor, le dijo; trato en diamantes, bien lo saben mis amas, y tal vez no conoceis vos mismo todo el precio de éste; porque no ha mucho tiempo que sois su dueño. Tú deliras, mi pobre La Forest, le dijo, la Marquesa; me parece que hace muchos años que le veo al Señor esa sortija. Puede ser, Señora, respondió La Forest, pero lo seguro es que yo la he visto en la mano del hijo de este caballero no hace quince dias. ¿Del hijo del Señor, exclamé? Sí Señora, dijo La Forest, inclinando la cabeza; pero desde ese tiempo el Señor Mastrilli, que era muy viejo, ha remozado veinte años cuando menos, y se ha hecho quitar la barba. Ved aquí nuestro comprador de diamantes, ó el diablo me lleve. Mastrilli dijo temblando algunas palabras; este hombre está loco á la verdad.... Las carcajadas de las dos chicas, no le dieron lugar para decir mas, y yo me puse tan loca como ellas: porque á pesar del temor que tenia de enfadarle, no pude ménos de reirme al ver su embarazo. Para poner fin á nuestra risa, pedí de beber y mandé que todo el mundo bebiese á la salud del noble Armenio; despues alargándole la mano, confesad la deuda, le dije y permitid que os demostrémos la admiracion que nos causa vuestra ingeniosa liberaliad. No hay otra que quede alcanzada sino la pobre Marquesa, y será necesario borrar de la memoria de sus gastos futuros las treinta y dos mil libras de aumento: porque segurameute no las aceptará. ¡Que cruel sois, señora! me dijo Mastrilli. Suponiendo que este hombre haya hecho una acusacion cierta, en lo cual no convengo, ¿se deberia estorbarme el gusto inocente de emplear un dinero superfluo, para impedir que esta señora se despojase de sus alhajas? Las cosas de que yo me he desecho, dijo la Marquesa, son ya verdaderamente inútiles para mí. Esos diamantes dirian muy mal con este vestido de luto que llevaré todo el respeto de mi vida; y aun antes de perder el pleito, me hallaba resuelta á deshacerme de las tales alhajas; sin embargo ¿no es verdad que vuestro ánimo era obligarme, con este obsequio? Pues bien, no re-

daderamente para mí, debeis dejarme libertad para disponer de él. Permitid, pues, que ceda yo esta suma á mi querida Enriqueta; y si me rehusais este favor, permitidme tambien me quede como estoy, y rehusé admitir vuestro beneficio.... Un correo, que viene de tu parte, interrumpe mi carta. Son las once. ¡Ay mi Dios, me anuncias alguna nueva desgracia...! Respiro, hijo mio, la Marquesa dice á voces, milagro, y el tono de su voz nada tiene que deba asustarme; queria correr ábuscarla, pero las piernas me faltan: ya la oigo que sube á mi cuarto.

CARTA LVIII.

DEL CONDE A LA MARQUESA.

Dios no abandona á los que le temen y aman; nosotros acabamos de tener una prueba auténtica de esta verdad. Lo que te voy á referir es una prueba de ello.

Antes de ayer mañana fuí, segun mi costumbre, á hacer la corte á nuestro Rey. Como siempre te ha conservado mucha estimacion, me preguntó con grande interés por tí. No pude callarle, ni tu situacion, ni el valor heróico con que te habias sujetado á la pobreza para pagar completamente á los acreedores del Marqués. S. M. me escuchó atentamente, y me dijo; no puede ser que la Marquesa subsista con tan poco, escríbela de mi parte que la doy mil y doscientas libras cada año. Iba hablar para demostrarle mi reconocimiento, cuando uno de los Gentiles hombres le dijo, que una muger que parecia que estaba moribunda, se habia hecho llevar á Palacio y declaraba, que tenia cosas de grande consecüencia que revelar á S. M. Habiendo pues, el Rey mandado que la hiciese entrar, se presento apoyada en dos personas, y verdaderamente traia la muerte pintada en su rostro, de suerte que el Rey la mando sentar, y la preguntó si tenia alguna cosa que decirle que no debiese saberla otro ninguno. No Señor, respondió, antes desearia que toda la tierra pudiese oir lo que tengo que decir á V. M.; traigo á los piés del trono los sentimientos de un reo que no tiene mas de veinticuatro horas de vida, y que morirá contento si vive lo bastante para reparar su crímen. Mi infeliz esposo, cargado de hijos y muy pobre, se dejó seducir por dos de los parientes del Señor Marqués D.... Una substitucion que él formó los puso en posecion de una gruesa hacienda, y treinta mil libras fueron la recompensa de ese acto. Resolvió venirse á establecer á Turin con esta suma, y hace dos dias que llegamos. Ayer á las cinco de la tarde montó á caballo para ir dos leguas de aquí á casa de uno de los que le arrastraron al crímen; y medio cuarto de hora despues me le trajeron casi muerto. Al salir de la ciudad se desbocó el caballo, lo tiró y lo dejó herido mortalmente. No

daderamente para mí, debeis dejarme libertad para disponer de él. Permitid, pues, que ceda yo esta suma á mi querida Enriqueta; y si me rehusais este favor, permitidme tambien me quede como estoy, y rehusé admitir vuestro beneficio.... Un correo, que viene de tu parte, interrumpe mi carta. Son las once. ¡Ay mi Dios, me anuncias alguna nueva desgracia...! Respiro, hijo mio, la Marquesa dice á voces, milagro, y el tono de su voz nada tiene que deba asustarme; queria correr ábuscarla, pero las piernas me faltan: ya la oigo que sube á mi cuarto.

CARTA LVIII.

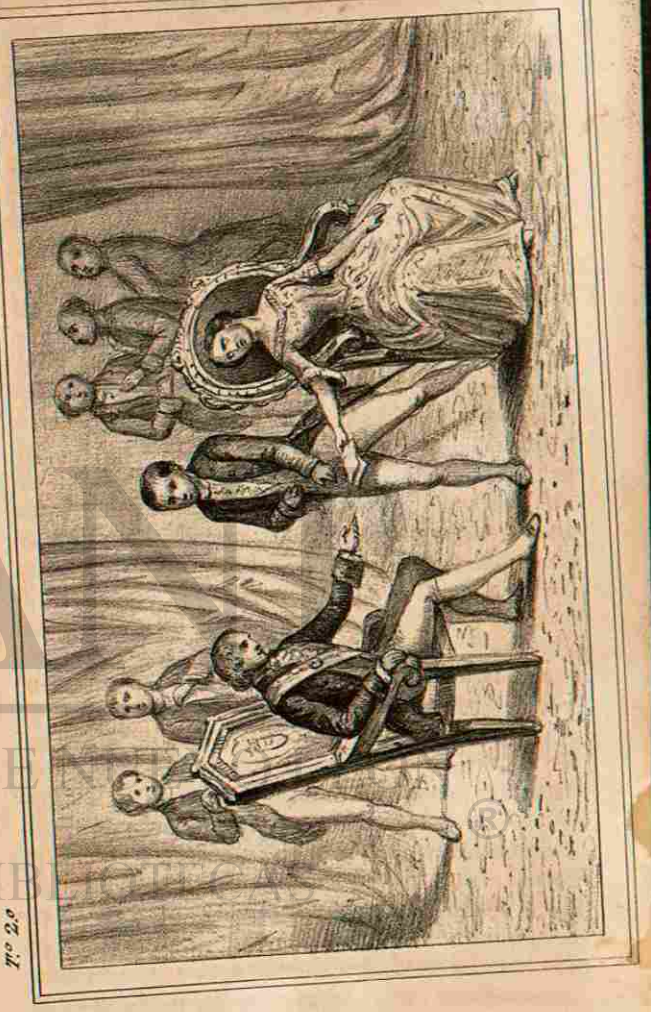
DEL CONDE A LA MARQUESA.

Dios no abandona á los que le temen y aman; nosotros acabamos de tener una prueba auténtica de esta verdad. Lo que te voy á referir es una prueba de ello.

Antes de ayer mañana fuí, segun mi costumbre, á hacer la corte á nuestro Rey. Como siempre te ha conservado mucha estimacion, me preguntó con grande interés por tí. No pude callarle, ni tu situacion, ni el valor heróico con que te habias sujetado á la pobreza para pagar completamente á los acreedores del Marqués. S. M. me escuchó atentamente, y me dijo; no puede ser que la Marquesa subsista con tan poco, escríbela de mi parte que la doy mil y doscientas libras cada año. Iba hablar para demostrarle mi reconocimiento, cuando uno de los Gentiles hombres le dijo, que una muger que parecia que estaba moribunda, se habia hecho llevar á Palacio y declaraba, que tenia cosas de grande consecüencia que revelar á S. M. Habiendo pues, el Rey mandado que la hiciese entrar, se presento apoyada en dos personas, y verdaderamente traia la muerte pintada en su rostro, de suerte que el Rey la mando sentar, y la preguntó si tenia alguna cosa que decirle que no debiese saberla otro ninguno. No Señor, respondió, antes desearia que toda la tierra pudiese oir lo que tengo que decir á V. M.; traigo á los piés del trono los sentimientos de un reo que no tiene mas de veinticuatro horas de vida, y que morirá contento si vive lo bastante para reparar su crímen. Mi infeliz esposo, cargado de hijos y muy pobre, se dejó seducir por dos de los parientes del Señor Marqués D.... Una substitucion que él formó los puso en posecion de una gruesa hacienda, y treinta mil libras fueron la recompensa de ese acto. Resolvió venirse á establecer á Turin con esta suma, y hace dos dias que llegamos. Ayer á las cinco de la tarde montó á caballo para ir dos leguas de aquí á casa de uno de los que le arrastraron al crímen; y medio cuarto de hora despues me le trajeron casi muerto. Al salir de la ciudad se desbocó el caballo, lo tiró y lo dejó herido mortalmente. No

me previnieron de este accidente, que me fué anunciado por una tropa de pueblo que acompañaba á los que le traian. Yo estaba demasiado adelantada en mi embarazo; el susto me hizo dar á luz un niño, que murió un instante despues del Bautismo. Mi esposo, que no habia cesado de pedir un confesor, declaró en alta voz á su llegada que Dios le castigaba justamente por una falsedad que habia cometido, y queria absolutamente que le trajesen á los piés de V. M. para declararla. Sus fuerzas no se lo han permitido, y yo he creido no poder confiar á nadie los papeles que pueden atestiguar y reparar á un mismo tiempo su crimen, porque las personas interesadas hubieran tal vez hallado medio de substraerlos despues de nuestra muerte, que está próxima. Yo queria entregárselos al cuñado de la señora que hemos arruinado; mi esposo no ha querido, por el temor de que le sospechasen de composicion con él, y ha juzgado que el único medio de evitar respeto á esto todos los inconvenientes, era entregar estos papeles á V. M.

Al acabar estas palabras aquella muger, entregó efectivamente al Rey una cartera; y como el esfuerzo que hizo hablando, la habia debilitado, se desmayó. El Rey mandó que se tuviese de ella el mayor cuidado, é hizo partir á sus cirujanos para procurar salvar tambien á su marido, mandando se sacase de este hombre todas las luces posibles. Murió dos horas despues de haber hecho todo lo que se exigia de él, y su muger, que no tenia parte en el delito, no le ha sobrevivido mas que hasta esta mañana. He consolado sus últimos momentos, prometiéndola



Pag.ª 310

Nº 2.º

tener cuidado de cinco niños que deja en la miseria, y la cumpliré mi palabra. La cartera que entrego al Rey contenia una letra de quince mil libras para lo restante de la suma que le habian prometido, y de la cual la mitad ya la habian pagado. Incluía tambien el borrador del acto que te habia despojado, escrito de mano del primo de tu esposo. El Rey queria se prendiese á todos los culpados, y habia dado para esto sus órdenes. Te confesaré que yo lo habia previsto, y que el respeto que tengo á la sangre del Marqués no me permitió dejarlos ignorar lo que habia pasado. Han huido, y han habandonado á sus esposas con una precipitacion que certifica su crímen. Sus esposas aparecen inocentes, y no son menos dignas de compasion. Apenas se supo este lance, cuando acudió á su casa una tropa de acreedores. Estas gentes estaban abrumadas de deudas, y dejan á sus hijos, igualmente que á sus mugeres, pidiendo limosna. Ahora se trata de algunas formalidades necesarias para anular la sentencia que se habia dado contra tí, de lo cual el mismo Rey es el motor: así es que todo se despachará muy pronto; para ponerte en posesion de tus bienes; pero yo no he querido esperar este tiempo, aunque será muy corto, para anuncierte un acontecimiento tan inesperado, y darte la enhorabuena del recobro de tus bienes. Me engaño; pues es á los pobres á quien debo dársela; mi esposa no espera mas que el instante de su parto, y tendré necesidad de una órden de nuestra madre para obligarla á retardar su viage hasta que esté bien restablecida: tan vivo es el deseo que tiene que darte un abrazo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARTA LIX.

RESPUESTA DE LA MARQUESA D.*** AL CONDE D.***

Te aseguro, Conde mio, que me causa ménos gusto el recobro de mi fortuna, que afliccion la muerte de esa pobre muger, de que Dios se ha servido para volvérmela. Sus hijos, si quieres, serán los mios, y veo que me los entrega la bondad divina para reemplazar los que he perdido. Juntaré á ellos los de mis infelices primos, porque me los encarga tambien la Divina Providencia, y son por tres títulos mis prójimos; como pobres, como parientes, y como hijos de gentes que me han querido hacer mal. ¡Oh amigo mio! Mi corazon es demasiado estrecho para contener el gozo que me da la idea de la felicidad que puedo proporcionar á tantas personas. Te suplico que luego que leas esta carta, veas de mi parte á las mugeres de esos dos infelices reos; asegúralas que no permitiré las falte nada; que tendré cuidado de mis primos en cualquiera parte que estén, que.. ¡Oh! dilas todo lo que la caridad te sugiera.

Aquí concluyen estas cartas, ó por mejor decir, estas son las que se han podido recobrar. Sin embargo en el prólogo de otra obra de Madama de Beaumonte hace mencion de esta familia, diciendo que restituida la Marquesa á sus posesiones, se efectuó el matrimonio de su hermana Enriqueta con Mastrilli. Que Hortensia casó con otro personage de Alemania, y es de presumir que fueron felices estas familias.

FIN DEL II Y ÚLTIMO TOMO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

